
DON DIMAS

HISTORIA DE ZORROS Y DE HOMBRES

BLAS INFANTE PÉREZ

≈

Prólogo

MANUEL HIJANO DEL RÍO

Estudio introductorio

NORBERTO RUIZ RODRÍGUEZ
Y MANUEL RUIZ ROMERO



Junta de Andalucía

Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa

Centro de Estudios Andaluces



Fundación Blas Infante

DON DIMAS.
HISTORIA
DE
ZORROS
Y DE
HOMBRES

BLAS
INFANTE
PÉREZ

DON DIMAS HISTORIA DE ZORROS Y DE HOMBRES

BLAS
INFANTE
PÉREZ



Prólogo

MANUEL HIJANO DEL RÍO

Estudio introductorio

NATURALEZA Y VIDA EN BLAS INFANTE

NORBERTO RUIZ RODRÍGUEZ Y MANUEL RUIZ ROMERO



Junta de Andalucía

Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa
Centro de Estudios Andaluces



Fundación Blas Infante

Edita:
Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces,
Consejería de la Presidencia, Interior, Diálogo Social y Simplificación Administrativa.
Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores, 2023.
© Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces
Avda. Blas Infante s/n — Coria del Río. 41100 Sevilla
Tel.: 955 055 210
Fax: 955 055 211
www.centrodeestudiosandaluces.es

Primera edición, diciembre de 2023

ISBN: 978-84-10064-04-1
Depósito legal: SE 2353-2023

Yo no quiero que el lector piense como yo,
sino que se quede pensando
en aquello que yo he pensado.

Ya resolverá él luego cómo tiene que pensar.

—José Saramago, *La noche*

A Julia Cortegana y Montserrat Díaz

Índice

Presentación	
«Jamás escribí tantas cuartillas, en menos tiempo y con tanto amor»	
<i>Tristán Pertíñez Blasco</i>	11
Prólogo	
<i>Manuel Hijano Del Río</i>	19
Estudio introductorio	
Naturaleza y Vida en Blas Infante	
Dimas: un cuento sobre animales, humanos y pueblos	25
1. Palabras previas	25
2. Nueve años en Isla Cristina	28
3. El animalismo de Blas Infante.....	66
4. Dimas en la historiografía de Blas Infante	84
5. El tratamiento del manuscrito por la historiografía infantiana	90
6. Dimas, historia de zorros y de hombres	102
7. Conclusiones.....	181
Bibliografía utilizada.....	189
Para saber más.....	195
<i>Don Dimas. Historia de zorros y de hombres</i>	
<i>Blas Infante Pérez</i>	197
Anexo	246

Presentación

«Jamás escribí tantas cuartillas, en menos tiempo y con tanto amor»

Tristán Pertíñez Blasco

Director-Gerente de la Fundación Centro de Estudios Andaluces

ESTA ES LA HISTORIA DE UN ZORRO que no era como los demás y, sobre todo, de un hombre que tampoco lo era. Pero también es un capítulo más de la estrechísima alianza entre las fundaciones Blas Infante y Centro de Estudios Andaluces, una privada y otra pública, unida a la colaboración con los investigadores.

El zorro recibió el nombre de don Dimas; el hombre fue Blas Infante. La valentía, siempre acompañada de conocimiento, tesón e investigación, tiene dos nombres propios: Manuel Ruiz Romero y Norberto Ruiz Rodríguez. Por último, el empeño es el resultado del trabajo conjunto de las fundaciones Blas Infante y Centro de Estudios Andaluces (CENTRA) por divulgar y mantener vivo el legado del que fuera reconocido como Padre de la Patria Andaluza por el Parlamento Autonómico hace ahora cuarenta años. Pero vayamos por partes. Y, para ser más claro, permítanme hacerlo desde el inicio.

Hace una década, la Fundación Centro de Estudios Andaluces, dependiente de la Consejería de Presidencia, Interior, Diálogo Social y Simplificación Administrativa de la Junta de Andalucía, y la Fundación Blas Infante decidieron poner en marcha la edición de las obras completas del Padre de la Patria Andaluza. A pesar de que, para aquel entonces ya estaban publicados varios de sus títulos, lo cierto es que muchos de ellos estaban agotados o resultaban difíciles de encontrar en los circuitos comerciales del mundo del libro, pues algunos de ellos contaban con tiradas pequeñas y/o centenarias, realizadas a inicios de los años veinte del siglo pasado.

Así nació la Biblioteca Blas Infante, iniciativa que, desde el principio, estuvo marcada por tres características principales. La primera fue la decisión de optar por la reproducción del texto original de la obra, tomando como fuente la primera edición del volu-

men (si la hubiere). La segunda fue la inclusión de un prefacio con la contextualización histórica del texto recogiendo, al menos, un estudio científico firmado por reconocidos especialistas que permitiesen al lector contemporáneo una mejor comprensión de la obra, así como de algunos anexos documentales, de naturaleza bibliográfica, hemerográfica y/o fotográfica. Por último, la publicación de todos estos materiales en una cuidada y, por qué no decirlo, muy bella edición que fuese atractiva y accesible para el gran público con un precio razonable. En este sentido, hay que añadir que desde ambas instituciones se ha puesto una especial atención en los siempre relevantes capítulos referentes a la comunicación, difusión y distribución del libro.

La Biblioteca Blas Infante echó a andar en 2015 con la publicación de su ópera prima, *Ideal Andaluz*, un texto fundacional para el andalucismo histórico que, en buena medida, recoge los principios culturales, sociales, políticos y económicos que Blas Infante desarrolló a lo largo de toda su vida. Después verían la luz *La verdad sobre el Complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía* (2017), *La dictadura pedagógica. Un proyecto de revolución cultural* (2019), *La Sociedad de las Naciones* (2020) y *La obra de Costa* (2022).

Con la edición del sexto título de esta colección, *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres*, hemos querido dar un importante paso adelante. Por vez primera, rescatamos un inédito de Blas Infante, el primero que ve la luz en las últimas décadas en una edición crítica y comentada. Si bien la obra ya estaba digitalizada y puesta a disposición de los interesados en abierto a un solo *click* desde el apartado web del Centro Documental de la Autonomía de Andalucía de la Fundación Centro de Estudios Andaluces, no es menos cierto que su lectura en línea resultaba hasta el momento hartamente compleja, al tratarse de una obra manuscrita en dos pequeños cuadernos con una grafía un tanto intrincada, en varias tintas —a pluma y a lápiz— y acompañada de tachaduras, anotaciones, páginas arrancadas y frases incompletas.

Además de en la mencionada página web, el manuscrito del libro está expuesto en la actualidad en una vitrina de su biblioteca personal en la Casa de Blas Infante (Dar al-farah/la Casa de la Alegría) en el Museo de la Autonomía de Andalucía (Coria del Río-La Puebla del Río), junto a algunas de las primeras ediciones de sus obras y una selección de volúmenes singulares de su colección personal, como *Progreso y miseria* (1923) de Henry George, *Las nacionalidades* (1929) de Francisco Pi y Margall y *El rebaño hambriento en la tierra fértil. Novela dramática de los campos en Andalucía* (1935) de José Más, entre otros.

Formado por un total de 131 hojas de tamaño «holandesa», el original de *Don Dimas* está escrito en pequeñas páginas de formato apaisado. Resulta, asimismo, de especial

simbolismo que esté redactado en el reverso de dos cuadernillos de suscripción de *Avante-Revista de Andalucía*, precisamente la revista/imprenta fundada por el propio Blas Infante y en la que imprimió algunas de sus obras más significativas.

Para hacer realidad la edición que el lector tiene ahora en sus manos, y con la que queremos contribuir de manera significativa a ensanchar el conocimiento en torno a este pensador y político andaluz padre de nuestra autonomía, hemos contado con el trabajo de Manuel Ruiz Romero y de Norberto Ruiz Rodríguez. Ellos son los dos investigadores responsables de un trabajo que, con extremo cuidado y respeto, ha llevado a cabo la transcripción del manuscrito. Ellos son también los encargados de la tarea, no menos importante, de firmar un interesante estudio introductorio, que, además de detenerse en aspectos fundamentales del pensamiento ecológico, social, personal y cultural de Infante, contribuye de manera definitiva a iluminar la que quizá es una de las etapas vitales menos conocidas de este casareño universal: sus años en Isla Cristina.

En este contexto es, asimismo, importante señalar en este prefacio que *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres* es una de las escasas obras narrativas de Infante. Una muestra más, por tanto, de su polifacética vida y obra, y, sobre todo, de su extenso humanismo.

Escrito entre la primavera y el verano de 1927, con un Infante ya asentado como notario en la casa de la céntrica calle Real n.º 9 del precioso municipio onubense de Isla Cristina, *Don Dimas* no es, empero, su primera obra de ficción publicada. Al mismo tiempo que Blas Infante publicaba diversas obras de pensamiento político andalucista de vital relevancia, la imprenta de la editorial andalucista Avante colocaba entre sus planchas y tipos móviles su obra teatral *Motamid, último rey de Sevilla* (1920). Un año después, la misma casa editorial imprimía sus *Cuentos de Animales*. Bellamente ilustrados por su amigo, el pintor e historietista coriano Andrés Martínez de León, estos tres cuentos tomaron la forma de fábulas clásicas y contaron como protagonistas a tres cigarras, el perro «Preferío» y el ratón «Múrido» junto a su compañera «Musa».

Autor ya por aquel entonces de una amplia obra impresa tanto de naturaleza ensayística como de ficción, la pregunta que nos surge es casi obvia: ¿por qué dejó Blas Infante la bella fábula del zorro don Dimas arrinconada en un cajón durante casi una década? ¿Podía haber sido, quizá, una primera fábula de una nueva publicación similar a la de los tres cuentos editados en el ya citado volumen de 1921, y que, dada la velocidad de los acontecimientos de los años venideros pudo haberse quedado sin terminar? ¿Tuvo Blas Infante otras prioridades políticas, familiares o intelectuales que le impidieron

revisar el manuscrito y llevarlo a imprenta? ¿O, simplemente, no quiso hacerlo público y, dada su naturaleza intimista, prefirió guardarlo siempre para sí? No podemos tener respuestas, ni certezas a estas interrogantes.

Paradójicamente, sí sabemos, porque el propio Blas Infante así lo confiesa en este manuscrito, que este fue uno de sus escritos más queridos: «Jamás escribí tantas cuartillas, en menos tiempo con tanto amor». Por lo que de nuevo nos interpela, con más fuerza si cabe, la inquietud de saber cuál pudo ser la razón que le llevó a mantenerlo inédito.

El matrimonio formado por Blas y Angustias García Parias se había casado en Peñaflores (Sevilla) el 19 de febrero de 1919 en la casa de la novia. Casi una década más tarde, precisamente un año después de escribir *Don Dimas*, nació en Isla Cristina la primera de sus hijas, María Luisa Ginesa (29 de mayo de 1928). En 1930 nació la segunda de ellas, María de los Ángeles (4 de agosto de 1930).

Sabemos que, con el país inmerso en una dictadura, la del general jerezano Miguel Primo de Rivera, con la que Blas Infante se negó taxativamente a colaborar, la actividad editorial de Blas Infante había quedado paralizada. No ocurrió lo mismo con su actividad intelectual, ya que fueron años de intenso y fructífero trabajo, en los que Infante redactó, entre otras, algunas obras que tampoco llegaron a ser impresas en vida del notario: el ensayo *Orígenes de lo flamenco y secretos del Cante Jondo* (1929-1933), su drama *Almanzor* (1929) y sus *Cartas a Erina* (1925).

Tenemos constancia documental de que fueron estos años de una ancha experiencia viajera y enriquecimiento personal. Infante viajó a las localidades del exilio, fallecimiento y el nacimiento del último rey abadí de la Taifa de Sevilla, al-Mutamid, con objeto de rendir homenaje a su memoria: Agmat, cerca de Marrakech en Marruecos, en 1924, y Silves, en Portugal, en 1927. Años que le llevaron a visitar Galicia y su Costa de la Muerte (1928), previos al traslado de su notaría a la localidad sevillana de Coria del Río una semana antes de las elecciones municipales de abril de 1931 y de la consiguiente proclamación de la Segunda República, en el marco de la cual Blas Infante intensificó su acción política andalucista y autonomista. En Coria del Río nacerían sus otros dos hijos: Luis Blas y Alegría, y allí construiría su vivienda Dar al-farah, la Casa de la Alegría, en la que reflejó gran parte de su ideario simbólico, histórico, patrimonial y ecológico.

Sabemos por el testimonio de su hija María Luisa, recogido por su biógrafo Enrique Iniesta —tal como se recoge en el estudio científico de esta edición— que la fábula de *Don Dimas* es, hasta cierto punto, autobiográfica:

» *«Luisa Infante recuerda a su compañero de infancia como travieso, sucio y ladrón (de gallinas no, de eso sí era arrepentido). No era un perro, no. Dimas tampoco sabía vivir en libertad. Cuando su padre lo soltó, se refugió en una casa. Los de ella se alarmaron, pero al verlo manso y afectuoso, pensaron que sería el de don Blas (...).»*

Existe, asimismo, una conocida imagen de un pensativo Blas Infante en su treintena, vestido con traje claro y corbata, mirando a cámara mientras sujeta con ambas manos a un pequeño zorro que apoya una de sus patas sobre su brazo. Dimas, así nombrado por Infante en alusión al buen ladrón que aparece en la crucifixión junto a Cristo en el *Evangelio* de Lucas, parece manso, tranquilo y habituado a ser uno más en la familia.

El propio arranque del cuento, que aquí editamos por vez primera, parece confirmar estos tintes autobiográficos, ya que reproduce, al parecer de manera fidedigna, cómo llegó el zorrillo a formar parte de los habitantes de la vivienda de la familia Infante en Isla Cristina:

» *«Este es un zorro que cazaron cuando era de pocos días. Hiriendo a su madre, de cuyas tetas chupaba con sus hermanos y pasaron la desgracia de esta ingenua familia por las míseras calles de la aldea empedradas con lajas cortantes (...). Lo llevaron a un poblado con sus hermanos, y con su madre ensangrentada (...). A poco, me ofrecieron uno de ellos, quien puesta bajo su hocico una taza de leche tibia, hundiolo en la blanca superficie batiéndola con la lengua, con sorprendente voracidad. Este es don Dimas a quien bauticé así, en recuerdo del buen ladrón, quien traje sobre las rodillas (para evitar los saltos bruscos del coche, que traqueteaba sobre una carretera española), metido en una pequeña caja de cartón, hendida por varios agujeros.»*

Pero el matiz autobiográfico no se encuentra solo en la fabulación de un episodio cuyas raíces se hunden, como ya hemos visto, en su propia experiencia personal. Más allá de ello, el pequeño zorro es, en buena medida, un alter ego del propio Infante. Un trasunto del autor, que, como el animal, se siente extraño en un mundo de hombres; un cautivo que, a menudo, ni entiende a quienes le rodean, ni es comprendido por sus semejantes.

Infante parece sentirse extraño en su mundo, un solitario, en definitiva, un heterodoxo, que, ante todo, ansía la libertad, la paz, el amor y equilibrio con la naturaleza. «Cualquier mundo en que se nazca no es nuestro mundo. El mundo verdadero que

todos, zorros y hombres perseguimos, es el mundo del amor. Y cuando lo llegamos a encontrar, consideramos extraño el mundo de nuestro nacimiento; nuestro antiguo mundo», escribe.

No es este el lugar para relatarles cómo se desarrolla el relato «de zorros y hombres». Tampoco es mi intención hacer en este prefacio un resumen de su trama, ni, desde luego, un *spoiler* de su sorprendente final. Pero sí puedo avanzar que *Don Dimas* es, a mi modo de ver, uno de los textos más hermosos y personales de los escritos por Blas Infante. Coincido así plenamente con su biógrafo, el estudioso Enrique Iniesta, gran conocedor de los manuscritos infantianos, quien lo calificó como su texto «más bello e íntimo», en el que Blas Infante manifestó «su ternura y su sensibilidad franciscana y ecológica». «La historia de don Blas y don Dimas es la de dos amigos increíbles. Construyeron una pareja insospechada (...). La ternura que les ata, la desvergüenza con la que don Blas descubre aquí sus sentimientos, ennoblece el texto de veras excepcional», apostilló Iniesta en su obra *Blas Infante. Toda su verdad*.

Ciertamente, en *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres* —permítanme que insista— está, sin lugar a dudas, el Infante «más espiritual» y el «más afectuoso», en palabras de los investigadores Norberto Ruiz Rodríguez y Manuel Ruiz Romero.

Una introspección y un intimismo que en absoluto resulta incompatible con la modernidad. Y es que, en las poco más de cuarenta páginas de esta edición —cuya lectura se hace de un tirón— Blas Infante se muestra como un hombre de vanguardia. No en vano, es capaz de reivindicar, en esos tempranos años veinte —cuando nadie o casi nadie del país lo hacía— la defensa del medio ambiente y los derechos de los animales. Todo un pionero, un revolucionario verde en tiempos en los que esta era una cuestión que no estaba en la agenda pública ni privada de políticos y/o pensadores. Infante escribe un relato literario protagonizado por un zorro con sentimientos humanos, mostrando su sensibilidad y su delicadeza animalista. Es, a mi entender, un Infante fieramente humano.

En *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres*, Infante aboga por el respeto entre especies. Casi lo grita, lo exige, lo exhibe. No es este el primer espacio en el que nuestro autor mostró su decidida defensa de la causa de los animales. Es bien conocido su rechazo a las fiestas de toros a las que evitaba por su crueldad. Para Infante, la relación entre animales y hombres siempre debía estar presidida por el respeto mutuo. Así lo dejó escrito en su conocida *Plegaria del pájaro*, sus *Mandamientos de Dios en favor de los animales* o su recientemente descubierta *Plegaria del perro*. «Amarás a los animales porque son como tú, criaturas vivas de Dios», escribió en sus *Mandamientos*. «El hombre

cruel con los animales lo será también con los mismos hombres. La crueldad es siempre una cosa misma, aun cuando cambie su objetivo», matizó. Por eso su *Don Dimas* se sintetiza, de su propio puño y letra, como «un acto de paz y amistad entre el animal que tiene su mundo en la ciudad y los animales que tienen su mundo en el bosque».

Aunque el relato posee un estilo irregular —no olvidemos que Infante nunca llegó a prepararlo ni a corregirlo para llevarlo a imprenta— lo cierto es que algunos pasajes contienen una prosa bellísima y precisa, que nos retrotrae a algunos de los momentos cumbre de matiz social de su *Ideal Andaluz*.

Con todo, el relato de *Don Dimas* puede llegar a ser descarnado. Ese es el caso de la dramática descripción que realiza del «poblado neolítico español», que, con toda intención, rehúye ubicar en ninguna geografía concreta, porque bien podría estar en cualquier punto del país. Llama poderosamente la atención su negra descripción de la vecindad a la que llega Don Dimas y en la que «cada casa es una cueva de un odio árido contra la casa vecina. En cada una, tantos individuos, cuántos odios. El alma de estos pueblos, ya se dijo, es un silencioso rencor». De una extrema crudeza y realismo es también su descripción de la humilde vivienda a la que se aproxima el pequeño zorro y los malos tratos a los que son sometidos los distintos animales domésticos que allí habitan. El relato adquiere entonces tintes trágicos que, de un modo y otro, nos retrotraen a las imágenes de esa España negra tantas veces pintada y relatada por sus contemporáneos.

Es por este motivo que la obra que el lector tiene por fin en sus manos le conmoverá y sorprenderá a partes iguales. Una obra plena de simbología y de ancha humanidad. El Infante más cercano y, al mismo tiempo, el más solitario.

Prólogo

Manuel Hijano del Río

Profesor de la Universidad de Málaga

Patrono de la Fundación Blas Infante

ESTE LIBRO RESPONDE A UNA NECESIDAD para la Historia de Andalucía. Hasta este momento, no se podía entender que una obra de Blas Infante como esta, de la que se conservan sus páginas escritas a mano, de su puño y letra, no hubiera visto aún la luz. La Fundación Centro de Estudios Andaluces y la Fundación Blas Infante, en colaboración, han decidido solventar esta laguna, publicando esta obra. Creo que se merecen un aplauso por ello.

Ahora bien, ¿qué aporta este texto inédito? Este título era desconocido como obra de Infante. Sabíamos de su existencia por alguna cita, pero no teníamos la oportunidad de leerlo. Por tanto, el primer valor es su edición, para así comprender mejor al político casereño. Y hay que leerlo. No es suficiente con quedarse con cuatro párrafos sueltos para construir una opinión acerca del andalucista. En segundo lugar, este manuscrito lo redactó en un lugar y un momento muy relevante para su biografía —su estancia en Isla Cristina— y su obra —el valor de Dimas en su pensamiento—. Y gracias a él, podemos concretar aún más esa vida y sus reflexiones.

Entrando en el apartado de la biografía de Infante, sabemos que hace cuarenta años, algunos textos insinuaban que la estancia del líder andalucista en Isla Cristina era resultado de un «exilio interior», fruto a su vez de la persecución sufrida por la Dictadura de Primo Rivera, bajo el reinado de Alfonso XIII. La falta de fuentes documentales de esos momentos estaba detrás de esa inexactitud que impedía profundizar en la biografía de Infante. Hoy ya sabemos que a Infante se le concede la permuta de su notaría de Cantillana por la de Isla Cristina, exactamente, el 2 de junio de 1922 (*Gaceta de Madrid*, 2 de junio de 1922, 152, p. 822), aunque, no es hasta febrero de 1923, debido al fallecimiento de su padre, cuando fija residencia con su esposa. Por tanto, no acude a esta localidad onubense por miedo a ser represaliado por el nuevo régimen. Aún no tenemos claro el motivo. Lo que sí sabemos es que su traslado a Isla lo realiza después del fracaso en sus aventuras electorales del 18 y 19, con posterioridad a las Asambleas

de Ronda y Córdoba, y a pesar de sus declaraciones a la prensa, manifestando su deseo de retirarse a casa (*El Regionalista*, 29 de marzo de 1919, p. 8).

El Infante que llega a Isla Cristina lo hace con la sensación de haber cumplido con una etapa. En tan solo siete años (1915-1922), el andalucismo ha conseguido perfilar todo un referente político e ideológico distinto a otras alternativas, con la publicación de *Ideal Andaluz*, fundamentalmente; ha abierto numerosos centros andaluces por la geografía andaluza para defender y difundir sus tesis; y ha publicado manifiestos y artículos en numerosas revistas y periódicos, así como celebrado las asambleas citadas, para fijar, concretar y pulir sus postulados ideológicos. En definitiva, Blas Infante, a inicios de los años veinte, se cree con la necesidad de dar un paso al lado.

Ahora bien, datos contrastados recientemente demuestran que no fue así exactamente. Gracias a la labor de Vicente López Márquez como historiador local¹ y a diversos actos de conmemoración del centenario de la llegada de Infante a Isla en 2022, han visto la luz nuevos datos que se añaden a otros ya conocidos. En síntesis, sabemos que Infante mantuvo una intensa actividad cultural, social y política en Isla: publica un artículo en la revista *Argos* solo seis meses después de establecerse en Isla, participa en la fiesta de la mujer andaluza, en la fiesta a favor de los pájaros, ingresa en el Ateneo Popular, y difunde sus conocidos *Diez Mandamientos de Dios en favor de los animales*. A estas actividades caben sumar las ediciones de su *Plegaria del pájaro* y, la recientemente descubierta *Plegaria del perro*; o cómo seguía manteniendo correspondencia con sus correligionarios andalucistas. Siendo, además, capaz de viajar a Marruecos y Galicia.

Pero una vez que hemos lanzado las primeras claves de presentación, esencialmente biográficas, para enmarcar el libro, es obligado hacer igual con su contenido. El libro aparentemente es el relato de su relación con un zorro. Un zorro a quien llama Dimas. Y a partir de esa idea tan básica y primigenia, tan extraña en su bibliografía, sus páginas se abren intelectualmente hacia un mundo donde Infante se muestra emocionalmente, como persona, como ser vivo, que pretende existir, ser consciente de lo que encierra la palabra vida. A partir de ahí, el libro se transforma en un espacio de reflexión, un lugar de diálogo consigo mismo, con su conciencia, y en relación con otro ser vivo, el zorro Dimas. Una utopía, un *desideratum* con su mundo interior. Surge un Infante poliédrico e inédito. Sus reflexiones nos dejan ver otro Infante diferente, apasionado, exaltado, sensible.

1 La labor de Vicente López en Isla Cristina, o la de Antonio Pérez Girón en el Campo de Gibraltar son dos ejemplos notables de la tarea que queda aún por realizar en relación con el andalucismo histórico. Está pendiente de concretar en cada municipio de Andalucía cómo se entendió el autonomismo y las propuestas andalucistas. Hasta que no se cuente con esa base, la historia del andalucismo estará carente de un análisis más completo.

Aparece una faceta más que se añade a otras tales como la defensa del mundo rural y el medio ambiente de Andalucía, por medio de la conversión del jornalero en agricultor, donde tras la defensa del campo, subyace la salvaguarda de la Andalucía rural, de los pueblos, en contra de su despoblamiento; o a la reivindicación de la pedagogía como medio de progreso de los países; o la defensa de la solidaridad entre los países del mundo a través de textos donde aparece el Blas Infante que se dirige a la humanidad, antibélico y a favor de la resolución pacífica de los conflictos.

El libro de Dimas nos muestra un Blas Infante que lleva al lector a transitar por la esencia del ser humano. Cree en el individuo con predominio social. Cree en sus potencialidades porque está capacitado para hacer el bien y conseguir la felicidad, para desarrollarse como sujeto y, por consiguiente, proyectarse por y para la humanidad. Unas páginas donde se ensalzan valores como la solidaridad, el amor, la libertad, con argumentos diversos extraídos de corrientes filosóficas del momento, cruzados con tesis alejadas de estereotipos o dogmas de fe. Nos enseña una personalidad de difícil encaje en una religión, aunque en ocasiones parezca seguidor de alguna. Infante se muestra filosófico y espiritual.

Desde la convicción de que existen ciertas habilidades o mecanismos intrínsecos en los seres humanos —a modo de yo autónomo y consciente— orientados hacia la socialización, la conservación o la ayuda mutua, las páginas de Infante apuestan por la existencia de unos rudimentos innatos: intuición, valentía, amor, los cuales utilizados de forma activa, consciente y constantes superan el «dolor» que moviliza y que produce todo cambio. Más bien, los párrafos denotan que el verdadero dolor es la resistencia a un cambio que inmoviliza y condena cualquier existencia a una superficialidad solo biológica.

Es, por tanto, una obra inédita u original en la bibliografía de Infante. No solo por los planteamientos animalistas, sino también por la trascendencia que demuestra a la hora de reflexionar sobre el ser humano. Deliberaciones que representan la base, el sustento, de su teoría política andalucista. Estas páginas simbolizan la culminación de su viaje intelectual, iniciado con el libro *Ideal Andaluz*.

Este libro sobre Dimas es colosal. Sus autores han elaborado un riguroso estudio introductorio, y, además, han transcrito literalmente el manuscrito. Los que hemos tenido la ocasión de leer documentos del puño y letra de Infante, sabemos de la complejidad de su escritura, así como de su redacción.

Los autores Manuel y Norberto Ruiz forman un tándem a cuyos resultados me remito. Manuel es un investigador de amplísima trayectoria. En estas últimas cuatro décadas,

ha publicado más de un centenar de libros, artículos en revistas, reseñas, entre otros. Un elenco de títulos que se encuadran en cuatro grandes apartados: el andalucismo histórico, donde se encuentra la vida y obra de Blas Infante y la trayectoria del andalucismo contemporáneo; la transición democrática y el proceso autonómico andaluz; la historia de la prensa andaluza; y, en estos últimos años, la historia local de las comarcas de Jerez y Campo de Gibraltar. Eso sí, su marco, su denominador común, solo contiene una palabra: Andalucía.

Manuel Ruiz Romero es Doctor en Historia Contemporánea con su tesis titulada *La génesis el Estatuto de Autonomía para Andalucía en el contexto de la transición política (1975-1982)*. Una investigación defendida en la Universidad Pablo de Olavide y dirigida por Manuel González Molina en 2003. Un trabajo de un valor incalculable puesto que, ahora, contemplado desde la perspectiva de veinte años, representó la primera tesis sobre el proceso autonómico andaluz en ese periodo.

Es Manuel un historiador incansable que ha abierto nuevos caminos para investigar en numerosas ocasiones. Si citamos algunos ejemplos, encontramos sus trabajos sobre varios intelectuales andalucistas de la década de los setenta y ochenta del pasado siglo, o fue uno de los que supieron extraer toda la sustancia a aquellos legajos sobre el intento autonomista de la Segunda República depositados en el Archivo de la Diputación hispalense.

Norberto Ruiz Rodríguez es el compañero de esta aventura. Más joven que Manuel, ya apunta su bienhacer y un futuro prometedor. Por lo pronto, es una persona que ha hecho igual que muchos de nosotros: sentarse junto a un maestro durante meses, codo con codo, para escribir el estudio introductorio y transcribir este manuscrito de Infante. Con esa táctica, hemos aprendido muchos y mucho. Todos hemos tenido maestros y maestras especiales, a los y las que escuchábamos con especial atención, porque nos decían algo. No solo con sus palabras, sino también con su labor. Este libro es prueba de que Norberto ha dispuesto, y dispone, de uno de esos maestros.

Norberto Ruiz es sociólogo y economista. Influenciado por un interés genuino en la filosofía y en la capacidad detonante de la acción cultural, se ha especializado en el diálogo entre ésta y los cambios políticos. Como economista, ha estudiado la problemática de la agricultura y la influencia de los tratados de libre comercio en Andalucía. Como sociólogo, la influencia de los conflictos armados en el imaginario de estado español. Hay que destacar su carrera intelectual relacionada con el Magreb, mundo árabe y el Mediterráneo y su marco de estudios en conflictos armados y geopolítica. Combinando el activismo con estas bases intelectuales, progresivamente ha ido

territorializando estos estudios al contexto andaluz y su nexos con su pasado andalusí, reconociendo la vigencia del pensamiento de Infante en el contexto político actual. Un claro representante del necesario relevo generacional en el estudio del andalucismo infantilano.

Solo queda la sincera invitación a discurrir por las páginas de este libro, porque aporta una visión de Infante distinta, más allá de la puramente política. Cuando termine de leerlo, habrá profundizado en la espiritualidad de una persona que lo merece. Y eso será una aventura apasionante.

Estudio Introductorio

Naturaleza y Vida en Blas Infante

Dimas: un cuento sobre animales, humanos y pueblos

Norberto Ruiz Rodríguez y Manuel Ruiz Romero

1. Palabras previas

DURANTE LA PRIMAVERA DE 2021 los autores de esta obra planteamos el reto de transcribir y comentar las cuartillas del manuscrito inédito de Blas Infante sobre el zorro Dimas. Lo que en un principio apuntaba ser un mero cuento de contenido animalista se convirtió, tras su análisis, en una elaborada exposición de la doctrina y la espiritualidad del Infante más heterodoxo y sincrético.

Gracias a la reproducción de todas sus páginas digitalizadas por la Fundación Centro de Estudios Andaluces, se posibilita que dos investigadores por vez primera afrontasen el reto de transcribir, plasmar e interpretar el esquema filosófico planteado a través de la pluma del ideólogo andalucista. Aparecía ante nosotros un escenario mucho más complejo del que en un principio podría adivinarse.

Más allá de los párrafos que describen la historia del animal, descubrimos un universo que abría las puertas a la espiritualidad del casareño. De hecho, estamos convencidos de que nos encontramos ante apuntes que delatan la percepción panteísta del andalucista, así como su arraigada creencia en el progreso y el bien como fines últimos de la existencia. Entre uno y otro, el fundamento del amor, primeramente a uno mismo, como método hacia la plenitud del goce humano.

Estamos ante una guía espiritual, una propuesta de vida, que utiliza la historia del animal como pretexto para exponer todo lo que el andalucista entiende como su humanismo radical, a partir de un ejercicio de introspectiva en su singular experiencia. En algunos momentos, la comprensión del texto, por su simbólico y metafórico lenguaje, se rodea

de una densidad que aconseja interpretarlo a partir de una doble lectura para captar su significado. Algo, por otro lado, muy característico en la comunicación entre los andaluces. En tanto no se ha localizado todavía ningún ejemplar de su obra *Reelección*, podemos ahora interpretar con mayor plenitud el sentido trascendente que tiene el andalucista de la Vida (con mayúscula, como él mismo la nombra). Esta obra es, pues, el encuentro con un eslabón perdido en la reconstrucción de la doctrina infantiana.

El texto analizado representa un sugerente universo que, más allá de una primaria y simple percepción masónica, nos traslada a través de la conexión de sus palabras e ideas a toda la intensidad y cromatismo de las filosofías orientalistas que Infante recibe gracias al relato andalusí. Y, por si esto no fuese importante, además, observamos la presencia de diferentes doctrinas: psicoanalítica, nietzscheana, krausista, teosofía, platónica... Unas y otras manifiestan el poso intelectual que acompaña la personalidad de Infante y que, como formación permanente, tiene su reflejo en su corpus doctrinal; siempre presentes en el estímulo que debe guiar a los hombres y mujeres del movimiento andalucista hacia la felicidad a través del amor y la libertad como valores primeros de toda existencia.

Igualmente, la narración, a diferencia de la proyección comunitaria que sustenta su obra *La Dictadura Pedagógica*, es un ejercicio apologético de la ética individual, convertida a su vez en una búsqueda de la plenitud mediante su particular forma de entender la trascendencia de actos y hechos. Por otra parte, el manuscrito es una crítica a la alienación de las personas, una apuesta por su humanización y un método práctico para ejercerla como relato militante de la «Vida» (sic). Infante no solo organiza un movimiento al que ofrece una estructura y unos elementos doctrinales. Lo vincula a una espiritualidad y a una proyección social sustentadora de una voluntad perenne. Reflexiona para que la motivación personal sea constante, más allá del «dolor» por el que su atrevimiento le moviliza para escapar de las comodidades y conformidades que nos envuelven. Percepción esta que es también un alegato contra la despersonalización de la mayoría: la indolente muchedumbre.

En paralelo a la reproducción y comentario de la obra, nuestro trabajo constituye una significativa e inédita aportación que permite calibrar mejor su estancia en Isla Cristina, así como la importancia que esta tiene para su movimiento y doctrina. Buscando siempre aportaciones inéditas a la historiografía de Blas Infante, hemos analizado su dimensión animalista, su vinculación con cosmologías orientales y masónicas. Hemos considerado adecuado contextualizar el cuento en la obra del andalucista, e, incluso, el tratamiento que en las últimas décadas se ha ofrecido por parte de biógrafos e investigadores al manuscrito que contiene la narración. Junto a la bibliografía utilizada y las

pertinentes conclusiones, máxime en un ejemplo como el que nos ocupa, la transcripción radicalmente literal del documento cierra una obra que creemos abre una nueva dimensión interpretativa a los textos y al pensamiento del notario. El metalenguaje usado, el carácter simbólico y metafórico de sus párrafos, el doble significado que Infante otorga a conceptos que para él son claves... representan un sugerente escenario donde la interpretación se abre también para otros especialistas.

La obra en conjunto estamos convencidos que goza de una clarividencia y una actualidad que resultan tan inquietantes como sugerentes. Como apuntan y advierten multitud de autores, las herramientas para producir y reproducir determinados comportamientos insatisfactorios se han diversificado y poseen mucha más presencia en nuestro día a día que hace un siglo.

En paralelo a las personas cuyas aportaciones se citan en la obra, deseamos hacer mención expresa y mostrar así nuestro agradecimiento a aquellas con las que hemos intercambiado opiniones sobre el texto. En concreto, y relacionados sin orden de prevalencia alguno: Estanislao Naranjo, Leonor de Bock, Benito Trujillano, Antonio Chaves Rendón, M^a José Puerto, Manuel Hijano, Ángeles Rodríguez, Antonio Muro, Fernando Navarrete, Cristóbal Orellana, Miguel Cano y Ricardo Morgado. Nuestra gratitud también a Soledad Calahuche Zamudio, jefa del Servicio de Patrimonio, Archivo y Biblioteca del Ayuntamiento de Isla Cristina, por la colaboración prestada para culminar esta investigación contando con fondos documentales y material bibliográfico de dicha localidad. Del mismo modo, a la archivera de Jerez, Eulalia del Rosario Barea Gutiérrez, por sus apuntes con la transcripción.

A todos ellos, nuestra gratitud, extensiva también a quienes mostraron su interés y aliento para la culminación de este estudio. En cualquier caso, las imprecisiones o ausencias que pudieran encontrarse son siempre responsabilidad exclusiva de los autores.

Un último apunte nos invita a expresar nuestra gratitud hacia la Fundación Centro de Estudios Andaluces de la Junta de Andalucía, por la confianza que ha depositado en estos investigadores, concretada a través de la propuesta de colaboración que presentamos en su día para elaborar este trabajo.

Diciembre de 2022
45º aniversario del primer *Día de Andalucía (4-XII-1977)*

Norberto Ruiz Rodríguez y Manuel Ruiz Romero

2. Nueve años en Isla Cristina

La presencia del andalucista en el municipio onubense enmarca el contexto histórico y vivencial de los años durante los cuales se redacta el relato del zorro Dimas. Se trata de un periodo muy concreto de la biografía del andalucista sobre el que poseemos escasas fuentes historiográficas. Las referencias que existen son puntuales o tangenciales. En muchos casos, testimonios de quienes le conocieron u oyeron hablar de él, algunos de los cuales —desenterrados en el contexto de intenso sexenio autonómico de Andalucía (1977-1982)— vinieron a cotizar al municipio tanto en la ruta infantiana como a la hora de redoblar desde el imaginario colectivo la importancia contemporánea de la figura infantiana de cara a la conquista de un autogobierno que no permitió la sublevación ilegítima del 18 de julio de 1936.

El tramo cronológico de su biografía isleña, particularmente, pues, viene subrayado por sus viajes y por la deriva que suponen a la hora de configurar el pensamiento infantiano. Visita la tumba de Al Motamid y su esposa Itimid en Agmat (Marruecos) en 1924 y recorre parte de la Costa de la Muerte gallega durante 1927 o, quizás, 1929, como comentaremos. Promueve en Silves (Portugal), ciudad donde se educa el citado rey poeta de la taifa sevillana y último monarca abadí, el homenaje que cree le corresponde. Los escritos que pueden derivarse de esas experiencias son los que han venido a marcar el periodo y ofrecen una tupida personalidad a esos años. En ese marco, conoceremos a través del relato de Dimas (1927) al Infante más espiritual y, a su vez, más afectuoso. El texto analizado es, sin duda, el texto más cariñoso, además de filosófico, de los que nacen de la pluma de Infante. Pero vayamos por partes.

La primera de las interrogantes a despejar es el porqué de la presencia de Infante en el municipio costero onubense. Buena parte de las biografías clásicas insisten en asociar la presencia del andalucista en Isla Cristina al triunfo del golpe militar de Primo de Rivera y al cierre de los Centros Andaluces; o bien, incluso, omitir directamente dicha etapa de su biografía en beneficio, como hemos anotado, de la significación de sus viajes y las impresiones de los mismos a la hora de construir su doctrina. En este panorama, corresponde al recordado profesor Lacomba centrar con acierto el interrogante, aunque sin llegar a documentarlo ni datarlo en el tiempo: «Permutó

entonces su notaría de Cantillana por la de Isla Cristina»¹. Y es cierto: tenemos escasa información del Blas Infante notario, del profesional². Por otra parte, el ejercicio laboral es algo que no ocupa una excesiva atención en la obra y vida de Infante. Más bien, lo percibe como un mero vehículo para su propia subsistencia y la de su familia. Tal y como dejara escrito, es una actividad profesional que «dejaba mucho tiempo para investigar». Eso justifica que no exalte ni convierta su funcionariado en el punto central de su existencia, renunciando, además, a todo alarde público por el recato y la humildad que caracterizaron su personalidad.

Es verdad que la normativa en torno al protocolo notarial blindó el acceso público a toda su información hasta pasados los cien años, pero no es menos cierto que la faceta profesional ha ocupado escasas líneas en el amplio elenco de trabajos sobre la biografía del andalucista³. La propia pluma de Infante le otorga escasa importancia. A falta de estudios más concretos, los resultados al respecto son limitados. Nos permitimos aquí, pues, aportar algunos datos significativos y originales, que ayudan a descubrir dicho recorrido funcional.

Todo indica que antes de mostrar interés por la escala notarial Infante opositaría, o al menos se inscribirá, en las pruebas para la escala de funcionarios al servicio de la Administración: los abogados del Estado. A tenor de los datos localizados a la fecha de esta investigación, no tenemos pruebas fehacientes de que concurriese a las mismas. No obstante, el apunte es interesante, por cuanto denota un interés inicial por acceder a puestos laborales de la estructura del Estado de un modo previo a su

1 J. A. Lacomba Abellán, *Regionalismo y autonomía en la Andalucía contemporánea (1835-1936)*, Granada, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1988, p. 219. La citada obra, superada en muchos de sus extremos, resulta ser con seguridad y junto a los tres volúmenes biográficos de Iniesta Coullaut-Valera (*Toda su verdad*, 2000, 2003 y 2007), sumidos también en el mismo condicionante, las mejores síntesis en conjunto de la vida y obra del casareño.

Además de títulos aquí citados, todo el repertorio bibliográfico sobre el *Andalucismo Histórico* realizado por Ruiz Romero puede consultarse en la web de la Fundación Blas Infante, apartado recursos.

- 2 De hecho, solo Iniesta le dedica un capítulo en su primer volumen de su trilogía. Fundamentalmente, concretado en sus propias experiencias y comentarios del notario: sobre él mismo o bien centrado en su primer destino en Cantillana (E. Iniesta, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. I, Sevilla, Comares-Consejería de Relaciones con el Parlamento, 2000, pp. 72-79).
- 3 La Ley Orgánica del Notariado de 1862 reforzaba el carácter secreto de su protocolo, solo examinable por las partes interesadas con derecho adquirido y sin permitir el libre acceso. Una nueva norma de 1914 les otorga carácter de históricos una vez superen los cien años. Con la Ley de 1931 es cuando verdaderamente se permite el acceso de los investigadores una vez se crean los Archivos Históricos Provinciales como depositarios de la documentación notarial, aun con excepciones tipificadas para poder ser depositados en otras grandes ciudades.

conocida función como notario⁴. Es presumible que, una vez publicada la convocatoria de pruebas para la especialidad notarial, decidiera optar, como es demostrable, por la misma⁵.

Dicho esto, cabe reseñar que en promociones notariales anteriores a la sublevación de julio de 1936 existen algunos profesionales que, una vez aprobada la oposición, esperaban hasta alcanzar la edad mínima obligatoria para su función pública: 25 años. Es el caso de Blas Infante. Mientras que para opositar se exigía tener cumplidos veintitrés años, para ingresar en el Cuerpo del Notariado y tomar posesión de su destino, veinticinco. Dicho así, si el nacimiento del político tuvo lugar el 5 de julio de 1885, al aprobar tenía exactamente 24 años, por lo que espera un año y tres meses para el ejercicio de dicha profesión. De lo que sucede durante esos quince meses —entre julio de 1909 y octubre del siguiente año—, con la oposición aprobada y sin ejercer, tenemos

4 Documentamos su nombre en el número de orden 91 en la relación de los «oposidores a ingreso en él» [Cuerpo de Abogados del Estado], según convocatoria del pasado 5 de enero, se expresa (*Gaceta de Madrid*, 256, 13 de septiembre de 1907, p. 1083).

5 Reglamento del cuerpo de aspirantes al notariado de 28 de octubre de 1908 en la revista notarial *La Reforma*, 175, 2 de noviembre de 1908. Conocemos por la misma publicación que es admitido a las oposiciones a notaría ocupando el número 373 en el orden de aspirantes y de actuación, sobre un total de 633 opositores (*La Reforma*, 190, 15 de febrero de 1909, p. 84). Conocemos, además, que aprueba su primer ejercicio con una puntuación de 295, ocupando el puesto 82 de la lista final según los resultados, una vez que el número uno alcanza los 416 puntos (*La Reforma*, 208, 21 de junio de 1909, p. 308). Aprueba el ejercicio segundo ocupando el número 374, con 146 puntos (*La Reforma*, 374, 12 de julio de 1909, p. 345).

Finalmente, Infante aparece entre la relación de aspirantes aprobados «con derecho a plaza» en el número 71 del total de 158 (*Gaceta de Madrid*, 196, 15 de julio de 1909, p. 113, y también en *La Reforma*, 212, 19 de julio de 1909). Allí figuran en dicho listado 158 personas, todos varones, como «aspirantes a Notarías de tercera clase». Por último, su nombramiento como notario en Cantillana se adjudicaría por el mismo orden de la puntuación que obtiene para la plaza (*La Reforma*, 278, 24 de octubre de 1910, p. 447 y *Gaceta de Madrid*, 338, 4 de diciembre de 1910, p. 452). Consta en la citada revista que venimos citando su adhesión a la Asociación General del Notariado (núm. 361, 27 de mayo de 1912, p. 254) y su vinculación a diferentes iniciativas de carácter corporativo: donación a viuda e hijos de Francisco Escosura (núm. 504, 24 de febrero de 1917, p. 7), adhesión a la muestra de García Alejalde [¿Evaristo?] (núm. 328, 9 de octubre de 1911, p. 9) o iniciativas para la mejora de los profesionales y sus funciones (núm. 503, 17 de febrero de 1915, p. 90; núm. 330, 23 de octubre de 1911, p. 416, o núm. 291, 23 de enero de 1911, p. 31).

escasa información⁶. Es cierto también que, alcanzada la plaza, Infante necesita pedir excedencia para concurrir a diferentes convocatorias electorales. En concreto, a la de 1919, y tanto por Gaucín (Málaga) como por Sevilla⁷.

Anotado este inciso y regresando al tema que nos trae a colación, la *Gaceta de Madrid* anunciaría la aceptación de la permuta entre los notarios de Isla Cristina y Cantillana: Manuel Arévalo Carrasco y Blas Infante, respectivamente⁸. Es decir, a principios de julio de 1922, se le concede oficialmente al andalucista un nuevo destino en el citado municipio de la costa occidental de Huelva. Exactamente, el 9 de julio de ese año. Podría tratarse de un simple traslado profesional; sin embargo, la necesidad de profundizar en la biografía de Infante invita a indagar un poco más por ese cambio desde un municipio agrario en la Vega Alta del Guadalquivir, lindando con las estribaciones de Sierra Morena, a otro costero, entre esteros y caños, vinculado a la actividad almadrabra y conservera. Cuanto menos, se presenta un buen interrogante para explicar las razones personales que empujan a la mudanza familiar y al traslado profesional. Recordemos: desde octubre de 1910 destinado a Cantillana, casado en Peñaflor con Angustias García Parias el 17 de febrero de 1919, situado su despacho profesional una vez fijada su residencia familiar en Sevilla, más concretamente, en la calle San Pedro Mártir, 15.

Verdaderamente, ¿qué motivó esa ida a Isla Cristina? ¿Añoranza del mar de su Casares? ¿Cambio de escenario geográfico y social? Hasta ahora, las biografías más rigurosas del notario se limitaban a constatar la duda superando exitosamente las visiones tópicas aludidas que centran su atención sobre las experiencias viajeras. Limitándose

6 Las oposiciones a Notaría son convocadas por la Dirección General de los Registros Civil y de la Propiedad y del Notariado con fecha 28 de octubre de 1908. Entre los requisitos contemplados, el segundo punto de estos señala tal condición: «Haber cumplido la edad de veintitrés años».

7 Aparece también su nombre a propósito de la excedencia concedida por el Ministerio de Gracia y Justicia a propuesta de la Dirección General de los Registros y del Notariado, para ausentarse de su residencia con fines electorales al haber sido proclamado candidato por la circunscripción de Sevilla (*Gaceta de Madrid*, 175, 24 de junio de 1919, p. 1065).

Sobre ambas candidaturas: M. Hijano del Río, «Las elecciones generales de 1919: nuevos datos sobre la candidatura de Blas Infante y el bloque Democracia Andaluza», en T. Gutier (Coord.), *1919, un año clave para Andalucía*, Cádiz, CEHA, 2019, pp. 85-106; del mismo autor, «Desde la Asamblea de Ronda de 1918 al Andalucismo Histórico para el siglo XXI: el debate continúa», en M. Delgado Cabeza (Coord.), *Andalucismo Histórico. Cien años de la Asamblea de Ronda*, Córdoba, Almuzara, 2021, pp. 199-231.

8 Así consta entre las resoluciones aprobadas por el Ministerio de Gracia y Justicia sobre Notariado entre el 1 de enero y el 15 de mayo. En concreto, figura la permuta como adoptada entre el 16 al 31 de mayo, ambas fechas inclusive, para ambos solicitantes (*Gaceta de Madrid*, 153, 2 de junio de 1922, p. 822). No obstante, en ese mismo medio oficial (núm. 69, 10 de marzo de 1922, p. 1069) se publica el nombre de Infante con el puesto número 58 como solicitante admitido «a las oposiciones entre Notarios», convocadas en esas mismas páginas con fecha del 25 de enero.

pues a plantear la incertidumbre por dicho traslado. Descartando, como explicación infundada, tal y como se ha llegado a escribir, estar «desmoralizado y temiendo represalias en Sevilla». A ello contribuye todavía más la circunstancia por la que durante los primeros años tras su casamiento y en Isla, Infante abre despacho en Madrid, sucediéndose diferentes idas y venidas a dicha capital. Todo apunta, y esta es nuestra hipótesis, que la presencia en el municipio costero responde, fundamentalmente, a un intento por marcar distancia entre su propio ámbito doméstico y los ascendentes de su esposa: los terratenientes Parias. No es descartable esta necesidad de mayor autonomía familiar frente a lo que pudiera ser una influencia que no beneficiaba el equilibrio de la pareja y la actividad pública de un notario anticaciquil⁹.

Las sabidas condiciones del rápido noviazgo y su posterior casamiento siembran más dudas; además de por lo reservado y su intempestiva hora (dos de la madrugada), por el atípico lugar de su celebración en la capilla privada del domicilio de los padres de su esposa. Cuestiones que centran la explicación dentro de la esfera doméstica. No es que Infante adivinara la proximidad del golpe militar en 1923, sino que, en buena medida, dejaba atrás un agudo periodo de labor propagandística y, aparentemente, renunciaba a continuar la misma con igual intensidad en beneficio de un relevante cambio de aires que, entre otras cosas, le aleja del eje Sevilla-Córdoba por el que había transitado su vida pública durante años anteriores. Es más, nos invaden no pocas dudas sobre cómo Infante hubiese seguido manteniendo el liderazgo de su movimiento desde dicho extremo occidental andaluz, a siete kilómetros de la frontera lusa, o bien, si se trataba de un acto voluntario de renuncia a una ingente actividad social y política en beneficio de un relajado retiro más profesional, por otra parte, más tarde inevitable por mor de la asonada del jerezano Primo de Rivera. Dicho de otra manera, y como pregunta retórica al margen de toda lógica historiográfica: de no haber existido la sublevación golpista, ¿cómo se las hubiese apañado el político para seguir manteniendo una presencia pública desde ese extremo de Andalucía? ¿Sería quizá su nueva residencia un novedoso y atrevido reto expansivo al que quería llevar su movimiento? ¿Estaba poniendo a prueba la solidez organizativa y los ideales en quien había sido su entorno humano

9 De hecho, la vivienda donde la pareja reside es un «edificio propiedad de la madre de su mujer» (J. L. Ortiz de Lanzagorta, *Blas Infante. Vida y muerte de un hombre andaluz*, Sevilla, Fernández Narbona, 1979, p. 184).

Incluso pudiese ser que dicho traslado profesional —y eso es solo mera intuición nuestra sin más fundamento documental— estuviese apoyado por alguna recomendación sanitaria en búsqueda de un mayor descanso. Lo señala Ortiz de Lanzagorta en su citado libro, calificándolo de «prolongada esterilidad psicológica de la pareja»: «Que sepamos, ni hubo tratamiento médico ni consulta ginecológica que nos haga sospechar otro tipo de causas retrasando la deseada paternidad» (p. 199). Aunque, dicho sea de paso, tampoco hay dato alguno para que su nuevo destino se deba a dicha causa, ni, necesariamente, a dicha especialidad sanitaria.

más inmediato durante los últimos años? ¿Necesitaba Infante cierto retiro para reafirmarse y tomar nuevo impulso sobre sus convicciones? ¿Hasta qué punto la narración sobre Dimas representa un ejemplo de la síntesis personal que ahora buscaba?

Los interrogantes a que pudieran dar lugar el hecho se agudizan cuando hemos documentado por vez primera que Infante, en la Asamblea de Córdoba de marzo de 1919, anuncia en su última sesión que «en breve plazo, concluida ya su labor, volverá a sus estudios en la soledad de una Biblioteca (sic)». Dicho comentario, aireado por el semanario *El Regionalista*, viene motivado por los interrogantes que arroja, en paralelo a las felicitaciones recibidas por los resultados en dicho foro¹⁰. Es allí donde el andalucista explicita sus intenciones de apartarse de la primera línea política, porque el movimiento atraviesa un instante crítico. El propósito del notario es que la dinámica grupal del mismo sea independiente de su persona, algo que denota su escaso carácter protagonista y su clara voluntad de conformar un movimiento amplio y transversal que supere la mera significación individual. Para Infante, el andalucismo no puede ni debe estar subyugado al liderazgo de nadie: mucho menos a él. La casualidad del destino parece que le facilita un retiro que añora, aunque todo indica que, por los datos inéditos que aportamos, el hecho adquiere ahora una significación bien distinta en su biografía, apartarse voluntariamente de la cabecera del movimiento andalucista, como vamos a relatar.

La citada cabecera, editada por el Centro Andaluz de Sevilla, recoge literalmente comentarios del protagonista: «El Regionalismo Andaluz, nos ha dicho, es ya una fuerza organizada y con arraigo suficiente para perdurar a través de todos los obstáculos, salvando a Andalucía y España». Citando la última «acometida del arribismo ha fracasado completamente», en clara referencia a la intencionalidad sucursalista de Cambó para con el movimiento andaluz, las palabras del notario describen un panorama optimista sobre el futuro inmediato de los centros regionalistas: «nuestras organizaciones podrán proseguir tranquilamente su generosa labor, libres de desasosiegos», en la medida que ante próximas convocatorias electorales las entidades andalucistas tendrán «ocasión de intervenir más directamente». Infante había pasado antes de dirigir la Junta Directiva a presidir honoríficamente la entidad. No obstante, precisado ese escenario, Infante nos aporta convicciones más personales que le invitan a dar un paso al lado para que la dinámica del andalucismo no recaiga sobre una sola persona y adquiera una significación más colectiva. Aceptando que le han conmovido «profundamente algunas» de las cartas recibidas en la sede de la publicación, «pues ni yo he hecho nada ni merezco nada», concreta sus razones: «En realidad, yo ya nada tengo

10 «Después de la Asamblea de Córdoba», *El Regionalista. Defensor de los Intereses Autonómicos de Andalucía*, (73), 19 de abril de 1919, p. 3.

que hacer aquí (...) En el Cuadro de Honor (sic) de los que lucharon por el renacimiento de Andalucía, mi nombre es el menos importante». Dicho lo cual, apunta, «esperaré a que la situación general se despeje (...) pasen los instantes de peligros (...) y retiro con gusto las palabras que pronuncié en la Asamblea, y me apresto a luchar con tanto o más entusiasmo que hasta aquí». Finaliza el comentario editorial congratulándose la publicación porque el «leader del regionalismo andaluz haya rectificado sus propósitos de aislamiento»¹¹.

Podría considerarse, además —un tanto prematuramente—, que el traslado profesional respondería a la búsqueda de un municipio con mayor densidad para el ejercicio notarial y, por tanto, de más categoría laboral o actividad para todo fedatario público. Objetivamente, la dinámica industrial de Isla Cristina supera la agrícola de Cantillana, así como también casi la duplica en población¹². Sin embargo, de primar esta interpretación economicista, poco comprende la permuta convenida entre ambos funcionarios a sabiendas del desclasamiento de Infante y de su conocida distancia con todo lo material. No parece, pues, que la dimensión retributiva fuese un elemento definitorio para comprender su marcha al nuevo destino. Incluso, aunque pudiese entenderse para buena parte de sus compañeros de profesión su interés por alcanzar un mayor estatus social dentro de su escala funcional, no sería este el ejemplo prioritario aplicable al andalucista por las razones antes comentadas.

De cualquier forma, insistimos sobre el hecho de que con tantas dificultades como lagunas aún, la etapa de aislamiento en lo político se completa con importantes interacciones y vivencias a lo largo del tramo cronológico isleño. No insistiremos, pues, sobre lo abordado por otros autores, pero sí, con ellos, nos acercaremos a las vivencias del notario en su nuevo destino profesional. Siempre a partir de datos conocidos hasta

11 Exactamente, sus palabras finales en el encuentro cordobés habían sido las siguientes: «El señor Infante.- Añade que ha cumplido su misión. El se propuso solo sembrar la semilla de la Nueva Andalucía (sic) y trabajar porque brotara el germen. El germen se desarrolla y el tallo está lleno de vida y calor. El no esperará a florear, otros campos de ideales le aguardan. Los que le acompañaron en esta santa empresa, velarán por el desarrollo de la obra y recogerán el fruto. La propaganda regionalista ha sido intensa en estos cinco años, que hemos conseguido crear una verdadera fuerza organizada, siendo tal la virtualidad de nuestros ideales, que, como ha sucedido últimamente, partidos nacionales como el republicano, se han declarado regionalista andaluz. Mi labor, pues, ha concluido. Antes de un año me encerraré otra vez en la soledad de mi cuarto de trabajo. Sin embargo, siempre tendré mi vida a disposición de Andalucía, si alguna vez necesita de este sacrificio. Cuidad de nuestra obra, pues es tal ya su importancia, que el arribismo de los vividores de la política aspira a manchar su radiante pureza, acechando ya para explotar nuestra creación, con miserables intereses inconfesables» («La Asamblea Regionalista de Córdoba», *El Regionalista. Defensor de los Intereses Autonómicos de Andalucía*, (70), 29 de marzo de 1919, p. 8).

12 Según la web oficial del Instituto Nacional de Estadística, Isla Cristina en 1920 contaba con 9.507 habitantes frente a los 5.718 vecinos que residían en Cantillana.

nuestro trabajo¹³. En todo caso, es constatable que nos encontramos con el periodo donde Infante deja menor rastro documental de sus actividades públicas, salvo lo que podemos utilizar como fuente historiográfica a partir de su propia pluma. No es ocioso, pues, demandar mayor atención investigadora aquí hacia los periodos, tanto de Isla Cristina como durante sus estancias en Madrid.

Citará Iniesta la comunicación de su nuevo domicilio en el municipio costero al Colegio de Abogados de Sevilla para el 11 de diciembre de 1922, por lo que seis meses distan desde el nombramiento de su plaza hasta la confirmación de su traslado¹⁴. Sin embargo, el semanario local acredita la presencia de Infante en Isla Cristina impartiendo antes una conferencia en el Salón Circo-Victoria. Concretamente, en octubre de 1921 bajo el título: «Concepto verdadero de Paternidad. Clave del problema español»¹⁵. Fue invitado por el alcalde, Román Pérez Romeu, personaje de profundas inquietudes culturales que, posteriormente a dicho cargo (1918-1927), será miembro de la Asamblea Nacional Consultiva de Primo de Rivera y presidente de la Diputación de Huelva¹⁶. No descartamos, pues, que aquella visita pudiese significar un encuentro inicial con la localidad y, presumiblemente, con su homólogo laboral en el municipio, con quien acordará la cómplice permuta. Igualmente, la primera reseña documentada de un texto por él suscrito se realiza en el periódico local *Argos*, donde publica las primeras entregas de un posible libro «en preparación» bajo

13 El periodo en su conjunto ha sido abordado sobre todo por los siguientes autores como una acumulación de nuevos datos al paso del tiempo (1979, 1988 y 2003, respectivamente) (J. L. Ortiz de Lanzagorta, *Blas Infante. Vida y...*, op. cit., pp. 194-200; J. A. Lacomba, *Regionalismo y autonomía...*, op. cit., pp. 200-222 y E. Iniesta, *Blas Infante. Toda su verdad...*, op. cit., pp. 151 y 164).

14 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad...*, op. cit., p. 152. El autor documenta el dato a pie de página (p. 372). Más concretamente, en el folio 32 del expediente personal abierto en 1913 por dicho Colegio de Abogados.

15 *La Higuera*, 9 y 16-X-1921, dichas referencias en pp. 2 y 3, respectivamente. Tras el breve inicial primer anuncio del acto, en la segunda noticia recogida en el decano onubense se relata un poco más el continente, que no el contenido, de la intervención del «prestigioso orador sevillano» en «escenario ricamente vestido de terciopelo granate» y un patio de butacas repleto «destacándose el sexo femenino». El conferenciante, tras ser presentado, se comenta que «tuvo párrafos magníficos» y «el público le ovacionó repetidas veces terminando a las doce y media de la noche».

Se adelantaba la noticia también presentándole como «jefe del partido regionalista andaluz» en la revista *Argos*, (42), 6 de septiembre de 1921, p. 3. Dicho semanario isleño expresa de forma más completa el título de la intervención de quien llama «letrado y elocuente orador sevillano, presidente del Centro Regionalista Andaluz». Tras la palabra «Paternidad», este diario sí que añade ahora: «clave del problema español». Es decir, no se refiere tanto a la cualidad del progenitor masculino, como a una reflexión política sobre lo que entiende es su concepto sobre una nueva España plural (*Argos*, (46), 9 de octubre de 1921, p. 5).

16 Sobre su figura: V. López Márquez, *Regreso a Isla Cristina. Biografía breve de D. Román Pérez Romeu, Hijo Predilecto de Isla Cristina y Alcalde Honorario Perpetuo*, Huelva, Asociación Cultural El Laúd de Isla Cristina, 2008.

formato teatral, versando sobre disquisiciones mitológicas: *Cicno*, subtulado como «Diálogo entre la tierra y el mar»¹⁷. Se cita también en la cabecera local el pésame por la muerte de su «venerable» padre, Luis Infante Andrade, en Madrid, ocurrida el 24 de febrero de 1923¹⁸.

En un primer momento se aloja en un hostel en la calle San Juan, número 17 (actual Serafín Romeu Portas) hasta marzo de 1923, fecha donde alquilará una vivienda en la calle Real, número 7 (actual calle Diego Pérez Pascual, n.º 7)¹⁹. Una vez instalado, comienza a colaborar con algunas cabeceras locales²⁰. Más tarde, desde su vivienda familiar y despacho en la calle Real número 9, poco a poco el notario fue integrándose en aquel municipio fundado por industriales conserveros de origen catalán.

Por los documentos inéditos hoy digitalizados y editados en la web del Centro de Estudios Andaluces conocemos su amplia relación con el mundo editorial a partir de las facturas que se conservan, ya sean en el plano profesional como en el personal.

17 Argos, (94), 4 de octubre de 1922, pp. 18 y 19.

18 *La Higuierita*, 4 de marzo de 1923. Publicación esta de la que era suscriptor el andalucista.

Al hilo de sus estancias en Madrid, hemos podido documentar la presencia de Infante junto a su hermano Ignacio «juez de instrucción y juez municipal de esta corte», como profesores de la academia «especial» Forum dedicada a preparar oposiciones de alumnos de Derecho. Con la sede en calle Fuencarral, número 162, primera planta, según dice la publicidad, la entidad formativa «viene a innovar el establecimiento de clases prácticas, que adiestran a sus alumnos en el ejercicio de la Abogacía, Judicatura o Notariado», con clases además para alumnos de Derecho. La empresa, reza el anuncio, además de impartir clases asistenciales, sirve los temarios por correo a opositores de provincias. Publicación que, para significar la calidad de las enseñanzas en dicho centro, reseña contar entre sus docentes como «inspector general de estudios al Excmo. Sr. Francisco Pego (¿Pogo?), Consejero Togado de Guerra y Marina y autor de varias obras de Jurisprudencia», según se dice (*El Heraldo de Madrid*, 4 de enero de 1926, p. 6).

19 R. Sanmartín Ledesma (Coord.), *Ruta de Blas Infante*, Málaga, CEHA, 2005, p. 59.

Existió una placa de cerámica en la fachada trasera del antiguo ayuntamiento patrocinada por Blas Infante, la cual desapareció con la demolición del antiguo edificio en 1960. Recientemente, el 25 de octubre de 2008, y con motivo de la clausura de las II Jornadas de Historia de la localidad, organizadas desde la Asociación Cultural El Laúd, se ha repuesto en la calle Armada Española, en el mismo solar, como espacio más próximo al antiguo edificio que daba a la calle Prado, donde debió localizarse. El texto, en color azul sobre fondo blanco, copia el mismo texto que las localizadas por algunos centros educativos de la capital hispalense patrocinadas por Antonio Ariza: «Niños; no privéis de la libertad a los pájaros: no los martiricéis y no les destruyáis sus nidos. Dios premia a los niños que protegen a los pájaros y la ley prohíbe que se les cace, se destruyan sus nidos y se les quiten sus crías». Bajo dicho azulejo se ha instalado además otro con el siguiente texto: «Reproducción del azulejo que D. Blas Infante donó durante los años que vivió en Isla Cristina (1922-1931)». Nuestro agradecimiento a los investigadores locales Agustín Ponce y Francisco González por la información aportada.

20 Así lo cita V. López Márquez, *Isla Cristina. Por los caminos de la Historia*, Huelva, Ayuntamiento de Isla Cristina, 2019, p. 229.

Como lector voraz, el notario estaba al día de las principales novedades editoriales. El amplio elenco de autores y temáticas que nos ha llegado inventariado de su biblioteca así lo demuestran. Cuestión ésta que también merecería un serio análisis de temática, autores y anotaciones realizadas por el ideólogo a la par de su lectura.

Conocemos también por el mismo repertorio digital citado la nota que Infante escribe desde Madrid solicitando como socio su adscripción al Ateneo Popular de Isla, recién llegado a la localidad. Es más, participa en su fundación a imagen del hispanolense²¹. Elogiará su labor mostrándose dispuesto al abono de su cuota: «Están Vds. desarrollando una obra verdaderamente salvadora y trascendental. Les envío un fraternal saludo y le ruego me inscriban entre los asociados de esa institución»²². Con posterioridad, se conserva circular de dicha entidad solicitando «en beneficio de los niños pobres (...) un donativo (...) juguetes, ropas, dulces o dinero con objeto de que en el Árbol de Noel y la Cabalgata de Reyes Magos (...) se ofrezca a los pequeños infantes».²³

Diversos hechos y personas vienen a testimoniar el particular amor por los animales de Infante en Isla. Cuestión por otra parte muy presente en la trayectoria del andalucismo de su mano y del médico Antonio Ariza, como veremos. Así, bajo el título «Pájaros y presos quieren libertad», el rotativo de Madrid se hace eco de la fiesta «de la libertad del pájaro». «Esos pequeños animalitos tan útiles a la agricultura y que los niños en su inocencia martirizan y los mayores, por caprichos decorativos, encierran»²⁴. Una iniciativa, se indica, obra del «publicista sevillano Blas Infante», junto al Ateneo Popular del municipio presidido por Jaime Casanova. Tras la lectura de trabajos realizados por escolares de la localidad y la suelta de algunas aves, se ob-

21 Un azulejo conmemorativo recuerda hoy el inmueble en la antigua avenida Ángel Pérez (popularmente, paseo peatonal Las Palmeras) como lugar que acogió la sede fundacional de dicho Ateneo el 10 de septiembre de 1926, según reza el texto de la misma: «contando con la participación de nuestro ilustre vecino Don Blas Infante».

22 Nota manuscrita de 25 de octubre de 1922 anotando bajo la firma, notaría de Isla Cristina y la calle Fuencarral 162 como contacto en Madrid. Este y el resto de documentos que citaremos, localizados en la web oficial de la entidad de la Consejería de Presidencia de la Junta de Andalucía (<https://centrodeestudiosandaluces.es/>), dentro del específico apartado documental sobre Blas Infante: <http://documentacion.centrodeestudiosandaluces.es/inicio/generico.php?voy=manuscritos.php>

23 Circular impresa firmada por Jaime Casanova Mirabent, en calidad de presidente del Ateneo, suscrita en noviembre de 1923. Su vinculación a la entidad se demuestra al ocupar la mesa presidencial junto al Presidente de la misma, durante una conferencia del periodista y ensayista Pedro González Blanco (1879-1961) sobre Cervantes (*La Higuera*, 21 de abril de 1924, p. 6).

24 «Ateneo Popular», *La Higuera*, 11 de noviembre de 1923, p. 1. Sobre el decano y centenario medio local isleño, A. Ponce Figuerío, *La Higuera, centenario de algo más que un periódico*, Madrid, edición y prólogo de Rafael López Ortega, 2022, 103 pp.

seguió a los chavales con una sesión de cine. Acaba el acto con una decisión notable y que iguala personas y animales en cuanto a una defensa a ultranza de la libertad para todo ser vivo sin distinción: «se acordó pedir la libertad de los presos leves por encontrar más propio de la fiesta pedir también la libertad del hombre»²⁵. El evento finaliza así convirtiéndose en un alegato subliminal a la ausencia de libertades a causa de la dictadura militar. Quizás también por la influencia del trato con Dimas —si es que las fechas anotadas en el cuento son ciertas—, Infante conformará, junto con el alcalde José Cabot, la Junta Local del Patronato de Animales y Plantas en el municipio, encargada de «afirmar las enseñanzas y prácticas de buen trato de los racionales a los irracionales»²⁶.

Conocemos también que en Ayamonte, en «el Álvarez Quintero» —(¿salones?, ¿los amigos de?)—, impartió Infante una «notable conferencia» el «literato» bajo un título lo bastante difuso para lo concreto de sus planteamientos. Discreto como para no llamar la atención de la censura y las autoridades que amparaban la sublevación de 1923: «Algo sobre Andalucía». Sobre él se precisa que es el «actual notario de esta Isla», de elocuencia y cultura sólidamente cimentadas, dirá el medio, recibiendo además de la «calurosa» ovación del público, la felicitación editorial del rotativo «conocedora de los méritos del admirado escritor»²⁷. A través de *La Veleta*, medio periodístico del vecino municipio de Ayamonte, conocemos algo más sobre el contenido de su conferencia. Una vez más, las referencias subrayan la oratoria del andalucista, a la vez que nos aportan algunos apuntes sobre su exposición: «comienza su conferencia con palabra fácil, tranquila y elocuente, haciendo un bello y elevado preámbulo dedicado a la mujer andaluza», para más tarde «esbozar su tema, sugestivo y profundo, cuyo desarrollo tiene párrafos, momentos, verdaderamente elocuentísimos y magistrales que cautivan la atención de todos». La charla, que durará hora y media, «fue una plena demostración de la vasta cultura del señor Infante», a quien se le tributa una entusiasta ovación final. La cabecera ayamontina mediante comentario editorial no duda en mostrar su sorpresa: «No conocíamos al señor Infante en su

25 Se anuncia el evento en *El Heraldo* (24 de octubre de 1923) y en *La Libertad* (25 de octubre de 1923). Su crónica en «Una fiesta simpática. Pájaros y presos quieren libertad», *El Heraldo*, 12 de diciembre de 1923, p. 3, edición de noche. Además, en *La Higuera*, 16 de diciembre de 1923, pp. 2 y 5. Donde se transcribe la totalidad del discurso pronunciado por el presidente del Ateneo Jaime Casanova. El rotativo isleño reproducirá además el trabajo presentado a la fiesta que fue leído por un niño («La fiesta de la libertad de los pájaros», *La Higuera*, 23 de diciembre de 1923, p. 2). Cabe citar que en la página ocho de la primera parte del manuscrito analizado se incide sobre esta cuestión: «hermanos atados en prisiones».

26 Anecdóticamente, en la relación de componentes de dicha junta se cita a Infante en primer lugar, por delante del alcalde, junto a una quincena de personas más («Animales y plantas», *La Higuera*, 23 de julio de 1928, p. 6).

27 «Ayamonte. Una conferencia», *La Higuera*, 27 de abril de 1925, p. 1.

cualidad y calidad de conferenciantes, mas hemos de declarar con gusto, que en nada ha desmerecido como tal en el alto concepto que de su personalidad teníamos como literato notable y periodista distinguido»²⁸.

De igual forma, la cabecera *La Libertad*, de Madrid, recoge entre sus páginas la existencia de una «Fiesta de la Mujer Andaluza» de la que es mantenedor Infante. Dato que no debe pasar desapercibido por cuanto la actividad tiene un estricto ámbito local, subrayándose la figura de quien respalda el acto. Organizada por el Ateneo Popular, el notario, se dice, «leyó notable trabajo elogiando a la mujer andaluza». Una celebración que contó con mujeres «vestidas con trajes típicos regionales» representando a España y las ocho provincias andaluzas²⁹. Ahora bien, no se trata de un concurso de belleza de los que también existían por esa época³⁰. La celebración, se dice, es «consecuencia de la Fiesta de la Raza (...) aplicada a la región andaluza» y cuenta con el «culto literato e ilustre escritor (...) caballero que atendió a nuestro requerimiento (...) prestándose a cooperar en nuestra obra». La prensa local pondrá mayor énfasis en poner de «relieve las dotes de oratoria y vasta cultura (...) sería —a más de arduo— motivo para herir su susceptibilidad y por ello nos abstenemos de ello, pero baste decir que constituye un prestigio nacional y por eso significa un triunfo para el Ateneo Popular que Blas Infante sea su mantenedor»³¹. Posteriores comentarios previos a la consumación del festejo, refuerzan la gratitud hacia una colaboración la cual parece vital y que, como apuntábamos, no hemos logrado documentar: «Es Blas Infante el enviado para que el Ateneo Popular de Isla Cristina prospere y se engrandezca como se merece»³².

28 «Una conferencia», *La Veleta*, 28 de abril de 1925. El apunte nos lleva a considerar la necesidad de rastrear entre la prensa de la comarca la influencia del andalucista.

29 «Una fiesta de la Mujer Andaluza», *La Libertad*, 25 de octubre de 1923. El feminismo, entendido como conquista de los derechos de la mujer en igualdad al hombre, representa una constante histórica desde la Constitución de Antequera, donde ya se le reclamaba el derecho a voto cincuenta años antes de la Constitución de 1931. Es una temática que resulta recurrente y paralela a otros elementos de la doctrina andalucista, explicitadas mediante manifiestos y publicaciones andalucistas. Sin embargo, un solo trabajo ha abordado una cuestión tan importante como actual, que debe ser tratada con mayor profundidad: J. Castejón Fernández, «Feminismo andalucista», en *Actas del IX Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2001, pp. 521-530. Fotografía del acto en *La Higuera*, 4 de noviembre de 1923, p. 1.

30 Es el caso de otros actos así considerados, realizados en la localidad (*La Higuera*, 14 y 18 de febrero de 1929, p.1; 4, 18 y 25 de marzo de 1929; o bien 6, 15, 20 y 27 de marzo de 1933). Ocurre igual con su ausencia en aquellas Fiestas del Árbol, donde suele presidir un militar (*La Higuera*, 11 y 18 de febrero de 1929, así como 19 de marzo de 1926).

31 «La Fiesta de la Mujer Andaluza», *La Higuera*, 14 de octubre de 1923, p. 1.

32 «La Fiesta de la Mujer Andaluza. Don Blas Infante mantenedor», *La Higuera*, 20 de octubre de 1923, p. 1.

Celebrado el acto el 22 de octubre de aquel 1923, a modo de crónica, el semanario no cesará en su halago hacia la intervención del notario. Por el relato difundido de su discurso, no solo pareció no dejar indiferente a nadie alejándose con sus palabras de una simple exaltación poética de la mujer o de su sabido protagonismo biológico para con la vida: «Diremos que el mago del templo se llama don Blas Infante, que el lunes pasado, con el poder extraordinario de su privilegiado cerebro, convirtió el circo en aula de universidad y sacudió recientemente nuestro intelecto un poco adocenado por el marasmo de una vida incolora, sepulcro de toda iniciativa que no lleva el marchamo del poder moderador, que aquí como en muchos sitios extiende sus complicadas redes interviniendo hasta el aire que se respira, y que hemos dado en llamar para el alivio de nuestra impotencia, circunstancia, medio ambiente y otras zarandajas por el estilo». Concluye el cronista afirmando que «Isla ha contraído una deuda con el ilustre mantenedor» para, a renglón seguido, mostrar cautela a la hora de proponer algún reconocimiento por una colaboración que, además de su discurso, desconocemos si pudo traducirse en otra forma de cooperación o patrocinio. Así, se dirá: «no ser yo quien proponga homenaje ni muestra alguna de agradecimiento. Está muy gastado; además de que los espíritus selectos desdeñan la bullanga». Finalmente, el propio columnista especula sobre los efectos que le producen las ideas comunicadas: «la mejor ofrenda que podemos ofrecerle es una introspección de nuestra conciencia, con el firme propósito de acotar en lo posible la enorme distancia intelectual que de él nos separa». «A este pueblo que, virtudes a un lado —sigue anotándose— consume sus energías en el zampuzo envilecedor o que intoxica su voluntad en el loco afán de convertir lo posible en utopía y ésta en realidad»³³.

Más recientemente en el tiempo, el recuerdo de su huella en Isla se ha dejado sentir. En el contexto del redescubrir a Infante, y a su movimiento como una de las características de la particular transición andaluza, cabe situar el testimonio ofrecido por Adrián Rodríguez por sus vivencias junto al notario durante el periodo isleño³⁴. El entonces joven había comenzado a colaborar en la notaría con quince años. En una entrevista, evocará su recuerdo con sensible gratitud —«como un segundo padre»— hacia aquel notario para el que había trabajado nueve años: «él pagó los gastos para que yo pudiera estudiar, porque le gustaba que todo el mundo estudiase, como decía, cada hombre debía pensar por su propia cabeza». Es más, nos ha legado un testimonio sobre algo que Infante realiza también repetidas veces a lo largo de su vida con su propio sueldo de funcionario al utilizarlo a modo de becas o ayuda familiar: «empezó a meter a muchos empleados, muchos de los cuales estaban con los brazos cruzados sin saber qué hacer y así se iban yendo por aburrimiento o porque les cogía el servicio...».

33 «La Fiesta de la Mujer Andaluza», *La Higuera*, 28 de octubre de 1923, p. 2.

34 «Nueve años al lado de Blas Infante», *Nueva Andalucía*, 5 de abril de 1977, p. 9.

Señala el testimonio de Adrián Rodríguez que le cogió el golpe del 18 de julio en Teruel realizando el servicio militar y por eso se libró de ser fusilado. Allí fue donde recibió la última carta de Infante, una persona que añora y «que daba gloria escucharle cuando nos íbamos a algún sitio y se ponía a hablar con sus amigos». De regreso a su pueblo, fue cuando se topa con la noticia de su asesinato: «no lo fusilaron por ser un asesino o por hacer cosas malas, sino todo lo contrario, aquello fue una auténtica injusticia».

Documentamos también, siempre gracias a la labor digitalizadora del Centro de Estudios Andaluces, correspondencia profesional o personal con sus compañeros andalucistas. Es el caso de Chico Ganga, uno de sus más estrechos colaboradores, que en abril de 1924 le escribe para mantenerlo al tanto de una de las reuniones de una Cámara (¿de inquilinos?). Le trasladará desde Sevilla un consejo de amigo para los primeros instantes de la dictadura, como premonición que la historia se encarga de demostrar: «Hace Vd. Bien en desistir de su proyectado viaje fuera de España; por la ley de gravitación los sucesos se precipitan³⁵; estas gentes se tienen que marchar y no les queda más recurso que entregar las riendas del poder a políticos confirmados en su descrédito como gobernantes y de la más extrema derecha; la decepción del país va ser asombrosa y lo más probable es que el tapón coronado salte por la fuerza de ebullición del líquido espiritual concentrado en el recipiente Nacional»³⁶. Como vamos a señalar más adelante, afortunadamente para el legado que los andaluces recibimos de Infante, no hizo mucho caso a su buen amigo. Al menos solo algunos meses, porque, para septiembre, ya le situamos en Marruecos tras las huellas de Al-Motamid.

Para entonces, Infante había mostrado taxativamente sus diferencias con la dictadura militar desde sus primeros momentos, rechazando tanto el uso de la fuerza para imponer cambios significativos en la sociedad y sus mentalidades como negándose a colaborar con la misma mediante «algún puesto». Por tres veces el notario niega esa colaboración por escrito en su carta al general Francisco Pogo; personaje castrense que parecía, a la vez que cercano, dispuesto a integrarle en la causa de la dictadura militar *primorriverista*. Quizás, sería una hipótesis no descartable, como representante gubernamental; bien como futuro destacado *upetista* de la provincia o del consistorio isleño en la medida que la dictadura suspende todo tipo de elecciones y nomina para

35 La ley de gravitación universal, formulada por Newton, se refiere a la interacción del efecto de la gravedad entre las masas de los cuerpos. La metáfora aquí señalada alude al ingente número de población que acabaría desengañada por el respaldo de la monarquía borbónica a la dictadura *primorriverista*. El descrédito de una y otra repelerá cualquier opción continuista y precipitó la llegada de la República, no tanto por los comicios municipales del 14 de abril, sino por la deriva de las movilizaciones en las calles y la acción institucional a partir del Pacto de San Sebastián.

36 Carta de Chico Ganga a Infante, fechada en Sevilla el 15 de abril de 1924.

las instituciones personas identificadas con dicho régimen. No obstante, no se resiste a darle explicaciones sobre lo que debiera ser una dictadura «pedagógica» en línea con las reflexiones de su libro con igual título: «Es un dicho ya vulgar pero ciertísimo, que la Naturaleza y la Historia, actuando sobre el plano de la Naturaleza, han impuesto en España la estructura federalista. Y quien vaya contra la naturaleza, por mucha fuerza con que cuente, es indudable que se estrellará».

La reflexión que el notario transmite al general denota cierto pesimismo. Expresa una franca desilusión por el momento político que atraviesa España y la regresión que la Dictadura militar supone con respecto a los ideales sociales y políticos que defiende. Asunto, por otra parte, ya expresado en algún apartado del cuento que analizamos, en el sentido de la aguda crítica ejercida contra las características de los españoles de forma genérica, sean del territorio que sea. Desde una indisimulada crispación, el andalucista diagnostica uno de los males que oculta la sociedad, reclamando a su vez una ley especial que defina y sancione «con penas severísimas, el caciquismo y la oligarquía, como crímenes de lesa patria»: «Todo español, está educado, y por tanto capacitado solo, para ser cacique. Ninguno para ser demócrata, aceptando con este rango, el de la molestia o el cuidado constante, que cuesta el ejercicio de toda soberanía. El cacique, el pícaro, es vivo, y reina sin contradicción en la conciencia de cada uno de los españoles. O pícaros o atunes (...) Los partidos políticos no han sido en España, más que bandas de pícaros, que vivían a costa de la imbecilidad de esos atunes, nutridas sus falanges por los pícaros, sin otro criterio de justicia que atender las demandas del otro vicio nacional: la medicación. Es preciso, pues, aterrar al cacique que vive en las conciencias de los españoles...»³⁷.

Es previsible que la actividad pública del notario en el municipio costero adquiriese al paso de los meses una relevancia más cultural e, incluso, benéfica. Sustancialmente más relajada respecto de su etapa anterior. Por sus años onubenses conoceremos más a la persona que al militante. Quienes ahora le rodean y valoran son gentes humildes y desconocidas, pero industriales salazoneros y profesionales liberales a su vez. Todos coinciden en su carisma y oratoria, así como en su definición como «intelectual» en una Andalucía que, en muchos casos, ni siquiera alcanzaba buena parte del pueblo a saber leer o escribir. Habitantes de un municipio que resultan ser ajenos, en muchos casos, a su propio movimiento; sin embargo, sus recursos personales le hacen rodearse de afecto y granjearse pronto la consideración desde muy diversos sectores sociales y

37 Carta mecanografiada de Infante a Francisco Pogo de cuatro folios, tratándolo como «Mi querido general». Fechada el 28 de septiembre de 1923. Dicho manuscrito se localiza bajo soporte digital en el repositorio documental de la Fundación Centro de Estudios Andaluces que venimos citando, es uno de los inéditos catalogados bajo la sistemática de Enrique Iniesta como ADZ, 13.

profesionales. Resulta curioso, paradójicamente, que hasta ahora no se haya localizado ningún documento de la mano del andalucista que aluda a los trabajadores de la pesca como jornaleros de la mar que son. Vivir en una población como Isla Cristina implica cercanía a las vivencias de las industrias salazoneras y pesqueras; realidad socioeconómica que, sin embargo, no es aludida entre sus escritos, aunque no por eso podemos interpretar que le dé la espalda. Del mismo modo, la importante presencia laboral femenina en la industria conservera, más allá de la exaltación a la mujer que hemos citado, es un importante segmento de población que no tiene presencia en la obra del andalucista.

Todo indica que, por su posición laboral y debido a la impronta de su carácter, el andalucista se ganaría en poco tiempo un puesto significativo en la limitada sociedad humana y asociativa de Isla. Distanciado de toda oficialidad, supo granjearse la simpatía de la gente de a pie que es a la que profesaba mayor interés. Infante no era un funcionario al uso y su personalidad supera su relevancia laboral³⁸. El ejercicio de su profesión, la llegada de sus primeras hijas, la limitada participación en actos sociales y culturales, su siempre omnipresente formación permanente y lecturas, sus visitas a Madrid... son dimensiones que ocupan buena parte de sus días durante su estancia en el industrial municipio. Hasta el punto de que algún que otro conocido, sin identificar por su firma, tendrá que llamarle la atención con cierta ironía: «Querido Blas: ¿Se ha vuelto usted a caer en un pozo? Hundido en esa bella Isla, hundido en quien sabe que pensares, no se acuerda de este amigo. Coja la pluma, moléstese, y escríbame contes-tando a mi última; además cuénteme qué hace»³⁹.

De otra parte, los años de Isla Cristina son además para Blas Infante un tiempo donde se acerca con mayor profundidad al estudio del esperanto como lengua. Tanto Ortiz de Lanzagorta como Antonio Muñoz o Enrique Iniesta ya apuntaron la inquietud del notario en dicha dirección, reproduciendo en sus respectivas obras carnés acreditativos de la «Universala Esperanto-Asocio», aún domiciliados en Madrid⁴⁰. No obstante, el

38 De hecho, el semanario local se hará eco de aspectos sobre su vida poco relacionados con su labor profesional («Enfermos. En Sevilla se encuentra enferma la señora madre política del notario de esta isla Blas Infante», *La Higuera*, 14 de julio de 1924).

39 La postal, con matasellos en Madrid y datada el 20 de marzo de 1926, la rubrica «Antonio» y va dirigida a la calle Real 9, como domicilio del notario.

40 En concreto del año 1922, en J. L. Ortiz de Lanzagorta, *Blas infante. Vida y muerte...*, op. cit., p. 355; A. Muñoz Sánchez, *Con razones de niños. Encuentros con Blas Infante*, Sevilla, Alfar, 1985, p. 123 y E. Iniesta, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, op. cit., pp. 133-137. Más exactamente, en el segundo de los trabajos que citamos se dedica un capítulo y se recurre de nuevo a su trabajo sobre los inéditos infantianos que venimos citando para señalar el nominado como AK como «recibo de su cuota de socio de 1923».

investigador Juan de Dios Montoto ha venido profundizando en una cuestión, sobre la que anotamos la posibilidad de que este acercamiento comenzase a producirse durante sus estancias y contactos con andalucistas cordobeses años antes, toda vez que Francisco Azorín, Rafael Castejón y Martínez de Arizala, Manuel Ruiz Maya y Eloy Vaquero, entre otros, figuraban entre los interesados y «propagandistas» del citado sistema de comunicación universal. Según Montoto, especialista en dicho acercamiento y partícipe en la difusión y en el uso de dicho movimiento, «aprendió Esperanto como resultado lógico de sus planteamientos filosóficos e ideológicos» como segunda lengua y no tanto como para eclipsar particularismos lingüísticos como el andaluz⁴¹. No en vano, como también explica, «el Esperanto sería esa lengua neutral que usada por el común de los pueblos dotaría de contenido a la palabra Humanidad»⁴².

Un reciente trabajo de Juan de Dios Montoto y José María Rodríguez ha profundizado sobre dicha vinculación esperantista: «Sobre si aprende el idioma Don Blas, o es mera curiosidad, hasta ahora contábamos con dos carnets, año 1922 y 1923 acreditativos de su afiliación a la asociación universal de Esperanto, y con catorce libros sobre esperantismo en su biblioteca, lo que hacía suponer que la respuesta es afirmativa»⁴³. Se viene acreditando, pues, dicha relación entre el andalucista y el movimiento lingüístico, a lo que añadimos nosotros que los tiempos de más relajación pública contribuirían a ello sin duda. Los años de Isla Cristina, sus viajes a Madrid y sus estancias en dicha capital reforzarían un interés con el que el ideólogo deja patente su concepto de humanidad. No se trata de una idea meramente interpretativa desde un punto de vista demográfico o geográfico como conjunto de seres humanos. La considera como una percepción interactiva, con escala desde lo plural a lo único, siempre bajo una aspiración solidaria y empática. Es decir, la búsqueda de características comunes y fraternales entre los humanos capaces de generar sentimientos de filantropía entre ellos.

41 Procede recordar en este punto cómo el andalucista intenta visualizar y defender el andaluz en algunos de sus textos. Es el caso del cuento sobre el perro *Preferio* y de algunos de sus inéditos rescatados por Enrique Iniesta (ACE 2, ADH 3 y ACR 84). Junto a otros autores, se topa con la dificultad de representar en el alfabeto castellano los sonidos propios de los andaluces. Llega a expresar la necesidad de que se elabore una ortografía propia para Andalucía una vez reclama sonidos singulares en la fonética andaluza provenientes del sustrato andalusí, tal y como defiende Menéndez Pelayo (nota 13 de su obra *El Ideal Andaluz*). Un interesante trabajo, compilando además otros autores y obras en andaluz: F. García Duarte, *La literatura en andaluz. La representación gráfica del andaluz en los textos literarios*, Barcelona, Carena, 2013, pp. 178-179.

42 J. de Dios Montoto de Sarriá, «Esperantismo en Blas Infante», comunicación mecanografiada e inédita al VI Congreso Andaluz de Esperanto, Jerez de la Frontera, 4 de diciembre de 1988, 9 pp. Nuestra gratitud al autor por facilitarnos dicho trabajo.

43 J. de Dios Montoto de Sarriá, y J. M^a. Rodríguez Hernández, «...y la humanidad. Blas Infante y el Esperanto», comunicación mecanografiada al XVII Congreso sobre el Andalucismo Histórico, Andújar, 2022 (en prensa).

Por estos años también, Infante, junto a andalucistas como Hermenegildo Casas, Francisco Chico Ganga o Gabriel González Taltabull, se adhiere a la Asamblea Nacional de la Liga Española de los Derechos del Hombre, a celebrar entre el 22 y el 25 febrero de aquel 1923. Dicha entidad, refundada en 1922 por Miguel de Unamuno y a la que pertenecen además numerosos representantes políticos e intelectuales, había sido creada para la defensa de los derechos humanos y las libertades a través de la formación de la ciudadanía en valores de diálogo, tolerancia y respeto⁴⁴. Los pilares de la teosofía siempre presentes: una fraternidad humana ajena a todo interés, el estudio del trono común presente en todas las religiones, y el conocimiento de los poderes que laten en una naturaleza y en el ser humano, donde nada es casual y todo representa un aprendizaje.

Como podemos comprobar, todas las inclinaciones y acercamientos del notario a distintos campos poseen coherencia y unidad con respecto a sus concepciones de la existencia y la finalidad de su noción de vida. En su humanismo no hay religión más elevada que la verdad y con ella una fraternidad de la que participan el resto de seres vivos. Como veremos, la narración que analizaremos más adelante no es una simple recreación literaria: esconde mucho más.

Superando todas estas ocupaciones referidas, siendo oportunas, de su estancia en Huelva prevalecerán en la biografía infantiana las vivencias de los viajes o las interacciones que tiene durante dicho periodo: Agmat, Silves y Galicia. Muy especialmente, el primero de ellos, como nos disponemos a relatar.

2.1. Agmat: regreso al pasado, vivencia presente

Conocemos la admiración de Infante hacia el andalusí por la obra que le había dedicado bajo formato teatral en 1920. Su libro *Motamid* recrea la tragedia del espíritu de una Andalucía librepensadora y viva, culta, pacífica, humanista y abogada de la libertad de conciencia. Como condensa Ruiz Lagos: «Andalucía es para Motamid, para Blas Infante, el ejemplo de la liberalidad y de la tolerancia, el punto más distante de los extremismos y del fanatismo (...) Blas Infante presenta al monarca como la encarnación del espíritu libre andalusí, frente a los intransigentes y puristas que reclaman para el

44 Se da la circunstancia que la delegación de Sevilla tenía de presidente a Pedro Vallina, como sabemos, estrecho amigo y colaborador del notario. Así consta en *España. Semanario de la vida nacional*, 13 de enero de 1923, pp. 15 y 16.

Islam el espíritu de Andalucía»⁴⁵. Su notable motivación, pues, le incita a realizar un viaje como peregrino a la tumba del rey-poeta; le empuja a rendirle homenaje en el mismo lugar donde reposan sus restos: la ciudad de Agmat, sita a treinta kilómetros al este de Marrakech, en pleno corazón del protectorado francés.

Un año después del triunfo del incruento golpe militar, Infante se convierte en el relator de su propio viaje. Es muy posible que tras la iniciativa de la visita se escondiera, además, un deseo de poner cierta distancia psicológica con el nuevo régimen autoritario y militarista implantado en España. Creemos un posible ejercicio de automotivación en esa búsqueda de las raíces más genuinas de Al-Andalus. Aquel peregrinar no fue un desplazamiento cualquiera. Representaba el encuentro con el Boabdil sevillano a modo de deuda moral contraída por un Infante, el cual, como representante de los nuevos andaluces de conciencia que significaba el movimiento andalucista, recompensase simbólicamente su difícil trance final de su exilio y prisión. Evitando resignarse al olvido, recuperando memoria colectiva y redimiendo circunstancias pretéritas. En modo alguno se trata de un viaje turístico o meramente cultural. La espiritualidad de Infante, esa que rezuma nuestro relato a partir de las vivencias con un zorro, representa una energía de la que se alimenta a través del homenaje que le rinde ante su tumba al escritor andalusí nacido en Beja (Portugal). Aquel fue un arriesgado viaje a un lugar para él energético, donde sanar y confortar el espíritu en unos tiempos difíciles donde necesitaba dicho remedio personal. Estamos convencidos de que la lectura y comprensión del cuento del zorro Dimas contribuye a descifrar la curación que el simbolismo representa para estimular su idealismo y la motivación en unos años complejos. Como veremos, la simplona identificación de esa visita mística con una supuesta conversión al islam del andalucista no solo devalúa lo que creemos es la trascendente altura que implica dicha búsqueda interior en su espiritualidad, sino que parece apuntar —paradójicamente— una complicada manera de vincularse a dicha creencia a tantos kilómetros del hogar. Nunca expresa tal cuestión Infante en ninguno de sus escritos, y ahí mostramos el reto.

Es de suponer que emprender aquel viaje en soledad no tuvo que hacer mucha gracia a su esposa, una vez asentada en su nuevo domicilio isleño. Deseaba, como hemos advertido, marcar distancias con la familia de quien era su mujer. Dicho esto, solo podemos interpretar sus viajes como estímulos personales y espirituales amén de la notable sensibilidad interior que le motiva, en tiempos convulsos, a seguir teniendo gestos significativos y gratificantes a la hora de reforzar y profundizar en sus convic-

45 B. Infante, *Motamid. Ultimo Rey de Sevilla*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983, pp. 8 y 9 del prólogo de Manuel Ruiz Lagos.

ciones y vida interior. Implican episodios íntimos que superan su realidad doméstica y profesional, además de la política y social. Bajo estas circunstancias, el andalucista inicia su viaje al norte de África vía Lisboa, capital donde tiene su domicilio como exiliado su íntimo amigo, el anarcosindicalista Pedro Vallina⁴⁶.

Las páginas anotadas en sus manuscritos, transcritas por Iniesta, sirven de apuntes para la crónica de su atrevimiento⁴⁷. Como hemos apuntado, no vamos a repetirnos en ese sentido: apostamos aquí por introducir hechos, análisis o intuiciones más originales. Sí corresponde ahondar en esa llamada invisible que atrae a un notario, dejar atrás su placentera realidad y tener la audacia de ahondar en soledad el territorio norteafricano para buscar el misterio de Andalucía personificado en la figura del poeta.

Su gesto de rebeldía personal le conecta con aquel desconocido lugar, imbuido por sugerentes motivaciones —presentes por personales y pasadas por históricas— a modo además de perdón y homenaje ante tanto intransigente pasado y presente. Ese reanudar peregrinaciones pasadas no es una mera evocación o recreación histórica. Más bien, el hecho, que en modo alguno debe suponerse plácido o seguro, es una deuda pendiente tanto con el celebrado como consigo mismo. Es la realización de una original promesa ante su conciencia, de cara a los suyos presentes y del pasado y, cómo no, ante su Ideal Andaluz. Infante, como Al-Motamid, se siente con la Dictadura un exiliado más de su tierra, por la ortodoxia militar imperante en términos políticos, como también imbuido en ciertas dosis de desencanto personal en términos sociales. Nos sugiere el tránsito motivado por unos años de desasosiego el cual intenta superar con un insólito viaje al pasado: intimista, espiritual y de profunda dimensión histórica. Está necesitado de motivación y marcha a beber a una de las fuentes que cree más sacia. Rememora, además, a los miles de andaluces moriscos que fueron forzados al destierro forzoso tras la conquista castellana: «El año 1924 me determiné a reanudar las peregrinaciones que nuestros padres hicieron durante algún tiempo a la tumba de uno de los hombres más representativos de nuestra tierra Abu-l-Qasin ibn Abbad, rey verdadero de Sevilla, Córdoba, Málaga y el Algarbe. El último peregrino ha sido un hijo de mi Serranía de Ronda, Aljatib, Ministro del Sultán de Granada, en el siglo XIV»⁴⁸. Precisamente, el epílogo de su obra teatral *Motamid, último rey de Sevilla*, escrita cuatro

46 Así lo evoca en sus Memorias: «...durante aquel verano [1924] estubo algunos días en Lisboa mi inolvidable amigo de Sevilla, Blas Infante y lo pasé en buena compañía» (P. Vallina Martínez, *Mis Memorias*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 2000, p. 216).

47 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, Granada, Consejería de Relaciones Institucionales-Atrio, 2003, pp. 205-246.

48 Manuscrito inédito AAX, pp. 64 y 65. Citado por E. Iniesta Coullaut-Valera, *Toda su verdad*, vol. II, *op. cit.*, p. 216.

años antes, describe en su epílogo un encuentro de peregrinos —también nombrados como penitentes— en el cementerio de Agmat, recreando en la descripción del mismo un espacio idealizado y una atmósfera relajada donde sitúa el diálogo entre personajes. Una acción, reza la obra, «desarrollada en la primera mitad del siglo XIV». Incluso llega a justificarla con las siguientes palabras: «Más de dos siglos ha; Sevilla ya es cristiana y Córdoba también, pero todo el Andalus le recuerda»⁴⁹.

Según señala el propio Infante de su puño y letra, llega a Agmat el 15 de septiembre de 1924. Lo hace de la mano de José Luis García Vidal, un joven catalán, comerciante de maderas para barriles vinícolas de Oporto, cuya instantánea testimonia la veracidad de su presencia con chaqueta y corbata ante la tumba, así como el reencuentro con unos supuestos descendientes lejanos del poeta⁵⁰. Había encontrado, además de un cómplice, un chófer que haría de traductor. Pudo así comunicarse, más allá de consigo mismo.

Dozy, en su obra clásica *Historia de los Musulmanes en España* (1861), libro localizado también en el inventario de la biblioteca de Infante, como no puede ser de otra forma, cita a «Motamid» una vez fallece «tras una larga enfermedad (1095) a la edad de cincuenta y cuatro años». Este estudio, precisamente, finaliza con su figura como

49 B. Infante, *Motamid. Ultimo Rey de Sevilla...*, pp. 159-185. La «advertencia» que realiza el notario al final de su teatro histórico explicita sus inspiración: «en la peregrinación a la tumba de Motamid llevada a cabo por Ibn-al-Khatib, hagib del rey de Granada, dos siglos y medio después de la muerte del príncipe abbadita». Es en esta nota aclaratoria al final de dicha obra donde consta la única dedicatoria que ofrece a su esposa en todas sus obras: «A María Angustias quien tuvo un vehemente deseo por ver publicado este libro. Ésta, y otras muchas efusiones de la vida del autor», escribirá Infante.

50 Aquel viaje debió consagrar una estrecha amistad entre ambos, hasta el punto de ser citado en su testamento como uno de los tutores de sus hijas caso de morir Angustias: «Si faltasen estos dos [su hermano Ignacio y su mujer Margarita García] serán tutores [de su única hija Luisa Ginesa entonces] por el orden que los nombro: Francisco Chico y Ganga, Rafael Ochoa y Vila y Francisco Fernández Ramirez, vecinos de Sevilla; Juan Sánchez Megías, Francisco Monedero Ruiz, notario de Sevilla y José Luis García Vidal, de Oporto». Así consta en su testamento abierto que Infante se realiza a sí mismo, núm. 103, copia del suscrito el 26 de febrero de 1930, protocolizado por la notario M^a Mercedes Álvarez Rodríguez, de Ayamonte (Huelva), el 26 de octubre de 2001.

Como testigos del acto, cita el protocolo notarial a tres personas de Isla Cristina: Joaquín Gómez Bastero, médico del municipio que atendió a su esposa en el parto de su hija María Luisa junto a la matrona, doña Dionisia Ibarra; Tomás Pérez Romeu, hermano de quien fuera alcalde —Román—, impulsor de la revista *Argos* y empresario salazonero; finalmente, Manuel Hernández Zapata, secretario judicial y empresario salazonero también. Padre este de quien será alcalde durante la etapa del franquismo, casado con Ramona, hermana de quien fue uno de los fundadores de *La Higuera*, Juan Bautista Rubio Zamorano. Nuestra gratitud a Francisco González Salgado por los datos aportados.

Como apunte, ninguno de los tres participan en el Comité Local de Unión Patriótica (*La Higuera*, 25 de enero de 1926).

símbolo de que tras su reinado, acaba toda una época de esplendor en al-Ándalus interrumpida por la invasión foránea e intolerante de almorávides y almohades. Acaba así la etapa del Califato, donde el rey poeta se convierte en uno de sus iconos. Tras el singular esplendor de las épocas tartésica, bética y califal, las invasiones integristas norteafricanas siembran un escenario inquisitorial e intolerante. Cabe señalar que Infante, cuando alude a su percepción de Al-Andalus, se refiere siempre a su estricto periodo califal así como a la taifa de los abadíes a la que pertenecía Al Motamid; la cual, junto a otras, formaron parte de la descomposición de aquel estado musulmán de capital cordobesa, proclamado por Abderramán III en el 929 una vez superada su etapa como emirato. Un tiempo, donde el Renacimiento tiene lugar antes en Andalucía que en Italia como consecuencia de una inédita heterodoxia, creativa y tolerante para su época.

El mentado arabista holandés culmina con su persona, más allá de su obra, el estudio de un periodo genuino en el que Andalucía es un importante baluarte cultural en Occidente. Curiosamente, la obra cita un hecho anotado por Infante en sus documentos y que concreta con acierto el matiz de su periplo: «El ex rey de Sevilla fue enterrado en el cementerio de Aghmat. Algún tiempo después, con ocasión de la fiesta de cesación del ayuno, el poeta andaluz Ibn-Abd-Azzamad dio siete veces la vuelta alrededor de su tumba, a ejemplo de los peregrinos que dan la vuelta a la Caaba; luego se arrodilló, besó la tierra que cubría los restos mortales de su bienhechor y recitó una elegía. Conmovida por su ejemplo, la multitud dio también la vuelta a la tumba a la manera de los peregrinos, lanzando gemidos»⁵¹.

Todo indica que esa peregrinación que rememora Infante comenzaría a ser una referencia cultural importante por lo que la presencia del andalucista se convierte además en un intento por perpetuar el citado rito: «Cerca de dos siglos y medio después, cuando la España musulmana, antes tan escéptica, hacía mucho tiempo que se había hecho devota, un peregrino, con su bordón y su rosario, recorría el territorio de Marruecos a fin de conversar con los piadosos cronistas y visitar los santos lugares. Este peregrino era el célebre Ibn-Al-Khatib, primer ministro del rey de Granada. Habiendo llegado a la pequeña ciudad de Aghmat, se dirigió al cementerio donde reposaban Motamid y su esposa, bajo un otero cubierto de loto. A la vista de estas dos tumbas, destrozadas por la vejez y el abandono, el visir granadino no pudo contener sus lágrimas» e improvisó versos⁵².

51 P. Dozy, Reinhart, *Historia de los Musulmanes de España. Tomo IV, los reyes de taifas*, Madrid, Turner, 1988, p. 223.

52 *Ibid.*, p. 227.

González Ferrín, por su parte, también alude en su *Historia General de Al Andalus* al rey de quien afirma que, como poeta y caudillo «ejemplifica en sí mismo a su tiempo» en la medida que tuvo en su corte al mejor círculo literario de la época. Incluso, citando la obra de Infante, le define como «emblema de un estereotipo autenticista andaluz»⁵³.

Es en esta liturgia retrospectiva, y a su vez introspectiva como inquietud interior, donde debemos inscribir el atrevimiento infantiano. Una búsqueda fuera de Andalucía de los símbolos más genuinos y característicos de esta tierra; un reencuentro simbólico con sus antepasados; una continuidad en el tiempo del recuerdo y deferencia que cree tiene y merece el poeta. Un viaje a una particular Meca aceptando el casareño desde otra faceta, lo que podríamos considerar como su destierro en pleno siglo XX. Un viaje místico, sagrado y liberador en plena dictadura, para el que abrirá todos los poros de su ser más espiritual, con objeto de empararse y regodearse de todo lo que de andalusí aún existía y existe en el norte de África. Solo desde este trance emergente repleto de entusiasmo y emociones puede entenderse la intuición de la que brotará su interés hacia el flamenco y la elaboración de su teoría, como vamos a comprobar. Parte de dicha sensibilidad —igualmente— se derrama entre las cuartillas del cuento que examinamos y explica la penetrante receptividad emocional que rezuma su experiencia con el animal.

Infante, como en su día Motamid, ni se identifican con la intolerancia de los conquistadores del norte ni con los invasores que provienen del sur. Es dicha complicidad lo que les une. Ambos son figuras empeñadas en una Andalucía distinta bajo el esplendor de su renacer cultural. El viaje para el notario significaba dejar atrás un mundo superfluo, dictatorial, de pensamiento único e intolerancia, para sumergirse en emociones y vivencias que le transportan a una realidad imaginada a la que aspira de la mano del rey andalusí. Tampoco debe escapar al lector lo arriesgado que significaría en aquellos tiempos cualquier simpatía que pudiera recordar o algún gesto que pudiese interpretarse como una velada apología del caudillo rifeño Abd el-Krim en un conflicto bélico con España que tanto dolor causó a muchas familias.

53 Escribe dicho autor: «Al margen del halo místico, Al-Motamid Ibn Abbad elevó a tal altura la prosperidad y sofisticación la taifa de Sevilla, que los excesos de elogios de sus poetas generarían —al decir de García Gómez— un verdadero subgénero poético como fue el de la manía a Sevilla» (E. González Ferrín, *Historia General de Al Andalus*, Córdoba, Almuzara, 2006, pp. 422 y 423).

Necesario es citar aquí un trabajo que recoge algunos apuntes de ese destierro a Agmat y del viaje de Infante; pero, sobre todo, es la crónica de la inauguración del actual morabito que la Junta de Andalucía construyó para la citada tumba. Es más, el autor, como reportero y protagonista también en visita semejante, establece un interesante paralelismo entre los reyes del destierro en el ayer y la problemática hoy de las migraciones en el Estrecho (A. Ramos Espejo, *Más lloraron los reyes andaluces*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 2000).

A la par de la defensa del rey poeta, Blas Infante realiza una encendida defensa de quien fuera su esposa: Itimad, reina de Sevilla. Siendo poetisa a su vez, la recuerda como mecenas y protectora de artistas en su época, proyectando su figura como ejemplo singular de las mujeres en el momento histórico de al-Ándalus, poniendo en valor el papel transformador y liberador de la mujer para la causa andalucista, animándola a la participación social y política. Tal y como señala la investigadora Cataño García, con dos objetivos: «El primero, como ejemplo para las mujeres del momento, de una de las andaluzas que contribuyó a la edificación de la magnífica cultura y civilización árabe en Andalucía (...) Y el segundo objetivo, para alentar la participación de las mujeres andaluzas en la causa andalucista». En definitiva, como sintetiza dicha profesora: «Se trata de un reconocimiento y un llamamiento en los años 30 de la aportación de la mujer a la política y a la sociedad en general»⁵⁴.

De hecho, Infante, en su obra teatral *Motamid, último Rey de Sevilla*, presenta la figura de la reina Itimad en segundo término, como Romaiquía, antes esclava de un viejo mercader. La describe allí de la siguiente manera: «Espíritu ingenuo, altamente poético y religioso; adora también la gloria. Diez años más joven que Motamid. Es hermosa y plena de gracia»⁵⁵. Su drama histórico-alegórico se divide en tres escenas de una gran carga esotérica simbólica dentro de ese interés pedagógico que rodea sus escritos. Los diálogos entre el rey y su esclava reina reflejan la profunda espiritualidad del notario, explicando la vida del rey poeta como un drama que ofrece su heterodoxia, en una idealizada escenificación, como una guía donde confluyen las fuerzas universales del bien y el mal. En el ejemplo, se proyecta sobre el pasado y presente —entonces— del pueblo andaluz, en medio de una exaltación amorosa y reflexiva⁵⁶.



54 E. Cataño García, *La imagen de Blas Infante y el andalucismo en la prensa española de la segunda República*, tesis doctoral inédita, Universidad de Sevilla, 2021, pp. 160-161.

55 B. Infante, *Motamid. Último Rey de Sevilla*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983, p. 13.

56 Sobre el papel de la mujer en el Andalucismo Histórico pueden consultarse: J. Castejón Fernández, «Feminismo andalucista», en *Actas del IX Congreso... op. cit.*, así como E. Cataño García, «La mujer andalucista del cambio. Luisa Garzón Casas», comunicación inédita al XVII Congreso sobre el Andalucismo Histórico, Fundación Blas Infante, Andújar, 2022. Este último trabajo persigue evidenciar los modelos por los que navegó el andalucismo de la Segunda República alentando y reconociendo el papel de la mujer andalucista como motor de cambio, prestando especial consideración a la figura de la joven andalucista Luisa Garzón, quien sería una activa militante del movimiento andalucista y la portavoz de la Agrupación Liberalista Feminista.

Dicha reminiscencia sobre la vida del poeta esconderá notables intuiciones en el ideólogo andalucista y que, al paso de los meses, intenta documentar y dar forma. Sus convicciones sobre el pasado andalusí se ven reforzadas, en tanto que, de regreso, se topa en Rabat con la sugerencia que le aporta oír una nuba. Lo cuenta en su libro, resultante de aquella experiencia. Será dicha composición musical andalusí la que hace brotar en nuestro protagonista una mayor y presente vinculación histórica y social entre ambas orillas del Estrecho de la mano del patrimonio inmaterial que significa el flamenco. La experiencia le hace centrar su atención sobre un mundo al que, con anterioridad, Infante no había prestado atención. Es más, como una significativa parte de la intelectualidad del momento, había sido despreciado, cuando no ignorado. Sin embargo, la aparición de aquella clarividencia le hace vincular su teoría social sobre al-Ándalus con un presente cultural aún vivo y en evolución. Hay un poso de aquella época que todavía pervive y se expresa, en este caso, a través de un formato musical popular que llega al presente de la mano de moriscos, y gitanos más tarde, sobre todo, enriquecido con otras influencias.

No deja de ser paradójico que tras visitar la tumba de un rey fallecido en el exilio, el andalucista se recree ahora en la continuidad presente de ciertas pautas vinculadas a un pasado todavía cotidiano. Cuestión que pone de relevancia cómo la influencia cultural de Andalucía ha desbordado sus propios límites geográficos para cruzar un Estrecho que, ahora, se nos presenta más ceñido que nunca. De esta forma, germina lo que será más tarde su tesis sobre la cuestión: *Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo*⁵⁷. En la polémica sobre el exclusivo origen gitano del flamenco Infante introduce a los moriscos como continuidad social de los andalusíes. Tras ellos, como minoría perseguida, el vínculo conecta con los jornaleros como depositarios de ese espíritu marginal pero reivindicativo a su vez. La impronta cultural donde la música es una expresión más no camina separada de la historia ni de la sociedad. No solo supera fronteras convencionales, sino que une cada vez y convierte la cercanía de las dos orillas en puente interactivo entre unas civilizaciones que todavía comparten un significativo legado. Otro atrevimiento más, en su discurso heterodoxo y alternativo para su época.

La hipótesis toma cuerpo a través del citado ensayo que, de la pluma de Infante, es fácil de suponer que sería un aldabonazo a la realidad flamenca de aquellos años. Su teoría supera la mera tradición popular o chabacana, como algunos también la califican. Cotizará a partir de ahora un divertimento de caciques al que atribuían

57 B. Infante, *Orígenes de lo flamenco y secretos del cante jondo*, Sevilla, Consejería de Cultura, 1980; edición del XXII Congreso de Arte Flamenco, Diputación-Ayuntamiento de Estepona, Málaga, 1994; (reed.) Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 2006; (reed.) Córdoba, Almuzara, 2022.

un nebuloso y diferente origen; distanciándose consecuentemente de pintorescas y simplonas interpretaciones que lo vinculan a los habitantes del conocido territorio belga como palabra homófona, o bien lo identificaban con el ave de igual nombre. Dicho de otra forma: había novedosos y sugerentes motivos para poner en valor el flamenco. Aunque la extranjerizante interpretación de su origen no era muy convincente, sin embargo, sería asumida con cierta resignación a la espera de nuevas teorías aclaratorias: «Yo soy de los que creo que el cante `flamenco´ no puede venir de Flandes, y digo esto porque aquellos moradores de Bélgica jamás han usado cánticos cadenciosos al capricho y estilo de estos que a son de palmas y guitarras dicen sus cuitas, exponen sus ideas o se lamentan de ser `un mar nasío´ (sic). Pero dejando a un lado la parte histórica vamos a dar por bueno que le llamen `flamenco´ a lo que sin ser de Flandes, se acepta como tal»⁵⁸.

Abordar en este estudio una importante cuestión como es «lo flamenco» nos llevaría a un nivel de concreción que ni es oportuno ni lo pretendemos, dentro de lo que es un capítulo introductorio referido a los años onubenses de Infante. A la amplia bibliografía sobre la cuestión nos remitimos⁵⁹. Sin embargo, parecen obligados unos breves apuntes sobre el tema para facilitar al lector pruebas de la intensidad de su propuesta y, sobre todo, justificar la atención que Infante le dedicaría al proyecto durante sus años en Isla Cristina.

Para profundizar en la cuestión y materializar su intuición, Infante estudiará armonía, algo de solfeo y hasta piano. Se rodeó de discos de pizarra de los principales artistas

58 «Del cante flamenco», firmado bajo el seudónimo de: 'El tío sin jindama' (*La Higuera*, 3 de noviembre de 1930, p. 1).

59 Para profundizar en dicha cuestión, véanse C. Cruces Roldán, «Orígenes de lo flamenco y secretos del cante hondo», en C. Cruces Roldán (Ed.), *La bibliografía flamenca, a debate*, Sevilla, Centro Andaluz de Flamenco, 1998, pp. 89-118; M. Herrera Rodas, «El flamenco y Blas Infante», en P. Ruiz-Berdejo Gutiérrez, *El Ideal Andaluz en el siglo XXI*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces-Fundación Blas Infante, 2010, pp. 81-92; A. Moreno Moreno, «Introducción a la obra *Orígenes de lo flamenco y Secretos del Cante Jondo de Blas Infante*», en *Actas del IX Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2001, pp. 271-286; J. Palomares Expósito, «La oscura raíz del grito. Blas Infante, Federico García Lorca y Rodolfo Gil Benumeya en torno al cante jondo», *La Madrugá. Revista de Investigación sobre el Flamenco*, (4), junio 2011, pp. 1-19; F. C. Ruiz Morales, «La obra flamenca de Blas Infante, hoy», en *Actas del XIII Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2010, pp. 211-221; M. Pérez Castro, «La era flamenca», en J. Córdoba y P. González, *Pensando en Andalucía. Una visión transdisciplinar*, Cádiz, Instituto de Jóvenes Investigadores/as sobre Temas Andaluces, 2020 (formato digital). Cabría citar aquí, además, a un estrecho compañero andalucista de Infante: Juan de la Plata, «Antonio Chacón Ferral (AN-CHA-FE), el primer flamencólogo jerezano», *Revista de Flamencología. Cátedra de Flamencología de Jerez de la Frontera*, (18), 2003, pp. 37-42 y como defensa de sus raíces andalusias, además de moriscas, gitanas y negras, la obra de A. M. Rodríguez Ramos, *Flamenco: arqueología de lo hondo*, Córdoba, Almuzara, 2018.

flamencos y se puso al día de lo editado en dicho campo estético⁶⁰. Se nutre de Falla y Lorca, y pone todo su empeño en demostrar esa intuición e introducirla en la agenda cultural e intelectual de aquellos años. Infante no es un teórico de despacho; pero ahora ejercerá como tal. Su propuesta trasladaba al ámbito político social algo que en muchos mentideros no se cotizaba, siendo considerado como un mero divertimento o tradición sin mayor valor que pasar un buen rato. La abstracción de una Andalucía pintoresca, intuitiva, espontánea y pasatiempo de señoritos se transforma de la mano del andalucista en una expresión liberadora, consciente, reivindicativa e imbricada en el esfuerzo para la recuperación de una historia social de Andalucía, denostada o marginada. De hecho, las publicaciones andalucistas otorgaron escasa atención a la temática y, cuando lo hacen, son críticos⁶¹.

Según su opinión, reforzada tras una investigación sin ligereza alguna, el flamenco es el cante del «labrador huido o expulsado», del «*fellahgmengu*» que ha sido desposeído de sus tierras por una conquista castellana cuando no perseguidos, marginados u obligados a exiliarse. Una ocupación, reparto y repoblación que explican la presencia de latifundios en Andalucía. La marginación y el destierro unirá a los pueblos perseguidos: judíos, gitanos, esclavos negros o moriscos. Infante apunta de esta forma al sector

60 El inventario de la biblioteca de Coria que nos ha llegado demuestra la presencia de un importante número de ejemplares (41 en total) dedicados al mundo del flamenco, tanto de autores españoles como extranjeros. Igualmente, entre sus manuscritos se conserva lo que pudo ser el prólogo a la obra *Arte y Artistas Flamencos*, publicada bajo la pluma de Fernando Rodríguez Gómez, El de Triana (1867-1940), editada en Madrid alrededor de 1935. La vinculación entre ambas ha sido comentada por Manuel Barrios en su prólogo a la primera edición de 1980 de *Orígenes de lo flamenco y secretos del cante jondo* (pp. 183-184). Al respecto, Iniesta apunta en su obra sobre los inéditos que el documento AEF es una primera redacción manuscrita, más tarde mecanográfica, de su prólogo, finalmente, no publicado.

Sobre los discos conservados: E. García Gallardo y H. Arredondo Pérez, «La música de la casa. La colección de discos de Blas Infante», en A. Egea Fernández-Montesinos (Coord.), *La casa de Blas Infante en Coria del Río*, Sevilla, Junta de Andalucía, 2004, pp. 127 y ss.

61 El profesor Hijano, en su trabajo sobre la revista *Andalucía*, anota cuatro referencias vinculadas al flamenco de un total de 1436 colaboraciones (0,2%); una sola en la revista *Córdoba*. M. Hijano del Río, *Índice bibliográfico de la revista «Andalucía» (1916-1920)*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1992 y *Estudio e índice bibliográfico de la revista «Córdoba» (1916-1917). Nuevas aportaciones al Andalicismo Histórico*, Almería, Círculo Rojo, 2023. Por nuestra parte, hemos documentado en el semanario *El Regionalista*, subtítulo *Defensor de los Intereses Autonómicos de Andalucía*, una sola colaboración de «Ramón de Flores» como seudónimo con el que firma Blas Infante, como comentaremos. Bajo el título «Arte Andaluz y Arte Gitano», en fecha 1 de mayo de 1918, es el mismo que el editado en *Andalucía* (núm. 11, abril de 1917, p. 12). El texto es un elogio a dos bailaoras sevillanas: al arte andaluz de Amalia Molina y al gitano de Pastora Imperio. No obstante, polemiza el triunfo de la gitanería de la segunda frente a la finura de la primera, en la medida, se dice, que «Andalucía es más gitana que andaluza». Criticando así el triunfo de una «gitanería» que entiende como la degeneración de una raza. De otra parte, en la cabecera *Andalucía*, «Ramón de Flores» tiene dos colaboraciones. La apuntada, junto a otra sobre la liberación de la mujer a la que aspira el andalucismo (núm. 14, 31 de julio de 1917).

popular/jornalero como ámbito donde aparece nuestra singularidad cultural citada, vinculándola a una acumulación de culturas y a hechos históricos. Extracción social y puesta en valor de la historia de Andalucía que el ideólogo andalucista considerará piezas fundamentales para su concepto de andaluz de conciencia, como sujeto político y protagonista primero de su Ideal. Hasta esos momentos, nadie había lanzado una teoría tan arriesgada. Máxime cuando se visualizan lazos culturales entre Andalucía y un Rif inmerso todavía en un conflicto bélico⁶².

Prueba de ese escepticismo para con su teoría vendría de mano de Rafael Cansino-Assens, estrecho colaborador de la prensa andalucista, quien, analizando en 1933 la obra *Andalucía, su comunismo libertario y su cante jondo*, de los ensayistas Carlos y Pedro Caba Landa, señala: «Otro tanto ocurre en la etimología árabe que el docto investigador de temas andaluces D. Blas Infante da a la palabra flamenco, derivándola del «fella mengu» (campesinos proscritos), que no sé si algún arabista podrá tomar en serio. La sola intuición tiene aquí más fuerza probante que todas las argumentaciones; la intuición, única luz posible en las densas tinieblas»⁶³.

De cualquier forma, algo debió suceder que nos explique la no publicación de este trabajo durante el tiempo que le resta de vida al ideólogo andalucista⁶⁴. De hecho, el manuscrito reposará hasta 1980, cuando es editado con prólogo de Manuel Barrios por la Junta de Andalucía durante su segundo Gobierno preautonómico. Situación que, en verdad, resulta contradictoria con respecto al ímpetu editor de otros años, así como ante la propia solvencia económica de la que, por cierto, nunca presumió Infante como profesional, siempre generoso con su movimiento y con quienes le rodearon. Dos hipótesis barajamos que pudieran explicar esta realidad. Por un lado, la precipitación del régimen republicano por el tránsito que significó 1930 con la denominada *dictablanda* de Berenguer; con ello, su atención a nuevos proyectos alrededor de la posibilidad de autogobierno, así como sobre su candidatura alternativa y heterodoxa en julio de 1931.

62 Esa vinculación más allá del flamenco, es lo que explica que en el programa de su candidatura de 1931 consta la siguiente aspiración dentro de su planteamiento confederal de la nueva España: «Que se delegue por el Poder Federal español, en el Estado Andaluz, el Protectorado de Marruecos y la relación con los pueblos con Oriente».

63 «Crítica literaria. La copla andaluza. Sus problemáticos orígenes», *La libertad*, 31 de diciembre de 1933, p. 7. La citada obra fue editada por la Biblioteca Atlántico de Madrid y reeditada en 1988 por la Universidad de Cádiz; más recientemente, en 2008, desde Sevilla por la editorial Renacimiento. Libro este por el que Pedro Caba será represaliado en 1953, siendo confinado en Zaragoza y prohibiéndosele toda actividad pública.

64 El investigador López Márquez apunta la posible relación de Infante con un cantaor gitano de la localidad isleña apodado *El Pajarito*, con quien profundizaría sus inquietudes flamencas. V. López Márquez, *Isla Cristina. Por los caminos de la Historia...*, op. cit., p. 231.

Por otro, la hipótesis de que su teoría fuese tan inédita y rupturista con respecto a las visiones románticas y tópicas comúnmente aceptadas, aconsejaría prudencia a la hora de que viera la luz. En el caso de haber sido editada, hubiera invitado a dedicarle un tiempo suficiente para su defensa y difusión, escenario al que no contribuyen los últimos y convulsos meses de la Dictadura. Conocemos, en este sentido, la defensa que el andalucista hace en algunos foros de sus teorías sobre el flamenco; como sabemos también la mofa con la que fueron acogidas las mismas por algún sector de la prensa⁶⁵.

No en vano, como vamos a comentar, las críticas sobre lo que algunos erróneamente entendían como acercamiento al islamismo aparecerán con motivo del homenaje en Silves, así como con las aspiraciones programáticas de su heterodoxa y alternativa Candidatura Revolucionaria Federal Republicana Andaluza en junio de 1931. No obstante, asistimos a un manido argumento, recurrente y falso, ayer y hoy, por parte de quienes confunden el reconocimiento cultural hacia Al-Andalus como foco civilizatorio en Occidente con el abrazo a la confesión musulmana.

Los escauceos literarios de Infante dan tanto de sí como relajación doméstica la etapa de Isla Cristina. Margen este que explica la aparición, al igual que nuestro Dimas, de diferentes manuscritos que ofrecen forma a un inacabado drama histórico: *Almanzor*⁶⁶. En este ejemplo, transcritos y estudiados lejos de Andalucía gracias —una vez más— a la digitalización del Centro de Estudios Andaluces. El profesor Esquerrá califica la obra como teatro histórico modernista de inspiración romántica idealizada al igual que su *Motamid*. Un total de 582 páginas de un boceto repleto de sugerentes referencias a al-Ándalus y Galicia, probablemente, como bien apunta Iniesta, anotadas tras el periplo gallego que comentaremos⁶⁷. En el escenario de Córdoba y relatando la incursión del militar y político andalusí hasta Santiago de Compostela, se ambienta la prosa del dramaturgo entre el alcázar, la mezquita y la catedral gótica gallega. Su divertimento recrea a través de diferentes pasajes y con rico lujo de detalles la vida en el al-Ándalus califal del siglo X entre descripciones ampulosas y retóricas mostrando el esplendor de un califato del que era caudillo. Si *Motamid* sufre a los intolerantes del sur, *Almanzor* resiste ante los que lo son desde el norte peninsular. Toda una reflexión sobre la conquista y práctica del poder a tra-

65 «Conferencia de don Blas Infante sobre el cante flamenco», *El Noticiero Sevillano*, 3 de abril de 1932 y día 9 del mismo mes y año, en el salón de actos de la Universidad y ante representantes de la organización estudiantil de la Federación Universitaria Escolar (FUE).

66 B. Infante, *Almanzor* (edición a cargo de Josep Esquerrà i Nonell), Kragujevac, Centar slobodarskih delatnosti (Serbia, Centro de Actividades Libertarias), 2012. J. Esquerrá Nonel, «Almanzor: drama histórico de Blas Infante», *Revista de Literatura*, vol. LXXVI, (151), 2014, pp. 199-220.

67 Según Iniesta corresponde con los inéditos AAZ, AEP, ADÑ y ADO; dedicándole un capítulo en su obra (E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, *op. cit.*, pp. 292-297).

vés de los ojos y las vivencias del héroe andalusí, aderezadas con conspiraciones e intrigas palaciegas rodeadas de vivencias guerreras y victoriosas. Un escenario idealizado donde el notario demuestra el avanzado conocimiento que posee de las artes andalusíes, a la vez que ofrece muestra de un pacifismo trascendental en su concepción de las relaciones.

Da muestra también de lo fructífero que es el periodo isleño la presencia de un conjunto de folios que el mismo Infante titula «Fundamentos de Andalucía». Manuscrito de 142 páginas, que el mismo notario data en «agosto de 1930» y que ve la luz en 1983 de la mano de Ruiz Lagos, dentro de lo que fue la conmemoración del primer centenario de la Constitución de Antequera (1883)⁶⁸. Contenidos de páginas interiores apuntan que su redacción penetra en los años de la República, en tanto es también una autocrítica sobre supuestos ideológicos comentados ahora bajo la luz del nuevo régimen, aun comenzando sus primeros apuntes en el municipio onubense. El trabajo describe la personalidad antropológica, histórica y cultural de Andalucía, amparado bajo una utopía universal en absoluto homogeneizante por genérica, entendiendo que el objetivo final no debe ser el asimilismo, sino una opción ética enriquecida por la diversidad como idea soberana de su utopía.

Carece de sentido abordar los contenidos de dicha obra, pero, a nuestro modo de ver, tras cuarenta años de aquella polémica transcripción, es necesario revisar la misma en la medida que los avances en la historiografía y las interpretaciones doctrinales infantianas han generados significativos avances y revisiones⁶⁹. Tal como se viene realizando y es pertinente, las obras de Infante deben ser periódicamente comentadas a tenor de los nuevos estudios que se continúan aportando.

2.2. Viajar y crear conciencia: Silves y Galicia

La impronta de su peregrinación a la tumba de Al-Motamid, como hemos observado, debió reforzar todavía más una admiración hacia dicha figura por parte del andalusista. Todo indica que su empeño para materializar un homenaje al rey poeta andalusí se redobla a partir de la visita a Agmat. Esto explicaría el decidido empuje del notario por dirigirse a todas las instancias que consideró oportunas, con objeto de rescatarle del olvido y poner en valor al poeta andalusí. Se justifica de esta forma el homenaje que,

68 B. Infante, *Fundamentos de Andalucía*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983. Según Iniesta, en su obra que venimos citando, corresponde su clasificación al conjunto de páginas conservadas bajo la denominación AAX.

69 La citada transcripción fue objeto de un vivo debate entre Iniesta y Ruiz Lagos. El primero acusaba la desaparición de al menos el 20 por ciento del contenido del manuscrito original, además del uso de una cierta corrección de estilo, la cual pasaba por eliminar las mayúsculas del texto, algo característico en la obra de Infante. Sobre el asunto, puede consultarse el diario *El País*, de 19 y 29 de febrero de 1984.

por su sola iniciativa personal, promueve en la ciudad que le vio crecer y en la que por cierto, hoy, tiene dedicada una hermosa plaza céntrica con su monumento. Así, la carta que le envía a Infante el cónsul de España en Faro el 17 de febrero de 1927, en respuesta a otra que el andalucista le había trasladado antes, reclamando su participación para el homenaje a Al-Motamid en Silves, en el Algarve portugués. Gonzalo Diéguez acepta la idea, solicitando además que le tenga informado de la marcha de las gestiones en tanto, recoge la carta, el homenaje estaba previsto el día 8 del mes siguiente de ese mismo año⁷⁰. Sin embargo, por razones que no hemos alcanzado a documentar —pero conocemos por sus propias palabras—, la conmemoración se retrasaría un año y medio. Incluso, pese a las «órdenes incondicionales» y la satisfacción por la iniciativa, con las que el citado diplomático español se pone a disposición de Infante. No tuvo que ser tarea fácil⁷¹.

En efecto, el 17 de noviembre de 1926 ya había sido presentado ante la Comisión Ejecutiva de la Cámara Municipal de Silves un oficio por parte de Pedro Paulo Mascarenhas Judice dando conocimiento de la idea impulsada por Infante para homenajear a Al-Mutamid. Contemplaba la posibilidad de otorgar su nombre a la entonces rua das Muralhas, así como instalar en algún lugar distinguido una lápida conmemorativa al respecto: «A comissão Administrativa da minha presidencia apreciou, com interesse, em sua sessão d'ontem, a brillante exposição de V. Ex. acerca da ideia maniestada pelo ilustre advogado espanhol, Dr. D. Blas Infante, de prestar homenagen a Al-Motamid, poeta e político

70 El texto ha sido comentado por Hijano del Río en la web de la Fundación Blas Infante. El documento sito en el repositorio digital de Blas Infante que venimos citando en el Centro de Estudios Andaluces.

71 Lo recordará así y puede ser que estas críticas influyeran además en su reserva a la hora de editar su teoría sobre el flamenco. Infante se topa con la cruda realidad y es obligado a redoblar sus nobles intenciones: «La pretensión claramente expuesta de «restaurar Al-Andalus, en Andalucía, actualizando sus inspiraciones esenciales, habría venido a determinar el que se llegasen a reír de nosotros, y a que, por lo menos nos tuviesen por locos que pretendíamos volver a vestir de moros y resucitar en nuestro país el Islam. Algo parecido a lo que me sucedió en Portugal, no hace mucho. La Cámara Municipal de la bellísima ciudad de Silves, dedicó, a mi instancia, un homenaje a Al-Motamid, el gran poeta y rey de Sevilla, quien cantó en inmortales poemas la atracción que sobre su espíritu excelso, verdaderamente regio, ejercía el encanto de la estupenda ciudad algarbí. Pues los periódicos retrógrados de Lisboa, emprendieron una activa campaña: y, después de haber llegado a estar fijada la fecha del homenaje; de manufacturadas las lápidas, cuya colocación, en lugares adecuados, servirían de motivo al acto; y aun de invitadas las representaciones intelectuales andaluzas, que al mismo se disponían a asistir, dieron a través, como se decía antes, con la fiesta, y ésta no se llegó a celebrar, porque «o senhor Blas Infante era un islamita» (?) (sic) y de lo que se trataba era de plantar la Media Luna rematando la torre de la Catedral de Silves; y hasta los cabritenses (nombre que tomaron los opositores a la fiesta, del iniciador de la campaña, señor Cabrita, en A Voz, de Lisboa), arremetieron contra los motanides (los portugueses partidarios de su celebración, acusándoles de querer resucitar las guerras entre moros y cristianos!, e invocando, con un criterio aljubarrotista, los sospechosos orígenes de la iniciativa, porque, como «diz o velho ditado português: De Hespanha nem bom vento nem bom casamento») (B. Infante Pérez, *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía*, Granada, Aljibe, 1979, p. 84).

eminente que no tiempo dos arabes viveu em Silves, contribuindo enormemente para o apogeu de grandeza de esta cidade entáo atingiu. E por echar interessante a idea e justa a homenagem, resolveu felicitar o autor de tão simpática iniciativa, deliberando dar a rua das Muralhas desta ciudades o nome de Al-Motamid e aceoitar a lápida gentilmente ofrecida para ser colocada no local que V. Ex. e D. Blas Infante julgarem mais apropiado. Salud e Fraternidade». El acta de aquella sesión municipal deja inequívoca constancia⁷².

Un día más tarde, la Cámara Municipal, en su sesión de 18 de noviembre de 1926, aceptaba «prestar homenajes a Al-Motamid, uno dos maiores poetas que durante o tempo dos árabes viven en Silves, contribuindo enormemente para a brillante civilização (...) e que consiste en dar a rua das Muralhas desta cidade o nome de Al-Motamid e na colocação dunna lapide conmemorativa desde vulto eminente e que para tal fin será ofrecida por D. Blas Infante». Acuerda igualmente, «a oferta de una lapide conmemorativa deste vulto eminente que será colocada no local que for silgado mais aprofornado», y emitía el siguiente comunicado que, junto a la solicitud anterior, serían reproducidos en el seminario local: «Com prazer vemos que foi aceoite con entusiasmo pela Comissão Municipal de Silves, a brilhante iniciativa do nosso ilustre visinho Dr. D. Blas Infante, como o demostra o oficio que gostosamente publicamos, enviado ao mosso muito prezado amigo Sr. D. Pedro Judice»⁷³. Según Manuel Hijano, los azulejos que ofrece el notario refieren una inscripción poética del propio homenajeado: «Viajero: saluda a Silves y pregúntale si guarda recuerdo de mi cariño en sus antiguas moradas»⁷⁴.

Los sucesos, no pasan desapercibidos para el diario local isleño, que reproduce entre sus páginas una amplia entrevista al respecto que, al promotor de la iniciativa le hace un medio lisboeta⁷⁵. Gracias a ella, conocemos algunos detalles de su estancia en Isla:

72 Comunicación a los autores desde el Archivo Municipal del Consejo de Silves suscrita por la archivera, Vera Gonçalves, en fecha 16 de enero de 2019. La nominación que se le ofrece, continúa, según se nos comunica por dicha trabajadora municipal, hasta el 21 de marzo de 1934, fecha en la que pasa a designarse como Rua Dr. Sidónio Pais. Conste nuestra gratitud por la documentación recibida desde su servicio. Desconocemos si, antes de los hechos que amparan la iniciativa de Infante, la ciudad del Algarve había prestado atención a uno de sus vecinos más ilustres. Todo parece indicar que, al menos, ese reconocimiento no se había traducido antes en el callejero del municipio y ahora se visualiza.

73 *Voz do Sul*, 21 de noviembre de 1926. Por este tiempo, se instaura el teléfono de uso particular en Isla Cristina, más allá de una centralita desde 1919. A Infante le corresponde el número 48 como abonado. La relación en: «De teléfonos. La lista de abonados» (*La Higuera*, 13 de diciembre de 1926, p. 5).

74 Citado por Hijano del Río en el citado documento digital, a su vez extraído de «Homenaje de Portugal al Gran poeta Almotamid», *Vida Marroquí*, 7 de octubre de 1928, p. 6.

75 *La Higuera*, 24 de septiembre de 1928, pp. 1, 7 y 8. Se anota al final de la misma como texto suscrito por Alfredo de Carvalho, «escritor portugués, en el Diario de Noticias, de Lisboa el 8 de junio de 1928». Tres meses después de su aparición resulta traducida para la cabecera decana de la prensa onubense, la cual, por cierto, reproduce en portugués el lema de la placa bien destacada tipográficamente en portada.

«Don Blas Infante Pérez que vive en Isla Cristina, en una casa repleta de libros, de memorias vivas de sus viajes, y de mobiliario construido a estilo islamita, es un entrañable amigo de Portugal, a quien visita frecuentes veces y donde ya ha dado conferencias notables. Auténtico hombre de Andalucía, tan vivo en la conversación como instintivo en el racionismo (sic), muestra en sus gestos, en su mirar penetrante e intenso, en su mocedad que los años no deprimen, su pasión por el movimiento, la fuerza, por el color y por la energía. Sólo la vida, lo que ella encierra, de dinámico, de creador, de impulso fecunda, solo la vida exaltada le seduce, como si ahí residiese toda la simiente de belleza y de ella deriva toda la norma de la dignidad humana».

Entre alabanzas al carácter literario y tolerante del rey poeta, a quien denomina como «la figura más representativa de la cultura musulmana peninsular», así como entre reconocimientos a la cultura andalusí como foco cultural que irradió progreso hacia Europa, la entrevista «discurre con la absoluta serenidad de un maestro, muda súbitamente el tono, eleva la voz con acento de entusiasmo, redobla su locuacidad y prosigue lleno de fe y sinceridad». Allí dirá Infante: «nuestro homenaje a Motamid es la reparación de una injusticia; es este su significado»; consiéndolo el mismo en la colocación de una «lápida de azulejo orlada con decoración de colores amarillos y verdes», hecha en Sevilla recogiendo versos del poeta. Al acto previsto, para el que señala Infante que asistirá Blasco Garzón como presidente del Ateneo de Sevilla o algún representante de la Academia de Ciencias de Córdoba, reclama la atención el periodista hacia aquellos académicos portugueses que han contribuido a aclarar el paso de los musulmanes por el Algarve.

Culminamos este capítulo introductorio a la etapa de Infante en Huelva aludiendo a otra experiencia viajera sobre la que tenemos poca información. Existe constancia por un artículo que el notario publica en plena campaña electoral a las constituyentes de 1931 de la mano de su heterodoxa propuesta electoral, el cual está dedicado al «amigo y compañero Antonio Villar y Ponte». Es allí donde, pasados los meses, evoca su presencia por *terras galegas*: «el año 1929 gocé durante un mes inmerso en el dulce ambiente gallego, sobre la plataforma de sus campos húmedos, cubiertos de eterno verdor»⁷⁶. Aquel texto evoca la conocida anécdota sucedida en Pontedeume al visitar una iglesia y contemplar la tópica imagen de Santiago mata moros. La conocida representación hará brotar en Infante la pregunta: ¿Por qué Santiago mata a esos hombres?, a la que contesta un monaguillo: «¡Oh Señor! Porque os mouros, mataron

76 B. Infante, «La fiesta de Santiago», en *Pueblo Andaluz*, subtítulo «Vocero de la Junta Liberalista de Andalucía», (2), 20 de junio de 1931, p. 1. El artículo está dedicado a Antonio Villar Ponte, con el ruego de que sea remitido a la revista galleguista *Nos*. Es decir, aquellos «nacionalistas gallegos» a lo que cita explicitando que «fueron muy amables con este humilde viajero».

nosso Señor», a lo que el sacristán apostilló: «Son os granadinos, señor, xente moi mala». El hecho, con sensible dosis de veracidad, lleva al andalucista a pedir a sus compañeros de Galicia que «en cuanto España recobrase su libertad, celebraran una fiesta en la cual, como señal de amor y reconocimiento de Andalucía, desmontasen a Santiago y le rompiesen la lanza. Así lo prometieron». Es decir, cuando caiga la Dictadura imperante, se intentaría superar una iconografía que en tal mal lugar dejaba a gallegos y andaluces. Curiosamente, además, Santiago no mató a ningún moro, siendo precisamente a él a quien decapitaron. Pese a las contradicciones históricas y la incertidumbre planteada sobre sus restos, la representación a caballo a partir de la supuesta aparición medieval se utilizó para alentar la conquista cristiana. Dará nombre a una de las órdenes militares, convirtiendo al santo guerrero en icono de referencia para los conquistadores de Andalucía y América, en cuanto a la abierta batalla por la fe ante lo que se consideraban paganos.

No es descartable que al notario le empujase a conocer Galicia su estancia en un municipio pesquero-industrial, además del paralelismo que la causa galleguista pueda tener con la andaluza. Es probable también que el andalucista se inspirase allí para escribir algunas escenas en su manuscrito, todavía inédito, titulado *Almanzor*. Si Al-Montamid había sido sensibilidad y cultura, ahora la figura del caudillo andalusí representará el poder militar que arrasa una Compostela a cuya catedral arrebató sus campanas. La elección de los protagonistas de ambos títulos no es inocente. Con seguridad, un examen más pormenorizado del nombrado documento inédito podría aportar luz sobre este extremo⁷⁷. Hasta ahora, solo un trabajo ha abordado la cuestión en un intento por descifrar el periplo del notario. El investigador Agudelo Herrero ha reconstruido la experiencia a partir de los hechos relatados en la novela de quien le acompaña⁷⁸. A tenor de los datos con los que contamos, todo indica que este viaje por la Costa de la Muerte gallega no marca una huella profunda en la vida u obra de Infante. Carecemos, a su vez, de razones fundadas para argumentar el porqué de este viaje. Aunque la amistad entre Infante y Más quedará demostrada por el acto de homenaje que al segundo se desarrolla en el Liceo América de Madrid coincidiendo con la estancia del notario en la capital. En aquel banquete, al que también asiste Cansino-Assens —según se anota—, se repartiría un libro del mismo celebrando la obra del escritor y periodista ecijano, y contará «requerido

77 Iniesta lo anota a través de cuatro inéditos con un total de 586 páginas: AAZ, AEP, ADÑ y ADO.

78 J. Agudelo Herrero, «José Más con Blas Infante en Galicia», en *Actas del III Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, pp. 153-170. El autor cuestiona el año aportado por Infante para su periplo gallego, una vez la novela *Por la Costa de la Muerte* recoge entre sus páginas que se inicia en abril de 1928 y finaliza en julio de ese mismo año (p. 157). Por los datos que aportamos en este estudio, su presencia tuvo que dilatarse, o bien, en conjunto, retrasarse.

por todos» con la participación del andalucista. Allí expondría su «idearium (...) en términos elevados, concienzudos y hondamente sentidos, el ansia de su pueblo y su esperanza»⁷⁹.

Lo cierto es que, contrariamente a lo publicado en algunos casos, es necesario relativizar esa supuesta intención de conectar con los nacionalistas de Galicia al margen de la cortesía de algún encuentro puntual por esos días, referencias mutuas o correspondencia al respecto⁸⁰. Es el caso de la cabecera *El Pueblo Gallego*, editada en Vigo «al servicio de los intereses de Galicia», el cual se hace eco de la visita señalando su presencia por vez primera en aquel territorio y el hecho de estar pasando unos días en Coruña. Se le presenta como «pensador que supo hacer de su tierra un noble y fecundo sentimiento regionalista», comparándolo por su profesión a Joaquín Costa, Julio Senador o al gallego Manuel Banet Fontenia (1871-1962). Evocando su labor, la cabecera exalta su labor contra la «falsa leyenda andaluza» y, comentando su discurso, señala: «Arremetió briosamente contra la bárbara fiesta de los toros. Estudió de manera admirable la historia y la psicología de su tierra y colaboró en aquellas propagandas regionalistas que catalanes, gallegos y vascos hicimos el año 17». Describiendo a Infante como hombre «joven» todavía, dispuesto «ahora, como siempre, a laborar en todo su gran talento por la grandeza de España»⁸¹.

En el rotativo local isleño hemos podido documentar, además, una de las actuaciones de más calado público del notario, dentro de los márgenes que permitía el periodo político; al menos, por cuanto su posible alcance en ámbito legal. Se trata de un requerimiento que le realiza el Alcalde del municipio, Braulio Flores Obiol, para que se persone en el Consistorio a fin de autentificar las operaciones en marcha y el estado de cuentas de la Hacienda local una vez tiene lugar el traspaso de la alcaldía por parte del titular saliente, José Soler Barcia. El acta notarial realizada por Infante es remitida por Soler al semanario para salir al paso de informaciones que, se reseña, atacan con insidia su honorabilidad. Pedirá, además, amparo al gobernador para que ponga en marcha una inspección aclaratoria. Desconocemos la trascendencia de dicha acta,

79 «Un acto interesante. Banquete a José Más», *El Liberal*, 2 de junio de 1922, p. 3 y *El Imparcial*, 3 de junio de 1922, p. 4.

80 Su regreso a Isla Cristina será recogido en la prensa local: «de su viaje por la península, el letrado Blas Infante, con su distinguida esposa y su hijita» («Noticias. Viajeros», *La Higuera*, 8 de octubre de 1928, p. 6). El hecho de citar el referente peninsular y no Madrid, como ocurre en otras ocasiones, nos hace suponer que se trata de la vuelta del periplo gallego, aunque no descartamos que pasasen de regreso por dicha capital.

81 «Personalidades que pasan. Blas Infante», *El Pueblo Gallego*, 21 de septiembre de 1928, p. 9.

constatando el estado contable para el devenir de las arcas municipales⁸². Lo que sí es cierto, aclara el investigador local Vicente López, es que el hecho se enmarca en los enfrentamientos políticos habidos en el intenso año de 1930, al respecto de la gestión desarrollada en el periodo de la Dictadura. Al ser restituido Braulio Flores en noviembre de dicho año, «se reanudan las actividades para derribar a la derecha», procediéndose a revisar algunos descuadres en las arcas municipales en medio de una intensa campaña de descrédito en prensa hacia Román Pérez Romeu⁸³. En este caso, el recurso al acta notarial intentaba ofrecer mayor dosis de objetividad al estado de los recursos monetarios del cabildo.

La vida en Isla Cristina transcurre hasta que el semanario local anuncia su traslado a Coria, relevantemente, una semana antes de las elecciones del 14 de abril de 1931: «Marchó a Coria a ejercer su cargo el culto Notario Blas Infante, con su distinguida esposa e hijos»⁸⁴. Ahí sí que parecía el andalucista intuir los importantes cambios políticos que iban a tener lugar en España; aquellos de los que no podría quedar ausente el proyecto que los andalucistas representan. Ahora bien, más convencido y motivado —quizás— que nunca. Auguraba, así, ante la inminencia de la República, una nueva oportunidad para su Ideal en pro de una Andalucía Libre. Pero nos surge la pregunta un tanto retórica: de no haberse producido el advenimiento de la República: ¿hubiera seguido Blas Infante en Isla? Lo cierto es que ya para el final de su estancia onubense nacerá su segunda hija: María de los Angeles, el 5 de agosto de 1930. Infante con 45 años y Angustias con 39⁸⁵.

82 «Remitido», *La Hiquerita*, 1 de diciembre de 1930, p. 6.

83 Hasta el punto que, aún siendo concejal por la lista conservadora en los comicios del 12 de abril de 1931, Pérez Romeu se ausentará del municipio por la «presión política» (V. López Márquez, *Regreso a Isla Cristina. Biografía breve de D. Román Pérez*, op. cit., pp. 51-54).

84 *La Hiquerita*, 8 de abril de 1931, p. 1.

85 Dolores y Josefa Borrero Oliva, naturales de Aroche, ejercieron en casa del andalucista como cocinera y ayudante en las labores domésticas. Sus descendientes dan fe de cómo Josefa «atendía y alimentaba al zorro Don Dimas, la mascota de Don Blas, y que éste no dejaban que las niñas se acercaran a él por precaución. También, que colgaban del cuello de las niñas un cartel que decía 'si me quieres, no me beses', algo que muchos no entendían» pero que cobra su sentido por las epidemias vividas en aquella época. «Dolores y Josefa, las sirvientas isleñas» de Blas Infante», *La Hiquerita*, 16 de agosto de 2021. Reproducido en el blog El tambujal-blog por Francisco González Salgado, a quien agradecemos su colaboración. Enrique Iniesta, en el segundo volumen de su biografía que venimos citando, aborda el tema de las empleadas del hogar, aunque desarrolla todas las que existen desde 1923 a 1936. Muy especialmente, la «Tata Margarita» de Peñafior, con quien María Luisa Infante mantendrá una cariñosa amistad a lo largo de su vida (pp. 300 y 301).

María Angeles Infante será distinguida como hija predilecta de Isla Cristina en 2017 habiendo fallecido en 2009 Luisa, su hermana mayor. Nos consta que el Ayuntamiento de Isla Cristina ha iniciado las gestiones para el nombramiento de Blas Infante como hijo adoptivo de dicha localidad.

En Coria del Río levantará su primera y única vivienda en propiedad frente a los alquileres con los que pasa sus años isleños. Cuestión que nos ofrece una idea de hasta qué punto, justo en ese instante de madurez en su vida, Infante pudo vivir junto a su familia con cierta provisionalidad, en referencia a su destino profesional y sus intenciones personales.

Los hechos indican que el notario desde Coria sigue manteniendo vínculos estrechos con Isla Cristina. Es probable que continuara suscrito al «semanario independiente» *La Higuera*. Así parece demostrarlo dicha cabecera cuando el notario se dirige a Juan Bautista Rubio como director de la misma. Traslada que, una vez leído en «su simpático periódico (...) cuyo envío agradezco» la muerte de Ángel Grinda Guinter (Sevilla, 1857-Huelva, 1935), comunica que a su «custodia particular» le fue confiado un sobre que no quiso «protocolarlo» su firmante. En la medida que puede interesar a quien nombra y por sus contenidos, ruega el notario la publicidad del testamento, cosa a la que accede el semanario⁸⁶.

La impronta de la presencia de Blas Infante en Isla se hará notar con la constitución en dicho municipio de una sección de la Junta Liberalista local durante la etapa republicana. Desde allí, se participará en la dinamización de la campaña en favor de la autonomía andaluza, promocionándola desde el municipalismo desde la Federación Andaluza de Municipios por la Autonomía (FADMA), y abogando por lo que llamarán «Reunión espiritual de la familia Andaluza»⁸⁷. La acción de este colectivo local andalucista se dejará sentir a través de la prensa por toda la provincia, con la publicidad de

86 El sobre en cuestión, fechado el 1 de enero de 1927 y con curiosas instrucciones de que fuese abierto una vez fallecido su autor y antes de dar sepultura a su cadáver. Sugiere enterramiento en fosa común sin más identificación que una cruz rústica sobre la que hasta concreta su tamaño: «*que no exceda de setenta y cinco centímetros*». Además, cede todas sus pertenencias al niño Ciriaco Pérez Domínguez. Incluso, las que le hubiese correspondido caso de ser declarado heredero de su propia hermana. Si al ocurrir su fallecimiento hubiera sucedido también el del joven beneficiario sus bienes «*serán distribuidos por mitad y éstas por iguales partes entre los ancianos e impedidos vergonzantes y los huérfanos desvalidos, no asilados de esta población*». «Testamento de Grinda», *La Higuera*, 27 de mayo de 1935, p. 1.

El investigador que venimos citando, López Márquez, refiere algunas pinceladas biográficas de quien expresó de forma tan singular sus últimas voluntades. Grinda llega a Isla con una compañía de teatro y aquí contrae matrimonio. Será trabajador del Ayuntamiento y corresponsal de cabeceras como *La Provincia* de Huelva. López le cita como «*pionero del periodismo local*», siendo entre otras cuestiones director y propietario del diario *Ecos de Isla Cristina* en su segunda época, además de estrecho colaborador en tabloides isleños. Muere en un asilo de la capital onubense. V. López Márquez, *Isla Cristina. Por los caminos de la Historia...* op. cit., p. 314.

87 Como ejemplos: *La Higuera*, 6 de junio de 1936, p. 3, y 22 de junio de 1936, p. 1 (en este caso, reproduciendo un mensaje del núcleo liberalista de Jerez sobre la FADMA), y 13 de julio de 1936, p. 1.

Para el seguimiento de la prensa al andalucismo durante el periodo: E. Cataño García, *La imagen de Blas Infante y del andalucismo de la prensa...* op. cit.

sus notas en favor de un Estatuto andaluz unitario, emitiendo informes reflexivos para concienciar y excitar el sentimiento en favor del autogobierno y alertando del peligro de establecer dos corrientes de opinión enfrentadas: andalucistas y extremeños⁸⁸.

No obstante, la participación del Ayuntamiento de Isla Cristina en la campaña proautonómica durante la República será muy discreta. A falta de estudios más pormenorizados en su archivo local, conocemos la participación de Pedro Casanova en una de las asambleas preparatorias provinciales en favor del autogobierno. En este caso, celebrada en la capital onubense el 24 de enero de 1933, previa al encuentro andaluz de Córdoba a finales de ese mismo mes. De la misma forma, se ha analizado con rigor el intento de las élites onubo-extremeñas por constituir una región al margen de la propuesta unitaria andaluza y que, precisamente la Diputación de Badajoz, dos días después de la sublevación militar en África, es quien aprueba solicitar formalmente el participar con Andalucía en su propuesta de autogobierno⁸⁹.

Precisamente el círculo liberalista de la localidad, habiendo impreso el Estatuto de Bases elaborado en la Asamblea Regional de Córdoba de 1933, publica en la cabecera isleña su voluntad de hacerlo llegar a todas aquellas personas, entidades, municipios... que lo soliciten⁹⁰. La nota comenta que la iniciativa es posible gracias, entre otros, a:

88 «El núcleo liberalista de Isla Cristina es partidario de mantener el estatuto andaluz en toda su integridad», *Odiel*, 1 de julio de 1926, p. 2.

89 El rotativo local acusa, sin más comentarios, la recepción de un cuadernillo al respecto de la propuesta, enviado por la comisión de «Macará, Fidalgo, Mora y González» junto a artículos ya editados de Manuel Pérez y Pérez («Pro Huelva-Extremadura», *La Higuera*, 30 de enero de 1933, p. 4).

Como hemos documentado, es la Diputación de Badajoz quien dos días después del inicio del golpe militar —20 de julio de 1936— aprueba en pleno solicitar la vinculación de dicha provincia a la futura autonomía andaluza. Véase, al respecto, J. Díaz Arriaza y M. Ruiz Romero, «Huelva ante el Estatuto de autonomía para Andalucía en la II República», en *Actas del V Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1993, pp. 299-311; M. Hijano del Río y M. Ruiz Romero, «Huelva ante la tentación extremeña. La autonomía andaluza en la II República», *Revista Aestuaría*, (3), Huelva, 1995, pp. 57-80; id., *El Ideal Andaluz en la II República. La Asamblea Regional Andaluza de 1933*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1995; J. García Pérez, «El proyecto de las derechas: Un plan de integración regional de Huelva y Extremadura en el marco de la II República», en *Actas II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, Consejería de Cultura, vol. 10, 1996, pp. 559 y ss.; id., «El movimiento pro Huelva-Extremadura. Proyectos y realidades de un acercamiento interregional en la II República», en *Actas II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, Consejería de Cultura, vol. 11, 1996; así como M. Campos Cordón, *Huelva con Extremadura: Corrientes de opinión de los onubenses durante el proceso autonómico de la Segunda República*, Huelva, Diputación, 1998.

Específicamente sobre el empuje durante el Frente Popular: M. Hijano del Río, J. Ponce Alberca y M. Ruiz Romero, «Frente Popular y recuperación del impulso autonómico. Sevilla, 1936», en *Actas del VII Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1996, pp. 313-327.

90 «El Anteproyecto de Estatuto para Andalucía», *La Higuera*, 8 junio de 1936, p. 3.

Manuel González, Rafael Alfalla (¿Alfaya?) Sánchez y Martín Herrera Cruz (interventor municipal). De ellos conocemos, por los estudios del investigador Ponce Figuero, que los dos últimos fueron juzgados en 1938 por auxilio a la rebelión y que, junto a Antonio Salcedo Vergara, Manuel Rodríguez Gómez y Rafael Zambrano Romero, todos fusilados, formaban el núcleo andalucista de la localidad costera⁹¹.

Infante, notario desde sus veinticinco años, ejerce en Cantillana a sus treinta y siete, marcha hacia Coria con cuarenta y seis. Nueve años reside en Isla Cristina. Cinco intensos años le restan de vida hasta su asesinato, enmarcados entre un complejo régimen republicano y un efímero, violentamente abortado, devenir en pro de una autonomía para Andalucía.

3. El animalismo de Blas Infante

■ *El hombre cruel con los animales lo será también con los mismos hombres. La crueldad es siempre una cosa misma, aun cuando cambie su objeto.*

—Blas Infante, *Mandamientos de Dios en favor de los animales*

Podemos iniciar este epígrafe parafraseando a Gandhi cuando afirmaba que «la grandeza de una nación y su progreso moral puede ser juzgada por el modo como se tratan en ella a los animales». A partir de ahí, podría deducirse de forma simple los valores morales que embargan a Blas Infante, ayudando este trabajo como puerta abierta para visualizar su lado más sensible. Accedemos a sus postulados más filosóficos e íntimos, axiomas de su producción política, pero lejos de esta novedosa esfera y, entre sus páginas plagadas de referencias, percibiremos su clara vocación ecologista y animalista como aspectos básicos de su consciencia naturalista. Sin embargo, el tema es mucho más complejo y elaborado. Los animales, como seres vivos, más allá de la pura benevolencia o la necesidad que los humanos tenemos de ellos, son una necesidad para la plenitud existencial. Lo particular de esta obra es que se pueden vislumbrar consideraciones metafísicas sobre el valor de la misma a partir del cariño y la confraternidad entre los dos animales protago-

91 Salcedo Vergara es fusilado el 27 de agosto de 1936 como delegado de «enlace exterior del Comité Circunstancial», grupo que se puso al frente del consistorio tras la sublevación militar del 18 de julio, cuando deja de ejercer sus funciones. Rafael Zambrano Romero es fusilado el 15 de agosto, siendo alcalde. Manuel Rodríguez Gómez es fusilado el 27 de agosto, siendo «delegado de Administración» del comité nombrado, al igual que Alfaya Sánchez en calidad de presidente del mismo, también fusilado al siguiente día (A. Ponce Figuero, *Isla Cristina 1936*, Huelva, Ayuntamiento de Isla Cristina, 2011, pp. 85 y ss.).

nistas. La unidad de todo ser vivo y entre todos ellos. La empatía como reconocimiento mutuo entre criaturas vivas y en sí mismas, dado que todo lo existente en la naturaleza posee una función concreta respecto a un todo que representa la armonía y la perfección. Nada es casual ni despreciable en esta *madre tierra*.

En el caso del notario, una vez más, supera los límites del antropocentrismo dominante en la tradición occidental, en buena parte influencia de los filósofos griegos, para situarse en un plano de simetría entre el ser humano y otros seres; reconociéndole un grado mayor de responsabilidad en dicha coexistencia. Lo que llamaríamos un antropocentrismo no tanto de dominio, sino de responsabilidad por cuanto concierne a los humanos cuidar de los animales. Es más, como insistiremos a lo largo de nuestro estudio, un reconocimiento tácito más cercano a influencias orientalistas las cuales perciben la naturaleza como una unidad donde todos los seres están conectados. Es en las peculiaridades de cada ejemplar donde reside la diferencia, aun ocupando igual posición sobre la tierra. A partir de ahí, el trato para con los animales no es sino una consecuencia de una vida sagrada en plena comunión con todo lo creado.

En el ejemplo del islam, el Corán aboga por considerar a todas las criaturas vivas como una sola familia, ejemplarizando en algunos casos las virtudes personales con algún animal⁹². Aceptando con ello la presencia de espíritu y mente en dicho mundo, de manera que, con su sacrificio siempre imprescindible, se invoca a Alá rogando gratitud por el animal. De igual manera, la creencia de Mahoma no concibe la diversión con ellos o su inmolación gratuita o arbitraria. Solo la persona, por su sensibilidad superior, tiene la responsabilidad de ser justa y bondadosa con todas las criaturas de la creación, de manera que solo a ella le corresponde el juicio ante Dios por sus hechos.

En el cristianismo la Biblia cuenta que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios con un lugar especial en el cosmos aunque toda la creación como obra del mismo merezca aprecio solo el hombre posee dignidad⁹³. Bajo esa lógica, los animales son como compañeros de la humanidad y, siendo insuficiente con ellos, Dios se vio obligado a crear la mujer como compañera⁹⁴. No obstante, si bien una interpretación literal de la Bi-

92 Cabe resaltar la excelsa literatura fabulística esópica islámica y sus raíces hindúes. A modo de ejemplo podemos reseñar *Calila y Dimna*, la cual, a través de Iniesta, sabemos que conocía Infante. Obra en la que los protagonistas son dos zorros.

93 Curiosamente, la Iglesia en España pasó por alto las bulas condenatorias *Saluti Gregis* (1567) de Pío V, Gregorio XIII (1585) o Clemente VII (1596), donde se señalaban argumentos sobre la condena moral ante la peculiar crueldad y violencia de la tauromaquia.

94 Génesis 2:20: «El hombre puso un nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo; pero entre ellos no encontró la ayuda adecuada».

blía podría invitarnos a una creencia sin consideraciones morales hacia los animales, en realidad tampoco podemos defender que los seres no racionales se encuentren sometidos al hombre y la mujer. El poder que disfruta el humano sobre la creación, no debe ser entendido como un dominio absoluto que justifique que los animales están en la tierra para nuestra utilización a la hora de extraer de ellos todo el provecho posible. La obligada referencia al santo de Asís ofrece un ejemplo de culto y sentido por la creación en su totalidad, introduciendo un relato que replantea el lugar de los humanos en el mundo⁹⁵.

Si bien Infante no defiende que no existen diferencias en el trato entre personas y animales, aboga que nada hay en la naturaleza humana que nos haga superiores. En muchos casos son las personas quienes dependen de los animales, y en otros ocurre al contrario. Es más, ¿quién y por qué se defiende dicho liderazgo? Así, considerará la conducta de la persona que no evoluciona, sometida a sus instintos más primarios. Ciertamente es que el humano que posee dignidad es libre, porque ostenta una consciencia que le permite obedecer a la ley moral natural. Dicha capacidad en el humano juzga las opciones correctas y denuncia las erróneas, ejerciendo un control sobre nuestras acciones. Nos hacen percibir la realidad e interactuar sobre ella con conocimiento moral (conciencia). Incluso, considerando la vida humana más valiosa que la del resto de los animales, no significaría aceptar un determinado grado de sufrimiento animal sometido a cualquier interés humano. Menos aún, por diversión o tradiciones que se repiten. En este sentido, Infante, reconociendo que todo lo creado está sometido a su particular concepto de Dios —cuyo significado aclararemos fuera de toda creencia monoteísta—, se muestra cercano a cualquier interpretación panteísta sin necesidad de sacralizarla.

No se trataría tanto de aspirar a eliminar la crueldad natural como único objetivo, la cual sí es considerada como natural entre especies animales, como reconsiderar en las personas su manera de actuar en aras de valores superiores. La naturaleza, y eso le acerca a la espiritualidad oriental, nos vuelve más humanos y perfectos. Necesitamos por tanto de ella⁹⁶. Infante sitúa a los seres humanos a la altura de los animales como

95 No en vano, en 1979 el papa Juan Pablo II le proclamó patrono de la ecología: «Entre los santos y los hombres ilustres que han tenido un singular culto por la naturaleza, como magnífico don hecho por Dios a la humanidad, se incluye justamente a San Francisco de Asís (...) compuso aquel bellísimo «Cántico de las Criaturas», a través de las cuales, especialmente del hermano sol, la hermana luna y las estrellas, rindió al omnipotente y buen Señor la debida alabanza, gloria, honor y toda bendición». Según Iniesta, en su obra sobre los manuscritos, más de una veintena de veces es citado el santo por el notario a tenor del índice onomástico elaborado. Igualmente, también se cita en nuestro cuento (E. Iniesta Coullaut-Valera, *Los manuscritos inéditos de Blas Infante*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 101).

96 Algo semejante ocurría en sociedades hindúes y budistas, especialmente en la doctrina jainista, las cuales sabemos que lograron acaparar la inquieta curiosidad de Infante. En ellas se considera de igual categoría moral a animales y humanos.

sintientes que son, pero demanda a los primeros una altura ética y moral de manera que no se conviertan en un fin en sí mismos. Los animales, pues, no son solo parte del decorado del universo; son seres activos que tratan de vivir sus vidas y cumplir las funciones para las que han sido creados. Son los humanos quienes a menudo nos interponemos en su camino demostrando la bajeza de algunas sociedades en decadencia moral.

Infante participa, pues, de esta redefinición en la relación humano/animal, reivindicando el derecho de los animales a una vida digna: a su libertad, a la necesidad de que sean respetados, no siendo objeto de crueldad, al desarrollo de sus capacidades en entornos habitables y, en definitiva, abogando por una conciencia social más armónica con la naturaleza y de relaciones horizontales con las otras especies en la medida que sea posible. En este sentido, el ideólogo andalucista no solo se anticipa a su época, sino que derrama y aplica su sensibilidad —nuevamente— sobre un campo donde la sociedad andaluza en particular, a través de diferentes formatos «culturales», no se muestra especialmente sensible y sobre las que el andalucismo como propuesta alternativa decide actuar.

Así, el movimiento andalucista defenderá la dignidad de los animales, asociando este concepto a sus propias capacidades y funciones naturales, entendidas estas lejos de las interpretaciones antropocentristas: los animales son dignos, agentes y sujetos que persiguen y aportan un bienestar específico. Comparte así Infante con Aristóteles la admiración por toda forma de vida y trata de ofrecer un modelo ético con la finalidad de atender y responder a la complejidad de las especies. En suma, las personas son animales.

En este sentido, se trataría de limitar la superioridad de los humanos equiparando el valor entre especies, pero no sus características. Aceptando que las sociedades humanas poseen una mayor responsabilidad, es por ello por lo que, como analizamos en el cuento, los animales sienten —son *sintientes*—, de ahí el interés por no hacerlos sufrir. Es más, la propia experiencia de Dimas en quien redacta los folios que transcribimos parece reforzar que un animal, según cómo se trate, puede sentir miedo, dolor, alegría o tristeza; por lo que no existe justificación alguna para negarle esos sentimientos básicos que coinciden con los humanos. Percepción que nuestro cuento se encarga de acentuar, máxime si el relato, como creemos, cuenta con sensatas dosis de verosimilitud.

En el texto que analizamos se persigue la devolución a su medio natural como la máxima demostración de un amor no posesivo ni egoísta: puro. Contrariamente a lo que podríamos considerar la primera necesidad de afecto/comunicación en la persona que llega a salvarle la vida.

Por otra parte, el animalismo que reivindica el andalucismo opera bajo una lógica ajena a una actitud que ocultase un supremacismo en humanos, tan condenable como el caciquismo, el racismo, el machismo, el clasismo o el colonialismo. Apela a la limitación de dicho diferencial, generado por una supuesta superioridad natural de una especie con respecto a otra, legitimándose así la instrumentalización del grupo con facultades inferiores. Muy al contrario, Infante en el cuento reconoce la existencia de una vida interior en el zorro y le otorga sentimientos humanos; aun bajo la consideración de situarnos ante un relato primordialmente literario, descubrimos la intensa vinculación apasionada del notario con el animal. Experiencia que no ocurre en otros cuentos de creación infantiata al no haber implicación sentimental, y que refuerza en la tesis de que es cierto lo que nos trasladan estas páginas⁹⁷.

De cualquier forma, el empeño del andalucismo por introducir una inédita percepción sociopolítica entre andaluces y andaluzas resulta paralelo al impulso de nuevas sensibilidades, en aquellos tiempos verdaderamente alternativas, que son muestra de una nueva mentalidad que se desea acompañe la visión integral al movimiento. Se trata de una proyección coherente con un espacio geográfico anclado a la tierra, sus problemas y, por ende, al sector primario. Derecho adquirido, que puede ser otorgado por el solo hecho de estar vivos, pero, además, desde un sentido más utilitarista, porque resultan fundamentales para el desarrollo armonioso de la sostenibilidad de la vida o, como es el caso que nos ocupa, para el crecimiento de una dimensión interior. Por ello, es responsabilidad de los humanos permitir que los animales gocen y desarrollen sus propias capacidades, entre las que se encuentran: la vida, la salud corporal, la integridad corporal, el disfrute de su libertad, el uso de los sentidos, las emociones, su reproducción, etc. Dimas es un buen ejemplo, pero el autor va más lejos.

Será todo un atrevimiento que de la pluma de Blas Infante se defienda que los animales no-humanos puedan llegar a tener comportamientos morales siendo no-rationales pero sintientes: ayudarse entre animales ante situaciones de peligro... como ejemplo concreto citado en la obra. Evidentemente, con este enfoque solidario y grupal se desvirtúa la coreada idea de que el más fuerte posee el derecho a explotar y aprovecharse del débil, no solo por una concepción darwinista de la evolución, sino como argumen-

97 Iniesta otorga buenas dosis de verdad a los hechos que se relatan: «La temperatura del cariño del notario por el pícaro lindo zorro, la complicidad que se tiene entre ambos, la inteligencia mutua que se les adviene, la ternura que les ata, la desvergüenza con que don Blas descubre aquí sus sentimientos ennoblecen el texto de veras excepcional (...) Aquel animalito es un noble ser de otro mundo que para nuestro notario fue un personaje parabólico, encarnación metafórica de su propia trayectoria, de su tozudez personal» (E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, op. cit., p. 256).

to que ha legitimado que los humanos «superiores» exploten a animales considerados como inferiores, incluso entre los de su propia especie⁹⁸. La superioridad ante los diferentes se explica —y también se aplica— de modo perverso entre humanos.

Así pues, no solo los humanos, «bípedos» como veremos se les llaman, merecen consideración moral, sino que el texto atribuye en este caso al animal protagonista un discurso reflexivo y sintiente, atribuyéndole sentimientos de amor equiparable con los seres humanos. Se le otorga a la interacción zorro/persona la capacidad de modificar percepciones humanas y despertar emociones inéditas, como cambiar su psicología y la manera de observar la realidad.

Todo lo creado, fauna y flora, como totalidad dinámica y no concluida, representa un valor de conjunto y una singularidad para cada especie⁹⁹. Un panteísmo que otorga responsabilidades más elevadas al hombre y la mujer rechazando el *especismo*, en la medida que ni son principio ni fin, ni la prioridad de todo lo creado. La conversión de la naturaleza en mera mercancía, atribuyendo a otras especies un papel secundario en el teatro del planeta, la valoración mercantil de los mismos en función del mercado o dueño, el no sometimiento constante a la voluntad o las necesidades humanas, son parte del rechazo que Blas Infante explicita a través de la obra analizada. Su avanzado y preclaro humanismo, conocedor de los límites de cuanto le rodea, se extiende y proyecta sobre el horizonte de una ecología integral, más propia de este siglo XXI como reto social y moral todavía pendiente.

Conocedor de sus peligros y límites, la figura de Infante cabe reivindicarla como un adelantado a su tiempo en esta dimensión, dado que el argumento animalista supone un novedoso desafío al poner en cuestión tradicionales creencias morales y políticas, que descansan en nociones que hacen de la persona el centro de todo lo creado y, dentro del cuento que analizamos, los animales son un mero esparcimiento, recompensa económica o ayuda en cuanto a subsistencia o trabajo. Es más, como observaremos en algunos párrafos, hay una manifiesta equiparación del reflexivo lenguaje del zorro, alimentando la humana, y, tras ella, brota la reflexión moralizante al lector. Es un cuento sobre un animal, pero, además, una historia del amor, las contradicciones y emociones que rodean al protagonista en su relación con él mismo y con sus iguales «verticales», como se les nombra. Una de las conclusiones de la obra es bastante explícita en este

98 Infante nombra a los animales como «nuestros hermanos que dicen inferiores» en *Motamid. Último Rey de Sevilla*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983, p. 127.

99 Este convencimiento de que la creación no está terminada, siendo su desarrollo y plenitud tarea de los presentes, es señalada en sus inéditos hasta treinta y ocho veces (E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, *op. cit.*, p. 94).

aspecto que defendemos: «Sirva el hecho de esta providencia para ratificar en el ánimo de quienes leyeran, el pacto que don Dimas en nombre de una especie y yo en nombre de la mía, hicimos, siendo el amor, que está más allá de las especies y que de éstas se vale como menor sentimiento: Pacto (sic) de paz y amistad entre el animal que tiene su mundo en la ciudad y los animales que tienen su mundo en el monte».

No se trata, pues, de ofrecer al animal un valor en función del interés para los humanos según las características de cada especie, sino que desde el reconocimiento de los derechos del animal en paralelo a la propia humanidad de los humanos se rechaza cualquier mofa, crueldad o vejación hacia ellos. Se acepta, en suma, una suficiencia en cuanto al respeto debido, abogando por el rechazo a conductas crueles en absoluto justificadas por mor de costumbres consideradas irracionales; procurando, a su vez, la aparición en humanos de valores más elevados, respetuosos y transversales entre todos los seres sintientes. El andalucismo político, y, particularmente, Blas Infante, se muestran así convencidos de que los animales poseen también un ser propio, sensible al dolor y al trato que reciben, si bien no lo expresan con el mismo lenguaje ni a través de la misma experiencia. El cuento de Dimas es un ejemplo de la sintonía que puede existir entre ambas instancias de la naturaleza por encima de estereotipos y leyendas sociales. El esfuerzo de adaptación del zorro como un animal doméstico más, e incluso superando cotas convencionales, hace brotar sentimientos de compasión y ternura. Como resalta Aristóteles, los animales poseen en algunos ejemplos comportamientos que recuerdan a la convivencia humana, por ejemplo, la del lobo, que vive en manadas altamente organizadas donde se brindan protección, ayuda y afecto mutuo¹⁰⁰. En otros casos, la memoria o la capacidad de razonar de los animales que han demostrado muchos biólogos y etólogos son admirables y recuerdan a la del ser humano.

Una percepción que trasciende de un sentido moral a un planteamiento espiritual, en tanto el amor y la empatía identifica la capacidad de superarse moralmente. Expresa además Infante cómo concibe el amor como algo incondicional e inherente a todo ser vivo, como un lazo que nos une a todas las criaturas vivas de forma natural: «Felices verticales que sienten en sí la palabra de la vida, la entiendan o no. Felices verticales más próximos a la unidad que puedan llegar a sufrir y a gozar en sí, los dolores y los goces de su vida en los cuerpos ajenos. Felices los cercanos al goce y al dolor de todo; a quienes todo confirió la realeza de gozar y de penar por ellos»¹⁰¹.

100 Hecho subrayado por Infante en su texto sobre el perro *Preferio* en sus *Cuentos de Animales*.

101 «Pero el hombre no solo goza de la obra de la vida, goce que por cierto sentido puede atribuirse también a los demás seres. El hombre goza, además, de su propia obra o creación, elaborada por su especial progreso». Una exaltación al placer de sentir la evolución (B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucar, 1976, p. 43, nota 4).

Por el contrario, se revuelve contra ese pueblo neolítico —posiblemente lleno de cromañones y neandertales, añadimos nosotros— embrutecido y desnaturalizado: «aquellos que intentaban matar hasta al tiempo». Ante quienes su falta de sensibilidad, de capacidad de conmoverse, de trascender al tedio y a la realidad material, les ata a la mera subsistencia y reproducción. Él, en cambio, se concibe a sí mismo parte de una dimensión más elevada que le merece gran admiración, goce y atención.

Sin duda, el tiempo compartido con Dimas fue un punto de inflexión. Tal y como recoge explícitamente el texto analizado, fue algo que le llevó a mirarse más adentro. En este sentido, destacamos la importancia que parecen tener los ojos, los cuales se citan hasta en treinta ocasiones acentuando así su fuerza simbólica, en tanto parecían pasar de ser espejos a representar una ventana entre almas. Una parte frágil y transparente del cuerpo, a través de la cual se produce la unión entre almas vivas como comunicación y reconocimiento entre iguales¹⁰². Esta experiencia concreta, en el contexto en el que se desarrolla como un mecanismo de introspección, y recogimiento, confiere al texto otro significado más místico. La narración no es un mero ensayo literario, sino el relato de una revolución interior. Una proyección de lo que es una verdadera transformación, lenta, inaparente y para la que no hay tregua ni aliados. Una revolución interior que recorre y menoscaba las prioridades, creencias y formas de vida, para acabar conformando un nuevo ser. Incluso una alegoría premonitoria de cómo deben ser las relaciones educativas con los hijos.

La evolución manifiesta la configuración de las sociedades basada en las significaciones y principios que dan forma a sus modos de vida. Las personas no heredan simplemente un hábitat donde desarrollan su sistema orgánico espacio-temporal, asumen, además, un tránsito donde los espacios cobran significación en base al sistema de valores interiorizado. La historia humana tiene alma y se construye día a día. El alma de toda ella no es el acontecer cotidiano, sino la de los ideales, sistemas de valores, normas y formas de *ethos*, mediante los cuales las personas se miden a sí mismas y en su actuar. Esta alma en la historia nos enseñaría a comprender la que es verdadera. En la reciprocidad humana con el resto de la naturaleza, se debe apostar por tejer el círculo de la vida y, en dicha transversalidad, no puede quedar atrás el ecosistema espiritual.

Consciente de ello, Infante utiliza todos los medios disponibles para tratar de promover esa visión holístico panteísta sobre todo lo creado. No fueron escasos los textos, comentarios y artículos que dedicó a animales y plantas. En ellos predominan dos líneas

102 Este tema atraía a Infante, y esto podemos comprobarlo en su biblioteca, donde cuenta con títulos como *La vida psíquica de las bestias*, de Luis Büchner, un compendio de las teorías filosóficas en torno al alma de los animales, instintos, herencia y evolución.

claras: la pedagogía, donde trata de evidenciar la *ecodependencia*, el valor de los animales y la necesidad de las plantas para la sostenibilidad del planeta e, igualmente, la crítica, manifestándose contrario a esa estructura social imperante alienante y primitiva que bestializaba almas y cosificaba animales en crueles tradiciones para un mero gusto ruin y salvaje, abogando por una nueva sociedad libre, instruida y más humana. Prueba de ello es la transcripción del texto, así como la multitud de manuscritos y legados.

Infante desarrolló una sensibilidad medioambiental temprana quizás también por su origen rural, su cercanía al campo y a quienes lo trabajan. Casares, Archidona, Cantillana, Peñaflor, Isla Cristina, Coria... hitos en la vida del andalucista, que con seguridad impregnaron su sensibilidad. Percepción que irá empapando su forma de pensar y actuar. Concibiéndose a sí mismo parte de un sistema mayor, el cual le merece admiración y honra. En líneas anteriores hemos destacado la faceta animalista dentro del esquema moral infantil, pero no queríamos terminar sin mencionar el otro componente del esquema natural, la botánica, dado que fue un apasionado de la misma, valorando su virtuosismo proveedor y su autorregulación¹⁰³.

Buena prueba de este interés la tenemos en la promoción de las Fiestas del Árbol, donde se desarrollan discursos y poemas para acentuar su importancia y estimular la plantación de ejemplares¹⁰⁴. Incluso en su biblioteca, Infante cuenta con decenas de títulos sobre botánica y cuidado de árboles, entre los que destaca *Plantas que curan y plantas que matan*, de J. Rengade. Pero quizás el mejor testigo de esta pasión sea el jardín de *Dar al Farah* en su casa de Coria del Río, donde dedicó grandes esfuerzos a construir un espacio que integrase especies endémicas de toda Andalucía, frutales y todo tipo de plantas medicinales, incluyendo un sistema de riego y abono para su sustento. La parcela, hoy Museo de la Autonomía, da buena cuenta de su intencionalidad en favor del autoconsumo y del equilibrio natural entre especies vegetales. Luisa Infante, su hija, siempre destacaba cómo al notario le gustaba dedicarle todas las horas que podía, tratando de inculcar esa sensibilidad a su familia. Resaltando también la cantidad de pájaros que había en los alrededores de la Casa de la Alegría, donde evidentemente no existía la caza. Aquella parcela se convirtió en un singular paraíso a su gusto y convicciones.

103 Las cabeceras andalucistas son pródigas en hacerse eco de los nuevos avances agrícolas. Como ejemplo: «Experimentación agrícola», *El Regionalista*, 8 de mayo de 1918.

104 «Fiesta el árbol en Guillena», *El Regionalista*, 29 de mayo de 1928. Del mismo modo, la fiesta tiene lugar también en Sevilla, donde se eleva una moción al Consistorio hispalense instándole a cumplir la Real Orden de 5 de enero de 1915, la cual recomendaba a los municipios la celebración de este tipo de eventos. Al respecto se dice: «Los árboles son los mejores soldados de la vida moral de la patria», además de otras consideraciones sobre su importancia a la hora de evitar desforestación, inundaciones, altas temperaturas, calidad del aire y refugio de animales y humanos («La Nueva apologética. El árbol», *El Regionalista*, 15 de mayo de 1918).

3.1. Animales y naturaleza en el *Andalucismo Histórico*

■ *Observa profundamente la naturaleza, y entonces lo entenderás todo mucho mejor.*
—Albert Einstein

Hasta el presente, la densidad de publicaciones sobre la figura de Infante ha eclipsado otras consideraciones que se pueden realizar sobre la naturaleza en el seno del movimiento andalucista más allá de su persona. No sería serio por nuestra parte atribuir a todo el colectivo las convicciones de alguien que ocupa una posición de liderazgo. Insistiendo siempre sobre aspectos no publicados, en esta obra pretendemos aportar datos y análisis novedosos que despejen dudas, por un lado, y enriquezcan la cuestión, por otro.

Desde la primera de las biografías que ve la luz sobre el ideólogo de la mano de Ortiz de Lanzagorta, se pueden contrastar diferentes datos y hechos que demuestran con un carácter anecdótico ese cariño y respeto hacia los animales dentro del movimiento andalucista. Progresivamente, a medida que avanzaba el tiempo y la producción bibliográfica sobre el andalucista aumentaba con el conocimiento de los libros de su biblioteca, con el análisis de manuscritos, cabeceras andalucistas y testimonios orales... podemos no solo interpretar dicha dimensión con mayor profundidad, sino que se ha logrado enriquecer esta perspectiva dentro de sus círculos. Si para Blas Infante la reciprocidad de la humanidad con el resto de la naturaleza es consustancial a sus principios éticos, intrínseca a su concepción de la existencia, para el andalucismo como movimiento social será una dimensión secundaria entre sus reivindicaciones.

Es cierto que la temática se concentra más sobre pájaros y árboles, en cuestionar la tradición taurina o en aprovechar las ricas posibilidades naturales de Andalucía en un sentido genérico. Las iniciativas y las críticas esconden motivaciones más profundas, tales como los beneficios para la agricultura, la calidad del aire que se respira, el aprovechamiento de terrenos de baldío, o la necesidad de que broten sensibilidades capaces de poner en cuestión crueles tradiciones como matar toros, enjaular pájaros o especies salvajes¹⁰⁵. Particularmente, ante la denominada «fiesta nacional», se denuncia cómo constituye un divertimento popular que, acompañado en algunos ejemplos por

105 «Que somos los del Centro Andaluz georgistas, amantes de la liberación de la tierra y la redención de Andalucía y de España. ¡Mal podemos ser amigos de toreros y de chulos!». Así se expresa una carta de Vicente Galiana dirigida en nombre del Centro Andaluz al semanario «de la vida nacional» *España*, ante lo que parecer ser un anterior comentario «falso e injurioso». Indicándose además que «en esta sociedad, modestísima y reciente, no hay billares, ni mesas de tresillo ni siquiera barajas. Ni se bebe, ni se habla de toreros ni flamenquismo» (*España*, 105, 25 de enero de 1917, p. 14). Posiblemente, a causa de una colaboración anterior criticando el aragonesismo en tono burlesco («El regionalismo en España. Aragón quiere vivir», *España*, 101, 28 de diciembre 1916, pp. 8 y 9).

el llamado «flamenquismo», ambos se entienden como una exacerbada afición capaz de levantar pasiones alienantes que imposibilitan tanto el cultivo como el crecimiento de reflexiones más críticas en el pueblo¹⁰⁶. Se trata de un animalismo crítico, envuelto en una importante carga social y que cuestiona determinadas conductas humanas.

Reconocerá el lector la ausencia de muchos matices en lo que se podría cuestionar era interpretado como un irrespetuoso y ególatra uso por parte del humano de otras especies, lo cual es cierto. No obstante, estas limitaciones ofrecen idea de hasta qué punto estas cuestiones son todavía por estas primeras décadas del siglo una temática marginal, incluso en posiciones de la izquierda tradicional. A su vez, sirva de ejemplo, la intelectualidad del momento tampoco abrigó una especial sensibilidad sobre el asunto, con salvadas excepciones. Un ejemplo paradigmático de ello podría ser Eugenio Noel¹⁰⁷ (1885-1936), con el que su coetáneo Infante tuvo estrecho contacto, al que ayudó patrocinando en algunos momentos sus campañas antitaurinas por España.

Dicho lo cual y con la singularidad apuntada sobre la persona del notario, el movimiento andalucista, a través de sus manifiestos y cabeceras, no se muestra entusiasta con la cuestión, al margen de ese planteamiento un tanto superficial del cuidado de los pájaros y la necesidad de árboles y flora¹⁰⁸. Todo parece indicar, por un lado, que ese animalismo básico militante contiene una carga mucho más espiritual o filosófica en tanto se presenta como un aspecto más de una causa donde se prioriza el enfoque político, económico y cultural; de otra parte, esta resistencia a la hora de abrir el abanico crítico en dicho terreno denota prudencia a la hora de centrar los argumentos de la causa andalucista sobre extremos más atractivos o problemáticos, dejando a un lado posiciones, las cuales es de imaginar, supondrían un incremento de las reticencias populares y la desconfianza hacia otros más significativos y movilizadores. Cabe recordar, en este sentido, que la afición taurina por aquellos años constituía el atractivo más importante dentro del mundo del espectáculo, movilizándolo, a ojos del andalucismo, excesiva atención, sentimientos y energías entre las clases populares.

106 Se ha abordado la crítica a las corridas de toros por parte de Blas Infante gracias a la investigadora Leonor de Bock Cano. Refiere una reflexión extraída de los manuscritos del andalucista: «El toro herbívoro convertido en fiera por el hombre. El toro y el caballo, hermanos en la pradera. La desgracia del toro, ¿son sus cuernos? Luego es el hombre». Leonor de Bock Cano, «Blas Infante, antitaurino», disponible en: https://www.lavozdelsur.es/opinion/blas-infante-antitaurino_193661_102.html. En otro ejemplo: «Nosotros venimos a vaciar nuestras ideas y sentimientos en los moldes de nuestra Andalucía irredenta y vilipendiada, esclava de caciques y prostituta de toreros» (Editorial: «De elecciones. Blas Infante, diputado por Andalucía», *Andalucía*, (140), 14 de mayo de 1919, p. 4).

107 Eugenio Noel fue una figura prominente en los inicios del movimiento contra la tauromaquia, desarrollando multitud de textos y conferencias en contra de la ya denominada «Fiesta Nacional» por todo el Estado.

108 El investigador y biógrafo Enrique Iniesta dedica en el segundo volumen de la trilogía biográfica que venimos citando dos capítulos (núms. 24 y 25) a abordar la fiesta de los pájaros (pp. 193-204).

Las cabeceras andalucistas tampoco son pródigas en la promoción de los derechos de los animales y en la de un sentimiento igualitario para con ellos. *Avante, El Regionalista, Bética, Jaén, Andalucía, Vida Marroquí, Andalucía Libre, Pueblo Andaluz...* son publicaciones donde dicha temática no posee una especial relevancia¹⁰⁹. Sin embargo, el semanario *Córdoba* parece confirmar la excepción y, en este sentido, estamos convencidos de que el anuncio de la próxima aparición de una monografía, analizando cada uno de los números editados durante los años de su existencia de la mano del investigador Manuel Hijano, aportará nuevas luces para descubrir esta y otras cuestiones dentro de la historiografía que conocemos bajo la denominación de *Andalucismo Histórico*¹¹⁰. Mientras, en el índice bibliográfico de la revista *Andalucía*, realizado también por el citado autor, se localizan solo cinco referencias al mundo de los toros y tres a la cuestión de las aves¹¹¹. Sin embargo, la riqueza y la amplitud de los enfoques aportados desde los artículos de *Córdoba* se presentan como de singular interés.

109 Sobre dichos títulos: J. Cortines Torres, Índice bibliográfico de «*Bética, Revista Ilustrada*» (Sevilla, 1913-1917), Sevilla, Diputación, 1971; J. L. Moreno-Pérez, «Conformación de la identidad andaluza a partir del discurso. La revista *Andalucía* durante su etapa de publicación en Sevilla (1916-1917)», *Revista de Estudios Andaluces*, (42), pp. 34-53; M. Hijano del Río, Índice bibliográfico de la revista «*Andalucía*» (1916-1920), Sevilla, Fundación Blas Infante, 1992; id., «El Andalucismo en Melilla: La revista '*Vida Marroquí*' (1926-1936)», en *Actas del VIII Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1997, pp. 275-302; id., «La revista '*Vida Marroquí*' (1926-1936)», en *Aljamía. Revista de la Consejería de Educación en Marruecos*, (32), 2021, pp. 35-53; J. Hurtado Sánchez, J. Ortiz Villalba y S. Cruz Artacho, *Bética y el regionalismo andaluz. A propósito del Centenario*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2013 y M³. T. López Arandia, «La revista *Jaén*. Un efímero proyecto andaluz», en *Actas del VII Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1996, p. 553. Con carácter más general: M. Ruiz Romero, «Prensa, republicanismo y Andalucismo Histórico. La socialización de *El Ideal Andaluz*», en *Actas del VIII Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación: «República y republicanismo en la comunicación»*, Sevilla, Universidad/AHC, 2006 (formato CD); también en: A. Checa, C. Espejo, C. Langa y M. Vázquez (Coords.), *La comunicación durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Madrid, Fragua, 2007, pp. 289-300; e, igualmente, «Prensa y sociedad en Andalucía: La construcción de la identidad autonómica», en R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (Coords.), en *Actas del II Congreso Internacional Historia de la Transición. Los inicios del proceso democratizador*, Almería, Universidad, 2005 (formato CD).

110 M. Hijano del Río, *Estudio e índice bibliográfico de la revista «Córdoba» (1916-1917). Nuevas aportaciones al Andalucismo Histórico*, Almería, Círculo Rojo, 2023.

111 En concreto, en los números de abril de 1917 (núm. 11), 31 de agosto de 1917, 1 de enero de 1919, 22 de febrero de 1919 y 24 de septiembre de 1919. Algunos de los cuales poseen un carácter literario y otras como denuncia del desaprovechamiento de terrenos por la crianza de toros para las corridas: extraído desde el índice de la obra de M. Hijano del Río, Índice bibliográfico de la revista *Andalucía...*, *op. cit.*, p. 349, y de sus correspondientes páginas una vez desarrollado su índice, ejemplar a ejemplar. Por contra, se realizan trece referencias vinculadas a la temática del árbol y tres a los pájaros, *ibid.*

«Somos prisioneros, como los pajarillos que se encierran en una jaula; a nosotros nos han quitado del contacto con la Naturaleza, que da la vida; con la tierra, que da la vida; a los pájaros prisioneros en las jaulas los quitan del contacto con la libertad de los aires, que es su vida... A los pájaros, manos cariñosas dan el alpiste y el agua. Si los amos de la tierra y los políticos que nos rigen no nos dan ni el sustento que a los pájaros prisioneros, rompamos la jaula que nos aprisiona» (Editorial: «Labor regionalista. Una conferencia interesante», *Andalucía*, (9), febrero de 1917, p. 7).

En términos generales, la esencia de las críticas en la publicación van dirigidas contra un importante segmento de población que emplea su jornal mísero para asistir a las plazas de toros, espacio donde participa en un indigno espectáculo observando cómo el «matador» pone fin a la vida del animal o, en otros casos, es el torero quien sufre las consecuencias. Un público, en la mayoría de los casos formado por sectores populares y trabajadores, de campo y ciudad, disfrutando del «suplicio de uno de los suyos»¹¹². En muchos de los ejemplos, animando en favor de una mayor cercanía y exposición al peligro entre los protagonistas del espectáculo, como regocijo de un público cómodamente sentado a modo de grotesco espectador ávido de emociones primarias y que reclama mayor divertimento una vez abona su entrada. Incluso denunciando la presencia de menores en este tipo de crueles espectáculos, en los que a veces, como se denuncia, se juegan la vida desdichados con las facultades mentales perturbadas. «Suicidas» se les denomina en algún caso. O bien, como resultado de dicha brutalidad sin sentido, se llega a defender la necesidad de prohibir la comercialización de carne de toro resultante toda vez que su sangre estará contaminada y su ingesta es peligrosa para la salud humana¹¹³.

En otras ocasiones, el semanario *Córdoba* se hace eco del listado de personas que han infringido la Ley de Caza y Pesca, mientras protesta por el hecho de que se paguen más impuestos por dos bueyes que por un toro de lidia. Denunciando incluso el exceso de protección a los toreros cuando se prohíben manifestaciones de aficionados en su apoyo, o cuestionando la protesta popular por causa de la suspensión de alguno de dichos eventos y no, precisamente, por la ausencia de escuelas. *Córdoba* será pródiga en más aspectos, como la defensa de los árboles, reclamando plantaciones y cuidados junto a las flores; el sacrificio de perros; protección hacia los pájaros, especialmente los insectívoros contra la langosta y en cuanto a su consumo humano... realidades que no evitan algunas otras colaboraciones de exaltación al espectáculo en unos intensos años donde la rivalidad entre Belmonte y Joselito formará parte de lo que se conoce como la *Edad de Oro del Toreo*.

El mismo Infante, en el uso que hace del recurso a la literatura fabulística, no se recata, entre la demostración de su cariño por la naturaleza y los animales como parte de ella, a la hora de demostrar el carácter simbólico y didáctico de sus cuentos. Su concepción de *Cuentos de Animales* destapa un mundo donde ellos son protagonistas asumiendo conductas y emociones humanas, expresando al igual sentimientos producto de las mismas. La línea invisible que separa a ambos seres sintientes es muy fina y con el

112 Editorial: «Los bufos del toreo. El falso llapicera», *Córdoba*, 19 de agosto de 1916, (1), pp. 7-9.

113 Editorial: «La carne de toro lidiado está envenenada», *Córdoba*, 2 de septiembre de 1916, (3), pp. 12-13.

comportamiento animal se explica, enjuicia y critica algunas conductas humanas. En aquella obra, como en nuestra narración analizada, salpicada de abundantes confesiones personales e insinuaciones autobiográficas. Comporta, pues, esta literatura, en paralelo a otras consideraciones, un manifiesto carácter catártico que busca reflexionar sobre las relaciones entre animales, humanos y sociedades más evolucionadas en un intento por dibujar las dificultades de las interacciones entre las tres partes nombradas, y buscarle alternativas bajo el velo del pleno goce y la felicidad. Dicho así, los animales nos ayudan a reconocernos y sirven de espejo para el devenir de quienes son denominados en la obra «animales verticales».

El tratamiento sobre la cuestión animal abordada en toda la producción editorial de Infante parece implicar, además, un cierto déficit de afecto que se deposita sobre un animal, en el caso del zorro, que lo devuelve con creces¹¹⁴. De alguna forma, el otro, aun siendo animal, prolonga un sentimiento de afecto que es exclusivo entre humanos y que, como necesidad manifiesta, invita a modificar una percepción racional de la existencia por otra emocional. La obra en análisis se convierte así en una oración ecuménica, en una invocación a un mundo que no acaba en las fronteras de Andalucía y que supera la rivalidad convencional entre especies, propia del darwinismo social, apostando por una ética ecologista y animalista sobre la base de la interdependencia, el comunitarismo, la cooperación y la simbiosis entre quienes que habitan el planeta. Es el paso del antropocentrismo al biocentrismo que anticipa la obra de Infante, como tesis hoy día comúnmente aceptada.

Dicho esto, cabría interpretar su plegaria al pájaro o los mandamientos en favor de los animales como síntesis que guardan con la misma intensidad que a las fábulas, enseñanzas didácticas dirigidas a los menores como anota el primer texto citado y refleja su sintaxis, o bien a los menos niños, tal y como recoge sus diez mandamientos¹¹⁵. No se trata de una simple atención a temas animalistas o ecológicos. Para Infante y su alto sentido de la espiritualidad, donde enmarcamos sus convicciones, la cuestión es otra dimensión más de un problema estructural más profundo. En su singular cosmovisión los animales representan un recurso para penetrar en el alma humana y despertar el espíritu del amor y la bondad. Un recurso a la emotividad más básica a través de árboles y pájaros, para estimular emociones capaces de ser aplicadas sobre otras nece-

114 Iniesta alude a la existencia de otro boceto de cuento en su manuscrito AEY datado en enero de 1923 bajo el título *Los vancejos*. Así se cita en E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, *op. cit.*, pp. 88-90.

115 Con motivo del 125º aniversario del nacimiento del ideólogo, la Junta de Andalucía, a través del Centro de Estudios Andaluces, reproducirá en cerámica el decálogo y lo colocará en determinados centros educativos de Andalucía.

sidades. No se trata de aceptar simplemente la existencia de animales y plantas, sino demandar un cuidado constante a lo largo de su existencia bajo el relato de la necesidad que los humanos tienen de ambos.

Los andalucistas se convierten así en defensores de las escasas medidas legales que se aprueban en la época. Invocarán la Ley de 19 de septiembre de 1896, redactada en época de la regente María Cristina desde el ministerio de Linares Rivas, como norma básica contra el maltrato animal y con una gran carga pedagógica entre su articulado, para proteger las aves, sus crías y evitar su caza en aras a favorecer la protección dados los beneficios que aportan. En su artículo 2 se establecía la publicidad de dicha ley en la fachada de ayuntamientos y colegios, hecho que no se produce. En ese contexto, nuestro autor, junto a su amigo y compañero andalucista Antonio Ariza¹¹⁶, realizaron una campaña de marcado carácter pedagógico, ocupándose ellos de llevar la ley a la puerta de algunos consistorios y colegios. De esta manera, donaron o colocaron —*in situ*— una serie de placas cerámicas donde referenciaban los textos de dicha ley, animando al minar pájaros y nidos¹¹⁷.

Por último, como otro matiz nuevo para este epígrafe, cabe apuntar que Enrique Iniesta, a través del intenso trabajo sobre los manuscritos, refiere una carta del alcalde de Ayamonte a Infante datada el 5 de agosto de 1928, en pleno periodo de Isla Cristina. Al parecer, la misiva es respuesta a otra del andalucista interesándose por las carreras de gallos que se celebraban en dicho municipio. El titular de la corporación le aclara que ya nada queda de ese espectáculo «bárbaro y cruel», dado que «ni se cuelgan gallos ni se les arranca la cabeza sino que son sustituidos por cintas». Es más, precisa el mandatario que de ser premios los gallos estos se sacrificarán en casa o se crían¹¹⁸.

116 El doctor Ariza, andalucista y uno de los más estrechos colaboradores de Infante, fue fisiócrata y profundamente ecologista, así como su padrino de boda. Sindicalista de UGT, muere fusilado en 1936 frente a las tapias del Convento de los Remedios de Sevilla, actual Museo de Carruajes, según algunas fuentes, el 7 de agosto, aunque otras hablan de los días 25 o 26 de julio. Véase Leonor de Bock: «Antonio Ariza Camacho, el andalucista que amaba a los pájaros». Disponible en: https://www.lavozdelsur.es/opinion/antonio-ariza-camacho-el-andalucista-que-amaba-a-los-pajaros_158215_102.html

117 Las cerámicas que han perdurado al día de hoy están localizadas en las fachadas de los siguientes centros educativos públicos de la ciudad de Sevilla: Colegio Carmen Benítez en la plaza del mismo nombre; Colegio San Isidoro en la calle Mesón del Moro; Colegio Borbolla en calle Luis Montoto; Altos Colegios en la calle Pacheco y Núñez del Prado; en las antiguas escuelas municipales de San Bernardo sitas en la calle del mismo nombre, así como en el Colegio José María del Campo en Pagés del Corro. Solo dos se conservan en la provincia: en el Colegio Pedro Gutiérrez, sito en la plaza de España de Alcalá de Guadaíra, y en la parroquia de la Encarnación de Constantina. Una en un domicilio particular en la calle Castilla 143 de Sevilla. Como hemos advertido ya, hasta Isla Cristina llega el eco de esta campaña y alguna de estas placas de azulejos.

118 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, *op. cit.*, pp. 203-204.

Dicho esto, referenciamos aquí una importante norma que, precisamente, dicta Isla Cristina durante los años que ahí reside Blas Infante. Una disposición municipal del año 1924 que hace a la localidad isleña adelantarse en el tiempo a la sensibilidad animalista. Su ayuntamiento prohíbe expresamente espectáculos y juegos donde fuesen maltratados animales. La iniciativa, pionera en el Estado, representaba una regla inédita en el panorama sociocultural de la época, cuestionando tradiciones seculares y apostando por una profunda consideración hacia el mundo animal como seres sintientes. El mandato, citado por el investigador local Vicente López Márquez, fue acordado por la Comisión Permanente en tiempos del alcalde Román Pérez Romeu y aprobado en fecha 1 de noviembre del citado 1924. Refuerza la importancia de la norma reseñada el hecho, y seguimos citando a López Márquez, de que por la segunda década del siglo XX, el municipio atravesase «sus momentos más dulces» en orden cultural con una sensible presencia de iniciativas y entidades culturales que distanciarían a la población de prácticas vinculadas al maltrato. Así, brota la pregunta sobre por qué surge la descrita orden protectora. Cuestión a la que el citado historiador responde: «la iniciativa surgió entre el alcalde Román Pérez y el notario Blas Infante»¹¹⁹. Es más, desde nuestro punto de vista, los cuatro apartados previos al articulado, a modo de justificación de motivos, nos parecen redactados de la propia pluma del notario. El sentido de espiritualidad y la altura moral que rezuma el texto, el uso de algunas palabras características de su vocabulario, la referencia a superar conductas normalizadas bajo tradiciones, la preocupación por la imagen externa y la necesidad de imitar actuaciones más civilizadas... son algunos de los aspectos invocados, incluso algunos párrafos de nuestro cuento en estudio también lo apuntan así. Dicho con otras palabras, en la elaboración de dicha normativa intervino Blas Infante.

La decisión del cabildo isleño no solo considera el respeto del animal bajo exclusiva dimensión festiva o pública; además, traslada dicha protección al ámbito doméstico-privado y al laboral. Reclamando un trato lo más «humanamente» posible, el acuerdo ampara discreción y honra para el instante del sacrificio animal y previene, adelantándose al futuro y vacíos normativos, sobre la posible visita de espectáculos ajenos a la localidad donde tengan lugar martirios o malos tratos. La oportuna señalización que se recoge, alertaría a visitantes explícitamente sobre medidas adoptadas en nombre del «pueblo», y no tanto del ayuntamiento como representante primero del mismo. Incluso, dado el caso, deriva hacia los padres o tutores la responsabilidad infantil, describiendo un conjunto de medidas disciplinarias para la función de la guardia local. En concreto, la disposición reza así:

119 V. López Márquez, *Isla Cristina. Por los caminos de la Historia*, Huelva, Ayuntamiento de Isla Cristina, 2019, pp. 209-211.

El Sr. Presidente propuso a la Corporación:

1. A que la cultura del Pueblo Isleño (sic), con la afirmación y aumento consiguientes de generosidad y sentimientos humanitarios; ha determinado en su ánimo, una superación de los imperativo (sic) de la moral ordinaria los cuales le mueven a repugnar el martirio inútil de animales indefensos; como puede comprobarse con hechos públicos elocuentes tales como la abstención de este pueblo, con respectos a espectáculos o juegos, en los cuales se acostumbran a infligir aquellos martirios; y con la organización popular espontánea de fiestas cual la de la libertad de los pájaros, ya celebrada con aplausos del vecindario entero.

2. Al prestigio cultural de que goza Isla Cristina en España; al antecedente de que todos los pueblos, en naciones de espíritu engrandecido, han adoptado medidas suficientes para amparar los animales; impidiendo aquellos malos tratos que a los mismos viene a infligir la liberación de instintos primitivos de reclusión o de crueldad; así como el hecho de la proximidad y comunicación incesante entre la Isla y un País Extranjero (sic), hecho que impone la necesidad patriótica de producirlo ejemplarmente; sobre todo, en estos órdenes expresivos de una avanzada depuración espiritual.

3. A que los mismos los principios (sic) de la Religión que los del Derecho, imponen; los primeros, la piedad, que la inconsciente crueldad niega, con seres dotados por Dios de vida, y de sensibilidad, por consiguiente, y los segundos por lo menos, el respeto a las creencias y sentimientos de todos los ciudadanos, entre los cuales se encuentran aquellos que repugnan en su sensibilidad o en su conciencia los malos tratos a animales.

4. A que los Principios (sic) deben con sus particulares iniciativas prácticas, afirmar, dentro de su respectivos (sic) territorios, el espíritu de las leyes generales; coadyuvando al eficaz cumplimiento de las mismas, con aquellas medidas que tienden a crear un estado de voluntad o de respeto colectivo a los preceptos de dichas leyes; entres (sic) las cuales se encuentran las de protección a los pájaros, cuya desatención, en pasadas épocas ha motivado últimamente su enérgica reiteración, en términos apremiantes por Decreto del Directorio Militar que actualmente rige la Nación (sic).

Enterados los Sres. Reunidos y hallándose en un todo de acuerdo por lo expuesto por el Sr. Alcalde Presidente, por unanimidad se acordó decretar la siguiente Regla (sic) de policía municipal:

Artículo 1.º — Se prohíben en Isla Cristina los espectáculos y juegos mediante los cuales sean maltratados animales.

Artículo 2.º — Los conductores de animales, por la vía pública, habrán de ser tratados humanamente, llevándolos de modo que no se les cause sufrimientos inútiles.

Artículo 3.º — Los animales no podrán ser muertos en público, prohibiéndose los juegos de tiro al blanco con animales: la instalación de artefactos con estos o semejantes fines, durante las ferias o en cualquier tiempo, y, los intentos de diversiones públicas o privadas, en cuyo desarrollo o primicias, se vengan a producir martirios o malos tratos a dicha clase de seres.

Artículo 4.º — Se prohíbe asimismo, la mera tenencia de pájaros por los niños de esta Isla o de su término municipal. Del incumplimiento de esta prescripción serán responsables sus padres o personas a cuyo cuidado se encontrasen sometidos los infractores. Conforme el artículo 7 de esta Regla (sic) de Policía (sic).

Artículo 5.º — A la entrada de la Isla y en los lugares públicos de ella que fueran más visibles, se pondrán lápidas que contenga la siguiente inscripción, la cual servirá de aviso para los forasteros: El pueblo de Isla Cristina no permite que se maltraten a los animales.

Artículo 6.º — La policía municipal cuidará de no tolerar que sean infringidas estas Reglas (sic), prohibiendo su ejecución de los actos que en ella se condenan; incautándose de los pájaros a que se refiere el artículo 4º, o de los artefactos expresados en el artículo 3º y dando cuenta a esta Alcaldía para la imposición de las multas procedentes.

Finalmente, los artículos 7.º y 8.º de la norma señalan que los infractores serán condenados con una multa de 15 pesetas. Caso de ser menores de edad, las multas serán responsabi-

lidad de los padres o tutores¹²⁰. En coherencia con la disposición aprobada, sigue diciendo el historiador local López Márquez, serían encargados un conjunto de azulejos con la siguiente inscripción: «El pueblo de Isla Cristina no permite que se maltraten a los animales. Decreto de Policía Municipal 8-XI-1924». El hito cerámico que más duró, puntualiza dicho investigador, lo fue hasta 1969, fecha en la que fue derribado el viejo cabildo¹²¹.

4. Dimas en la historiografía de Blas Infante

Como las propias hojas apaisadas del manuscrito delatan a través de las siete fechas que se citan, el cuento fue escrito entre mayo y septiembre de 1927. En ese margen cronológico el notario ya estaba asentado en su nuevo destino notarial. Su pluma había superado una iniciática experiencia literaria, en lo que podríamos considerar como una doble aportación junto a la sociopolítica; aunque esta última, aún siendo imaginaria, no será menos comprometida y coherente con su pensamiento ético. Exactamente, la secuencia de la obra editada de Blas Infante durante aquellos años previos sería la siguiente:

- ▶ *La Sociedad de Naciones*, Sevilla, Avante, 1919; (reed.) Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2020.
- ▶ *Motamid. Último Rey de Sevilla*, Sevilla, 1920; (reed.) Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983.
- ▶ *Cuentos de animales*, Sevilla, Imprenta Avante, 1921; (reed.) Cádiz, Fundación Blas Infante-Editorial SM, 1984; (Reed.), Sevilla, Diputación, 2011.
- ▶ *La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Imprenta Avante, 1921; (reed.) Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989; (reed.) Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2018.
- ▶ *Los Mandamientos de Dios a favor de los animales*, Sevilla, Imprenta Vázquez, 1921.
- ▶ *Reelección fundamental. Primer volumen. La Religión y la Moral*, Sevilla, Imprenta Avante, 1921.

120 Acta de la Comisión Municipal Permanente del Ayuntamiento de Isla Cristina, de fecha 1 de noviembre de 1924, folios 107-110. Archivo Municipal de Isla Cristina.

121 Remata el autor su texto citando que en 1948 la norma fue infringida al celebrarse una novillada en una plaza portátil.

La serie entre 1918 y 1923 demuestra tres conclusiones caracterizadas sobre un estrecho margen de seis años. Por un lado, la presencia de escarceos literarios en Infante previos al cuento que analizamos y, más exactamente, sin dejar atrás sus recreaciones teatrales de carácter histórico, los escritos vinculados a fábulas animalísticas de las que se extraen conclusiones morales. En este sentido, la espiritualidad que alcanza en algunos pasajes el texto del zorro en cuanto a su complejidad resulta muy superior al lenguaje cercano, didáctico y meramente narrativo con el que se describen sus *Cuentos de Animales*¹²².

De otra parte, la relativa cercanía en el tiempo con su *Dictadura Pedagógica* invita a aventurar, y comprobar en no pocos ejemplos como citamos en este trabajo, la continuidad y coherencia con aquel pensamiento allí recogido. Como bien apunta Hijano del Río en el estudio introductorio que acompaña la última reedición de dicha obra, la construcción de sus principios políticos lleva aparejada una indisoluble dimensión ética que da sentido y método al carácter utópico de esa dictadura que plantea a los andaluces de conciencia —de ahí el subtítulo del estudio— *Un proyecto de revolución cultural*¹²³. En la medida en que la política se concibe en el pensamiento de Infante como un principio moral y no como un mero ejercicio de poder, aspira con ella a convertir la práctica feudal del gobierno por voluntad divina o real en una intervención donde el tránsito resulta tan importante como el final del viaje. Su doctrina política, estamos convencidos, es ante todo una aspiración para forjar andaluces y andaluzas tan libres como conscientes, motivados en el tiempo y protagonistas de su destino; eso sí, no está concebida como un proyecto genérico, oportunista o meramente subjetivo. La consciencia es el primer paso para transformar la realidad. Siempre desde la andaluza, la más inmediata, pero antes desde el desarrollo personal. Y, a partir de esta escala inicial, la redención de España y la humanidad; prolongación esta necesaria y reseñada en los símbolos de un movimiento que huye de toda causa supremacista y excluyente. Andalucía no *para sí*, sino *por sí* tal y como recoge el lema de nuestro escudo. Por eso, el hecho político es concebido por Infante como una acción prioritariamente educativa («pedagógica») de manos de una mino-

122 Cabe precisar que, con anterioridad a que viese la luz el señalado libro de cuentos en 1921, bajo el nombre «Ramón de Flores» como seudónimo que apunta sea Infante, se editan a través de diferentes entregas el cuento del ratón Múrido bajo el título *Historia de un ratón vulgar*, del que se dice «escrito expresamente» para dicha revista por el citado personaje. Por entregas consta en *El Regionalista. Defensor de los Intereses autonómico de Andalucía* (núms. 43 y 44, respectivamente, el 18 y 25 de septiembre de 1918). Es previsible, aunque no hemos podido documentarlo, que los números siguientes acogiesen el resto del cuento. Comprobado los contenidos, los textos son idénticos.

123 M. Hijano del Río, «Aproximación a La Dictadura Pedagógica. Claves para su estudio» (estudio introductorio), en B. Infante, *La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2018, pp. 19 y ss.

ría no profesional, lo cual justifica su recurso al uso como herramienta formativa de una narrativa literaria bajo formato de teatro, cuento o parábola, caso este último de algunos textos de su *Reelección*¹²⁴.

Finalmente, y será la tercera conclusión, las incursiones literarias de Infante, como defendemos, no están exentas de un contenido moralizante en orden sociopolítico y espiritual. Es el caso de Dimas, aun siendo sus líneas un primer esbozo caso de haber sido concebidas para su publicación. En este marco, necesariamente, hay que entender la obra en estudio dentro de la evolución de su pensamiento y en un instante determinado de su existencia. No en pocas ocasiones se ha exaltado *Ideal Andaluz* como su trabajo más importante cuando, en realidad, aquel apunte primero convertido en conferencia ateneísta (1914), y editado bajo formato de libro un año más tarde, no deja de ser como él mismo aclara en repetidos escritos: un modesto trabajo de juventud, mal escrito y hecho deprisa, en la medida que quiere ofrecer ideas y no palabras.

Planteamos pues, a falta de valoraciones más concretas y especializadas, la hipótesis de un instante de maduración de su quehacer literario, así como en la construcción de su pensamiento, como muestra natural en la evolución del autor. En este panorama, nuestro Dimas está redactado en un momento importante y significativo de su vida por cuanto el obligado reposo por orden de la autoridad competente (j) de la vida política pública, y la introspección a la que parece se sumerge durante su estancia en Isla Cristina. Un tiempo donde para el andalucista, como bien expresa Morgado, será «de suma importancia el aspecto de la conciencia más que el de la creencia»¹²⁵. Y, en ese sentido, no sería un atrevimiento por nuestra parte titular a modo de síntesis que nuestro cuento resulta ser una incursión literaria a mitad de camino entre *Cuentos de Animales* y *Reelección*, transitando además por su *Dictadura*; donde, según sus palabras, «pretende fundamentar (...) razones (...) a la inspiración rebelde del espíritu contemporáneo»¹²⁶. Precisado este extremo, cabe apuntar que el texto de Dimas no es un cuarto cuento en la obra del andalucista, contados los tres que integran sus *Cuentos*,

124 Así se apunta en lo que hasta ahora es el único y serio trabajo sobre dicho manuscrito (R. Morgado Giraldo, «El pensamiento religioso y ético de Blas Infante en su libro *Reelección* y sus secuelas literarias», en M. Medina Casado y R. Sanmartín Ledesma, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, CEHA-Universidad, 2011, p. 306).

125 R. Morgado Giraldo, «El pensamiento religioso...», *op. cit.*, p. 293. Procede recordar que hasta ahora no se ha localizado ningún ejemplar de *Reelección* en su primer volumen. Por tanto, el mérito de este primer estudio introductorio es, precisamente, su intento por recomponerlo a través de sus diferentes inéditos. Todo indica, además, como apunta Iniesta, que el llamado *Libro Nuevo* o *El Libro de Reelector* localizado entre sus manuscritos, podría ser los esbozos de una segunda parte pendiente.

126 B. Infante Pérez, *La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2018, p. 63.

aunque como ocurre con algunas otras publicaciones, nos ayudan siempre en algunos extremos a la interpretación de conceptos y sentido doctrinal. Como vamos a exponer, por su espiritualidad y esoterismo, dista mucho de la percepción fabulística de los tres que agrupa en la obra citada.

Dicho esto, cualquier acercamiento que pretenda reconstruir el pensamiento de Infante no puede obviar su biografía, el momento y las experiencias por las que discurre su vida. En esta línea, *grosso modo*, para la segunda década del siglo XX el notario parece dejar lo que podríamos denominar una primera fase en sus textos publicados, donde pretende definir los primeros pasos de su *Ideal*. Hablamos de una búsqueda que se define a través de concreciones programáticas, estratégicas y organizativas, determinantes para modelar los contenidos y la organización de su movimiento: los centros andaluces y sus asambleas iniciales (Ronda y Córdoba, en 1918 y 1919, respectivamente).

Este proceso de indagación de fórmulas definitorias para el devenir del andalucismo, como sabemos, se encuentra inmerso en la etapa denominada restauración de la historia política de España. Esto justifica que, más allá de la admiración personal que profesaba el hijo de Casares hacia Joaquín Costa (1846-1911) como regeneracionista, la obra que le dedica supera el simple homenaje, para convertirse en todo un reconocimiento hacia su pensamiento asumiendo sus propuestas para el ejemplo andaluz¹²⁷. Ambos, desde sus funciones notariales, sobrevuelan el pesimismo del sistema caciquil para instalarse en un modo pedagógico, ejercido con autoridad por una minoría decidida —dictatorial por cuanto rápida y profunda: quirúrgica— ante una situación que se cree límite por decadente en todos los ámbitos de la vida. Labor esta que vendría acompañada de un conjunto de medidas con las que superar, más allá de la crisis social y política, un crepúsculo moral alojado profundamente en una España a la que Infante, como Costa, intenta redimir con su proyecto.

Lo anota el hijo de Casares en sus palabras introductorias, de lo que fue primero una conferencia y un opúsculo más tarde, en consideración hacia el aragonés: «Identificado con la salvación de España, el triunfo de las doctrinas del maestro del Renacimiento político y social español, importa dar a conocer por todos los medios sus ideales, repitiéndolos ante el pueblo, dormido o degenerado». Al fin y al cabo, Infante, como regeneracionista que también es, se convierte en el maestro del Renacimiento andaluz

127 Al respecto de ambas figuras y el paralelismo de sus respectivas doctrinas: J. A. Lacomba, «Costismo y andalucismo. La influencia de Joaquín Costa en Blas Infante», en *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, (11), 1994, pp. 77-87; J. Maurice, «El costismo de Blas Infante», en VV. AA., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura y Diputación General de Aragón, 1984, pp. 215-224; así como E. Fernández Clemente, *Joaquín Costa y el africanismo español*, Zaragoza, Publicaciones Porviver Independiente, 1977.

compartiendo un mensaje de preocupación por ese proyecto redentor que representa esa España plural que, como «nación cadáver», es liderada por «momias de conciencia petrificada», se esconde tras una política caciquil, centralista, monárquica, militarista, nacionalcatólica y corrupta. Inmóvil al dinamismo de las mentalidades y refractaria a nuevas ideas y dinámicas sociales¹²⁸. Dicho así, los dos notarios representan un objetivo común a diferente escala: España/Andalucía; aunque, de otra parte, no se nos escapa que el «exotismo» de la propuesta andalucista es la profundización territorial de un ideal de Estado que responde a un ambicioso programa de transformaciones en todos los órdenes de la esfera pública. Infante introduce en su adaptación al ejemplo andaluz lo que considera es una preocupación prioritaria: como una nueva proyección espiritual como ideal ético de existencia, como actitud, vocación permanente y motivación inquebrantable.

Cualquier proyecto de transformación, y esa es una de las aportaciones más características de Infante, debe ir sostenido por una sensibilidad militante. Esa voluntad e interés constantes por el despertar del pueblo solo brotaría de una dimensión personal y no tanto de factores exógenos a la misma. En su caso, las propuestas programáticas se entrelazan con una constante labor pedagógica y organizativa del movimiento, pero, además, de convicciones interiores a la persona, en muchas ocasiones identificada como «Causa del Espíritu».

Con ello, si *La obra de Costa* por la pluma de Infante asume buena parte de sus ideas regeneracionistas, *Reelección* es el inicio de una corriente de pensamiento con la que pretende, como bien escribe Ricardo Morgado, sistematizar sus pensamientos éticos y sus convicciones filosóficas¹²⁹. Junto a ellas, su *Sociedad de Naciones*, escrita en 1919 abrazando las pacíficas esperanzas al final de la Gran Guerra, y la *Dictadura Pedagógica* publicada dos años más tarde al hilo del éxito y primeros pasos de la revolución bolchevique. Una y otra, como decepción ante las expectativas que ambos hitos habían auspiciado sobre la propuesta andalucista. Igualmente, en tanto en el segundo libro de *Reelección* como en nuestro Dimas se superan las creencias convencionales, es muy presumible que como hipotética propuesta de edición, reposaran ambas en la espera de tiempos más oportunos que una dictadura militar de valores reaccionarios, totalitarios e intransigentes. Tampoco es descartable que ambos textos quedaran aparcados, latentes en cierta forma, superados por la impresión que alberga el ideólogo tras su regreso de tierras africanas y lo que implica ante el descubrimiento del flamenco. Es más, esta exploración poco convencional que tiene Infante sobre el sentido religioso de la existencia, enmarcada

128 B. Infante Pérez, *La Sociedad de Naciones y el Ideal Andaluz*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2020, p. 86.

129 R. Morgado Giraldo, «El pensamiento religioso y ético de Blas Infante...», *op. cit.*, p. 295.

cronológicamente entre 1921 con *Reelección* y con el cuento del zorro en 1927, es lo que justificará en muchos extremos la trascendencia espiritual que implica su mística visita a la tumba de Motamid durante 1924. Contrariamente a lo que se viene aireando desde interpretaciones cómodas por parte de posiciones interesadas sin ninguna fundamentación historiográfica, no se trataría tanto de una conversión al islam como un reencuentro simbólico con ese Al-Andalus tolerante y brillante¹³⁰. La trascendencia de la espiritualidad del ideólogo superará siempre en su proceso de búsqueda los márgenes y límites de las creencias más convencionales, como demostraremos. De ahí la fullería recurrente: interpretar lo andalusí en Infante como religiosidad, o bien considerar la referencia a Al-Andalus como su propio Ideal para la Andalucía del siglo XX.

A falta de estudios más profundos realizados con carácter comparativo entre ambos textos, *Reelección* y Dimas, cabe apuntar que si bien el primero de los citados es una síntesis desde donde construir su propuesta de espiritualidad militante, el segundo parece aplicarse simbólicamente en términos de parábola, fábula, alegoría o cuento a la vida cotidiana, usando el protagonismo de un zorro sobre el que se proyectan determinadas cuestiones que se desean resaltar. Temáticas presentes en *Reelección*, tales como una creación del cosmos no concluida y en permanente dinamismo, la defensa de la vida, la búsqueda de la perfección, la unidad entre todo lo creado, el compromiso por la verdad, el gusto por los placeres de la creación salpicados con cierta dosis de ascetismo... se encuentran presentes en nuestro relato en estudio, y nos retrotraen a referentes orientalizantes y místicos, siendo aplicables, en parte también, a la filosofía de la hermandad masónica.

Las páginas de Dimas son así una prolongación pedagógica, antes que nada de *Cuentos de Animales*, pero también de su *Motamid* y de su *Dictadura Pedagógica*. Las abundantes y curiosas coincidencias con sus incursiones fabuladas hacen abrigar la hipótesis de que los folios sobre el zorro fuesen en realidad una continuidad, seis años más tarde, de

130 Suele confundirse bajo una interpretación perversa la defensa del esplendor de al-Ándalus con abrazar la creencia de Mahoma. Cuestión que no nos importaría defender por legítima y voluntaria caso de que así estuviéramos convencidos. Sin embargo, como estamos demostrando, el pensamiento infantil, lejos de una interpretación supersticiosa, ingenua o meramente convencional, trasciende las creencias más extendidas para construir su propio sincretismo antropológico y religioso. Véase, al respecto, M. Ruiz Romero, *Blas Infante y el Islam* (en las nueve cabeceras andaluzas del grupo Joly), 29 de agosto de 2011; del mismo autor: «Blas Infante: un laicista masón al que quieren hacer musulmán» (digital *La Voz del Sur*, 7 de septiembre de 2020, disponible en: https://www.lavozdelsur.es/levantaos/blas-infante-un-laicista-mason-al-que-quieren-hacer-musulman_199123_102.html); así como M. Ruiz Romero, «El resurgir de Al-Andalus. Al-Andalus según Blas Infante», *Verde Islam. Revista de Información y Análisis*, (14), pp. 61-88. Disponible en: http://www.verdeislam.com/vi_14/resurgir_andalus.htm. Al respecto: E. Iniesta Coullaut-Valera, «Al-Andalus en Blas Infante», *Pliegos de Encuentro Islamo-cristiano*, (26), 1998; de este autor: «Blas Infante, creyente», *Razón y fe*, (1.121), marzo, 1992; así como M. Linero Lobato y M. Ruiz Romero, «Síntesis de Al-Andalus en Blas Infante», en *Actas del VI Congreso sobre el Andalicismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1995, pp. 201-216.

aquellos otros textos editados en 1921¹³¹. Es factible que unos y otros, en referencia a estos dos últimos títulos, quedasen aparcados por las limitadas condiciones políticas ya citadas; pero también por el impacto de la visita a Marruecos y la posterior redacción de su texto sobre los orígenes del flamenco. Novedosos apuntes considerados como una mayor profundización —*renovación*, lo llama Infante— de su iniciático *Ideal Andaluz*. Dicho esto, se comprende mejor el empuje ofrecido al movimiento a partir de la caída del régimen borbónico en 1931 y su implicación personal y electoral en las constituyentes¹³². En todos los casos, sus escritos siempre estarán impregnados de buena dosis de pensamiento sociopolítico en su concepción más amplia y heterodoxa¹³³.

No es ocioso, pues, concluir que la década isleña representa para la concepción de la filosofía política de Blas Infante una etapa de interiorización, reciclaje y retroalimentación de su pensamiento. Solo así puede entenderse el ímpetu que le envuelve durante los primeros meses de la Segunda República con la construcción de su oferta alternativa a las constituyentes.

5. El tratamiento del manuscrito por la historiografía infantil

Los avances en la investigación sobre el *Andalucismo Histórico* en los últimos años han venido a otorgar mayor atención al cuento inédito que analizamos, aunque desde los años setenta se conocían las fotografías de Infante con el zorro sobre la mesa de su despacho notarial y con su hija. Todo indica que a partir de la venta a la Junta de Anda-

131 De hecho, hay definiciones/valoraciones cercanas y conceptos muy paralelos, algunos de los cuales citamos a pie de página —por aclaratorios— en el propio texto del manuscrito transcrito inserto al final en este trabajo. Muy especialmente en *Cuentos de Animales*, *Motamid* y *La Dictadura Pedagógica*.

132 B. Infante, *Fundamentos...*, *op. cit.*, p. 111.

133 Procede recordar en este punto la existencia de algunos manuscritos que esperan a ser analizados, y que también fueron redactados por Infante durante su estancia en Isla Cristina. Es el caso de *Cartas de Erina*, en referencia a la poetisa griega clásica Erina de Telos, de 20 páginas, en su serie primera referenciada por Iniesta como ABE. Igualmente, otras 29 páginas bajo el mismo nombre, identificadas como ABF y datadas por el citado investigador alrededor de 1922. En paralelo, la obra teatral *Cicno*, con 44 páginas (manuscrito AIA), basada en personajes mitológicos anunciada como «Diálogo entre la tierra y el mar». Esta última presentada por el autor durante su edición en la revista *Argos* como «del libro en preparación». Los tres escritos se encuentran digitalizados en el apartado de los manuscritos de Infante, en la web del Centro de Estudios Andaluces. El ejemplo de las Cartas de Erina ya fue analizado gracias a la investigadora L. de BOCK, «Las "Cartas a Erina" en algunos manuscritos inéditos de Blas Infante», *Calamus Renascens: Revista de Humanismo y Tradición Clásica*, (16), 2015, pp. 27-46.

En esta obra la autora percibe cierto influjo de la doctrina krausista que, como veremos más adelante, influyó profusamente en la etapa de Isla Cristina y en nuestro cuento.

lucía de su casa de Coria por parte de los herederos de Blas Infante, el manuscrito ha adquirido mayor importancia y una novedosa dimensión¹³⁴. No en vano, tras la misma, el documento original fue incluido y seriado por Enrique Iniesta entre el catálogo de los manuscritos del Padre de la Patria Andaluza. Este hecho explicaría la ausencia de referencias al cuento en los primeros trabajos de sistematización, tanto de la vida del notario como del devenir del andalucismo alrededor de la segunda década del siglo XX¹³⁵.

Aceptando que los primeros trabajos realizados sobre Infante poseen un indudable carácter divulgativo, y reconociendo que el conocimiento sobre su vida y obra ha ido progresando al paso de los últimos años, lo que fue una mera anécdota a la hora de encontrar un zorro, más allá de las instantáneas de todos conocidas, se ha convertido ahora en un patrimonio documental que con este estudio queda enmarcado entre las obras que facilitan el acercamiento al pensamiento de Infante.

Si hasta ahora no se ha posibilitado, querido o podido realizar una mayor difusión del patrimonio documental vinculado a Infante por quien más deberían hacerlo —digitalización de prensa, revistas del movimiento y documentos—, aparece en los últimos años un interesante panorama para seguir profundizado desde un punto de vista científico en la obra, doctrina y contexto histórico del andalucista. Los acontecimientos institucionales que han permitido el reconocimiento oficial de su figura han facilitado la socialización de nuevas piezas documentales, máxime con la edición digital desde la web del Centro de Estudios Andaluces de buena parte de sus inéditos. Así, el ejemplo que comentamos es paralelo a lo sucedido con las obras inéditas *Almanzor* y *Reelección*, abordadas por los investigadores Josep Esquerrà y Ricardo Morgado, respectivamente.

De cualquier forma, sí existen precedentes en la utilización del animal como instrumento didáctico capaz de acercar la figura de Infante a los más pequeños y en el ámbito escolar. Pretendiendo con ello difundir y acercar su ecologismo y animalismo a las nuevas generaciones, tal y como fue el empeño de Antonio Muñoz en sus obras, fundamentalmente dirigidas a docentes¹³⁶. Pero, como hemos apuntado, no será hasta

134 Exactamente, se formaliza ante notario el 26 de diciembre de 2001 la compra, por un valor total de 492 millones de pesetas y la cesión por parte de la familia de los símbolos de Andalucía. Cfr. *El País*, 15 de octubre de 2001. Operación realizada por iniciativa de la Consejería de Relaciones con el Parlamento, entre 2000 y 2004, gestionada por el Partido Andalucista.

135 Como ejemplos: J. L. Ortiz de Lanzagorta, *Blas Infante...*, op. cit.; VV. AA., *El siglo de Blas Infante. 1883-1981. Alegato frente a una ocultación*, Sevilla, BEA, 1981; así como J. A. Lacomba, *Regionalismo y autonomía...*, op. cit.

136 A. Muñoz Sánchez, *Con razones de niños. Encuentros con Blas Infante*, Sevilla, Alfar, 1985, y *La casa de la alegría*, Sevilla, Alfar, 1986.

la adquisición en 2001 de la Casa de la Alegría en Coria del Río por parte de la Administración andaluza cuando el manuscrito objeto de nuestro estudio se ponga en valor, siendo citado por vez primera entre el nuevo patrimonio documental inédito confinado en el que fue el último hogar de Infante antes de su asesinato.

Enrique Iniesta, en su trilogía biográfica, reproduce en su segundo tomo (2003) algunos de los instantes más hermosos desde el punto de vista literario del cuento, que él afirma exponer obligado y a modo de «resumen». Tanto es así, que anuncia que el documento «no se ha asomado, publicado, ni fragmentariamente». Por lo que ofrecerlo entonces entre las páginas de su ingente trabajo lo señala como una «primicia (...) inesperada ventana hacia el paisaje íntimo de Blas Infante»¹³⁷. Lo cual se justifica, sigue diciendo, por ser su «texto más bello e íntimo»: aquel que desglosa «su ternura, su sensibilidad franciscana y ecológica». Tras sus líneas, el citado biógrafo Iniesta intuye una «secreta depresión», apreciando cierto anhelo por el nacimiento de un hijo. Un año después de que Blas Infante comience a escribir su historia de zorros y de hombres, nace la primera de sus descendientes: María Luisa (28 de mayo de 1928). Fruto de un primer embarazo de Angustias García Parias con treinta y seis años, él con cuarenta y tres¹³⁸. Tras nueve años y tres meses desde su casamiento (25 de febrero de 1919), nace su primer retoño, para el que Iniesta defiende que la experiencia con el animal estimulará emociones en Infante ante una paternidad dormida, excitándole, además, una ternura que más tarde traslada a su descendencia. En la soledad política de Isla Cristina, y entre la pesadumbre de quien quiere y no puede todo lo que quisiera, el notario refuerza el convencimiento de su ideal a la vez que compensa su aflicción con una experiencia que le hace descubrir sentimientos primero con el zorro y, más tarde, con el nacimiento de su primogénita¹³⁹. Acostumbrados a leer sus textos más racionales o políticos, las páginas del cuento dan muestra de un despertar del cerebro al corazón, de lo social a lo íntimo, de la razón al sentimiento, del animal a su propia hija. Un relato de profundo contenido filosófico, como nos disponemos a analizar. Mientras que el racionalismo otorga énfasis a la razón, Infante valora ahora los sentimientos que de él brotan antes que nada: estamos ante un inédito lleno de intimismo y emotividad.

137 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*. Granada, Consejería de Relaciones con el Parlamento-Atrio, 2003, pp. 258, 259-261 y 263-267. De hecho, el texto está presente en dos capítulos de la obra citada.

138 El nacimiento es referenciado como «Suceso familiar» en primera del semanario *La Higuera*, 4 de junio de 1928. Asistida su esposa por el doctor Gómez Bastero y Polera junto a la matrona Dionisia Ibarra.

139 Iniesta documenta en el inédito ADY, 50 y a través de cartas del oficial de la notaría a Infante, la presencia de otros animales en su casa durante su estancia en Isla Cristina: «Kuroki» (un mixto de lobo y perro) y «Napoleón», un chuchó callejero (loc. cit., p. 267).

Iniesta describe el manuscrito sobre el que hemos trabajado junto a otros nuevos descubiertos en la vivienda del notario. Serán sumados en 2004 mediante un capítulo propio —«La documentación escrita hallada en la casa»— a la catalogación que realizase de los documentos en su obra editada en 1989 por la Fundación que toma su nombre. Continuando con la misma secuencia y lógica descriptiva en los localizados tras la compra de la casa de Infante en Coria del Río y su pase a titularidad pública como patrimonio de todos los andaluces y andaluzas. Hasta ese momento, el manuscrito en estudio era completamente desconocido. En concreto, referimos al que el biógrafo identifica como AHS y describe así:

» *Se trata de dos cuadernos apaisados de suscripciones a la revista Avante que publicó Infante en los primeros años 20, en su último periodo en Cantillana y Sevilla. Infante, como un título, en su primera, escribe D. Dimas 1º. Historia de zorros y de hombres. El primero de los dos cuadernos está escrito a tinta a mano en la totalidad de sus 98 páginas. Paginado por mí desde la 1 a la 98: entre la 37 y la 38, antes de que Infante escribiera, hay una página arrancada.*

El segundo cuaderno lleva igual título con la adición de 2º. Tiene 33 páginas. Entre la 15 y la 16, antes también de que Infante escribiera, faltaban ya 5 páginas. En total, el AHS cuenta con 131 páginas. La fecha está explicitada en la primera 17 de mayo, 1927. El papel es de muy baja calidad y es el manuscrito peor conservado. Exige una restauración seria¹⁴⁰.

Como sigue anotando el nombrado investigador, el argumento del citado inédito AHS lo sintetiza de la siguiente manera: «El tema es una narración del hallazgo y la aventura de una cría de zorro en el domicilio de don Blas. Literariamente es muy desigual, pero alcanza pasajes de inspiración y calidad máxima. Biográficamente parece alusivo al delicado asunto de las dificultades domésticas de la pareja Infante-García»¹⁴¹. Nuestro estudio equilibra algunas de estas afirmaciones descriptivas y profundiza en otras dimensiones nunca abordadas. Las síntesis son siempre arriesgadas y algunas de las afirmaciones vertidas han de ser matizadas en esta ocasión.

140 E. Iniesta Coullaut-Valera, «La documentación escrita hallada en la casa. Sus últimas huellas», en A. Egea Fernández-Montesinos (Coord.), *La casa de Blas Infante en Coria del Río*, Sevilla, Consejería de Presidencia-Junta de Andalucía, 2004, pp. 117 y 118.

141 E. Iniesta Coullaut-Valera, «La documentación escrita hallada...», *op. cit.*, p. 118.

Interesa aclarar que la transcripción que aportamos difiere sustancialmente de la versión libre que del citado cuento, y bajo el mismo título, realiza Enrique Iniesta durante la tercera entrega de su biografía del notario en tres volúmenes. Publicada dicha interpretación cuatro años después de la segunda (2007) y presentada como «apéndice», el autocrítico autor reconoce que al contar la historia de Dimas en el segundo de los tomos de su trilogía «no había perspectiva suficiente». Iniesta suprime la parte más filosófica/espiritual para quedarse con la más naturalista, componiendo al final del tercero de sus volúmenes, un divertimento literario tan libre como aproximado al manuscrito; pero que, en modo alguno, es una transcripción literal como la que ahora presentamos¹⁴². De hecho, alude al texto sobre Dimas afirmando que el cuento apunta ser «la llave, del pasadizo hacia su interior secreto». Lo que Iniesta definirá como una historia «franciscana» con acierto, dista de su propia percepción cuatro años antes. Sin duda una maduración en el tratamiento con respecto del biografiado y su obra. Con ello, iguala así lo vivido con el animal como «una gran parábola autobiográfica» dado que, «descubre ahora [Infante] (...) el significado de los 42 años de su vida». Asunto que el investigador identifica como un cierto paralelismo entre la existencia, pasión y muerte del zorro y la del mismo autor; aun con la ingenuidad vital de este último. Metáfora de su propia vida apasionada, la cual se justifica mediante la siguiente expresión: «Lo de Don Dimas ha sido algo más serio de lo que alguien pudiera figurarse».

Pese a todo, el investigador de los inéditos infantianos parece reafirmarse en el argumentario escrito cuatro años antes como hemos anotado: «literariamente, alcanza pasajes muy bellos. Una zona central (las páginas 30-57) resulta un conjunto de divagaciones que filosofean más que filosofan. No merecen la pena. La musa de Infante, en todo el resto, ha volado alta»¹⁴³. La complejidad de cierto lenguaje simbólico y la tangencialidad al relato biográfico/doctrinal que predomina en su trilogía, parece justificar por la pluma de Iniesta un tratamiento resumido y particular del cuento. Así, realiza una incursión poética que no finaliza —precisamente— tal y como hace la literalidad del manuscrito. De hecho, su recreación al final del tercer tomo representa un sustancial volumen menor de párrafos en referencia al texto original, y ni siquiera el aludido especialista en la obra infantiana cita dicho su texto como un inédito del notario de Casares o que esté inspirado, como sabemos ahora, en el cuento que en esta obra transcribimos. Más bien, estamos convencidos, es una reconstrucción intuitiva y libre de un relato centrado en el zorro y algunos pasajes del manuscrito.

142 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, Córdoba, Almuzara, 2007, pp. 403-413.

143 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, Granada, Consejería de Relaciones con el Parlamento-Atrio, 2003, p. 259.

Así pues, precisada esta advertencia ante el lector y marcando distancia con la referida recreación, es justo señalar que la elaboración del citado texto epílogo no deja de ser, además, un pretexto para la reconsideración de superficiales percepciones anteriores. Precisamente, cuando en dicha tercera entrega ya se abordan por la cronología de la biografía, años y hechos en Infante alejados de sus vivencias en Isla Cristina.

Dicho esto, es obligado también citar la comunicación del investigador Alberto Egea, concretamente, editada entre el segundo y tercer tomo de la aludida biografía infan- tiana de Iniesta que venimos citando¹⁴⁴. Aquel trabajo, con las limitaciones de una publicación vinculada a un Congreso sobre el Andalucismo Histórico, pone en valor las interioridades del cuento —«nueva obra»— en la producción infan- tiana, median- te lo que podríamos considerar como un primer tanteo interpretativo de argumento, alegorías y expresiones. Analiza sus recursos estilísticos y temáticos para concluir afir- mando: «Será sin duda {el cuento} una aportación importante para el acercamiento a esta importante figura de la historia y la cultura de la Andalucía contemporánea».

Pasado el tiempo, hemos asumido el testigo de una tarea pendiente: Nos sumergimos en las cuartillas del manuscrito con una profundidad inédita, casi veinte años después de darse a conocer. No obstante, son intensos contenidos de un cuento del que se nos antoja que su interpretación no se rematará en estos folios, por cuanto resulta profusa- mente sugerente bajo la óptica de distintas especialidades académicas. Ahí queda el reto.



■ *Todos piensan en cambiar el mundo, pero nadie piensa en cambiarse a sí mismo.*
—León Tolstoi

Llegados a este punto, y antes de abordar comentarios al cuento, creemos necesario aportar algunas claves que ayuden a quien se aproxima por vez primera a la dimen- sión más trascendente del hijo de Casares a través de algunos de sus textos. Es su necesidad y su modo de transmitir su particular *devotio* interior, a modo de *camino de perfección*, superando la tragedia de una vida que no prospera ni evoluciona. Infante, en su característico sentido de la metafísica, imbuido por una profunda impronta cul- ta y decimonónica no exenta de cierto matiz poético o alegórico en sus expresiones,

144 A. Egea Fernández-Montesinos, «Don Dimas, historia de zorros y de hombres: una nueva obra de Blas Infante», en *Actas del XI Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2005, pp. 321-331.

configura su interpretación de la plenitud humana indisolublemente unida a la societaria. Respondiendo también así a la plasmación de su filosofía más intimista, según el estilo de la época. Uno y otro plano interaccionan a partir de un proceso de búsqueda introspectiva, que invoca el bien como acción desde su neo platonismo, para sembrar y compartir amor como método para alcanzar la felicidad y el bienestar en algunos sus textos nombrada como «Perfección Absoluta».

Entenderá todo lector que se aproxime a la doctrina infantiana que la misma parte de un ejercicio personal de superación y de la necesidad de expresar unos sentimientos de los que se muestra profundamente convencido. Infante necesita de la espiritualidad para mantener vivo su Ideal, y la narración del zorro es buena prueba. No en vano, como expresara en *El Ideal Andaluz*, «este ideal de los individuos es también el ideal de los pueblos». En su original modo, explicaba el notario «noviolento» el «pugilato constante» que implica la alienación citando conceptos marxistas, o la despersonalización evocándonos a Fromm: tanto en las naciones como en los sujetos «a través de las convulsiones internas que las agitan, se descubren en último resultado, encontrados movimientos de conciencia colectiva, impulsores de la lucha o sancionadoras de la quietud y aun de la abdicación».¹⁴⁵

Aplica así Infante las mismas lógicas de reflexión y acción a los individuos que a las colectividades. Los elementos de su tránsito por la vida necesarios para abrazar el sentido pleno a la existencia son idénticos para uno u otro plano. Igualmente, son idénticas claves las que impiden el bienestar, así como el desarrollo personal y de los pueblos. Una dimensión y otra interactúan a la hora de desvelar, en algunos casos empleado el andalucista un doble lenguaje aparentemente incoherente, hechos recogidos como improntas que marcan la senda de un progreso siempre evolutivo. Sin embargo —dirá—, antes perecerá la humanidad que su causa vital como mezcla de misticismo, masonería y teosofía. La vitalista capacidad de utopía del notario evocando a Nietzsche parece infinita, y queda demostrada en la confianza permanente que ofrece a los procesos conscientes, aun en ausencia de resultados inmediatos. Su concepto de lucha, por tanto, más que considerarlo como enfrentamiento social, de clases o poder, hace referencia en primer término a la inquietud y la motivación interior de una conciencia personal que, como en los pueblos, despeja el tránsito hacia

145 B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucar, 1976, p. 47.

Entiéndase nuestro «noviolento» como término que supera la simple negativa al uso de la violencia. Encierra toda una filosofía de renuncia activa a la misma como actitud vital y una estrategia de acción alternativa en la consecución de la justicia, la libertad y los derechos humanos, a fin de lograr el cambio social y político.

nuevos retos en atención a sus necesidades. Su idea de conciencia no está instalada en ámbitos psicológicos ni biológicos, sino que se presenta como una esencia suma de la totalidad de partes que integran el ser humano. Su noción de vida, escrita siempre con mayúsculas como buena parte de las obras teosóficas, parte de una unidad existencial que vincula lograr la felicidad por el amor a través del dolor/esfuerzo que implica todo avance y, por medio de la transformación personal y colectivo, que hace posible el bienestar y el perfeccionamiento.

Infante, como vamos a demostrar en este trabajo, invoca y procura antes una reforma espiritual interior en el ser humano que una determinada toma conciencia en la sociedad. La primera anticipa como motivación trascendente; la otra refuerza y alimenta la primera. A su pensamiento interdisciplinar y holístico no le valen esfuerzos coyunturales, estratégicos e interesados. Busca el autodescubrimiento y hacer crecer en el interior de los andaluces y andaluzas, en este caso, un sentido de la utopía constante que, superando el fatalismo, dibuja un idealizado destino común. Si bien le preocupa la renuncia a un compromiso social, más le inquieta el abandono de las potencialidades del humano ante su propia capacidad de crecimiento; es decir, como una forma alegórica de muerte en vida. No nacemos, pues, condenados a una cuenta regresiva que nos conduzca al final. Más bien, nacemos y renacemos para que podamos evolucionar como ley natural y universal, en la medida en que también se percibe la existencia como un campo de aprendizaje.

Se demanda así un diálogo interior que debe aumentar su escala para afrontar, desde una utopía planetaria y global, los grandes retos que desafían a la humanidad. Un diálogo en igualdad que transita en consonancia con el nacionalismo antinacionalista que predica, exaltando el mestizaje y la multiculturalidad lejos de purezas étnicas y delirios de grandeza hegemónica. Dejando muy patente cómo el andalucismo político que esboza Infante ni es una alternativa improvisada ni se encuentra al margen de las corrientes de pensamiento que brotan por Europa. El uso del psicoanálisis freudiano, como veremos, es un buen ejemplo de nuestra afirmación.

De otra parte, conviene adelantar algunas peculiaridades de la literatura empleada por Blas Infante para facilitar su comprensión. Un acercamiento sin más a sus expresiones y modos, pues resulta cuanto menos farragoso, sino refractario, a la profundidad de sus mensajes¹⁴⁶. La densidad expresiva del lenguaje del notario se justifica por su erudición y el recurso a términos aparentemente contradictorios. La metáfora, la ironía y

146 En algún instante se han interpretado aventuradamente sus párrafos como una «parafernalia idealista» inserta en un lenguaje tedioso y rebuscado.

el sarcasmo sazonan, además, contenidos que pretenden ser demostrativos de sus reflexiones, con los que el andalucista dialectiza con el lector para llevarle a ser cómplice de sus conclusiones. Por clarividentes, otras cosas son sus propuestas programáticas no exentas tampoco de la debida interpretación evolutiva a lo largo de la biografía del andalucista.

Desde nuestro punto de vista, en su obra, la tupida presencia de referencias históricas, mitológicas y vinculadas a la naturaleza, su retórica seudocristiana y militar, las citas, anécdotas y leyendas que recoge, así como la contundencia de sus expresiones intercalando palabras y frases con aforismos a modo de conclusión, obligan a tomar distancia preventiva con una leve lectura convencional, superando dogmas interpretativos y rígidos encapsulamientos ideológicos. En sus escritos, es patente el espesor de la retórica católica de la época y la presencia de sus lecturas místicas y teosóficas. Es la singular función poética y alegórica de su particular modo de comunicar, que esconde un poblado uso de recursos literarios tales como: anáfora, concatenación, antítesis, apóstrofe, símil... entre otros. Todos ellos invitan al lector a crear imágenes mentales que le facilitan visualizar sus pensamientos de manera más descriptiva, en algunos casos no exentos de cierta ironía. Incluso con el recurso a la hipérbole pretendería subrayar la importancia de determinados planteamientos.

La síntesis que encarna la doctrina de Infante aconseja detenerse a desvelar su significado antes de apresurarse a rápidas interpretaciones. Como consejo amigo, conviene ser prudente ante sus expresiones, giros semánticos, succulento y decimonónico vocabulario, así como ante el singular valor que aporta a determinados conceptos, en la mayoría de los ejemplos, muy diferentes a su significado habitual. Incluso la presencia de palabras o expresiones, con una gran carga de subjetividad, podrían aportar contrariedad en algunos casos al sentido exacto de su intención comunicativa. Realidad que, en Infante, induciría a interpretaciones inexactas con respecto al objetivo perseguido por el autor. El idealismo místico del notario no debe interpretarse, pues, bajo un paradigma ordinario, estricto ni apresurado. Gramaticalmente, incluso, el uso de mayúscula para algunos términos, cursivas y paréntesis en otros, no son sino meras advertencias gráficas ante un lector para el que reclama especial diligencia en la exacta comprensión de sus ideas.

Esa confianza ciega en el camino hacia el Bien (sic) platónico en Infante, podría considerarse como un tuteo igualitario entre dioses y humanos superando el ordinario sometimiento a la divinidad. Su idea de triunfo y conquista rechaza el tópico fatalista andaluz y nos acerca al pensamiento nietzschiano en términos de equiparar en su relato al dinamizador/a andalucista con un aspirante a Dios (sic). De ahí, entre otras,

la metáfora del nuevo Cristo que, sin necesidad de morir en la cruz, renace a la vida en una sociedad que, para el notario, es el contexto más propicio y auténtico para la plenitud de las personas. Lejos de equipararse con el sentido de la superioridad fascista esta visión del ser humano trágico, débil, meramente contemplativo y sin voluntad propia ante un Dios; en la medida que es consciente de los fines de la existencia, Infante escenifica a través de él su idea panteísta ante la obra creada o, como también escribe, la «Causa del Espíritu»¹⁴⁷. La predominante visión étnica la reemplaza por otra más igualitaria, federalista, cooperativa, naturalista y republicana: en suma, amparada por el concepto integral de lo que considera su andalucismo.

Su literatura pivota entre una cierta grandilocuencia a veces enfrentada a la humildad con la que siempre presenta el ideólogo sus capacidades personales y, muy especialmente, intelectuales cuando intuye o desea comunicar algo. Aderezada, en gran parte, con copiosas referencias a personajes históricos, mitológicos o católicos-bíblicos a los que atribuye cualidades ejemplares o inmortales frente a otras figuras, deleznable por inocentes o incongruentes. Poco ejemplares en suma. Entre el binomio típico de la historia de la filosofía —conciencia frente a instintos— el notario establece su personal dialéctica analizando las limitaciones del ser humano, pero, a su vez, concibiéndolo como el centro del universo en cuanto a responsabilidad y exigencia. Autosacrificio, en definitiva. Es en ese margen donde sitúa su destino («Fin»). La conciencia de esa vía y la felicidad que aporta es lo que le proporciona esa toma de conciencia sobre el destino a asumir. Incluso no cesará mediante sus recursos literarios a la hora de expresar la fragilidad humana ante sus retos y la plenitud, aun bajo dolor creativo, de esa búsqueda necesaria del bienestar.

Como hemos señalado, este mecanismo de evolución/transformación de las personas es también un proceso de cambio y de autorrealización en grupos y sociedades. Infante, aun desde su universo simbólico y metafísico, en su afán didáctico describe su pro-

147 «Necesita urgentemente [Andalucía] de una legión de aquellos hombres, sacerdotes y apóstoles, de abnegado pensar y vehemente sentir, a quienes Nietzsche llamó servidores de la Vida, porque suspenden una fe y un amor, sobre el alma de los pueblos que se extinguen» (B. Infante, «Crónica abreviada del movimiento regionalista», *Bética*, 31 de diciembre de 1914, p. 60). Cita y texto que se reproducen junto a doce artículos más en las últimas páginas de *El Ideal Andaluz*, según la edición de la Fundación Blas Infante de 1982 y 1994, pero que no constan en las ediciones originales de 1915 y 1916, ni en la de Tucar de 1976. Eso explica que en el estudio introductorio en la edición de la Fundación Centro de Estudios Andaluces de 2016 se presente en él como una de las cuatro partes de las que consta la obra. Son textos periodísticos aparecidos en *El Liberal* y *Bética*; sin embargo, no se reseñan datados.

Entre los volúmenes de la biblioteca de Infante en Coria que gestiona hoy el Centro de Estudios Andaluces (véase su web) se encuentra un ejemplar de dicho filósofo alemán: *La Gaya Ciencia*. En sus manuscritos inéditos, veintidós veces se le referencia al alemán.

yecto como una utopía que parte de una clara raíz humanista. Sin embargo, nunca por encima de todo lo creado. No hay que olvidar que su planteamiento es socialmente —en términos espirituales y políticos— ascendente: desde una escala menor a mayor. «Las familias serán fuertes si lo son los individuos; los municipios, si lo son las familias; las regiones, si lo son los municipios; las naciones, si las regiones lo son», escribirá. En definitiva, nuclea todo su plan alrededor del sujeto, de manera que su emergente proyecto generatriz se sustenta sobre dicha subsidiariedad¹⁴⁸.

Con su cosmovisión diseña Infante una comunidad modélica, convencido de que la humanidad evolucionaría por civilización y apoyo mutuo. Así, explicará que las causas del decaimiento de Andalucía no son fatales, ni de la naturaleza; brotan de la propia historia y, por tanto, son contingentes y «re-movibles», nunca congénitas. Se rebela así contra la indolencia fatalista y el conformismo que ahoga anhelos de individuos y pueblos. Convencido de la existencia de características antropológicas singulares en el pueblo andaluz, entiende que su continuidad permanece dormida superando los azares del tiempo. Es necesario, pues, identificar dichas causas «que embarazan la senda del Progreso Andaluz (sic)», dirá. Con ello, no trata de hacer de la historia el elemento central de su doctrina; muy al contrario, aspira a eliminar desde su personalización aquellos impedimentos que hacen imposible el Ideal Andaluz que no solo es un proyecto de pueblo, sino un propósito para sus ciudadanos. Entendido este en todos los ejemplos como una plenitud —pacto— entre seres humanos, naturaleza y sociedades. En esto consistiría su singular concepto de federalismo espiritual, desde luego no limitado al terreno político o a las fronteras de un Estado. Igualitario por humano, desde el elogio al mestizaje de culturas, etnias y civilizaciones. Coherente siempre, con el sentido de su *nacionalismo antinacionalista* al equiparar el ideal de pueblo con el humano donde nace, mostrando así una hoja de ruta para sociedades e individuos. El primigenio sujeto político siempre serán las personas y, a partir de ahí, los pueblos.

Para implementar esta filosofía personal evolucionista hasta la escala más completa y definitiva de lo colectivo: la humanidad, Infante apuesta, y así lo nombra repetidas veces en sus escritos, por una «educación metafísica», entendida esta como fórmula comprometida y espiritual que permite identificarse con nuevos valores más allá de lo convencional. En su idea de la educación como reto urgente, los cuentos de su pluma son parte de una pedagogía perseguida mediante su «apostolado» andalucista. Ante el relativismo por el que ningún camino nos permite acceder a lo verdadero en sí mismo, el notario apuesta por sumergir a la persona y su proyecto en la realidad y su significado, considerando que solo es posible cuando se conoce la verdad y el valor de

148 B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucar, 1976, p. 50.

lo existente. Y en dicha «*realeza*», que dirá como metáfora en nuestro cuento, está la naturaleza y el resto de seres sintientes¹⁴⁹. Conocimiento, no obstante, que solo existirá cuando brote de nuestra capacidad cognitiva un deseo de evolución razonable y consciente. En otras palabras, su idea educativa trata de indagar sobre el sentido de la vida para buscar su plenitud: propósito que implica a su vez maduración y compromiso, desde la libertad individual y envuelto en un íntimo goce interior. Dimensión esta que transita por el descubrimiento del otro, de un nuevo yo en el ajeno y por la aparición de retos colectivos. De ellos brotan, siempre según su concepción doctrina-espiritual, desafíos capaces de despertar el genio andaluz, según *El Ideal Andaluz*, y dirigirlo hacia un plano superior: el deseo de ser. No tanto para fundamentar así la existencia de un pueblo como el andaluz tantas veces negada, sino como respuesta a quienes la niegan.

Su mensaje deja clara, pues, una irrefutable apuesta por la educación como necesidad humana básica. Considerándola como permanente y más allá de una mera escolarización. Como valor que nos hace discernir, descubrir, apostar y transitar hacia la bondad como agradecimiento que inspira toda consciencia. Bajo esta percepción identificada con un optimismo pedagógico ya expresado en su *Dictadura*, su idea de la dimensión educativa se concibe como una obligatoriedad y una urgencia. Enmarcada por un sentido holístico donde la persona, en compañía de la naturaleza y otros seres vivos, se convierte en una exaltación de la centralidad del sujeto y de su capacidad de evolución. Un singular evolucionismo, no tanto biológico como psicológico, antropológico y social. Sin embargo, una educación meramente ajustada al aprendizaje de contenidos no permite profundizar en los «supremos valores» que citará el cuento. Como podrá interpretarse una vez tenga lugar la lectura de la narración, el símil entre el animal y el ser humano resulta muy paralelo. Estamos convencidos que Dimas es una proyección del propio andalucista y un espejo, además, para que todo aquel que se acerque a esta obra inédita, perciba el gozo de un sentido pleno de la existencia una vez trasciende la muerte, ya sea a través del recuerdo o por medio de la influencia entre quienes le rodean en vida. La obra es una apología de la vida y de la muerte y, entre esos dos instantes, una exaltación de la felicidad para la que penetra en el alma humana. Como veremos, esa es la lección que ofrece Infante: el zorro vive en él gracias a lo que ha significado para su propio desarrollo y bienestar personal.

149 En algunos párrafos se alude a la «realeza de la libertad» o a la «realeza de gozar» porque hablamos de un plano superior en libertad y mediante el goce. De nuevo, un recurso literario que sugiere una distinguida exaltación, pero de ningún modo vinculaciones monárquicas. En otras páginas de la narrativa es citada como el «señorío» del zorro.

6. Dimas, historia de zorros y de hombres

6.1. Análisis y formato del manuscrito

La narración que analizamos es algo más que una historia de amor entre un ser humano y un animal: nos encontramos ante una enseñanza de vida. Trasciende la dimensión animalista y sociológica. El texto, a modo de fábula moral, representa un buen ejemplo en la síntesis de la espiritualidad infantiana. Su contenido desvela una narración, en algunos extremos tangentes a la etología, la crítica social, la psicología y a su particular visión del orden universal, donde se inscriben las relaciones personales, la de humanos con el mundo animal y de los propios animales entre sí. En conjunto, un todo tan armonioso y elaborado como frágil. Conocemos las incursiones de Blas Infante en el mundo literario, pero abordaremos a continuación las originales aportaciones de un texto que ve la luz ahora, transcrito en su totalidad y comentado ampliamente por primera vez.

Nuestro trabajo representa la transcripción literal de todas y cada una de las cuartillas que componen el texto inédito del notario bajo el título: «*Don Dimas (Historia de zorros y de hombres)*». En concreto, un total de 131 hojas tamaño holandesas escritas de forma apaisada y divididas por el autor en dos piezas¹⁵⁰. Insistimos que se trata de una fiel y radical literalidad; incluso a sabiendas de que en algunos instantes las frases no son todo lo correctas que deberían, gramaticalmente hablando. Ha sido decisión de estos investigadores no interpretar en ningún sentido las intenciones ocultas de algunos párrafos, y apostar por una literalidad a la hora de recoger con exactitud el original. La narración está escrita sobre papel sepia de mala calidad. Redactada a diferentes velocidades en tinta negra a pluma y, en menor medida, a lápiz. Algunos párrafos tachados, con anotaciones superiores o inferiores a las líneas de escritura. El soporte material a la narrativa es el reverso de dos talonarios de boletines de suscripción a *Avante-Revista de Andalucía*. Dato que es todo un gesto en cuanto a reciclaje de papel: muy propio de Infante, especialmente en sus manuscritos inéditos, en la medida que son una muestra de cómo cazaba al vuelo las ideas y las materializaba ante cualquier improvisado documento ya usado. Quizás sin quererlo, pero no tanto por economía. No le hacía ninguna falta tanto ahorro o, al igual, como notario, se mantenía en su vida privada distante de los tradicionales folios notariales numerados propios de su ejercicio profesional. Máxime, en este ejemplo, si pensamos que el

150 Una y otra parte pueden consultarse en el repositorio digital de manuscritos sito en la web de la Fundación Centro de Estudios Andaluces.

primer ejemplar de dicha cabecera andalucista se editó en 1920 y, ahora, siete años después, se reutilizan aquellas suscripciones con una finalidad distinta para la que fueron concebidas.

A la complejidad de reproducir la letra manuscrita de Infante cabe sumar, de un lado, diferentes tachaduras, correcciones y añadidos; por otro, los dispares ritmos en la velocidad de su caligrafía y alguna que otra matización en un texto que, en alguno de sus párrafos, demuestra tanta rapidez en la escritura como ausencia de revisión en la misma. Sin duda, no estamos ante unas líneas concluidas en su estricta dimensión gramatical, ortográfica o literaria. Situación que ha venido a dificultar nuestra labor una vez ha depositado de nuestra parte, en más de una ocasión, la interpretación de frases y giros: en el mismo sentido otorgado por la pluma original. Salvo puntuales excepciones ininteligibles, hemos procurado interpretar al máximo la literalidad de las palabras utilizadas. Por el contrario, no sucede así al referirnos a la puntuación de un texto, donde en muchos casos el reposo de la pluma y del punto que esta dibuja sobre el mismo no significa, necesariamente, un signo de puntuación. Hemos respetado siempre la secuencia de párrafos con sus puntos y aparte, así como las marcas gráficas que permiten al redactor estructurar el discurso e identificar ante el lector las inflexiones del relato. Como en otros casos conocidos del notario, se trata de meros apuntes que no han visto la luz. Fueron realizados a modo de ejercicio personal e incursión en el mundo literario. No descartamos, no obstante, que fuese concebida para su presentación como plancha fabulística en algún encuentro masónico, o bien su edición como libro o folleto posterior.

Nuestro análisis es el resultado de un trabajo desarrollado desde la máxima exactitud a unas palabras poco usuales y que denota el uso de un vocabulario culto, tiempos verbales insólitos —incluso no aceptados hoy por la RAE—, una puntuación irregular y unos giros lingüísticos lejos de un uso convencional. Decimonónicos en gran parte¹⁵¹. La reproducción y el traslado de la escritura manuscrita al soporte digital, se ha realizado siempre desde un escrupuloso respeto a las pautas marcadas durante la estructura del texto. Las precisiones realizadas a pie de página sirven al lector como aclaraciones facilitadoras para comprensión lectora y, a su vez, indican aportaciones para una mayor comprensión del original. Ya sea con citas de otras de sus obras o bien simples aclaraciones que guíen al lector. Hemos procedido a reseñar igualmente su paginación para que el lector pueda cotejar nuestra transcripción con el original caligráfico

151 Son los casos de: elebase, sintiose, hundiolo, arrastrose, desesperose, abriose, rendiolo, deslizose, encontrose, percibiose, demándole, buscose, acostose y sentábase que se citan en el cuento. Igualmente, es el caso del sustantivo: inculificada.

del formato soporte digital, entendiendo siempre que la localización de la secuencia de las páginas expresa por un lado, la primera y segunda parte; por otro, la finalización del texto que se vincula a un número de página concreta. Su número, en cada caso, representaría el final de la hoja caligráfica. Es decir, como si imaginariamente situásemos la numeración al acabar una página dando paso, a su vez, al comienzo de la siguiente¹⁵².

Pese a lo que el político andaluz expresa en algún párrafo de dicha obra, algunas de las partes del texto no son —precisamente— escritas y dirigidas a un público adulto. Infante reseña entre las cuartillas su intención primera: «Escribo para niños y para los hombres», pero en algunos instantes el relato de los hechos se sublima hacia la más abstracta de las filosofías, hacia la más profunda espiritualidad. Curiosamente, en el citado manuscrito AAK —«Prólogo de peregrinaciones»—, autodescribe Infante durante sus primeras líneas su estilo espontáneo de escritura al que nos referiremos más adelante:

» *No sé qué saldrá. El desarrollo orgánico ha de ser dirigido por mi inteligencia inconsciente. Sin líneas previas de esquemas artificiosos. Sin programa. No tengo paciencia para planear argumentos acabados o para estructurar por adelantado armazones completos de edificios. Cuando me pongo a pintar me molesta el dibujar primero. Cuando quiero escribir no ordeno mis ideas en hileras o complejos sistemáticos de notas temáticas. Me impacienta dibujar y el ordenar sistemáticamente. No puedo llegar a sujetarme dentro de la línea o de la ordenación regia. Cuantas veces pienso en hacerlo me canso enseguida. Siento tedio y frío y, abandonando la obra, me entrego a las alas de la imaginación buscando su calor y dejando que sus fluencias lleguen a borrar, negar o destruir la fábrica en construcción. De los dos aspectos reveladores de la función arquitectural, el estético, en mí precede y domina sobre el matemático¹⁵³.*

152 Con el objetivo de favorecer la localización en el texto originario de los párrafos citaremos el número de la cuartilla manuscrita que corresponda. Advertiendo siempre que se trate de la primera o segunda parte, así como de la página en cuestión. Por ejemplo, (22) o (2-37) en cada caso.

153 En el legado inédito el manuscrito seriado consta como AAN (E. Iniesta, *Los manuscritos inéditos...*, op. cit.), reseña apuntes que son titulados «Prólogo de peregrinaciones». Según la descripción de Iniesta en su citada obra (p. 32), habla de la «narración de su viaje a Agmat». Al igual que en el AAK (p. 31) y AAL, con un total ambos de 17 folios sueltos y las dos cuartillas a lápiz sobre notas a la obra de Mariano de Pano de 1897 (*Las coplas del peregrino Puey Monçón: viaje a La Meca en el siglo XVI*). Sobre uno y otro barajamos la hipótesis de que fuesen apuntes para una posible publicación.

No descartamos, igualmente, un cierto paralelismo con lo afirmado entre las páginas del inédito llamado «El Libro Nuevo-Harmonía que anda» (sic), al que Iniesta anota con el registro AGG con noventa y siete páginas, según recoge en su obra clasificatoria que venimos citando. Aunque se trata de escritos que describe como vinculados a un tema «religioso-idealista en forma literaria muy retórica». Infante vuelve a describir su singular quehacer literario: «mi pluma vuela», y repite: «Mi pluma es un caballo desbocado»¹⁵⁴.

Dicho así, no nos cabe la menor duda de que nuestro cuento responde más a un dejarse llevar por emociones espontáneas que por la racionalidad en el desarrollo del relato. Como ejercicio simbólico responde a una necesidad personal de exponer su mensaje pedagógico hacia una orientación espiritual. Todo apunta a una catarsis sanadora de heridas personales y sociales. Vamos a confirmar y demostrar esta percepción. Al fin y al cabo, como también cita el andalucista, nos encontramos ante obra que no es sino una peregrinación interior en un sentido metafórico: «Dios es el Peregrino (sic) que avanza negando el caos hacia la Meca Eterna de la Absoluta organización de la vida del absoluto goce. Organizarse es peregrinar. El peregrinaje es el único medio de organizarse. Ser y peregrinar es lo mismo. Solo varían las dimensiones de la peregrinación»¹⁵⁵.

Es más, la historia analizada discurre desde distintas perspectivas. Algunas tomando como eje central la propia percepción del redactor. Otras, centradas en los sucesos y el ambiente, aportan minuciosas descripciones llenas de un denso realismo que transportan al lector a la escena. En otros casos, adivinando lo que podría estar especulando el animal una vez el autor se pone en su lugar. Unas y otras, circundadas de consideraciones de aparente jocosidad, guardan una intensa lección moral. Como observaremos, pasajes de alta trascendencia filosófica se mezclan con descripciones que manifiestan la podredumbre material y moral de un escenario social sobre el que Infante se muestra crítico y distante.

El relato en cuestión no responde, pues, a una estructura narrativa convencional. La tríada clásica, introducción, nudo y desenlace, juega aquí un papel muy subjetivo aun con la pauta de diferentes fechas que avanzan en el tiempo. El discurso, no obstante, intercala datos, perspectivas y puntos de vista en lo que es una secuencia de instantes y pensamientos. Es más, las escenas se describen en una trama concatenada con un final imprevisto y trágico, que no desvelaremos ahora desde estas líneas. Los pasajes,

154 Manuscrito AGG, 115 y 176, respectivamente.

155 Manuscrito AAN, p. 14.

aparentemente verdaderos, se suceden con otros más pretéritos donde los puntos de vista se intercambian: unas veces se comenta desde el punto de vista del relator, otras del animal y, en otros ejemplos, como un tercero que observa la escena en la distancia y valora lo sucedido. En ocasiones, se cambia el sujeto por la escena, y esta, por la descripción de unas emociones intimistas y espirituales. De hecho, la narración comienza por describir cómo se produce el primer contacto con el animal, marcando cierta distancia a los hechos; cuestión esta que, en cambio, desaparece más adelante, una vez resulta salvado el zorro de la acción colectiva de las gentes¹⁵⁶.

Iniesta aporta testimonios en su obra biográfica de la hija mayor de Infante que parecen confirmar cierta credibilidad en el relato: «Luisa Infante recuerda que su compañero de infancia como travieso, sucio y ladrón (de gallinas, no, de eso sí era arrepentido). No era un perro, no. Dimas tampoco sabía vivir en libertad. Cuando su padre lo soltó, se refugió en una casa. Los de ella se alarmaron pero al verlo manso y afectuoso, pensaron que sería el de don Blas. Cuando llegó el amo, Don Dimas se echó en sus brazos como un perrito. Murió en la casa durante un viaje del matrimonio. Blas y Angustias pensaron en las criadas, que no lo aguantaban, lo habían matado aprovechando su ausencia»¹⁵⁷. Es probable que el dato hubiese surgido de la estrecha amistad entre la hija y el biógrafo; sin embargo, tampoco hay que descartar que la propia Luisa en sus evocaciones de infancia (con ocho años a la muerte de su padre) sume al recuerdo una lectura posterior del manuscrito, o bien conversaciones con gente de su círculo más cercano.

Blas Infante expone sus párrafos y reflexiones avanzando entre el antropomorfismo y mediante una cierta personificación del animal. En ocasiones, Dimas es Infante, o al menos un alter ego con quien se identifica y que es utilizado para hablar en su nombre o para emitir su propio pensamiento; en otros casos, representa el contrapunto al método dialéctico. El cuento podría denotar, además, ciertos compases de cómo Infante desearía educar a sus descendientes. Como él mismo expresa en otros de sus trabajos: «Y el narrador va a limitarse a traducir al lenguaje de los hombres palabras habladas por los ratones en ese lenguaje común a todos los seres de la tierra»¹⁵⁸.

156 En el inventario de la biblioteca de Infante, entregado por la familia a la Junta de Andalucía cuando tuvo lugar el momento de la venta de su casa de Coria, se citan los siguientes cuentos o fábulas: *Calilla y Dimina. Fábulas*, Madrid, Casa editorial Calleja, 1917 y A. Gutiérrez, *Cuentecitos literarios*, Buenos Aires, Ruiz Hermanos, 1927; no obstante, abundan los títulos vinculados a la historia natural, naturaleza o el mundo de los seres vivos.

157 E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, Granada, Consejería de Relaciones con el Parlamento-Atrio, 2003, p. 258.

158 B. Infante, *Cuentos de animales*, Sevilla, Diputación, 2011, p.108.

Para ello utiliza palabras y tiempos verbales cuanto menos peculiares, algo que demuestra un nivel intelectual teñido de lecturas clásicas. Dimensión que aporta al cuento, giros y expresiones en su lectura, poco propicias para un público infantil o que facilite una lectura cómoda. Su erudición resulta manifiesta, hasta el punto de haber tenido que recurrir al diccionario para comprender determinados significados, posibilitando así una mejor transcripción. Paralelo a esta singular expresión, no falta el recurso a palabras o expresiones populares que, convenientemente reseñadas, se encuentran más cerca del acervo popular andaluz que del diccionario real y castellano. Señalamos también al respecto que las escasas palabras que no hemos podido interpretar a partir de la caligrafía han sido reseñadas como ininteligibles. Del mismo modo, como bien apunta Benito Trujillano, investigador casareño y uno de los mayores conocedores de la infancia y del entorno serrano del hijo predilecto de su localidad natal, utiliza también un vocabulario todavía hoy de uso cotidiano en el municipio que le vio nacer¹⁵⁹.

Por lo demás, las emociones de hombre y animal se confunden cómplices en el texto y evocan tanto crudas realidades como anhelos utópicos. Infante supera el tópico fatalista para instalarse siempre en su utopía andaluza. Deseo y realidad se mezclan en un relato que marca su fecha de partida en la primavera de 1927 (17 de mayo) y, sugerentemente, concluye en el otoño de ese mismo año. No sin antes reseñar una errata en la datación de la secuencia cronológica que acoge el relato, en tanto la fecha última que aparece es de septiembre y, cuartillas antes, había aparecido el 5 de octubre: sin duda un error que nada aporta a nuestras valoraciones y, aún menos, al argumento.

6.2. Comentarios al cuento: animalismo y espiritualidad

■ *La mente que se abre a una nueva idea, jamás volverá a su tamaño original.*
—Albert Einstein

La acción discurre en un medio no localizado geográficamente de forma consciente, por lo que las valoraciones y costumbres esbozadas pudieran extenderse más allá del hábitat en el que sitúa Blas Infante el cuento. Es presumible que su intención fuese que las alusiones críticas a la práctica de la caza de zorros y las gratificaciones desde los consistorios pudiesen generalizarse críticamente en el espacio y tiempo; anunciándose como inútiles y crueles modas en la medida que las recompensas fortalecen la animadversión hacia el raposo, como perversa práctica mantenida con el paso de

159 Entre ellas: montuno, estacas, lentisco, matas, hoscas, pitas, tomizas, banquetas de corcho y sillas de acebuche, testero, desgañitaba....

los años generación tras generación. De hecho, mientras llama «familia» a la zorra y sus cachorros, atribuye el martirio al animal sintiente a una tradición aplicada en «los ayuntamientos de España» y es ahí donde arranca el relato¹⁶⁰. Frente al escarnio convertido en sádico divertimento y el pretendido «descabezamiento» de la madre que ni amamantando a sus cachorros logra inspirar compasión. Infante reacciona para «librarlos del martirio y la muerte» y asume la crianza de «uno de ellos»¹⁶¹.

El bautizarlo como Dimas en «*recuerdo*» del buen ladrón, más allá de una extravagancia, cabe entenderlo como un gesto lleno de simbolismo. Don Blas es persona de símbolos, pero no gratuitos: siempre cargados de una gran connotación ideológica. Como «*buen ladrón*» en el Evangelio de Lucas, se justificaría así el nombre del animal por su inocencia instintiva al ser cazador de gallinas, tal y como apunta el tópico sobre su especie. No en vano, el martirologio en ambos casos —malhechor y zorro— comporta, paradójicamente, una buena dosis de santidad por cuanto la maldad siempre proviene de quienes le rodean y no tanto por lo malicioso de sus acciones. En paralelo, el tratamiento de don que se le otorga al zorro a lo largo del texto, un tanto aristocrático si se quiere, bien pudiese considerarse como una distinción en base a los valores que adquiere y en la medida también que se le humaniza una vez se ha domesticado.

A partir de ese momento, el recién llegado al hogar, peligroso y salvaje, se transforma en mansa mascota. Se enfatiza cómo, tras un proceso educativo renunciando al uso de la violencia, el animal es amansado en su quehacer diario adaptándose con

160 La prensa local se hace eco de la presencia de abundantes zorros y de la caza recompensada de estos animales. Bajo el título de «Animales dañinos», la cabecera isleña *La Higuera* publicaba un breve en fecha 21 de junio de 1921, p. 3, donde se hace eco de los siguientes hechos: «han sido cazados unos zorros, los cuales fueron presentados en este municipio, concediéndole a los cazadores el premio en metálico que marca la Ley». Años más tarde, se seguirán anunciando «cacerías de zorros autorizadas por el gobernador» (*Odiel*, 17 de julio de 1944).

Todo indica que se trata de una práctica muy común en municipios de serranía o montes. Por citar otro ejemplo, las actas del pleno del Ayuntamiento de Jerez, ya desde el siglo XIX, recogen la existencia periódica de batidas de lobos «y etc.», en otros casos reseñadas como «*matanzas*». En algunos ejemplos también, precedido de las palabras: «premio de... *matanzas*». Todavía en Galicia, en el año 2022, se han celebrado siete campeonatos de caza de zorros que han sido denunciados por diversas entidades al poner en peligro la especie. De otra parte, la Ley de Caza de 1834 y la siguiente de 1902 reconocen al zorro como alimaña. Es decir, como animal dañino para el ganado. En consecuencia, aparecerá la figura del alimañero, como cazador profesional que recibía una doble liquidación: el entregar su cabeza en el ayuntamiento y por la venta de su piel. La especie se ve influida además por una literatura contra los lobos y las consiguientes fantasías licantrópicas. La filmografía ha profundizado sobre la cuestión. Unos y otros, junto a chacales y coyotes, forman parte de una familia animal común mamífera y carnívora, con rasgos característicos comunes: los cánidos. Posteriormente, las Juntas Provinciales de Extinción de Animales Dañinos y Protección de la Caza fueron creadas en 1953, aunque en algunas provincias ya existían entidades semejantes.

161 Página del manuscrito: 3a.

normalidad a nuevas costumbres. Sin embargo, se anota sobre su comportamiento la presencia de una cierta «soledad extraña» en aquella «extraña sociedad». La misma que embarga a Infante en la medida que aspira a algo más que una mera existencia instintiva por básica: «hacia la historia y las estrellas»¹⁶². Nacer sin historia es no haber aprendido nada. Conceptos ambos, científicos y literario/naturalista, como sinónimos de eternidad. Pese a la permanencia de zorro y hombre en un mundo «amable», ambos se confiesan imbuidos por un extraño anhelo que les empuja hacia una complicidad más allá de «cuidados y caricias». La diferencia constatada estriba en que al notario, la tristeza le atrapa en ese mundo, es amable con el animal a pesar de estar rodeado de «seres extraños» que le tienen «en su mundo» y no le tratan con «bienes», como él hace con Dimas. Una clara referencia a la falta de complicidad alcanzada.

No faltan alusiones en los párrafos con un posible acento biográfico alrededor de las vivencias de Infante. Es presumible que el notario sintiese en su pellejo el cruel rechazo de la «muchedumbre» a sus ideas y, en sus propias carnes, sintiese la indolencia de una comunidad humana insensible y carente de motivación para algún progreso: «Cuando venteo me pongo triste, porque a mí estos seres extraños además de tenerme en su mundo, no me tratan en bienes como nosotros a ti», dirá en sus diálogos con el zorro¹⁶³. No se invoca un concepto de autonomía personal porque sí, más bien como una liberación interpretada como dinámica y empuje para remover esos obstáculos de carácter cultural, económico y social, que condicionan o impiden a los seres vivos ejercer dicha capacidad para actuar por voluntad propia y en libertad. El verdadero cambio comienza, pues, por uno mismo¹⁶⁴.

Es más, ¿podríamos estar ante una crítica disimulada a su ambiente familiar o, al menos, social más próximos? Por su expresión genérica, aun conociendo las desavenencias puntuales del ideólogo con su pareja, no sería posible concluir dicho extremo de manera taxativa. Tampoco es descartable que esa amplitud o ambigüedad expresiva se aplique a un contexto más dilatado donde también pudiera incluirse su círculo personal más próximo.

162 Página del manuscrito: 3b. Nombramos a y b al ser errónea la seriación de la página y ser fieles por nuestra parte a dicha secuencia.

163 Página del manuscrito: 3b.

164 Infante siempre acompaña la voluntad social de otra individual complementaria. La primera sería la suma de «muchas voluntades individuales». El hecho particular, a su vez, en todo momento, debe estar acompañado de idéntica voluntariedad por parte del sujeto. No se le puede imponer algo que no brota de lo más profundo de sus convicciones dado que sería pura tiranía. Por el contrario, para lo que denomina «comunizar» los valores individuales «se necesita de que (sic) la voluntad individual movida por el amor a la Creación (sic) de la vida; y por el convencimiento de la Solidaridad (sic) de todas las fuerzas vitales, ordenadas a la realización de un fin supra sensible, tenga una constante efusión que la eleve aún por encima de la justicia de la Naturaleza (sic)» (B. Infante, *La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 163).

Este «venteo», como él lo llama y por el que el animal olfatea el viento, le sirve a Infante para encajar una trascendente cuestión para la que no duda en citar a una «Santa» de la que omite su nombre: Teresa¹⁶⁵. La tácita alusión a la obra de la mística abulense, *Las Moradas al Castillo Interior*, fija la secuencia de un tránsito en donde el esfuerzo ni es gratuito ni simple. Es la búsqueda de la perfección, en su sentido no tanto piadoso como es el caso de la religiosa, sino como dimensión de valor ético y progreso personal y espiritual que hace evolucionar a la mujer y al hombre. Cultivar esta perfección, lejos de cualquier interpretación de superioridad, tiene lugar a través de la meditación, el estudio y el trabajo, métodos estos por los que se alcanzan elevadas virtudes que trascienden a lo mundano. Entiéndase con respecto al resto de seres vivos, tolerancia y bondad, nociones sobre las que más tarde insiste, como conceptos tendentes a una progresiva utopía de una sociedad con plena armonía entre sus miembros. En el ejemplo citado, la secuencia con la cita a la doctora de la Iglesia católica, además de manifestar su admiración por la misma, invoca su doctrina en cuanto a camino de perfección desde la exaltación de la dignidad humana y animal. Citará con ello Blas Infante la «defensa de los Castillos de Dios» como último libro escrito por la mística, estableciendo un paralelismo entre dichas construcciones y el alma. Vivir, en dicho sentido, es una búsqueda y, parafraseando también a la religiosa, dirá: «El amor ensancha el castillo».

Llamar «hermano» al zorro, como ser vivo al que dirige sus reflexiones, es un guiño a la célebre oración del santo de Asís. La conciencia de las limitaciones materiales y terrenales provoca en el escritor un «inmenso dolor», en la medida en que es otra «especie, distinto (sic) o solo entre tus iguales»¹⁶⁶. Un dolor impotente de quien quiere y no puede; traducido en un cierto sufrimiento por el anhelo de otras cuestiones por encima del mundo cercano y superfluo que rodea al animal. Dicho de otra manera, la única forma de crecer siendo conscientes es asumiendo ciertas dosis de desconsuelo como respuesta a la incompreensión social y el hecho de salir de lo que llamaríamos nuestra

165 Sus escritos inéditos llegan a citar treinta santos y setenta y cinco teólogos. Los más reseñados: san Agustín (88 veces), san Pablo (75) y san Juan (26). Santa Teresa en tres de ellos (E. Iniesta Coullaut-Valera, *Los inéditos de...*, op. cit.).

De cualquier forma, el recurso a citas bíblicas o religiosas es una constante en la obra infantil. Incluso, en algunos casos, con frases casi literales y muy reconocibles. Tal es el caso siguiente referido a la acción del sol sobre una crisálida en su relato sobre las tres cigarras: «Tomad y comed y bebed de mi cuerpo y de mi sangre» (B. Infante, *Cuentos de animales*, Sevilla, Diputación, 2011, p. 187). O en el ejemplo de las afirmaciones realizadas por «profetas antiguos»: «Traer el Reino de Dios sobre la Tierra. Vivificar sobre la tierra el reino de Dios»... «Venga a nos él tu reino» (B. Infante, *La Dictadura Pedagógica...* pp. 10 y 188, respectivamente). Frase esa última que casi calca en otras de sus obras: B. Infante, *La verdad sobre el...*, op. cit., p. 109.

166 Página del manuscrito: 3.b.

particular zona de confort. En definitiva, los fracasos construyen: nos hacen evolucionar y evolucionar en nuestro crecimiento personal en tanto ayudan a la búsqueda de plenitud y felicidad. De ninguna forma debe considerarse una opción enquistarse en dicho sufrimiento, muy al contrario, como parte de la vida que es, se evoca la necesidad de aceptar ese camino interior y reconstruir aprendizajes y vivencias encaminadas a entender cómo queremos encauzar nuestra existencia. El dolor ante la contrariedad abre la puerta a la resiliencia y, con ello, a descubrir fortalezas, realidades, pensamientos y características propias antes desconocidas.

La admirada pedagogía franciscana, asumida ahora como infantiana, propone elementos que articulan su relato formativo: los seres vivos, lo cotidiano, la relación fraterna, el diálogo, la libertad, el medio ambiente, el amor hacia lo creado... Un proceso educativo centrado en la persona y fundamentado sobre lo cotidiano en las relaciones dialógicas y fraternas. Ambas percepciones antropológicas permiten construir un discurso propio que, inevitablemente, debe madurar con el paso del tiempo. La secuencia en cuestión de los referidos grados del ser revela una realidad compleja donde el ser vivo es más que un simple cuerpo, ni siquiera iguala a otro individuo en su especie. Se reúne así todo, bajo un microcosmos que resulta ser raíz de una sociedad más fraterna junto a todas las instancias que componen el universo. Dicho esto, cabe subrayar la curiosa síntesis que representa el pensamiento sincrético y el panteísmo de Blas Infante entre posiciones aparentemente encontradas: místicas, filosóficas y masónicas.

Como punto de partida para ese progreso, el autor apunta a la intuición como primera fuente de revelación de la consciencia: por la habilidad para conocer o percibir algo sin el uso de la razón. Dejar fluir dicho pensamiento espontáneo es parte también de la vida, sin necesidad de un discurso reflexivo o someterse al corsé de los límites que marcan los prejuicios sociales. La sugerida habilidad para percatarse de algo se convierte así, presumiblemente, en el primer paso de ese devenir desde donde se sublima la realidad aspirando a otra mejor y más elevada por cuanto su significado enriquecedor. Más elaborado desde un punto de vista moral y espiritual. Como una elevada trascendencia holística de la conciencia humana que todos deberíamos desarrollar. No se trataría tanto de pensar las cosas sino en dejarse llevar por esa puerta abierta al alma, donde se vuelve consciente lo que brota de manera inconsciente aun de manera no deseada. En cierta forma, un tipo de inteligencia, la intuitiva, siempre bondadosa pese a ser primaria y no por eso sencillamente instintiva, en el sentido más biológico y pulsional del concepto. Fisiológico, en suma. Esa capacidad, innata en todo ser vivo como potencial que no posee más diferencia salvo el uso que cada uno hace de ella y de la motivación recibida desde el entorno, representaría —según Infante— un capital acumulado que se nutre siempre de experiencias y conocimientos. Es más, todo

conocimiento parte de la experiencia y la intuición es parte del mismo. Obvio, pues, deducir que las limitaciones en las trayectorias de vida más allá de las académicas cercenan el cultivo de dicha cualidad. Manifiesta la necesidad de que existan unas condiciones mínimas e imprescindibles para percibirla y ejercitarla. Esta puesta en valor de lo instintivo por espontáneo implica la superación de estereotipos y modelos de conducta convencionales. Un pensamiento que le une, entre otros intelectuales, con Albert Einstein como gran defensor de esta cualidad básica para el desarrollo de la razón. A más libertad que se ofrezca a la mente, sin barreras ni prejuicios, más intensa y sinceramente brotará nuestra perspicacia¹⁶⁷.

En algunos momentos del cuento, bien pudiera percibirse que el pretexto es abordar la situación vivida por el zorro para exponer de un modo comprensible el pensamiento que envuelve a quien redacta la obra. Puede ser así en la medida en que hay momentos donde la propuesta ocupa en el relato un primer plano de la escena con profundidad y altura reflexiva, inusual y complementaria para con otros párrafos. Las diferentes vivencias por las que discurre el animal invitan a la deliberación, y provocan meditaciones que jalonan el cuento a partir de la pluma que guía su narrativa. Es así como se cita la figura de Dios —insistimos, necesariamente identificable con alguna confesión— como gran constructor del orden universal; el cual, como se reseña, siempre «perfecciona». Él es humilde por ingenuo, mucho, según insiste con su repetición, frente al mal representado por la acción humana¹⁶⁸. Insiste sobre lo que se hace, más que sobre lo realizado. Su síntesis de todas las ideas posibles de deidad; «apenas descansa» —dirá— en ese constante fluir por el que «vuelve a hacer» en tanto cree y confía en él y «no tanto en lo hecho». Bajo esta percepción, Dios es un estímulo recurrente, universal e interior a la vez, que invita al aprendizaje a partir de la experiencia. La presencia del zorro en la escena doméstica facilita así un conjunto de estímulos en un «mundo ingenuo» que, probablemente, ni siquiera pretende implementarlos.

167 Paradójicamente, aun siempre presente el concepto intuición solo se explicita una vez (p. 44 del manuscrito). Sin embargo, el texto rezuma bajo el quehacer del zorro y a través de sus distintas experiencias la citada cualidad, que podríamos llegar a identificar como uno de los componentes de lo que denomina «esquema mágico». De cualquier forma, Infante en su obra *Reelección*, ya había reseñado la importancia que le atribuye, hasta el punto de distinguir cuatro tipos diferentes: mística, científica, artística y experimental. Esta última, nombrada también como instintiva, la considerará Infante como la revelación íntima de la experiencia de los antepasados y, en nuestro caso, la más recurrente para la subsistencia de Dimas. Todas con un carácter irracional una vez se manifiestan sin el uso de la razón. Cfr. R. Morgado Giraldo, «El pensamiento religioso...», *op. cit.*, pp. 307 y 308. Por otra parte, el propio notario la define en dicho manuscrito inédito de la siguiente manera: «La intuición es la aproximación imprevista a la verdad».

168 Página del manuscrito: 5.

La contemplación y vivencias en ese escenario «extraño», tanto en el animal como en humanos, implicaría una dinamización interior, voluntaria, pacífica, constante e intencionada, para la que la utilización de la fuerza bruta resulta inútil. El uso de la violencia —social o física— embrutece y cercena posibilidades humanas, a la vez que constriñe facultades en los seres vivos. El miedo al látigo, se anota, incluso siendo invisible, resta capacidades potenciales a todo ser vivo. Reflexión que se convierte en un explícito alegato contra la violencia.

La estampa del zorro en el domicilio de Infante es percibida como una «compañía agradable» emanada de una ausencia de temor hacia las personas y, a su vez, reforzada por una afirmación contundente en el relato: «Jamás tuve una compañía más agradable»¹⁶⁹. Sabemos que en la vida del notario existieron otros animales de compañía; sin embargo, la experiencia adquiere una dimensión única y, por tanto, su singularidad es un descubrimiento y goce inéditos. Convencido de la singular experiencia para el ennoblecido animal, Infante es consciente de la arbitrariedad y la anormalidad que para su vida representa dicha situación. De acercarse con esa inocencia a su mundo natural el zorro sufriría unos imprevisibles resultados. Y, en consecuencia, solo la muerte apagaría el empuje de esas fuerzas interiores aprisionadas en el ser vivo, imposibilitando así el «placer infinito» de dejarse imbuir por un conjunto de «amplitudes», les llama, capaces de expandir y dar rienda suelta a inquietudes infinitas¹⁷⁰. Sin embargo, la invocación a la muerte es a su vez un estado interpretado por un lado cristianamente como «liberación de fuerzas aprisionadas»; por otro, como se indica a continuación, las «fuerzas volverían a estructurarse». Dicho así, la muerte no es el final, sino que representaría una sugerente insinuación a la reencarnación propia de creencias orientales y masónicas¹⁷¹. Sin tanta trascendencia, también podemos interpretarla como que solo fallece lo que se olvida.

El hecho de permanecer el animal «recluido», de nuevo el simbolismo de una palabra dirigida al humano también, es sinónimo de una prisión/represión de las posibilidades que todo ser puede desarrollar. De ahí su convencimiento desde el primer día que tienen contacto: debe devolverlo a su medio natural.

169 Página del manuscrito: 6.

170 «La virtualidad para la regresión de las fuerzas ciegas internas disminuye tanto como aumenta la conciencia, o sea la virtualidad del ser para el progreso, cuando aquéllas son ordenadas o sacrificadas a un fin de perfección» y dirá más: «de un modo directo o indirecto, encadenar u ordenar las fuerzas ciegas al cumplimiento del destino humano, es crear fuerza consciente» (B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucar, 1976, p. 44, nota 5).

171 Página del manuscrito: 7.

El ser como verbo expresado con mayúsculas en las cuartillas transcritas, cuestión muy habitual en Infante para expresar más trascendencia a la palabra en cuestión, representaría un impulso contenido dentro de una corporalidad biológica donde se tiene «prisión y su tumba» a su vez¹⁷². Pese a todo, citando al santo *poverello*, invocará al cuerpo como «hermano» al que cuidar tanto como escuchar. Un elemento corporal, físico y psíquico, considerado así como otro yo al que amar y escuchar. El deseo de libertad, ahora reprimido por la novedad de un escenario de cuidados, le invita a tener piedad y compadecer a aquellos «hermanos atados en prisiones». Expresión que supera las instituciones penitenciarias para apuntarnos aquellas otras situaciones donde los animales sufren apresados e, incluso, siendo exhibidos como espectáculos. La vida es, de esta forma, un autocontrol que puja con la inevitabilidad de los impulsos por mor de una naturaleza siempre dominante. Tal y como aspiraba el santo de Asís, la capacidad de reconciliación se inicia consigo mismo para prolongarse en el otro, e igualmente, en la totalidad de los seres y los mundos que existen (cosmos). Tal y como nos había adelantado Infante: «Y sintieron ser unos con la Humanidad y con lo infinito, la Unidad del Ser humano y del Ser universal. Y acicatados por el imperativo del Ser Universal vislumbraron la Unidad del Fin de todo lo existente y la necesidad de la comunidad de esfuerzo para realizar el fin común...»¹⁷³.



¶ *El verdadero valor de un ser humano no viene determinado por su grado de posesión, supuesto o real, de la verdad, sino más bien por la honestidad de su esfuerzo en pos de alcanzarla.*

—Gotthold Lessing, en *Anti-Goeze* (1778)

No estamos ante una mera teoría discursiva o estética. Se trata de cultivar una actitud imprescindible para la grandeza humana. Existe una innegable base humanística en la espiritualidad de Infante en la cual el humano es, como ser vivo, centro de una propuesta compartida con otros seres y la naturaleza. Según diferentes creencias, el humano se define como un ser integral compuesto de cuerpo, mente y espíritu, de manera que se desnaturaliza si se fragmenta para su interpretación. El prójimo, como hermano, se representa en perfecta fraternidad con la naturaleza y el universo de seres que la habitan. La creación —el cosmos— es una comunidad perfecta que se renueva constantemente en diálogo permanente con los humanos, aquellos a los que el autor denomina «anima-

172 Página del manuscrito: 8.

173 B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., p. 7.

les de ciudad», también denominados en la narración verticales o bípedos¹⁷⁴. Contexto que explica la necesidad de respetar todas las formas de existencia. Ideal que representa uno de los nutrientes para la propuesta ecologista de Blas Infante.

Es en la escena de la suelta de Dimas, una vez crecido, cuando se cita nuevamente el concepto amor. Para lo cual el notario le invita a «trabajar por Dios, a trabajar por ti (...) en mí», considerando a Dios como la búsqueda interior de ese amor ejercido sin interés. Un platonismo iluminista propio de la filosofía andalusí, que ya había apuntado el andalucista en palabras de Motamid hacia su esposa, Itimad. Dejando claras las elevadas aspiraciones de su filosofía: «Nosotros Itimad, somos la Primavera y el día: nosotros somos la vida: Nosotros somos Dios que quiere afirmarse, que quiere ser también en los tránsitos fríos y oscuros del invierno y de la noche: La vida es el clamor de una eterna necesidad: Perfección Suma: esto es: Dios: es la necesidad de Dios. Y Dios será solo cuando todo sea una satisfacción de esta necesidad: una encarnación absoluta del verbo universal de Dios: Para que Dios, a la absoluta luminosidad y la Absoluta Belleza y la Absoluta Animación pueda ser, se necesita que no haya algo que sea sombra: ni algo que sea feo: ni algo que sea inerte»¹⁷⁵.

En primera persona, el notario se enternece durante el instante del regreso a la naturaleza del animal observando en él un cierto temor por su vuelta. Lo denomina «terror de la vida»¹⁷⁶. Sin embargo, es en ese momento cargado de emoción cuando se reafirma en las posiciones de su particular estilo literario: «Conozco o creo conocer el valor de la sinceridad y, sinceramente, expondré esta experiencia con toda sencillez. Rían o estudien. El goce de reír o estudiar. Escribo para niños y para hombres. Una poderosa emoción me embarga e impide hablar»¹⁷⁷. En definitiva, la escena de poner en libertad al animal la describe como «solemne» y se enmarca en un dilema dicotómico a modo de frontispicio en la arquitectura del cuento: «con mi amor o con la libertad». Una situación ambivalente sobre la que muestra su agradecimiento por lo que la experiencia ha supuesto para su crecimiento personal, dadas las emociones aportadas por el animal. Descritos los pormenores de esa puesta en libertad y referida la conducta inicial-

174 El vocablo evoca el concepto «bipede implume» acuñado por Platón. Según la anécdota, el filósofo definió así al ser humano como animal de dos pies sin plumas, a lo que Diógenes de Sinope (el Cínico) respondió desplumando un gallo y gritando por las calles: «¡éste es el hombre de Platón!». Un ser humano es ante todo, pues, un animal sintiente, inteligente, etc., y entre otras cuestiones, sociable, comunicativo y simbólico. Desarrolla capacidades y aprende tanto valores, comportamientos, como actitudes. Todo ese potencial teórico es el que afirman algunos autores que se pone al servicio de la búsqueda de la felicidad.

175 Así se refiere en: B. Infante, *Motamid. Ultimo..., op. cit.*, jornada 2ª, pasaje XII, p. 93.

176 Página del manuscrito: 10.

177 Página del manuscrito: 13.

mente dubitativa del animal, es cuando brotan sus lágrimas —escribe Infante— como «fuego de amor». El valor de la existencia no transita por la posesión o la dominación sobre el resto de seres, humanos o no: existe algo superior a lo que se nos exhorta. El andalucista transmite la ortografía de la plenitud, con una caligrafía entendible como para captarla a través del ejemplo.

Es en este punto tan intimista donde los deseos de Infante se proyectan sobre la insólita realidad con el animal libre: «Yo también necesito suelta. Como el zorro, yo necesito liberarme en mi mundo. Tener libertad de amar y pastar, y de incendiar con mis amores libremente»¹⁷⁸. Un nuevo ser, dirá entonces, nace en él entre una nueva ambivalencia con la que advierte: dolores de parto y el goce de parir¹⁷⁹.

Es presumible que nos encontremos ante el párrafo por el que Enrique Iniesta deduce para su síntesis ya citada lo que denomina como «dificultades domésticas». No existe otro semejante. Ahora bien, ¿necesariamente cabe interpretarlo así? En términos generales, es cierta y está testimoniada esa puntual asimetría familiar en Infante, pero tampoco es algo necesariamente referido, en este caso, al ámbito de la pareja. Las palabras transcritas poseen una sugerente amplitud interpretativa que no debe acotarse en un sentido determinado. Siempre existe la posibilidad de ser más explícito en una dirección u otra y ahí, el narrador, opta voluntariamente por un tono genérico. Irrefutable es que las expresiones citadas se encuentran justo en uno de los párrafos más intimistas y sentimentales de la narración. Y no es menos cierto tampoco, más en su dimensión personal, que la aludida liberación «en» su mundo pudiera indicar una alusión a desprenderse de ataduras personales y trascender, como animal que es, mostrándose por encima de apegos terrenales y dando vía libre a su pasión vital: Andalucía. Lo cierto es que esa identificación que hace el referido autor resulta lo bastante extensa en sus diferentes interpretaciones como para enfatizarla en una dirección tan concreta por íntima. Es más, puestos a descifrar intenciones, tampoco podría descartarse un deseo del notario de dar rienda suelta a sus instintos animales o a la hora de liberarse de las ataduras políticas que aplicaba la Dictadura.

178 Entendido también como entrega absoluta, cuestión que no descartamos evoque a ciertos textos de San Juan de la Cruz. Página del manuscrito: 15.

179 Es la consciencia o «sentimiento de destino», como también la nombra Infante: «El hombre puede, contemplándole [al Ideal], responder a los imperativos de la conciencia o las exigencias del instinto; aceptar los dolores del parto creador, cuyas explosiones hasta las alturas del Ideal elevan, a abandonarse al sueño de no crear, por el que descienden los seres hasta el abismo del ser incapacitado para obra creadora (...) no hay sentimiento como ese sentimiento que ofrenda a la idea [al Ideal] un trono de amor» (B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz...*, op. cit., p. 45).

Retomando el hilo de nuestra interpretación del relato, en ese instante emocionalmente intenso, la confesión del escritor describe que la escena le hace sentirse extraño en la medida que ya acoge en él un nuevo ser distinto. No es el mismo. Se reconoce distinto. Algo ha cambiado en su persona y este flamante resultado «ya no es hombre» a consecuencia de esa emotiva identificación hasta ahora desconocida con un animal. La suelta del zorro ha liberado al animal y al hombre, ambos con el «propósito infinito de ser mejor»¹⁸⁰. La narración descifra ahora la mente del animal para convertirse en parte del mismo. Situación a la que denomina «unidad definitiva entre el animal humano y los animales del monte». Lo cual, concluye, es en definitiva un propósito para «ser mejor». Siempre la evolución de la mano de la bondad. Una cualidad identificada como bien platónico, considerada como camino hacia la autorrealización de la mano de una plenitud existencial para con todos los seres en unidad. Lo natural y salvaje no solo es auténtico, sino que comporta una toma de conciencia sobre su singularidad. La naturaleza no hace juicios: los admite. El encuentro, la aceptación y la acogida de este nuevo escenario es punto de partida y origen a su vez de una fraternidad universal, sobre la que se establecen las condiciones para una hermandad. El hecho individual trascenderá al infinito e involucra al conjunto de la creación. Las personas tienen así una naturaleza humana, divina y también animal y, en consecuencia, el concepto hermandad como significado asumido desde la masonería no solo refiere una relación más fraternal de las personas, sino que se prolongan hacia toda la humanidad y, con ella, a todos los seres que habitan la tierra. Por ello, reconociendo su odio a la extraña «guerra» de los hombres hacia los «animales montunos» y, considerando su amor hacia ellos, se concreta en el texto que «ahora» ama «infinitamente» a todos los hombres «sin distinción de amigos y enemigos»¹⁸¹. Cuestión aparentemente paradójica pero que sitúa en un plano superior de conciencia a las circunstancias que nos rodean. Todos los seres son uno, de forma que el amor no es algo limitado entre personas: se prolonga hacia contrarios o animales como la adquisición de mayores cotas de humanidad. El amor hacia otros seres sintientes nos transforma en personas más bondadosas.

La fraternidad universal se convierte en músculo y motor de la existencia. Así, la experiencia vivida con el animal en casa crea una mayor sensibilidad para interpretar con mayor comprensión las situaciones violentas, aunque no sean compartidas en sí mismas y a las que dice odiar. Es entonces cuando el texto sintetiza en una frase su particular vivencia, la cual, curiosamente, entrecomilla para aportar mayores dosis de veracidad, y que puede se haya verbalizado antes. En la medida en que «alguien» —dirá— parece haber notado su tristeza, presumiblemente nacida de su conciencia social y ahora verba-

180 Página del manuscrito: 16.

181 Página del manuscrito: 17.

lizada con cierto desánimo, detiene su «jocosidad» con palabras categóricas: «Lo de Don Dimas ha sido para mí algo más serio de lo que alguien pudiera figurarse»¹⁸².

Infante descubre así, con sinceridad y humildad, su alma desnuda y la profundidad de su experiencia. Muestra su vacío interior a la vez que marca distancias con un trato tutelar y dominante hacia el zorro. Percibimos de esta manera una visión cíclica donde todo renace por mor de distanciarnos de nosotros mismos para no existir seducidos por la duda, la culpa o el recelo y conseguir experimentar nuevos retos. De nuevo, una espiritualidad no adscrita a determinada religiosidad. En todo caso, podríamos decir de sensibilidad ecuménico-panteísta derivada de un sincretismo religioso. Pero también una percepción que huye de toda espiritualidad egoísta por individual y egocéntrica, asociando un crecimiento personal que trasciende el ego y deriva hacia una sensibilidad comunitaria sin la cual es posible avanzar. Sin implicar superioridad e iluminación: el ejercicio del altruismo invita a sentirse comunidad. Solo así, tras este progreso metafísico, emerge la solidaridad como manifestación de amor.

El regreso inútil al mismo lugar donde tuvo lugar la suelta del zorro rememoraré emociones una vez más identificadas con el amor. A los animales también se les ama, se dejan querer y demuestran su amor. Los recuerdos resultan tan presentes, que se transfiguran en experiencias oníricas donde llama al animal amigo y por su nombre. Un deseo frustrado parece despertar reminiscencias primitivas por cuanto primarias, identificables ahora con una añoranza que supera situaciones mundanas. Ante estos estímulos presentes, el relato cambia de registro y vuelve a teñirse de tono filosófico. Un desarrollo narrativo que implica un cambio permanente en la secuencia de la obra. Un juego entre dualidades. O mejor aún, un triángulo entre los hechos: la personalidad del narrador, la del animal y una síntesis filosófica que trasciende y ampara las vicisitudes. Triple plano que remite a los conceptos fundamentales del psicoanálisis: el ego, yo y el superyó como componentes de la arquitectura psíquica en humanos. En esta ocasión, apuntando a un deseo gratuito de querer «ser por ser»¹⁸³. Es decir, desinteresado pero consciente. Plano que supone una proyección mucho más allá del mero hecho de salvar a su zorro (al que denomina bajo el posesivo «mi»), así como para la redención de los hombres ante los peligros de su «tránsito»¹⁸⁴.

182 Página del manuscrito: 17.

183 Página del manuscrito: 19.

184 El método de la pedagogía infantiana implica adoptar «medidas tales que exciten en el individuo el nacimiento de la conciencia de soberanía social, de comunidad económica, de paz humana, de piedad creadora, de unidad, en fin ante la Humanidad (sic) y sus destinos supremos», cfr. B. Infante, *La Dictadura Pedagógica...*, op. cit., p. 234.

El uso del término «tránsito» no deja de ser un claro guiño místico. Más allá de la metáfora del camino por recorrer, entiéndase como la progresión desde un grado elemental de experiencia hacia otros más evolucionados; pero también como paso del mundo profundo y pasional al imperio de su asunción lógica y emocional dado que la vida es enseñanza. Y a su vez, todo aprendizaje aporta capacidad de sentirse vivo. En proyección, y es el caso que nos ocupa, como recorrido de un estado hacia otro distinto. Es decir, de un mero estado existencial a otro más espiritual capaz de generar nuevas realidades, emociones y percepciones que abran paso a nuevas sensibilidades. Como resultado, se decantan interpretaciones, sentimientos y conductas de orden superior. Con ello, el texto marca distancia con los místicos antiguos: aquellos que solo piensan y trabajan para su salvación particular como una singular versión del egoísmo¹⁸⁵. Dicho de otra forma, el proyecto comunitario del andalucista se sustenta sobre la base del impulso motivacional en la persona, antes que en el colectivo y el recurso a la intuición a partir de la introspección supone una instrumento a tener presente. No obstante, se concibe siempre desde una dimensión comunitaria: nadie se salva solo. Es el reconocimiento de dicha causa espiritual en los sujetos y pueblos lo que considera Infante como motores de la historia, articulador de su pensamiento holístico y su análisis multidisciplinar. Su permanente y místico sentido de la existencia se convierte en una obsesión, en una doctrina. «Provocar la revolución del espíritu» se desvela en Infante como un proyecto ético personal capaz de manifestarse en diferentes ámbitos políticos, económicos y sociales. Transformación contemplada como concepto único y verdadero, reiteradamente explicitado en su *Dictadura Pedagógica*; pero, además, concebido como fórmula para la evolución constante con objeto de procurar la «dirección espiritual» de su doctrina, sentido ya manifestado también en su *Motamid*: «Dios no está fuera de todo. Dios no es un ser fuera de todo: Dios, desde el Principio, es un Verbo en todo: que clama acción, encarnación de su propio imperativo de Bondad. Dios es un verbo que se encuentra en todo, clamando, desde el fondo de cada ser, encarnación: Creación en hechos que realicen la verdad. Así, Dios es en todas las manifestaciones de la Vida Universal. Y aquellos seres, hombres o no, que cumplen este imperativo de Dios, se realizan la encarnación del Verbo de Dios, en obra buena: o lo que es igual, en obra redentora, en obra grande, en obra verdadera, creadora de vida o de la gloria de Dios sobre la tierra: creedlo, rocas, que rocas sois, por falta de creencia; esos seres abnegados, heroicos, creadores, son dioses que realizan, que crean a Dios, el cual será creado, cuando sea realizado su Verbo absoluto, por entero en la Vida Universal»¹⁸⁶.

185 La constante referencia a doctrinas que llama «antiguas» denota una apuesta por superar determinadas concepciones y convencionalismos. Infante suele utilizar repetidamente entre sus obras dicha palabra a modo de caducidad manifiesta, apostando por dimensiones más sincréticas, rompiendo dogmas y tradiciones con su heterodoxia.

186 Así habla Itimad o Romaiquia al final del drama (B. Infante, *Motamid...*, op. cit., jornada 3ª, pasaje VII, p. 116).

Lejos de esta situación egocéntrica y materialista, Infante concibe la necesidad del otro para conocerse a sí mismo y progresar; es decir, para transitar ya que no crecemos ni solos ni en soledad. Desear la salvación, dice el texto, no es priorizar un remedio personal además del ajeno y de todo el universo que necesitamos. Ni salvación ni realización podrán nunca significar la respuesta a exclusivas opciones individuales. Siempre la proyección social en Infante estará omnipresente. Vivir conscientes supone percibir que siempre tenemos elección y el autoconocimiento nos aporta la claridad necesaria para ejercerla. La inconsciencia es ignorar que podemos elegir. Se trataría, pues, de trascender a nuestras preocupaciones para reconocer nuestras prioridades con claridad. Es decir, «hombres, animales, plantas y estrellas», todos fundidos en unidad, concreta el cuento, en un todo absoluto y único percibido como principio y fin antes de la muerte¹⁸⁷. Marcando distancia así, con aquellas creencias que atisban la espiritualidad sobre paraísos alcanzados tras fallecer, ya que la felicidad debe permanecer siempre presente y mostrarse como objeto de búsqueda permanente. Solo será posible la utopía desde la transformación del ser humano. La juventud, pues, no la considera como vinculada a la edad, sino a la condición de sentirse/saberse joven por medio de un espíritu cardinal¹⁸⁸. Es en esa dirección donde reside la verdadera revolución entendida como transformación. El cuento se convierte así en una guía interna para el desarrollo personal y las implicaciones colectivas que de ello se derivan.

Esa ambición de pensar individualmente en la propia eternidad, Infante la resume en el concepto «querer», interpretado como voluntad y hecho consciente por una parte, como amor hacia los seres vivos y al propio cosmos que configura el universo como unidad y, por otro, como proyecto inserto en una perspectiva de vida entre un caos frágil y aparente como totalidad absoluta y perfecta. En particular, se alude a un deseo de que crezca a través de los tiempos, generación a generación, trascendiendo a la limitada existencia personal. Por el contrario, pocas veces el progreso de las ciencias se acompaña de avances morales o espirituales. Sentimiento, en definitiva, con el que se sublima y consuela su añoranza por la suelta del animal, y que representa un esfuerzo intencionado marcado por el ejercicio de una ética y un sacrificio moral desde lo individual a lo universal. Un sentido de la responsabilidad y la trascendencia, toda vez que el humano es artífice de su propia dinámica como parte de lo creado. Intensidad que invita a Infante a una confesión como remate final de la pasión experimentada: nunca

187 Página del manuscrito: 19.

188 Hablando de los ratones en su cuento sobre *Múrido* como ratón vulgar, referencia lo bien que cumplen, metafóricamente hablando, las leyes de la vida: «En su adelantada civilización no existe eso que se llama hijos de familia con edad de padres, ni padres de familia con nidos de abuelos». Más adelante, en ese mismo relato fabulístico, se dirá: «...gran egoísta como todos los viejos que no tienen un joven en el espíritu», cfr. B. Infante, *Cuentos de animales*, Sevilla, Diputación, 2011, pp. 97 y 139, respectivamente.

escribió tantas cuartillas, en menos tiempo y con más amor. Es el instante de mayor implicación emocional y donde el relato se acerca más a la posibilidad de haber sido experimentado al menos en alguno de sus pasajes.

Ausente el zorro tras quedar libre y recogida en el cuento su inadaptación al hábitat donde partió, brota la preocupación por el riesgo de su muerte. La añoranza se acen-túa en el texto afirmando que el impacto causado al redactor pudieran ser la propia finalidad de su humilde existencia. Es decir, amar desde el corazón, a sí mismo y a la propia creación por encima de las palabras. Es el amor como acción practicada con la suelta. La libertad representa la más completa manifestación y la condición primera para un amor desinteresado. El destino consume su labor amparado por esa reiterada providencia, como concepto no identificado con la creencia católica. Del incuestionable recuerdo causado a Infante por la experiencia, poco le puede hacer dudar al compararla con la integridad de su propia existencia. Además, como hecho consciente, buscado y, como decimos, siempre enriquecedor en todos los órdenes de la vida. Existiría así un hecho irrefutable, bien por la naturaleza o por las fuerzas vi-tales coordinadas o no, pero siempre ordenadas y en la «superior unidad del vivir»¹⁸⁹. De esa forma, dicha «acción providencial» representa algo vinculado al destino, pero no atribuible a la casualidad. Jamás desespera convencido de que el hombre puede ser hermano de todo ser vivo en unidad con la naturaleza, y es ahí donde, para dicho objetivo, la vivencia con el zorro ha motivado en Blas Infante —«por lo menos»— un resultado de mayor bondad, sugiriendo, quizás, hasta «de mayor inteligencia». Decidir amar y hacer de esa emoción el sentido central de la existencia representa un indicador de inteligencia reveladora. Mundo afectivo y cognitivo se movilizarían, siendo su consecuencia necesariamente un avance en el desarrollo personal, precisa el texto. ¿Por qué, nos preguntamos nosotros, puede existir alguien que no lo entienda así? ¿Qué causas nos lo impide? Ahí radica la dimensión social del intimismo infantiano, dado que el progreso interno en hombres y mujeres repercute en las sinergias comunitarias.

Queda claro, pues, que el «grácil animal» ha provocado una profunda transformación en quien redacta. Sea por la causa y origen que fuere, ya nada es igual. Lo cuestionable es si el efecto es siempre el mismo —«finalista», se anota—, pero lo cierto es que a través de la experiencia, la naturaleza ha logrado «si no un ob-jetivo», sin duda un resultado¹⁹⁰. En definitiva, la experimentación y la plenitud vivencial elevan la capacidad sensitiva respecto a lo que nos rodea, hasta el punto

189 Página del manuscrito: 22.

190 Página del manuscrito: 22.

de provocar una afectividad, tal y como sucede en el ejemplo, estimulando la inteligencia dado que el conocimiento reclama y se alimenta a través de dicha virtud¹⁹¹. La casualidad, incluso, parece apuntar una causalidad capaz de provocar relaciones *objetales* sobre su persona, diríamos en términos psicológicos, en el sentido de que concurre en todo momento una introspección emocional. Una invitación al autoconocimiento socrático. Vivir es amar y amar es un ejercicio práctico: la actitud crucial que da sentido a la vida. El amor moviliza y tonifica a la persona expandiendo su dimensión comunitaria: bondad social y sentido de pertenencia con la universalidad.

De cualquier modo, la afectividad de Infante no descansa al resituar sus emociones con respecto a su apreciación hacia el zorro, suponiéndole feliz en su «selva», resolviendo los problemas propios de su existir. En otros momentos, temiendo que le sucediese algo una vez repudia la «libertad silvestre» ante el contacto con individuos no sensibles dado que «lo matarían entonces». La demanda de amor «humano» por parte del animal sería entonces respondida a golpes o disparos. La conciencia, en este supuesto, le facilita posicionarse en el lugar del otro y adivinar posibles escenarios. Y será esta preocupación la que empuja a «familiares» y «amigos» del animal a adelantarse a los hechos, tratándolo como uno más de la familia. Los temores le invitan algunas tardes a visitar el lugar donde realizó la suelta. Es significativo que entre el grupo humano más cercano y afectivo se integre al zorro. Señal que indica hasta qué punto fue exitosa y completa su integración en el ámbito doméstico. Es más, con prudente tacto se preguntará sobre su posible paradero, nombrándole ahora «como mixto lobo» con objeto de evitar la «odiosidad aldeana y pastoril» a la que nos referiremos¹⁹². Solo una muchacha, como amiga «preferida» del animal, parecería haber visto una «liebre grande y rojiza» huyendo de sus amigos. Hecho que consuela a Infante hasta el punto de calificar como de «segura» esa libertad conquistada. Sin embargo, siente la necesidad de confirmarla. Es entonces cuando aparece lo que se denominará en el cuento como «la figura del esquema mágico»¹⁹³. ¿Cómo entender dicho concepto?

191 Infante despeja en otra de sus obras su significado, vinculándolo a la libertad y el progreso: «El conocimiento de nuestra propia libertad es gradualmente adquirido. Todavía es muy imperfecto. Mejor dicho, nuestra libertad es muy imperfecta, porque su antecedente es el conocimiento. Ignoramos la trascendencia de muchas causas, cuya apreciación, el Progreso, hace cada día más posible aumentando la esfera de la Libertad (...) El conocimiento engendra amor y libertad, y el libre amor sustituye al instinto. La Lucha no es ya por la vida sino por su perfección, para la cual se vive. Resultado, el Ser más perfecto, hijo de la Libertad» (B. Infante, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucur, 1976, p. 42, notas 1 y 2).

192 Página del manuscrito: 23.

193 Página del manuscrito: 24.

El párrafo donde el cuento cita esas dos palabras por vez primera parece quedar inconcluso en su redacción. Continuará con el pórtico de una nueva fecha y eso parece indicar otra escena diferente dentro del relato. Aluden los renglones a que tanto el escritor como la propia «realidad» fraguan una figura por la que se confirma la creencia de una libertad ya segura. Podríamos pensar que se trata de una intuición de Infante que resultará confirmada por la materialidad en páginas posteriores. Así, alimentación, refugio, saciar la sed, huir de los hombres como instinto de la supervivencia... aparecen, entre otras cuestiones, descritas en las siguientes páginas. La alusión al esquema mágico parecería pues aludir a la certera coincidencia entre las propias experiencias del zorro una vez en libertad y los anhelos, pensamientos o aprendizajes que el narrador desea, siente o espera. Asunto que supera lo meramente instintivo. Representa pautas de comportamiento y experimentación que implican la readaptación de percepciones y conductas. Apunta ser una escala de comportamiento adaptativo donde se integran nuevas experiencias como lecciones de vida. No obstante, como veremos en las páginas finales del relato, esta lógica nunca será exitosa en la medida que no resulta serlo necesariamente ni culmina de la misma forma.

En la sucesión de escenas descritas llama la atención las nueve ocasiones en las que se alude al concepto «esquema». Una de ellas como título de epígrafe. Se trata de una noción pitagórica también utilizada en la masonería, entendida como la percepción de que el todo es un conjunto ordenado mediante normas que evitan el capricho del «Creador». Lejos del determinismo protestante, católico o islámico, sugiere a la libertad con la que se manifiesta la omnipresente energía del universo ante la realidad que la moldea a modo de fragua. Contando siempre con la voluntad y conciencia del protagonista, se considera imprevisible en la medida que con la armonía universal se defiende el libre albedrío frente a una providencia determinista entendida como tiranía de Dios. Concepto monoteísta no pocas veces utilizado por el catolicismo, pero que no interpretamos en esta ocasión como tal. Si todo lo que sucede proviene del creador, si todo ayuda a la «auto creación» y, por tanto, dicha providencia es así «tiranía», la oposición a ella podría ser considerada como pecado¹⁹⁴. Ante ese determinismo fatalista donde todo lo que ocurre es voluntad de Dios, la apuesta por el libre albedrío genera una vieja incógnita teológica referida a por qué ese creador es capaz de vislumbrar hechos de dimensión negativa. Pero sigamos con el cuento sin necesidad de adelantar las cuartillas que vendrán.

El regreso a la naturaleza del animal es sinónimo de recuperación de «*vidas*» anteriores encerradas en almas de sus antepasados. Es el contacto con la ancestral memoria colectiva de su especie. Una regresión hacia las inclinaciones más instintivas. Es decir, la historia, la experiencia y la vivencia de los antepasados se concentran ahora en él, conformando su naturaleza más primitiva. Aunque Dimas fuese «desnaturalizado» al ser apartado de su hábitat familiar y no desarrollarse en el mismo, ahora, de manera instintiva, parece saber desenvolverse. Las almas de sus antepasados moran en él, por tanto. Los seres vivos somos frutos de una experiencia acumulada y de un devenir histórico que nos determinan. Nuestra acción u omisión condicionan el transcurso de dicha evolución.



■ *Lo importante no es mantenerse vivo, sino mantenerse humano.*
—George Orwell, 1984

Las prudentes reticencias iniciales, fruto de la toma de contacto con la naturaleza, invitan al zorro a la quietud junto a quien le ha tutelado hasta ese momento y al que se nombra como «animal vertical» o «individuo animal»: siendo tirano y providencia a la vez, dirá. Ahora el concepto *providencia* aparece escrito unas veces con mayúsculas y otras no. Con ello, si referimos el uso de letras capitales en Infante, sabemos que las palabras y conceptos en pluma del notario adquieren de esta forma una particular dimensión alejada de interpretaciones convencionales. En todo el texto la grafía de dicha palabra no guarda uniformidad alguna en la forma señalada, a expensas de las diferentes fechas donde el autor retoma el cuento, aun siempre con un significado muy determinado. Precisado esto, su definición desborda la tradicional exégesis propia del catolicismo como destino fijado por Dios para referirse a otro juicio más elevado. Nos introduce en el escenario masónico, considerándolo no tanto una posibilidad anticipada para alcanzar una meta o para que transcurra una acción, como un recurso facilitador donde los seres se desarrollan y subsisten asimilando al ritmo de la experiencia como una hoja de ruta donde corresponde al sujeto decidir sobre lo aprendido. Se trata de un concepto por el que todo ocurre porque hay una causa que lo genera, y para transitar dicha existencia hemos nacido. Vivir es elegir y ejercer la capacidad de resiliencia sobre lo que nos rodea. No se trata tanto de una disposición pasiva y previa tendente hacia un escenario espiritual como una herramienta para alcanzar una existencia gozosa y plena. Una cualidad que une al universo, al Dios de todos los dioses con los hombres y que, en este caso, Infante lo ejemplariza hacia toda la naturaleza sensitiva animal. A todos los seres de la que resulta inherente. Ser receptor de dicha providencia no implica una práctica confe-

sional; más bien, una apertura personal y además social de consciencia suficiente como para ser percibida y aprovechada¹⁹⁵.

En ningún caso se trata de una casualidad o suerte por arbitraria o eventual. Como venimos subrayando, implica una actitud consciente y movilizadora. Debe existir una predisposición o, al menos, experimentar vivencias que movilicen los resortes de la arquitectura interior. Un concepto lindante al panteísmo por cuanto identifica a Dios con aquellas leyes que rigen la creación, el cosmos y la naturaleza. Superando simples interpretaciones protectoras y tutelares de la unidad que, en el caso analizado, implementan las circunstancias a través del aprendizaje del relato evolutivo. Una constatación, por otra parte, de cómo se manifiesta el principio creador/director del universo. Es desde esta percepción sobre la que Infante fundamenta el carácter social de su doctrina. Forjada por la sensibilidad de sus vivencias de infancia y mocedad, como periodos evolutivos que más trascienden en los individuos. El andalucista es consciente de que junto al devenir de estas fases, fluye un empuje que es liberación personal además de social, como movimiento. Lo cual explica y justifica además, el hecho de que para posicionarse ante instancias más evolutivas de la arquitectura personal es necesario solventar las necesidades primarias y, entre ellas, la dimensión educativa y cultural. Surge así la necesidad de un instrumento político que, no siendo necesariamente una organización política al uso ni meramente electoral, abogue por equilibrar esas diferencias sociales, económicas y culturales que condicionan posibilidades de crecimiento de los sujetos, en este caso, los andaluces y las andaluzas.

Pero retomando nuestro relato, por todo lo señalado se explica que Infante realice una alusión al animal humano como «razón del mundo (...) auto creador de sí por la creación del mundo»¹⁹⁶. Ser al que todos los seres creados le deben benevolencia. «Próvidos» les llama. De ahí que cuando encajan o se paralizan, se conviertan en «tiranía» toda vez que obliga a movilizarse a quien no lo desea y, en buena parte de los casos, no lo hacen. Concepto este opuesto al de una providencia benéfica donde sugiere dinámica y progreso. No es casual por tanto que, en el pasaje de la suelta del zorro, inicialmente este se ampare entre las piernas de su mentor ante un escenario hostil al que no está habituado. Antes brotan los impulsos de «seres anteriores» que habitan en el animal de forma dormida y que ahora, como se indica, se enfrentan a un proceso de resurrección provocando

195 Mientras que el comunismo de los valores políticos es interpretado en Blas Infante bajo una dimensión prioritariamente de justicia económica, el «comunismo de valores sociales» como «problema de reforma espiritual», lo concibe como una combinación entre máxima consciencia y efusión. Es decir, intensidad y conocimiento reflexivo ante las cosas. Una y otra dimensión, para reconocerse, percibir y relacionarse con el mundo que nos rodea (B. Infante, *La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 164).

196 Página del manuscrito: 25.

lo que se nombra como «confusión interior»¹⁹⁷. Resuelto este desconcierto inicial, múltiples requerimientos simultáneos estimularán la adaptación del zorro a su «nuevo» mundo. Solo entonces, se precisa, llegará un silencio evocador de caricias y besos a modo de recuerdo. Tras un desconcierto interior, aparente e iniciático, de él, surge el goce. El futuro es atreverse. Sin ese coraje no existe progreso interior y, por tanto, colectivo.

A partir del instante de la suelta y de las reflexiones que provoca, el texto se torna menos introspectivo para transformarse en lo que podríamos considerar un imaginario sobre lo que siente y reflexiona el animal una vez reingresa en la naturaleza. Con seguridad, estamos ante los instantes más hermosos literariamente hablando: son los párrafos de mayor belleza. Un nuevo esquema «mágico» que Infante redacta —según consta en el apunte— en el otoño de 1927 (octubre), y que nos ofrece lleno de expresivos matices plásticos: olores, voces, colores, sonidos, crepúsculos, amaneceres... unas páginas llenas de sensualidad donde se alcanzan los renglones de mayor estética narrativa. Aspecto en el que coincidimos con Enrique Iniesta, como hemos citado; las caricias, recuerdos, juegos, miedos, besos... configuran las escenas a través de las cuales Dimas solventa sus necesidades básicas, sintetizadas a través de frases finales que se acompañan del concepto *esquema mágico*: sed, refugio, alimentos, supervivencia como temor a los humanos, y su propia reproducción. Es en esas páginas donde el medio natural brota en su plenitud y, con ella, entran en escena los animales que son junto al zorro protagonistas para su experimentación y reencuentro con su naturaleza más ancestral: saltamontes, cucarachas, conejo, tejón, grillos, zorro salvaje, perros, cerdos, gallinas, gatos, mulos y hasta un burro cojo... formarán parte de esa arca de Noé imaginaria que representan seres —inferiores, iguales o superiores— por los que transita su readaptación una vez alcanza madurez para su suelta. A ellos se suma la presencia de una hembra de su propia especie y, con ella, el despertar de su instinto reproductivo.¹⁹⁸

197 Página del manuscrito: 27.

198 Ya advertiría Infante de su particular sentido de la evolución: «los seres engrandecidos por razón de aquel conocimiento, ya no se precia la Religión del Temor. Ellos, por consciente (sic) de amor, se conducen y crean. Se conocen a sí mismo, como alientos soberanos de la vida universal; como la resultante libre, por ser perfecta, del proceso desarrollado por la lucha depuradora, y no ignoran la dignidad y la responsabilidad de su rango director, como representantes de la Vida, en sus puestos avanzados. Por esto, como así mismos (sic), la aman, sintiendo su hermandad con los seres de su especie, con los seres y las fuerzas de su mundo, y con todos los seres, y todas las fuerzas y todos los mundos; y, por esto, como por sí mismos, ofrendan sus amores en el ara de la Vida Universal, subyugando, para cumplir su destino, por la Virtud de su consciente esfuerzo, las fuerzas ciegas (externas o internas, *instintos*), que arrastran, tras lucha gigante, encadenadas al carro espléndido de los triunfos gloriosos». Sin embargo, precisa: «aunque sólo una ínfima minoría de entre los hombres conoce la razón de mi libertad y la de su destino creador, hablo de la especie, en general, para no distinguir distintos matices o grados de hombre, y porque indudablemente, es un progreso de la especie el alcanzado por esos sus representantes» (subrayados nuestros, cursivas en el texto original) (B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucar, 1976, p. 43 y nota 3).

En estos momentos, las experiencias con los animales configuran el eje central del relato, a modo de diferentes escenarios, donde se sitúan episodios descriptivos del inédito proceso de integración y, con él, en el drama humano: desde jugar con un «inferior» saltamontes, pasando por el instinto de comprender que lo que se mueve también puede comerse (a diferencia de la quietud del alimento doméstico), hasta la sensibilidad de unos mulos que, en su camino, hacen todo lo posible para no dañar al protagonista del cuento. El conjunto de prácticas con las que se topa el zorro le procuran enseñanzas pasando a convertirse en «el centro del mundo», dado que todo lo «inferior en fuerza» constituye un elemento «de su propio vivir». No obstante, se precisa su distancia con respecto a las personas a través de diferentes cualidades: «Aun no era hombre para ordenar (...) mediante la imaginación y su inteligencia creadora»¹⁹⁹. Vivencias que se han ido integrando y convirtiendo a Dimas «bebiendo en la Estructura (sic) de la realidad»²⁰⁰. Sin embargo, no por ello dejará de añorar a sus amigos humanos. Lejos de ellos le invade el hambre y la sed. A partir de esas experimentaciones brotan el anhelo de los humanos y sus caricias, y con esto le invade una triste añoranza que le empuja a soñar entre espejismos de «objetos sabrosos y recipientes rebosantes de leche y agua»²⁰¹. Hasta el punto de no querer «nada con el mismo, sino con los dioses», identificando el anhelo con un amor para el que no se perciben diferencias entre el «yo y tú»²⁰².

Cabe señalar también que el relato se acompaña, en general, pero particularmente en estas páginas, de alusiones a la luna y la noche invocadas en sus diferentes representaciones como evocación poética lorquiana²⁰³. A su vez, la luna como metáfora de la luz y la verdad que en la noche invita e indica el camino. Un tránsito no exento de pesar y cierta angustia metafísica, hasta que el conocimiento de sí mismo ayuda a encontrar la paz. Una paz entre seres vivos como base desde la que rechazar todo tipo de violencia.

El cuento avanza ofreciendo coherencia a través de los diferentes episodios existenciales por los que transita el zorro. Un universo, al que según se cita se le denomina

199 Páginas del manuscrito: 38 y 39.

200 Página del manuscrito: 61.

201 Página del manuscrito: 68.

202 Página del manuscrito: 71.

203 Se cita ocho veces el concepto luna/lunaria y veintidós veces se invoca a la noche. En especial, la noche blanca como eufemismo de la luna llena. Es más, todo lo más interesante del texto parecería pasar de noche, aunque no hay que dejar atrás la discreción que la misma representa para el animal. De hecho, Egea apunta que son propias del lirismo de la época, aireado desde la obra de Lorca (A. Egea Fernández-Montesinos, «Don Dimas, historia de zorros y de hombres...», *op. cit.*, p. 321).

regular, aprisionante, de orden infinito de Dios... utilizando el símil de un mundo cuadrado que no llega nunca a ser percibido por «oídos esclavos» y «ojos miopes», toda vez que su encierro «cautivo» hace a los sentidos incapaces de percibir «los concierto de los ritmos lejanos»²⁰⁴. No se trata de una destreza innata; más bien, una actitud de atención y escucha al descubrimiento interior como invitación socrática a conocerse, tal y como reza el texto, despejan las tinieblas de la humanidad por las luces de la razón. Incluso no escapa al lector alguna invocación a la idea de alienación propia de la doctrina marxista. En algunos casos, alcanzando la despersonalización tal grado de sumisión/confusión que hasta permitiría entender la propia dicha oscuridad como un goce. El cuento apunta y cuestiona aquellos individuos ciegos, miopes o sordos a la hora de percibir cambios y conflictos que nos sitúan ante la tesitura de crecer. Son sujetos que cierran los ojos al hecho de autopercebimos como seres necesitados desde nuestro nacimiento, tanto del otro como de la naturaleza. El humanismo infantiano prevalece así más allá de lo andaluz, aun siendo su principal componente legitimador, como causa primera para los que Infante denomina «soldados de la vida».

Aquella simetría de las cosas, hasta de las más distantes, es sustituida por estrechos espacios, donde, como metáfora de limitadas capacidades —los esclavos, cautivos y miopes citados—, no llegan a darse cuenta de la música y el ritmo callado del universo. Refiere el cuento, pues, una plenitud vivencial para apreciar el todo como fuente de partida y llegada, evocando un sentido cíclico a toda existencia. La sugerente crítica social comentada supera las interpretaciones sobre la alienación marxistas o, en su caso, las referidas a la hegemonía *gramsciana*, para abogar por una reconstrucción de las relaciones entre la totalidad de los seres vivos más allá de la puntual proyección económica o sociológica que sugieren algunas ideologías. Es más, la izquierda tradicional parece ofrecer solo respuestas externas al ser humano, siendo estas quienes lo construyen y dignifican. Se trataría ahora de un fenómeno transversal cuya consciencia representa todo un valor revolucionario a partir del individuo. Es el poder de sentir y aceptar dicha necesidad de perfeccionamiento como manifestación también de una inteligencia emocional. Bajo esta lógica, los procesos de cambio sociales comienzan por la peculiaridad del sujeto, siendo el individuo el actor primigenio de todo cambio. Dicho de otra forma, nada se transforma si no cambia la persona, y solo desde la transformación de la conciencia personal es posible el avance social. Frente a este imaginario que Infante dibuja como cuadrangular, opone otro esférico al que califica de amplitudes infinitas dentro de un calculado juego de nociones geométricas. Y por qué no decirlo también: una sugerente referencia al eterno retorno de Nietzsche, donde encaja el sujeto dentro de su papel para con la sociedad y la unidad de todo lo vivo —

204 Página del manuscrito: 52.

circular ahora— y, por tanto, sin ángulos ni acotado. Capaz de envolverlo todo frente al cuadrado como algo limitado e individual. Al fin y al cabo, el círculo puede concebirse como un cuadrado que gira, siendo infinitamente reproducido.

Esta singular versión infantiana del concepto clásico de alienación pone su énfasis personalista no en el trabajador, sino en el ser de la persona y, aunque no estamos ante un texto que cuestiona explícitamente la sociedad capitalista, es cierto que podemos encontrarnos ante un proceso crítico y superador de la misma. Más allá de clases sociales, Infante apunta a un método personal capaz de amparar la existencia y, en definitiva, el devenir comunitario a través de una historia construida al paso de años y generaciones. Para Infante, en su pensamiento holístico, el ser humano es su religión sin necesidad de dogmas, reconociéndolo además como motor de la historia, y su método, la utopía. Se cita así la caza de zorros como situación producto de una estructura deliberadamente impuesta en base a «tradiciones» y recompensas conductistas, que lastran a las masas en conducta primaria, pasional y guiada por empujes irracionales. De este modo, la alternativa es el resultado de una profunda evolución espiritual dentro de una ética humanista donde el individuo se redescubre en una nueva posición ante la naturaleza, ante sí mismo y ante los demás. Entendiendo a los demás, eso sí, bajo una visión integral con respecto a todo ser vivo. Sin duda, un mensaje propio de un ecólogo en un escenario de incapacidad para saber cuáles son las gramáticas sobre las que descansa el goce del ser.



■ *No es posible despertar a la conciencia sin dolor. La gente es capaz de hacer cualquier cosa, por absurda que parezca, para evitar enfrentarse a su propia alma. Nadie se ilumina fantaseando figuras de luz, sino haciendo consciente su oscuridad.*

—Carl Jung

Entre esas vivencias donde el zorro disfruta en libertad, es cuando el texto expresa que lo realiza con la dignidad de un «rey desterrado»²⁰⁵. Es decir, abandonado a su suerte pero no indiferente ante ella: superadora de una cotidianeidad anterior. Aquella donde la vida es moldeada por «libres fuerzas inteligentes», donde personas y geometrías fuesen menores con respecto a una armonía lejana y completa cuyos resultados se traducen en una «ordenada disposición (...) de infinitas particularidades». Donde

205 Podría adivinarse un sugerente deseo en el texto para con el entonces rey Alfonso XIII y que, finalmente, la historia se encarga de consumir con la segunda experiencia republicana.

innumerables conjuntos, siempre armónicos, se manifiestan mediante el libre azar y a través de expresiones inconexas. Aparentemente opuestas o contradictorias, pero todas necesarias²⁰⁶. Y anota sus ejemplos cercanos al taoísmo —yin y yan—, utilizados como expresión de una dualidad rectora de todo el universo: amor y odio, rugidos y cantos, luces y tinieblas, serenidad y cataclismos...²⁰⁷.

Siempre resulta arriesgado atribuir un sentimiento humano a un animal. Máxime si lo contextualizamos en el marco de un insensible escenario social descrito como despiadado, brutal y ausente de toda lógica, como descubrirá el lector. No obstante, la identificación entre echar de menos el zorro e igualarlo al amor resulta coherente con toda la cosmología que venimos exponiendo. Nos situamos, pues, ante un nuevo apunte donde se atribuye de nuevo al animal características humanas. Es más, por ciertas capacidades la persona es animal y este se hace, en alguna medida, humano. Sin embargo, más allá de una simple proyección literaria de la psicología se describe, sin desprecio alguno, una secuencia que defiende la capacidad sensitiva en los animales. En este caso, lejos de dibujarse un relato anómalo y singular, se reproduce una escena donde, además de sentimiento, el animal tiene conciencia de sí, de su entorno y de sus «iguales». En definitiva, los humanos, aun siendo animales, no somos los únicos con capacidad cognitiva, sintiente o emotiva, en tanto que existen diferentes tipos de procesos mentales según viene demostrando la ciencia. En ningún caso atribuibles en exclusividad a las facultades humanas.

Pese a la añoranza que le ocasiona dicha «nostalgia de los amantes», solo el saciar la voz del hambre rompe su melancolía. La ausencia le hace sufrir, pero le moviliza a su vez. Ante la necesidad de amar, superar las necesidades básicas para la existencia y desear solventarlas, provoca la aparición de nuevas emociones. La soledad siempre hace sufrir si no es voluntariamente aceptada. Somos gregarios por naturaleza. Se convertirá así la existencia en una «esencia agobiada, oprimida por gravitación»²⁰⁸. Es decir, sin que los pies toquen la tierra, entendido esto como eufemismo de estar comprometido con la realidad plena. Situación que le envuelve, dirá la narración, en una tristeza cada vez más melancólica. Toda una reflexión sobre la soledad y la incompreensión por la que atraviesa el propio Infante al frente de su movimiento, así como la indolencia que padece, si no todo, una buena parte del pueblo andaluz. No como conjunto social, los andaluces y las andaluzas, como individuos en gran parte sometidos a necesidades primarias, conductas y percepciones tradicionales y repetitivas ausentes de crítica.

206 Página del manuscrito: 52.

207 Y dirá: «A través de los cataclismos, la vida triunfa por el renacimiento (...) triunfa de la tiranía por la libertad, de los egoísmos por el amor» (B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucur, 1976, p. 46).

208 Página del manuscrito: 67.

Justo es entonces cuando aparece su igual, señala el manuscrito. Un zorro salvaje que alcanza a provocar tanto desconcierto como desconfianza, situación traducida en triste huida del que llama su «hermano». Rechazo a un igual basado en experiencias previas y al hecho de situarse ahora, nuestro protagonista, en un plano superior a partir del cual, se comenta, brota una «agria» indiferencia. Realidad desde la que constata que «el zorrillo no quería nada con el mismo, sino con los dioses»²⁰⁹. Describiéndose ahora los pensamientos del animal, se le dota otra vez de emociones humanas para renegar de sus iguales, instalados en una posición donde ahora lo son además aquellos humanos que le tratan con amor. Son sus dioses. Situando el cariño por encima de su propia especie, como ejemplo e invitación al lector hacia esa poliadoración que cita hacia todo lo creado. Solo así brotan sentimientos de alegría como carácter a modo de «corrientes del amor», desde donde se anhela el «fortalecimiento» que implica sentirse amado²¹⁰. Para Infante, el amor es el fundamento de su concepción de la vida, y su doctrina, una herramienta para generalizarlo.

El lugar donde fue soltado rememora una emoción que no puede llegar a ser compartida por quien «no estaba en aquel mundo ni en su propia forma»²¹¹. Solo las vivencias individuales son aprendizajes explícitos que aportan posos emocionales dejando rastros. Los otros son parte de su familia, no sus semejantes por el simple hecho de pertenecer a la misma especie. Sus iguales, se dirá, aquellos animales bípedos a los que es capaz de oler sus huellas, dado que habían estado por aquel mismo paraje buscándolo con idéntico anhelo. Nuevamente Infante, respetando el significado de la igualdad, evita diferenciar entre animal y mundo humano cuando ambos habían experimentado una exitosa correspondencia generalizada. Eso explica que los recelos provengan en esa escena por parte de su misma especie mamífera, carnívora y «salvaje»: sin domesticar, como Dimas. No tanto desde humanos, como comentaremos más adelante, algunos valiéndose de bárbaros comportamientos violentos.

Si nos referimos al concepto igualdad, convendría hacer un alto en nuestro relato para concretar qué entiende el ideólogo sobre dicha cuestión según su propia pluma. Se trataría de la facultad idéntica que todos los seres humanos poseen para utilizar «aquellas condiciones elementales objetivas o de Naturaleza (sic) exterior, necesarias para que cada uno de ellos pueda manifestar o explayar el poder creador de sus desiguales (sic) capacidades o condiciones subjetivas». Por tanto, no debe confundirse con la normalización de una homogeneidad colectiva, ya que deja margen a

209 Página del manuscrito: 71.

210 Página del manuscrito: 72.

211 Página del manuscrito: 71.

las aptitudes propias y al empeño individual. Igualmente, su concepto de libertad, ampliamente invocado en la obra, sugiere aquella capacidad para «enriquecer el ser o superarlo (...) para encarnar en hechos esa riqueza o superación». No obstante, su idea de fraternidad, superando el lema y la tríada clásica de la Revolución francesa, se explicita bajo la idea de «paz y solidaridad activas o creadoras (...) ordenadas al enriquecimiento del yo (sic)»²¹².

Como bien se ha expresado, para Infante, igualdad y libertad son dos conceptos interrelacionados: uno es imposible sin el otro. Concibe la igualdad «como la capacidad y el derecho de todas y cada una de las personas para acceder a los satisfactores o medios para satisfacer todas sus necesidades materiales y espirituales para desarrollar plena e íntegramente sus potencialidades». De igual modo, para materializar esta facultad, el andalucista entiende la libertad «como la capacidad o facultad de llevar a la práctica, de hacer efectiva en hechos y actos esa igualdad para el perfeccionamiento, superación de nosotros mismos desarrollando al máximo todas nuestras desiguales capacidades para darnos a la comunidad»²¹³.

La humanidad, en este caso, es una prolongación de la fraternidad activa con la que se definen como hermanos determinadas personas, aspecto que también acogen algunas doctrinas y creencias. Se defiende así en el cuento que los seres humanos deben tratarse como hermanos, toda vez que la humanidad es objeto y fin en la espiritualidad del ideólogo. Una amplia familia de adopción traducida en un compromiso existencial a través de una fraternidad que posibilitan dos palabras polisémicas: libertad e igualdad. La libertad, pues, como equivalente y condición del humanismo; como patrón de conducta y fin utópico en el hombre, la mujer y el mundo. Es decir: racionalidad como sinónimo de libertad íntimamente asociada a la percepción de valores a los que se une dicho concepto. Libertad moral como autonomía de valores del yo, así como libertad natural como concepto inherente a todo individuo como sujeto irrepetible y único. Ser humanamente emancipado es ser libre para con los demás, como responsabilidad exenta de egoísmo, negatividad o demagogia.

212 Para Infante, hay tres claves para distinguir la cualidad del bien que son las del lema *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. La fraternidad se entiende como una modalidad de amor; la libertad es el respeto al ego como fuente o valor originario, y la igualdad es la admisión del tú, de cualquier otro, como un nuevo yo (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 47-49).

213 Así lo recogen David Juliá Díaz y Miguel Cano Cruz en su introducción a la obra de Infante *La dictadura pedagógica. Estado actual del alma de la Sociedad comunista. Algunas sugerencias sobre el carácter, composición y actuación del Poder que venga a regir su proceso creador*, Granada, Hojas Monfies, 2021, p. 34.

Como comentamos, ante la atribución de emociones humanas sobre el zorro como es el ejemplo de la alegría; en sentido contrario, la obra es pródiga en descripciones cuando alude al conjunto de casas que el zorro encuentra buscando a sus «amores perdidos». La escena retratada al lector es densa en calificativos para dibujar una imagen en absoluto idealizada. Es allí donde el urbanismo y las viviendas precarias —según los párrafos— parecen empujar hacia una psicología primaria y una economía de supervivencia en quienes allí habitan. Son muertos vivientes, reza la narración, presos indolentes de su mera subsistencia en la que predominan los instintos primarios —«bestiales»— como Infante los denomina reiteradamente en sus libros editados y escritos inéditos²¹⁴. Más bien es un avance al sinsentido brutal detallado páginas adelante y que, por ahora, introduce el trance que llegará. La rutina del tedio se nombra como «inspección de esqueletos»²¹⁵. La más básica estructura para sostenerse en pie. Una cruda realidad opuesta al mundo utópico que busca el animal protagonista.

Podrá parecernos teatral la descripción realizada de los sectores más populares, pero venimos defendiendo que las posiciones andalucistas, y, especialmente, las infantianas, se caracterizan por su compromiso con el pueblo andaluz, rechazando cualquier aceptación de su indolencia. Es la piedad creativa que cita el notario en su *Dictadura Pedagógica*²¹⁶. Vamos a explicar la cuestión. Su apuesta por los más necesitados, ya sean sujetos individuales o colectivos, no significa ni hace brotar un sentimiento de compasión empática hacia el sufrimiento, entendido este como una escueta y sumisa aceptación. Cuando creemos que existe una razón legítima para el sufrir, nos apartamos totalmente de la realidad. En la medida en que ninguna actitud se justifica, y pese a comprender estructuralmente el porqué de la situación en determinados ámbitos,

214 Se trata de lo que denomina «instintos puramente individuales», concebidos como dinamismo de exclusión y, en modo alguno, «de solidaridad y de un mayor perfeccionamiento de la sociedad humana». La lucha social, pues, es «antihumana», y con ella procede «enjaular a la bestia» que lo profana todo. Es en este panorama donde deben defender la «Vida» (sic), «hombres conscientes de su humanidad, conscientes de su propia vida y de las finalidades creadoras». Organizados donde el «esfuerzo creador fuera santificado y el privilegio abolido; aquellos derivados del concepto de Sociedad (sic) tal como la naturaleza nos lo ofrece, y los cuales vinieran a marcar, traduciéndolos de la Naturaleza, la orientación de la humanidad hacia su fin [superior] y de los métodos sociales para conseguirlo», cfr. B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 20-23.

215 Página del manuscrito: 75.

216 Entendida como «entregar la vida que en ellos alienta en manos de nuestra única enemiga la muerte; es obedecer los decretos de las fuerzas ciegas indomadas del Universo (sic): Y para someterlas al yugo de armonía, existe la vida consciente, siendo cumplir esta ley la misión vital (...) Piedad: Mucha Piedad (sic): Piedad (sic) luchadora; brava; rebelde, contra lo indomado a la consciencia del amor representa, que es lo que nombran Muerte (sic)». Es decir, un fallecimiento en vida resulta la falta de reconocimiento de sí mismo y del entorno, máxime si no es sometido a ningún juicio moral para discernir entre bueno y malo; cfr. B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 245 y 246.

algunos ejemplos del retrato plasmado pudieran parecer crueles y despiadados al profundizar, además, en una descripción psicológica y hábitos más allá de la pobreza con la que se convive²¹⁷.

Tras la intensa estampa descriptiva, se justifica con explicaciones la narrativa centrándose en la conducta de quienes allí habitan. Nos llama la atención los párrafos sobre sus limitaciones materiales, además de cognitivas y emocionales. Los refiere con una calificación que resume en un solo vocablo: «neolítico». Y acierta bien por cuanto la explicación posterior que ofrece. Un conjunto humano ocupado en solventar sus necesidades más primarias. Primordialmente, las de raíz fisiológica. La estampa no puede ser más cruel, si se quiere llamar así, dirigiéndose a los pueblos «neolíticos de España»: unión de hombres, mulos y cerdos; cada casa, una cueva de odio contra el vecino. Individualismo y envidia transversal careciendo de la más mínima capacidad de empatía y solidaridad. Inmersos en tanto odio como individuos y tantas venganzas reprimidas como sujetos llenos de resentimiento. Es allí donde el crimen surge «alguna que otra vez», dirá el texto. Páramos y desiertos rodeados de tierra yerma en la que hasta el propio Dios rehúsa habitar. Por ello concluye que la existencia en ese contexto es «subterránea y asfixiante». Imposible que fuese de otro modo dado que el ambiente determina, allí donde la supervivencia es padecer como bestias: «están malditos de Dios», se nombra²¹⁸. En efecto, hay lugares donde el humano no debería habitar, donde la naturaleza y la miseria parecen inducir el comportamiento humano y las trayectorias de vida. Más allá de lo meramente físico, las precarias condiciones de vida y de extrema pobreza social y material, las vincula Infante con la presencia de un atraso: tanto cognitivo como espiritual. Un medio tan hostil a la existencia en

217 Valga este ejemplo: «Los que aquí quedan [andaluces que no emigran] arrastran una vida peor que la de las bestias; éstas, por interés del dueño, comen, son resguardadas de la intemperie y atendidas en sus enfermedades; la inmensa mayoría de los andaluces se consumen en la conquista de un mísero jornal que no les basta para sostenerse ni para cubrir sus carnes, y para ganarlo trabajan largas horas, no con la intensidad, eficacia y buena voluntad que lo harían si disfrutasen de alimento suficiente y no estuviesen desmoralizados por el odio que la esclavitud le ha hecho germinar en sus almas; su fin, tras una vida de perros, es pedir limosna, si no han muerto en los campos de batalla defendiendo una nacionalidad de la que solo conocen una justicia que los ajusticia, un agente de contribuciones que los esquilmá y una organización social que los entrega atados de pies y manos al poderoso; bestializados y envilecidos, no se defienden de las vejaciones, no acuden a centros burocráticos, donde saben que no les hacen caso, sino que buscan al mandón, y humildes y suplicantes les cuentan sus cuitas, o semi descubiertos y rascándose la cabeza le imploran un miserable beneficio, o a veces, con la malicia que les ha dado su experiencia y su ignorancia, le mendigan cualquier enormidad», cfr. Juan sin Tierra, «Regionalismo trascendente», *Andalucía*, (11), abril de 1917, p. 8.

218 Página del manuscrito: 76.

plenitud de donde es imposible que broten trascendencia y felicidad²¹⁹. La solidaridad y los deseos de perfección. Una filosofía evolucionista, de solidaridad interpersonal y apoyo mutuo que sustituye en el seno del grupo humano el egoísmo por una actitud cooperativa; superando los valores del individualismo burgués y traduciéndolos en solidaridad como camino auténtico de liberación personal y nacional para Andalucía. Dejando atrás el individualismo de colectivos, regiones y pueblos (incluso de especies), despuntando así fórmulas encaminadas hacia la fraternidad universal.

Esta dinámica para individuos, el andalucista la identifica además con «el ideal de los pueblos». No obstante, aclara Infante, existen aspiraciones que no se pueden denominar ideales humanos, en la medida que son regresivos; su triunfo representa, lejos de una exaltación, una pérdida del rango alcanzado tras el atributo de la solidaridad. Dicho de otra forma, el egoísmo colectivo también se instala en los pueblos como proyección de la naturaleza humana. «Pujilato», lo denomina, aludiendo al ideal de las naciones e individuos.

Desde nuestro punto de vista, esa cosmovisión ética otorga carácter a dicha pauta en sus distintas manifestaciones. Por un lado, busca la trascendencia mediante su singular modo de espiritualidad concebida como bondad en el quehacer cotidiano; por otra, considera que la misma se encarna mediante prácticas cotidianas superando egos. Procurando y reconociendo un sentido elevado a la cotidianidad. Esa superación de intereses es la que provoca en la persona sentirse inconclusa, permaneciendo en constante dinamismo. Dicho así, las personas discurren en el tiempo por sus limitaciones biológicas, pero la bondad de sus actos y hechos de su vida forman parte de una mística que no persigue la evasión del mundo. Al contrario, se presenta como un método, como una herramienta, para ofrecer lo mejor de las personas una vez asumen el amor como herramienta y común presentes en todo credo religioso. Este ideal es el que ha desarrollado la historia por cuanto las obras y acontecimientos más importantes son los que han permitido, «trabajosamente» matiza el notario, los avances de la humanidad. Dicha virtud, sigue diciendo, es la que vislumbra la senda del progreso a través de los siglos²²⁰.

219 Infante ya había relativizado el concepto de felicidad entendida como mera liberación de fuerzas y exigencias del yo; elementos estos, a su vez, de la alegría y felicidad resultantes. Analizando la infelicidad del proletariado, consideraba muy limitada que su «liberación», a la que calificaba como «independencia práctica», fuera posible a causa de los interesados límites que le impiden el acceso a las mejoras sociales. Lo cual no significaba otra cosa que una ausencia de libertad: «El sufrimiento del esclavo se mide por el grado de dignidad que alcanza». Cuestionando, pues, la felicidad como derecho universal, consideraba más necesaria la personal solo posible desde la libertad: mejor el «martirio de la inteligencia que su atrofiamiento en la barbarie». O como también expresa: «vale más sufrir por la perfección adquirida que degenerar». En este sentido, concluye, «sufrir es una dicha» y la esperanza un fundamento «cuando la vida existe», siendo el mal una «creación de la miopía de los hombres» (B. Infante, «La evolución de la dicha», *Bética*, (3), 20 de diciembre de 1913, pp. 6-8).

220 B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucur, 1976, p. 47.

Una supervivencia centrada en las satisfacciones más primarias induce a la manifestación de un lastre que se revela traducido en una existencia egoísta y rencorosa por insolidaria. Tan individual, que llega a ser cruel y empobrecida en todas las dimensiones donde se pueda aplicar dicho concepto. Las necesidades materiales atan y limitan la creatividad en otros órdenes de la vida y la trascendencia para el descubrimiento del mundo interior de cada ser; dan la espalda a nuevas sensibilidades que aumentan el goce de sentirse pleno. No es posible la autoconsciencia y la personalización y, a partir de ahí, cualquier intencionalidad solidaria, gregaria o comunitaria. Un conjunto humano, persuadido por la indolencia, se encontrará siempre incapacitado para apreciar utopías, progresos espirituales, nuevas emociones y placeres. Igualmente, para percibir como necesarios aquellas ideas o actos que hacen posible la evolución individual y comunitaria. Limitada existencia en su podredumbre para la prosperidad moral y educativa, además del socioeconómico y cultural. Es decir, en un sentido amplio, anclada para apreciar dicha necesidad y atada para su búsqueda: incapaz del progreso y de la autoconsciencia para alcanzar ese objetivo, ausente de toda capacidad de utopía²²¹.

Dicho esto, conviene no perder de vista la profundidad motivacional del proyecto político infantiano más allá de derivas electoralistas, paternalistas o «electoreras», tal y como denominaba al hecho de someter todo su empuje doctrinal al sistema representativo: «El avisado regionalismo andaluz se ha percibido de que sin la redención económica del hombre, éste no se convierte en ciudadano y de que es, por tanto, inútil, reconocerle todos los derechos que por naturaleza le corresponden, porque se hallará incapacitado para ejercerlos (...) Consecuentemente el regionalismo andaluz se propone hacer al pueblo ciudadano, redimiéndolo de la dura esclavitud económica»²²². En este sentido, el andalucismo no es un fin en sí mismo, sino una mera herramienta con la que, de alcanzar una trayectoria exitosa, devolver a una colectividad un sentido de clase y pueblo. Un mecanismo para remover las circunstancias que imposibilitan ese crecimiento personal que permite esta concepción de la existencia que desarrollamos. Para eso hay que solventar unos importantes indicadores y lastres de marginación: «No son circunstancias de tiranía político-administrativa las que impiden entre los andaluces la manifestación de esa conciencia [colectiva como pueblo], son las circunstancias económicas-sociales las que producen ese resultado. El pueblo andaluz es un

221 Son numerosas las referencias en la prensa local al mal estado de las viviendas de los isleños. La necesidad de casas para sus trabajadores con unas mínimas condiciones de vida son objeto de permanentes comentarios en el medio local, intercalados con la existencia de accidentes que, en algunos casos, causan desgracias personales a quienes la habitan (*La Higuera*, 1 y 12 de mayo, así como 19 de junio, todos de 1921). No es descartable, pues, que el interior de la vivienda descrita en la narración haya sido contemplado por el propio notario en ocasiones.

222 Juan sin tierra, «El regionalismo en España», *Andalucía*, (9), febrero, 1917, p. 3.

pueblo económicamente esclavo, y las virtudes con el civismo son hijos de la libertad. Si queremos crear un pueblo, lo primero que hay que hacer, lo que preferentemente debe llamar nuestra atención, es redimir económicamente a los andaluces...»²²³.

La «Causa del Espíritu», como el notario la llama, no es sino la razón primera que le empuja contra la injusticia desde el uso de la libertad como sinónimo siempre de compromiso e implicación. Sin avances en ese espíritu aludido es cualquier cambio exterior²²⁴. Ahora bien, como hemos reseñado, alcanzando unas mínimas condiciones de dignidad en la existencia y superando la pobreza en todos los formatos de la misma. Esto explica que la doctrina del nacionalismo andaluz no quede limitada a un marco geográfico determinado, sintiéndose identificada y responsable con otras causas de la humanidad o de otros pueblos. Muy al contrario, se proyecta más allá del hecho intuitivo o sentimental mediante una dimensión solidaria y global que se hace presente en parte de nuestros símbolos, hoy oficiales, con los que se dota dicho movimiento: «Nosotros aspiramos a que nuestro regionalismo respire en una atmósfera de paz y transpire confianza y se desarrolle de un modo armónico. Nuestro lema no es un mote de guerra, sino una empresa de amor: por Andalucía, por España y la Humanidad»²²⁵.

Estos crudos párrafos referidos en la obra sirven de introducción al pasaje, quizás, más ágil del cuento, aunque no por ello menos cruel y carente de una mínima dosis de compasión ante la escena que se describe. Deseando alcanzar cierta complicidad con el lector, no deja de ser un recurso literario para provocar un profundo desagrado. Buscando cierta camaradería cuando se adivina tras la descripción en el relato, dado que ya había sido antes calificado como «implacable odiosidad aldeana y pastoril». Aparece, pues, la secuencia como un contrapunto al tono y la redacción general de la obra. Como justificación de ese pueblo prehistórico que se ha descrito. Es la escena de más continuidad y la que ocupa un espacio central en la obra. Sin duda, el instante donde se alcanzan las más altas cotas de dramatismo.

El desarrollo de los acontecimientos a partir de la entrada del zorro en una vivienda es pródigo en descripciones que trasladan al lector a una situación a veces repleta de referencias nauseabundas, relatadas de una manera dinámica y detallista. No insisti-

223 «Conferencia de Blas Infante sobre el regionalismo andaluz», *Andalucía*, (7), diciembre de 1916, p. 5. Frase ya citada con anterioridad en un texto, la cual pudo servirle de base para su intervención: B. Infante, «El debate regionalista», *Andalucía*, (2), julio, 1916, p. 3.

224 Una aproximación al dicho concepto en M. Moguer Foncubierta, «La *Causa del Espíritu* en Blas Infante», en M. Medina Casado y R. Sanmartín Ledesma, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, Universidad-CEHA, 2011, pp. 271-288.

225 B. Infante, «El debate regionalista», *Andalucía*, (2), julio, 1916, p. 3.

remos, por tanto, en avanzar sus contenidos ahora tanto como en llamar la atención sobre sus extremos más elocuentes. La descripción de la vivienda ofrece una idea muy fundamentada de la pobreza dominante, con la que se justifica la conducta salvaje hacia el animal. Tan tradicional como despiadada e irracional. En contraposición, la sensibilidad mostrada por algunos animales sobre otros.

Acompaña al necesitado decorado la psicología de Dimas. El relato apostará ahora por escudriñar en su pensamiento en un arriesgado juego dialéctico para confrontar otro punto de vista y, desde la oportuna distancia con el guion narrativo, derivar hacia un tono más reflexivo. El zorro, con el recuerdo confundido de anteriores vivencias, sintiéndose «feliz» y confiado entre humanos reacciona inocente y confiado²²⁶. Respuesta que, rápidamente, pasa a convertirse en peligrosa para su propia supervivencia. Es entonces cuando, oculto y seguro, brota la reflexión: son como dioses pero no lo son, son enemigos. Y, de nuevo, aparecerá la síntesis con la que el cuento pausa la escena: «el dolor equivale a distinguir»²²⁷. Un alto en el relato para puntualizar todo un aforismo de vida. Cada diferenciación —consciente y movilizadora— es un parto doloroso, porque descubrir y aceptar implica siempre movilizarse y superar zonas de comodidad mental y emocional. Toda revelación es un empuje hacia la verdad desde un cambio; de tal forma que solo la duda, el «balbuceo» dirá, es el caos. Posicionarse dentro de la rutina y la convencionalidad es una muerte en vida. Una renuncia al camino que lleva al progreso y la verdad, dado que la edad no identifica la calidad de vida, y, en tanto, son solo las personas en su camino interior quienes hacen posible ese sentido sin el cual no existe vivencia alguna. Por ello, sigue reseñando el cuento, todas las palabras se sintetizan en una: descubrir. Darse cuenta. Tomar conciencia para ser conscientes. Es decir, la capacidad o predisposición de todo ser para percibir realidades de una naturaleza envolvente y extraer de ella conclusiones que invitan al desarrollo personal. Por ello, tras ese duelo inicial donde el caos se vislumbra y se organiza, aparece el «amor» como estadio de un orden superior a la propia existencia material y biológica.

Procede recordar que hoy día no existen razones cinegéticas, ecológicas, económicas o agropecuarias que justifiquen ese odio secular hacia los zorros que rezuma el cuento. Más bien muchos despóticos humanos parecen empujarlos al exterminio, empapados de una cultura que legitima el uso de la violencia contra una naturaleza representada por especies muy concretas (serpientes, lobos, cuervos...). Una práctica perversa de soberbia antropocéntrica sobre la que sugiere la narración. Este cuento de Blas Infante es también un canto a la libertad que desvela la involución en la que estamos inmersos. Una deman-

226 Página del manuscrito: 83.

227 Página del manuscrito: 89.

da de humildad a los humanos ante el escenario de la creación. Un espejo donde cuestionar la demonización sobre determinados animales «malditos», a los que cercenamos su libertad de la manera más cruel: matando unas crías para provocar el exterminio de la especie. El protagonista humano del cuento, aparentemente Infante, pretende acelerar un proceso de cambio social simbolizándolo en la modificación de creencias y sentimientos a la hora de observar este ejemplo tan concreto que nos rodea. Es un acto de crítica y complicidad con el presente que, como venimos defendiendo, posee una dimensión política transformadora desde la acción individual al proceso histórico en marcha. Un discurso atado a la realidad, pero siempre vinculado a un ingente grado de utopía.



▣ *Así olvidaron los hombres que todas las deidades residen en el corazón.*
—William Blake

El señalado proceso de descubrimiento implica además un dolor, concepto que adquiere aquí otra dimensión superando la sensación procedente del sistema nervioso. Vivir implica una emoción. Un trance por incomodidad y esfuerzo. Vivir en plenitud, en el sentido más humanista del término, no representa en modo alguno existir sin fatigas. Discernir, dirá el texto, equivale a distinguir²²⁸. Y de esa diferenciación es de donde surge el parto feliz que se alude. Ante la fobia o el ideal de una existencia narcisista e indolora subyugada a los placeres y la comodidad, a través de la propia crisis dubitativa que atraviesa el amo que ha dejado en libertad al animal, nos enfrentamos con el cuento a un examen de conciencia que invita a concentrarnos en lo esencial y a redefinir nuestra escala de valores. Nos permite avanzar en la conciencia personal e impulsar nuestras aptitudes y habilidades, incluso las que creemos no existen. El progreso personal implica no aferrarse a nada, de manera que todo fluya con normalidad armónica y equilibrada. En el relato, el animal, que se ha salvado de una muerte que sí sufre su madre, una vez puesto en libertad vuelve a padecer un calvario semejante que está a punto de costarle la vida. El cuento, por tanto, relativiza la existencia a la vez que sugiere un eterno retorno nietzscheano. Frente a ese paisaje, es la conciencia del cuidador que, con sus interrogantes, sigue interpelándonos ante su singular método de introspección y desarrollo personal. Es la superación la que empuja a identificar objetivos e intereses vitales porque, a continuación, se potencian los recursos necesarios para alcanzarnos. Y ese retorno es también la difusión de las ideas. El sentido pedagógico que conlleva la fraternidad alcanzada.

La coherencia durante ese proceso de maduración esencial es cómo podríamos entender el concepto de «organización». Tender hacia la misma es doloroso por cuanto implica riesgo y nos enfrenta a percepciones novedosas. Nos moviliza y transforma, más allá de la percepción que te hace calibrar un punto de partida limitado por no decir mediocre. Justo lo que hubiese necesitado el zorro más allá de dejarse llevar por el amor que le inspiran sus recuerdos a la hora de entrar en una nueva casa y toparse con personas desconocidas. Siempre se impondrá el amor, se apunta, como fuerza emocional que ata y ciega en muchos casos. Sin embargo, Infante sentencia: vivir es distinguir o caminar hacia la organización entendida como método para integrar coherente y consecuentemente experiencias. Dimas en aquel momento no fue consciente y es atacado por «animales», nombrados ahora como «hombres membrudos»²²⁹. A partir de ahí, se expone su tragedia sobre la que bien pudiéramos descubrir un simbolismo alrededor de las consecuencias cuando no se aprende a distinguir, organizarse y, en definitiva, amar como manifestación de goce pleno. Un apunte demás de hasta qué punto el amor distorsiona la razón. Desdicha que pudiera convertirse en una muerte en vida o, cuanto menos, en un accidentado y permanente drama autorrepresivo. No en vano, los mismos que mataron a Jesucristo, parece sugerirse, son ahora los mismos que se ensañan con Dimas: «tampoco los hombres sospechan que los dioses son crucificados por aspirar a la vida divina»²³⁰. Una pasión singular hacia quien es reo y será mortificado alcanzando la muerte. De hecho, insistiendo sobre ese paralelismo irreverente, la obra cita ante ese camino al patíbulo lleno escarnios y burlas, la existencia también de «estaciones» en un particular vía crucis repleto de «martirizadores»²³¹. Es

229 Página del manuscrito: 90.

230 Página del manuscrito: 91. La evocación a Jesucristo no es descartable en atención al calvario que ambos padecen y la admiración que le procesa el notario en aras de la bondad y trascendencia de sus hechos. En cambio, más crítico se mostrará con el cristianismo: «Distinto es el cristianismo perseguido de las catacumbas, al cristianismo ya ejerciente del poder» (B. Infante, *La Dictadura... op. cit.*, p. 30).

231 Página del manuscrito: 98.

El notario ya había avanzado en una colaboración años antes un texto reflexivo en el que, a partir del fallecimiento de alguien cercano a cuya muerte parece asistir, surgen pensamientos semejantes: «El dolor de la separación del ser amado, les lleva a pensar y a sentir la necesidad de la unión eterna: les empuja a la lucha por la eterna unión, que estará en el fin de la Vida (sic), cuando la Eternidad de la Perfección absoluta sea creada por esa lucha que impulsa el amor». Convencido, pues, de que el final solo llega para quien no ha sembrado en vida y es así condenado al olvido, así como de la existencia de otra vida —inmaterial o en otro cuerpo— después de la desaparición biológica. Una vez más, la vida del anciano como cadáver no identificado, se «multiplica en la vida joven y más perfecta de sus hijos». A modo de personal oración, el andalucista supera dolor y piedad para convertir su emoción en júbilo más allá de la triste escena: «Entonces fue mi ser encendido, como una antorcha, en la Fe (sic) Soberana (sic) por el Triunfo (sic) de la Vida (sic). Y ella me arrebató haciéndome gozar por adelantado de la Victoria. Sentí la plena fortaleza del seguro vencedor. Y pensé en el Dios definitivo, donde triunfará eternamente la creación, la Vida (sic) en este pobre cadáver derrotado» (B. Infante, «Reflexiones del momento. In memoriam...», *Bética*, (63-64), 15 de agosto de 1916, pp. 9 y 10).

allí donde solo los tradicionales animales «inferiores» dibujan cierta humanidad, evitando dañar a un igual. En cambio, los humanos disfrutarán sádicamente su violenta superioridad (¡) sobre otras especies. De nuevo el humano es representado como irracional y como contrapunto a un animal con sentimientos: «el zorro lloraba»²³².

La inocencia derivada de entrar en una casa desconocida y confundirse entre seres humanos se traduce en un episodio de extrema crueldad donde la humanidad parece quedar más del lado de los animales. Un espectáculo donde los salvajes se sitúan del bando humano convocará a más gente para contemplar la violencia y el desprecio ejercido en forma de «martirio», más por tradición que por necesidad. Más por placer o costumbre que por la recompensa ofrecida, aunque sin despreciar esta última. Otra muestra más de cómo la miseria económica refuerza conductas irracionales. Las pasiones o los hechos de dicha naturaleza suelen estar a merced de la codicia, perdiéndose así la capacidad de ser objetivo y racional.

La escena es una prolongación de la lógica conductual de la sociedad «neolítica» citada en páginas anteriores, la cual no acierta ni razona lo que hace ni su porqué. Es ese conjunto humano al que Infante vuelve a definir de manera contundente: «vidas seguidas sin intervalos de novedades»²³³. Una existencia plana, superficial y monótona, donde el dinero o el placer de ejercer violencia gratuita actúan como incentivos primarios. Muy al contrario, la vida parece tener momentos donde solo con interés y voluntad podemos descubrir nuevos estímulos y sensibilidades. Es la idea integral de aprendizaje, aquella donde el amor no se elige, se siente; donde el cariño no se enfoca tanto hacia el objetivo final comunitario como ante el propio avance individual. Aquel que no establece distingos entre amigos y enemigos.

Intenso episodio pródigo en detalles, mediante una descripción donde participan los elementos humanos identificados como tópicos fuerzas vivas de un municipio cualquiera: alcalde, secretario, cura, monaguillo, así como alguacil y maestro. Ninguno evitará sufrimiento al zorro y asisten impasibles a la escena. Ni la oficialidad institucional que se encuentra presente muestra compasión hacia un ser vivo sintiente. No hay educación y, por tanto, se carece de sensibilidad en dicho sentido. Pleitearán con cierto grado de humor negro sobre el cadalso a emplear, dado que ante la expectación generada por los hechos nadie habría dispuesto para tocar «a *misa*». Cuestión esta última que Infante anota a lápiz, no a pluma, entre paréntesis y con una amplia grafía respecto al texto. Hecho que parece apuntar algún matiz en revisión futura o, cuanto

232 Página del manuscrito: 95.

233 Página del manuscrito: 96.

menos, un signo que aporta mayor veracidad al hecho de que toda la normalizada rutina del pueblo se rompe y se acata el sacrificio ritual. Incluso, los versículos de la salmodia parecerían aportar cierta dosis de mofa a un instante de escarnio y crueldad. Finalmente, Dimas se salva gracias a una casualidad.

La elección de Zenón para nominar a uno de los protagonistas del crudo episodio descrito no parece casual. Más que al emperador Flavio con igual nombre, podría identificarse, en primer lugar, bien como el filósofo griego de Elea, quien, de acuerdo con su maestro Parménides defendiendo que solo existe el ser, dedicó sus esfuerzos a demostrar la fragilidad de los conceptos de movimiento y pluralidad. En segundo lugar, pudiera referirse a Zenón de Citio que, contemporáneo del anterior, fue fundador del estoicismo como escuela de pensamiento construida desde la renuncia a los bienes materiales para alcanzar la sabiduría y la felicidad. En uno u otro caso, se significan como biografías que aportan dosis de un contenido coherente con la denuncia y la respuesta alternativa que venimos comentando. En un entorno de culturas narcisistas y egoístas el reto es generar una conciencia que genere sentimientos comunitarios.

Será una niña quien salve *in extremis* a Dimas de su sacrificio inútil. La única que, amparada en la bondad de su corta edad, corre hasta la autoridad municipal para comunicarle la presumible vinculación del animal a cierta persona del pueblo que, paradójicamente, no se apunta expresamente que sea Infante. Dato este que parece aportar cierta lejanía entre el autor y el zorro en beneficio de una posición más distanciada y crítica ante la escena relatada. El rechazo de la joven a la cruel situación parecería haberle excitado recuerdos en su memoria, en tanto recordó ver al animal en cierta casa que no concreta. Gracias a ello, Dimas se salva de una muerte segura. Solo entonces el zorro gana tranquilidad y fuerzas para reponerse. La multitud lamentará ese inesperado final donde los hombres mostrarán su indignación por perdonar la vida a un animal «tan dañino». Sin embargo, no parece quedar muy claro, una vez más, si el texto es mera imaginación o tiene visos de credibilidad. Bien podríamos decir que el relato esconde, en el sentido referido, una calculada ambigüedad, aunque acoge buenas dosis de verosimilitud. No obstante, al menos en cuanto a la presencia doméstica del zorro en el domicilio de Infante, daremos por verdadero ese aspecto en atención a los testimonios que existen. Otra cosa será el desenlace final que no adelantaremos ahora. Es en ese punto cuando el cuento refiere la dualidad «niños más pequeños (...) niños mayores», indicando un cierto infantilismo de pensamientos y conductas pese a la madurez biológica de algunos de los participantes del tumulto²³⁴.

234 Página del manuscrito: 2.1.

La fiesta acaba de forma súbita, sorprendentemente, y por orden de la autoridad local advertida por la niña. Una joven como símbolo de futuro ante una tradicional crueldad entre pueblos y animales de la que se acusa a la vez a seres sin facultades y a la ausencia de medios de prevención. Realidades ambas incapaces de establecer otras medidas para limitar, como es el caso, el incidente entre zorro y gallinas. Solo así llegarán a ofrecer los humanos mayores muestras de inteligencia que los animales una vez se anticipan a su instinto y, en esta reflexión, es un cazador quien confiesa la singularidad de Dimas al percatarse de lo extraño que resulta que en vez de huir de las casas, quiera entrar en ellas²³⁵. Buscando sus «dioses» protectores entre los humanos, el animal solo encuentra rivales. Iguales, por cuanto todos seres vivos; pero, por el contrario, ellos se percibirán más como rivales en vez de sus «piadosos superiores», tal y como cabría de esperar y el mismo Dimas deseaba²³⁶.

Lo que parece claro es que la ambigüedad calculada ya comentada nos traslada ahora a las primeras páginas del cuento donde la madre de Dimas y sus propios hermanos son víctimas de la misma rivalidad que él padece ahora. La narración parece cerrar así, con dicha vuelta al pasado, el ciclo perverso de la rivalidad entre personas y zorros que, en este caso, queda superado por la intervención de alguien del que se deja entrever pudiera ser el mismo Infante.

La minuciosa descripción de la casa del alcalde marca distancia con el retrato realizado en anteriores imágenes hogareñas, dando paso así a una piadosa compasión que solventa las necesidades más inmediatas del zorro una vez superado el crudo trance que atraviesa. La narración se relaja después de la tensión argumental. Felices, pues, indica Infante, aquellos «verticales» que sienten la palabra de la vida «la entiendan o no». A esos que, igual sin darse cuenta o carentes de conciencia, se encuentran más próximos al sentido de la unidad fraterna y sufren en cuerpos ajenos. Invocación ésta de una sensibilidad social por el padecimiento de todos. Lo cual, dirá el texto, es motivo de un sentimiento de felicidad y «realeza» que explicita la narración con el uso de la palabra «ave». Salutación distinguida latina, empleada como sinónimo de aceptación o bienvenida indulgente hacia quienes padecen ante el dolor inútil o el goce ajeno ante él. A

235 El texto cita repetidas veces a los cazadores, en algunos momentos calificados de «bárbaros» o «de oficio». Su actividad «a tiros» la iguala Infante a la de los «pastores iracundos» con sus garrotazos. Dicho esto, resulta curioso que tras este rechazo a dicha labor, sean también los cazadores quienes se sorprendan de que el zorro no mate a las gallinas del corral al entrar en la casa (p. 96 del cuento) o, que en vez de sacar esta su ira y respuesta más instintiva, llore cuando lo iban a matar (pp. 2.5 y 2.9). Un ejemplo manifiesto de cómo las experiencias pueden cambiar también la percepción de unos seres sobre otros y condicionar así el trabajo que vienen realizando hasta ese momento.

236 Página del manuscrito: 2.9.

su vez, mostrando complacencia hacia aquellos que perciben en la «realeza» del sufrir, como preocupación por el dolor ajeno. Salvando a aquellos seres humanos que pueden hacerse a sí mismos como uno de los mensajes centrales de su fábula. Aquellos a los que denomina «dioses» que se organizan desde el caos para partos «tenebrosos» por ser imprevisibles. Se saluda así a quienes, siendo protagonistas como «creadores», se hacen a sí mismos. Son, se concreta, los eternos: aquellos que no tienen «principio en el tiempo» al ser fruto de la maduración y un perfeccionamiento acumulado²³⁷.

Superado el susto y superadas sus necesidades más inmediatas brota la relajación al zorro. Aparecerá un sueño que el relato describe desde su más profunda psicología y experiencia. La narración se atreve así, no ya con el pensamiento de Dimas como ha sucedido hasta ahora en repetidas ocasiones; se atreve a abordar el contenido onírico que solo rompe el rescate de sus amigos. Es entonces cuando Infante usa la primera persona del plural «fuimos (...) el pueblo entero sabía (...) que iríamos por él», en lo que califica como una «embajada de amor». Se había dado un ejemplo a los congregados²³⁸.

A partir de ese instante, el cuento ofrece un giro inesperado al centrar su atención sobre ese pueblo de «indignados», anota irónicamente, una vez disipada la agresiva tensión del linchamiento y su imprevisto final. Ahora la atención del cuento se sitúa en la taberna y los comentarios que en ella brotan sobre la oportunidad o necesidad de tener un «animal dañino» en casa. La escena, descrita con detalle desde el recurso literario, dibuja un sucio ambiente donde se sitúan juntas las clases sociales —señoritos y campesinos—, unos y otros descritos convenientemente. Ambos afiliados a un club de «matadores del tiempo», de muertos en vida donde la vagancia parece cobrar carácter de «trágica» actividad tradicional, se afirma, en una España decadente que se deleita ante esa relajación de posibilidades que representa un ideal vegetativo dedicado a contemplar el paso de las horas. Justo lo contrario a la consciencia que predica el andalucista. No obstante, en esta crítica al recurrente uso de tabernas se precisa que el tiempo no muere ni sufre... ni se martiriza como a zorros, toros, pájaros

237 Página del manuscrito: 2.12. Todo indica que los contenidos de este cuento parecen desvelar o, al menos, aclarar o apoyar el legado panteísta y místico de la espiritualidad infantiana. Así, el concepto de realeza u otros que se aplican a Dimas como protagonista expresa una cualidad humana incorporada a lo divino. Así comenta Habibah, doncella de Itimad: «¿Quién dijo a la Naturaleza supremo artífice, ni perfecta a la Creación (sic)? ¡Cuánto falta para que todo sea perfecto! ¡Cuanta falta para que sea Dios! Un hombre es más perfecto, cuando su obra es más perfecta: cuando la creación universal sea perfecta; entonces será la perfección Absoluta viva: entonces será Dios. Al ser, lo forjará Dios, su propia obra perfecta» (B. Infante, *Motamid. Último rey...*, op. cit., jornada 3ª, pasaje I, p. 97).

238 Página del manuscrito: 2.16.

o árboles²³⁹. Si bien resulta curiosa esa invocación a la tortura taurina, a la persecución o consumo de pájaros y hasta a la tortura arbórea como parte de la naturaleza, parece que se desea prolongar estos perversos sinsentidos con otro más elaborado: el «arte en esto de matar el tiempo». Palabras que resultan subrayadas en el texto para enfatizar su carácter irónico²⁴⁰. Se reclama el uso provechoso del tiempo para dar sentido a la propia existencia, aunque ese despertar pueda ser independiente de los estímulos externos, o bien resultado de los mismos. En el texto analizado más bien se enfoca hacia la primera de dichas circunstancias en el sentido de que sentirse vivo representa ser protagonista del tiempo por medio de los valores que se exaltan. No que los años transiten reduciendo el concepto de existencia a un hecho meramente temporal. La consciencia siempre es liberadora y forja la propia posición en el mundo. En la medida que la marea humana busca entre los espacios de la casa del alcalde al animal, es ahora este, con la lección ya bien aprendida, quien trata de escapar de la «arbitrariedad de los bípedos»: unas veces dioses y otras crueles, se dirá²⁴¹.

Recuperado el animal, salvado de su patíbulo, el desarrollo del relato modifica su perspectiva para acoger cierta distancia ante esa muchedumbre «neolítica» que ha identificado antes con la situación sociocultural y las mentalidades en España²⁴². Ya lo había expresado Infante estableciendo una peculiar división entre pueblo y muchedumbre: «no hay pueblo en el cual no exista la muchedumbre. En todo pueblo, la minoría es el pueblo, la mayoría es la muchedumbre sin conciencia. Y, a la muchedumbre, la fuerza organizada le parece augusta, cuando la potencia de esta fuerza es superior a su po-

239 Por contra, no considera cruel sino natural la cadena trófica. La profesora Leonor de Bock ha abordado la cuestión del rechazo de Blas Infante a las corridas de toros por su crueldad (https://www.lavozdelsur.es/opinion/blas-infante-antitaurino_193661_102.html). Son recurrentes los comentarios en ese sentido, junto al también andalucista, pediatra y animalista Antonio Ariza.

240 Página del manuscrito: 2.17.

241 Página del manuscrito: 2.18.

242 Son bastante duras las descripciones que realiza Infante de lo que considera como *muchedumbre*, concepto que suele citar el andalucista en no pocas ocasiones y que manifiesta, por un lado, la incapacidad para hacer llegar su mensaje a una buena parte de una ciudadanía insensible para acoger cualquier nueva idea, presumiblemente al sector popular más necesitado de ese mensaje liberador. Por otra, una buena dosis de resignación y amargura personal en tanto conoce esa impermeabilidad y padece el desencanto por no poder movilizarlos y concienciarlos con su mensaje y limitados recursos. Refiriéndose a ellos llega a citar: «¡Muchedumbre! La muchedumbre decía Voltaire, será siempre necia y bárbara. Son bueyes que necesitan un yugo, un aguijón y heno para pensar». De hecho, lo contraponen a Rousseau, a quien califica de «apologista de la muchedumbre». No en vano, llega a afirmar en defensa del concepto pueblo al que considera con una mayor dosis de permeabilidad y posibilidades: «Nosotros aseguramos que un pueblo no se improvisa. Es la estatua que más se tarda en modelar, la que más constancia y derroches de inspiración requiere» (B. Infante, *La Dictadura Pedagógica...*, op. cit., pp. 85 y 89, respectivamente).

tencia inconsciente»²⁴³. Una realidad social que provoca resentimientos en el autor y le incita sentimientos de compasión, tal y como anota: «piedad por los zorros y los hombres». Pese a todo, el nivel de comprensión le hace no tanto justificar los hechos, pero sí situar el origen multifactorial que arrastra y provoca a una colectividad hacia este estado de inanición moral y hambre cultural que configura toda podredumbre personal y social. Ese relieve, al que califica de tan amado como tosco, es lo que provoca que una mano «callosa» como la suya tenga piedad por los zorros y los hombres²⁴⁴. Situándose del lado del campesino que trabaja duro hasta el punto de encallar su piel por la acción del trabajo y, alegóricamente, endureciendo el corazón y la conciencia en su empeño por modificar las condiciones de vida entre los andaluces como escenario comunitario inmediato. Un fenómeno de aceptación y puja a su vez en el terreno personal, para el que parece invocarse en el relato de manera eufemísticamente la labor de la disciplina psicológica a la hora de interpretar esas leyes que ajustan tal dualidad en una mente equilibrada. Y establece una dura equivalencia que justo la ciencia de la conducta ha sabido corroborar: un pueblo que inmensamente sufre, hace infinitamente sufrir. Igualdad esta, como perverso desplazamiento de conductas, que, por compasión, no justificará piedad alguna ni hacia personas ni ante zorros.

El mismo pacto realizado el día de la liberación del martirio de Dimas, entre los animales del monte y la ciudad, hace que el zorro vuelva a gozar del amor. Siempre el amor por bandera. Sin embargo, «quedan ellos» dirá, los que querían sacrificarlo y cómo los hechos acontecidos encajan en aquella felicidad. Son parte del reto traducido como exigencia personal: los demás. Siempre presente el prójimo. El amor no es egoísta. Posee una dimensión social y comunitaria superando el mito del amor romántico, dependiente o meramente reproductivo. Es pleno o no es tal, pero va más allá de un sentimiento de autoestima o narcisismo. Y mientras la duda queda en el aire depositada sobre el modo de vida de «los otros», el relato traslada al zorro la toma de conciencia al alejarse del peligro. Desde aquel mundo de los matadores de tiempos se marcha a otro bien diferente donde la *Providencia* se manifiesta con talante piadoso. A través de un mundo donde «los hombres creen en la providencia hermana que pueden llegar a ejercer los zorros»²⁴⁵. Es el regreso a una situación donde puede interactuar con humanos. Facilitando, en suma, instantes de paz y serenidad a los hombres como el que embarga ahora a su amigo de cuatro patas. Estableciendo así una dualidad entre dos mundos: frente a los primitivos

243 «La muchedumbre es como el agua que, no pudiendo romper el dique, discurre esclava por el cauce que viniera a abrirla, un organizado poder». Así se refiere el poeta Ammar en B. Infante, *Motamid. Ultimo rey de Sevilla...*, op. cit., jornada 1ª, pasaje IV, p. 30.

244 Página del manuscrito: 2.19.

245 Página del manuscrito: 2.20.

neolíticos citados sitúa animales y personas con una concepción de la existencia instalada en un nuevo plano interpretativo y sensitivo superior.

Es posible que en la medida que Dimas asume los golpes creyéndolos juegos, se reclame además una curación del alma más allá de las heridas corporales. La salud no solo supone una dimensión física, lo cual rezuma a lo largo de los párrafos del cuento. Solo en armonía emerge una salud plena que, en el caso de la narración, hace al zorro retornar a la «alegre» normalidad de la casa donde habitaba. Es aquí donde los pasajes referidos a la estancia en la que el animal recupera su bienestar parecen descubrirnos una hipótesis de veracidad en cuanto al goce de la vivencia doméstica descrita.

Solventados los críticos momentos que estuvieron a punto de llevar a la muerte a Dimas, regresará a su mundo feliz, donde se reencuentra con sus recuerdos. Sobre él se precisa: «cualquier mundo en que se nazca no es nuestro mundo»²⁴⁶. Es decir, nadie está abocado a permanecer en el mismo mundo durante toda su existencia. Una invitación a la búsqueda permanente, a la movilización consciente y al crecimiento personal. Existen muchos mundos en uno y el cuento como tal es una guía a transitarlos desde el auto-descubrimiento. Descubrir nuestros pensamientos, deseos y hábitos nos hace ser más consciente de nuestro ser emocional e intuitivo para llegar a captar el significado de la vida. Invita a perseguir el reto «del amor» más verdadero al que aspiran todos: zorros y personas, animales y naturaleza. Esta última idea llama poderosamente la atención porque, además de la igualdad establecida entre los vivos, en este caso, protagonistas del cuento, el tiempo verbal utilizado es primera persona del plural, e implica, pues, a quien redacta, identificándose así con otros animales. De este modo, encontrar nuevos mundos representará algo extraño «al mundo de nuestro nacimiento», en la medida que el mismo ya se considerará «antiguo». La experiencia vivida en ambas dimensiones, animal y humana, habría significado un acercamiento a uno nuevo: al de una idea de amor que «está por encima de las especies». Estas últimas, meros instrumentos para alcanzar objetivos identificados con el «Eros (sic) divino: uno, unificador y unificante». Es decir, aquella fuerza creadora que anima y moviliza haciendo posible la armonía entre todo lo creado. Aquella, había dejado dicho, que hace que la Historia (sic) represente el «sentido creador de la Vida (sic)». Esa «dinámica superadora» que ofrece sentido a su última finalidad, que no es otra que guiar «hacia el mundo de los espíritus»²⁴⁷.

246 Página del manuscrito: 2.28.

247 Aquella fuerza que, aplicada a su percepción en la Dictadura Pedagógica, será la que «tenga por fin la creación humana, concepto uno (sic) con el que la felicidad de los hombres [entiéndase personas]: Esto es aumentar las riquezas de su espíritu y el poder para liberarlas» (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 66 y 67). En definitiva, dirá, «hacer hombres ante todo» (p. 74). Es decir, entiéndase personas, ciudadanos libres y de conciencia.

Concluye el cuento con un párrafo final así nominado a modo de conclusión o epílogo. Apunta ser la voz de la conciencia la que interpela al redactor y con ella al lector, en contraposición a los pasajes previos llenos de vitalidad y readaptación al mundo doméstico. Se inicia de una manera brusca y cruel: localizando el «cuerpo del zorrito rigidizado», como expresión popular esta última. Describiendo así una escena de tristeza y llantos donde no queda despejado cómo pierde la vida el animal²⁴⁸. El motivo parece poco importante dado que, sorteando el dato, se le presenta como consustancial a la vida. Una vez llega la «Santa (sic) muerte», se rompe bruscamente el ritmo del cuento imponiendo un final que debe entenderse —se cita— como servicio a aquella otra vida que «matará a la muerte»²⁴⁹. Hay una muerte física que no implica la espiritual y que trasciende a lo personal. Mientras las muchachas lloran, frase que repetirá en dos ocasiones, ya no vivirán en Dimas el señorío del animal: «Hemos perdido una cosa que era muy nuestra (sic), más que lo ordinario nuestro». Solo el amor, sentencia, «está por encima de las especies». Un inicio de cuento presentado en términos de crueldad frente a un final que se acepta como natural e inevitable. Una última etapa que debe entenderse como inherente para todo ser, pero que, por otra parte, enfrenta a Infante a la inevitabilidad de un trágico fin en su proceso de liberación interior: «Tú criaste al zorro para soltarlo mayor en el monte y para hacerlo sacrificaste su compañía. ¿Cuándo me pondrás libre a mí? Yo soy ya mayor por ti. Y, estos seres tuyos en ti me martirizan»²⁵⁰. Dimas vivirá en Infante, de forma que este integra las vivencias que han sido narradas.

Considerando, tal y como venimos defendiendo, que para Blas Infante los conceptos utilizados representan una significación más allá de lo convencional, podremos interpretar mejor al ideólogo. Palabras como religión, destino, poder, unidad, fin, piedad... adquieren una interpretación más espiritual, de forma que a través de algunas de sus obras va explicitando su sentido de manera más directa. En este ejemplo, el fin es objetivo tanto de la vida individual como de la universal. Considerando, por tanto, la presencia de un destino común a todos los seres como propósito al que todos se deben. Es decir, como una constante en el tiempo. Las biografías deben tender hacia ello. Así lo expresa el ideólogo en otra de sus obras: «A más grande intensidad en el obrar de sus propios hechos relativamente a la creación del Fin (sic), más grande intensidad de su propia vida puesta en la creación del Fin (sic). Una vida que es toda conciencia o hecho, esto es sacrificio, del fin por el fin de esta vida universal, en la creación uni-

248 Página del manuscrito: 2.29.

249 Página del manuscrito: 2.30.

250 Página del manuscrito: 2.30.

versal e inmortal de la vida, vendría a tener su propia inmortalidad»²⁵¹. Es notorio así que existe algo de inmolación de su propio interés en beneficio de la libertad del zorro; pero, por otro lado, no hay el más mínimo arrepentimiento por la devolución a su medio natural. Es un gesto de coherencia con la naturaleza y su conciencia. Una oda a la inmortalidad. Es más, el regreso al que el cruel destino obliga al animal no es más que una manifestación de la terquedad social —alienación o hegemonía— que lastra la permeabilidad de mentalidades sociales e individuales. En cualquier caso, el gozo por la decisión es manifiesto, aun admitiendo el peligro al que es sometido el animal. Es interpretado como un acto consecuente y más por el medio social que por el natural. El cuento es también una llamada a la necesidad de una ética coherente ante la sociedad.

La consideración con la que finaliza el cuento es un último ejercicio de introspección con el que se interpela Blas Infante. Atribuyendo a la «vocación poderosa del amor» la causa del regreso del zorro tras su suelta, vuelve a reclamar por su propia libertad como hiciera antes: «¿Por qué no habré de liberarme?», se pregunta, «¿Por qué no habré de soltarme yo?». Por un instante, los interrogantes parecen retrotraernos a ese momento intimista del cuento donde se plantea la libertad —«suelta» dirá—, tal y como realiza con un animal que necesita para «amar y pastar». Sin embargo, en esta ocasión ese Dios profundo aludido ahora queda sublimado al yo más «verdadero y constante». Un párrafo donde las invocaciones a los distintos «yos» nos obligan a identificarlos con la propuesta psicoanalítica. Eso sí, dejando atrás —«sacrificando»— los «interinos» y «peregrinos» para centrarnos en otros yos más significativos. Incita a la meditación y la escucha interior dado que la narración esconde un canto a la autosuperación. La incógnita sería si ese yo afectivo deberá sufrir tanto como padeció Dimas con el «pueblo neolítico»²⁵². Una manifiesta insinuación, una más, a la incomprensión y la desconsideración que es presumible que Infante recibiese por parte de algunos. Si después nos llama la inevitable muerte... tal y como se reseña, parece plantearnos una duda existencial sobre la conveniencia o éxito de ese esfuerzo que, en este caso, se había caracterizado por un significativo valor personal e intensas renunciaciones en favor de lo que se reseña como «yo verdadero y constante». Precisamente, en ese discernir consciente estará el progreso que representa la evolución iluminativa vinculada a la mística y masonería, entre otras expresiones de espiritualidad. Dicho esto, la obra concluye con dos enseñanzas a modo de moraleja de la fábula animalista.

La primera: «hay quien cree en la paz que buscan los retornos, pero largo y penoso, más que el ir, ha sido siempre el volver». Dicho de otra forma, el desarrollo personal

251 Cfr. B. Infante, *La Dictadura Pedagógica...*, op. cit., p. 8.

252 Página del manuscrito: 2.31.

como objeto de búsqueda se revela a través de un esfuerzo no exento de la inquietud que implica un avance moral e intelectual. La vuelta del zorro al hogar desde donde parte debe ser entendida como una alegoría a la perseverancia sobre esa senda de virtud donde cada uno aprende y avanza por su propio interés y gracias a sus esfuerzos personales²⁵³. Pese a existir individuos que desean buscar paz en la tranquilidad de los «retornos» largos y penosos, más que el ir, se anota, lo importante es siempre «volver». Regreso este que permite percibir respuestas para el futuro sin necesidad de dilatarlo en el tiempo con excesivos planteamientos retóricos. Es decir, tras dicha invocación característica en favor de una actitud permanente de búsqueda, se nos representa una aventura existencial donde el proceso forma parte del objetivo. Se describe así un escenario sin rutas preconcebidas ni reglas, donde lo decisivo es siempre situarse en un estado de salud y equilibrio, parejo al perfeccionamiento como constataciones de un avance personal y comunitario. Siempre buscando un «centro de gravedad permanente». Y aún más importante que el camino es la constante voluntad nietzscheana de desear recorrerlo y no desistir como tránsito vital para alcanzar la verdad y una espiritualidad más elevada. Nos encontramos ante una contradicción aparente en la medida que el andalucista —preclaro defensor de la igualdad— reivindicó siempre la gestación de cualquier proceso social a partir del yo individual, del sujeto, no de la individualidad; de manera que, sin imposiciones y en libertad, aparecería la necesidad de dar a los demás de lo que Infante entiende por «alma comunista», entendida esta como plenitud igualitaria social. Solo así, bajo esta concepción de la existencia, se integran los intereses individuales con los colectivos.

La segunda enseñanza refiere el «Pacto (sic) de paz y amistad entre el animal que tiene su mundo en la ciudad y los animales que tiene su mundo en el monte». Un juego de palabras donde el todo es uno y donde los seres gozan de ese acuerdo/entendimiento natural sobre la base de un amor con reminiscencias franciscanas. Aceptando la intensa presencia de Dimas en la vida del escritor, se invita a ratificar dicha percepción en «quienes leyeran» las líneas por él redactadas²⁵⁴. Unos y otros escenificaron el pacto de amistad y paz entre especies, sirviéndose del amor «como menor sentimiento». La aparición de Dimas se explicita que fue mera casualidad del destino para superarse a sí mismo priorizando los deseos del animal antes que su propio afecto. Y es que el verdadero amor nos hace libres. Ese fue el pacto suscrito entre el notario y el zorro, del que

253 Contrariamente a las tesis marxistas, Infante apostará por la persona como valedor y protagonista de una historia que, en sí misma, no es más que expresión de su vivir. De la vida de un ser no de su voluntad: «La historia humana, no es primariamente la forjadora del hombre. Primariamente, es el hombre el forjador de su propia historia» (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., p. 28).

254 El comentario parece dejar entrever la intención de que el cuento pudiera llegarse a editar, cfr. página del manuscrito: 2.31.

siempre tendremos dudas sobre si en realidad fue así o solo una recreación literaria de Infante sobre su propia espiritualidad. Lo primero poco importa en la medida que nos lega su pensamiento.

6.3. Orientalismo y espiritualidad en Infante

En este apartado de nuestro estudio dejaremos de lado la percepción con la que Infante observa el poder de la Iglesia en España en lo que llama «dolor por la esclavitud de conciencia», para centrarnos en el orientalismo en su doctrina con objeto de comprenderle con más exactitud²⁵⁵. Aclarada que su religión verdadera es la del *espíritu* como concepto que supera la dimensión católica, anotamos algunos apuntes que esclarecen su cercanía a dichas filosofías; aceptando en paralelo que el tema está a la espera de una mayor profundización. En el caso de nuestra narración, es indudable la presencia de dichas influencias.

Vale la pena detenernos en esas filosofías —o creencias— a las que, quizás sin saberlo, posiblemente por intuición o bien buena dosis de conocimiento, se aproxima el pensamiento infantiano. Rozando lo herético ante una visión ególatra de cualquiera de ellas, aceptamos como punto de partida que todas las creencias tienen parte de verdad y en la conciliación de lo que de bueno poseen se encuentra la síntesis para Infante. En esto estriba el misticismo, sin necesidad de adscribirle, gratuita o despectivamente, a una u otra confesionalidad²⁵⁶. La búsqueda de este eclecticismo, consciente o no, partiendo de una espiritualidad como valor intrínseco al ser humano, podemos aceptar que constituye una actitud compartida por pensadores críticos con sus propias culturas, aun abrazando algún credo. Es sabido que todas las religiones que han existido a lo largo de la historia han dibujado sus dioses particulares siempre por creación humana, pero no es menos cierto que, en algunos ejemplos, las sociedades se han sometido a diferentes voluntades divinas y, a partir de ahí, han condicionado su existencia biológica, guiados por patrones de conductas amparados en un más allá posterior a la muerte. En igual sentido, sin apasionamientos por nuestra parte, en muchas ocasiones las religiones han supeditado una actitud ante el mundo y conducido la vida a un determinado comportamiento.

255 B. Infante Pérez, *La verdad...*, *op. cit.*, p. 54.

256 Como venimos defendiendo, las altas cotas de espiritualidad en Infante van más allá de su identificación con una u otra creencia. Contrariamente a los diferentes intentos por convertirle en un convencido musulmán, o bien rechazarlo, dentro del más puro estilo islamófobo. Como si de serlo llegase a ser un argumento descalificador en sí mismo.

En el ejemplo de España, donde su catolicismo, exacerbado por las dos dictaduras del siglo XX y el particular uso que han hecho de dicha confesión ambos regímenes militares, ha condicionado una práctica mayoritaria, la cual, en muchos casos, no se corresponde con indicadores de participación en la liturgia. Infante es contundente al respecto en su libro *La verdad sobre el complot de Tablada y el estado libre de Andalucía*, superando la simple percepción anticlerical que algunos puedan otorgarle y apuntando hacia la constante permanencia en el tiempo del poder eclesial. Distan-ciándose así de una espiritualidad egoísta e individual: «España es un país que no ha sobrepasado aún el estadio localista de la religión. Pruébalo el que cada pueblo tiene un Dios local, una Virgen, un Cristo o un Patrón. El Dios universal, solo se acepta en España en cuanto es expresado como la manifestación unitaria de un imperialismo político, tal como Roma. Por esto, en cuanto desaparezcan el Poder político de la Iglesia y los signos externos de este Poder, se habrá llegado a destruir la apariencia de la España católica»²⁵⁷.

En todos los casos, son modelos para un nuevo régimen republicano que llegará y sobre el que no evita mostrar su desencanto en la medida que no será fruto de los grandes cambios que esperaba: «¡Signos, signos, signos de esa España herida de muerte o viva aunque no se resigna a morir! Sus conductores son los hombres del Gobierno de la República. La revolución española no ha tenido los hombres excepcionales que se ofrecen providencialmente en los inicios de toda Era»²⁵⁸.

La biblioteca de Blas Infante, aquella que nos ha podido llegar entre los volúmenes que se hicieron desaparecer por obvias razones con motivo de la sublevación militar, posee una amplia temática de creencias oficiales y esotéricas. Tal y como apunta Estanislao Naranjo, «demuestran [en Infante] la búsqueda de una espiritualidad de la religión fuera de la católica heredada». En este sentido, sigue diciendo este autor, en el inventario de su librería existen volúmenes muy conocidos por clásicos tales como el

257 Para Infante, dadas las deficiencias de la enseñanza pública en la España monárquica y la presencia constante de la religión como una asignatura más, no existen generaciones de discentes y docentes educadas en valores republicanos laicos: el conocimiento científico se sustituye por el sometimiento doctrinal a unas supersticiones que esclavizan la libertad individual. De una u otra forma, el perfil de la dos España que tanto da que hablar. Esto explica la crítica que realiza a Azaña, al asistir a un acto en la Complutense y realizar una alocución apologética sobre un personaje como Cisneros que «quemó un millón cinco mil volúmenes de la cultura andaluza, durante un solo día, en la Plaza de Birrambla de Granada» (B. Infante Pérez, *La verdad...*, op. cit., p. 32). También dirá: «En cuanto al problema de la denominada enseñanza religiosa, no hay más que sustituir estos términos por los de la enseñanza monárquica o plutocrática y se tendrá un criterio para enjuiciarla acertadamente», loc. cit., p. 55.

258 B. Infante Pérez, *La verdad...*, op. cit., p. 33.

Corán, Avesta, sobre budismo o el libro del Tao y otros, más propios de las enseñanzas esotéricas²⁵⁹.

Por un lado, a Infante parece acercarle al budismo la necesidad de meditación constante sobre lo que nos rodea y, con ello, lograr la búsqueda de un punto equidistante entre el placer y el ascetismo. Ambos extremos no facilitan el bienestar y, para ello, la naturaleza se presenta como una realidad amable que invita a la interiorización al ser humano y al alcance de un estado de liberación supremo que se identifica como nirvana. De esta forma, la sabiduría, el cultivo mental y el corazón, así como la conducta ética, son parte del proceso de la existencia. El abandono de la ignorancia es factor fundamental en el camino hacia el despertar o la iluminación, conceptos sobre los que podremos intuir también su espiritualidad. El concepto de mente en el sentido budista se encuentra presente, además, en varios párrafos de la obra y, sobre todo, en las conclusiones dibujadas al final, donde, una vez se ha deshecho de los *yos*, quedan liberadas, sin condicionar, sus ideas y emociones.

Nuestro cuento, como canto a la autosuperación y al crecimiento personal, reproduce un constante diálogo con el mundo interior en diferentes párrafos como método consustancial a todas las creencias orientales y, particularmente, la budista²⁶⁰. La sabiduría emana

259 A saber: Pablo Cafús, «*El Evangelio de Buda*», Pablo Cafús, [s. a.] y [s. l.]; Pedro Guirao, *Las Preguntas del Rey Milinda y otras narraciones budistas*, B. Bauzá, Barcelona, [s. a.]; Ricardo Pischel, *Vida y Doctrina de Buda*, Revista de Occidente, Madrid, [s. a.], (subrayado por Infante); ZOROASTRO, *El Zend-Avesta*, B. Bauzá, Barcelona, [s. a.]; Anónimo, *El Evangelio del Tao (Del Libro Sagrado Tao Té Ching)*, B. Bauzá, Barcelona, [s. a.] con líneas manuscritas de Blas Infante; Mahoma, *El Korán*, Librería de la viuda de J. B. Veragua, Madrid, [s. a.]. Hay más ediciones, algunas de ellas en árabe; Pedro Guirao, *Narraciones del Talmud, el libro secreto de los judíos*, Biblioteca de Teosofía y Orientalismo, B. Bauzá, Barcelona, [s. a.]; Yogui Ramacharaka, *La Vida más allá de la Muerte (según las doctrinas orientales)*, B. Bauzá, Barcelona, [s. a.]; A. Dacier, *Pitágoras. Su Vida, sus Símbolos y los Versos Dorados con los comentarios de Hierocles*, Maucci, Barcelona, [s. a.]; Rafael Pijoan, *El siglo XX y el fin del mundo según la Profecía de San Malaquías*, Librería «La Hormiga de Oro», Barcelona, 1920; Heinz Heimsoeth, *Los Seis Grandes Temas de la Metafísica Occidental*, Revista de Occidente, Madrid [s. a.]; Manava-Dharma-Zastra, *Libro de las Leyes de Manú*, Librería de los sucesores de Hernando, Madrid, 1912; Luis Jacolliot, *La Biblia en la India. Vida de Iezus Chistna*, F. Granada y C^a editores, Barcelona, [s. a.], dos ejemplares, ambos subrayados y anotados por Blas Infante; Luis Jacolliot, *Las ciencias ocultas y los iniciados de la India*, B. Bauzá, Barcelona [s. a.], con factura de compra a nombre de Blas Infante con fecha 26 de octubre de 1926; Helena P. Blavatsky, *La Doctrina Secreta de los Símbolos*, B. Bauzá, Barcelona, [s. a.], copyright 1925; Helena P. Blavatsky, *La Doctrina Secreta del Hombre*, B. Bauzá, Barcelona, [a. a.], copyright 1926; Manuel de Brioude y Pardo, *Antroposofía*, Biblioteca Zanoni, Sevilla, 1920-1921 y Jacinto Verdaguer, *La Atlántida*, Ibero-Americana [s. a.].

Citados en: E. Naranjo Infante, «Masonería: camino del equilibrio y sentimiento religioso. Blas Infante y la Masonería», en M. Medina y R. Sanmartín, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, CEHA-Universidad, 2011, pp. 258-259. Los autores agradecen a dicho autor las aportaciones realizadas a este estudio.

260 En consecuencia, a ese autocontrol se le completa con la palabra «yo», presente en el texto en veintisiete ocasiones. Indicador de la necesidad catártica sanadora del ejercicio literario para su redactor.

de dicha escucha interior; sin embargo, solo un ser libre es capaz de superar la realidad a la que le transportan los sentidos, presentándose dispuesta para controlar impulsividades. Una invitación al autocontrol y al cultivo de la vida interior como estrategia de vida, superando miedos y dolores. Un recurso a la templanza como actitud y sentido vital que persigue el equilibrio entre cuerpo, corazón y mente. Sin duda, una experiencia personal como práctica intencionada, meditativa y crítica de la que brotará la idea de compasión ante los diferentes episodios donde el zorro o los moradores del imaginario poblado ejercen de protagonistas. Un sentimiento este al que se debe considerar similar en su dimensión evangélica. Así, la narración concreta: «Acaso el mejor pensamiento de la vida sea el fluir espontáneo de la vida misma, sin el discurso reflexivo y entorpecedor del pensamiento». Siempre, añadirá, con el «propósito infinito de ser mejor»²⁶¹. Una propuesta, pues, para percibir el mundo más allá de los sentidos y bajo el dominio de una bondad, que no inocente por poco crítica, desde la cual nace la superación de la materialidad biológica para hermanarse con otros seres sintientes: «Este nuevo ser ya no es hombre. Ha corroborado con fuerza, ha resellado el tratado antiguo de mi ser anterior, no de paz y de amistad, sino de unidad afectiva entre el animal humano y los animales de los montes salvajes»²⁶².

Percibimos también cierta influencia del hinduismo. El texto sugiere un modelo de conducta y una actitud ante el mundo y la vida. En definitiva, algo más que una mera creencia religiosa. Nos encontramos ante una singular manera de vincular el sentido ético con la existencia plena. Como comentamos, la persona vive muchas veces pero nace una sola; sin embargo, su devenir dinámico comporta muchos nacimientos y abandonos de antiguos mundos, como recoge el cuento entre sus líneas. Así, el objetivo final de las personas es perfeccionarse hasta alcanzar la liberación. La propia puesta en libertad del zorro no deja de ser parte de dicho proceso para el animal y el propio protagonista que redacta. Todo por contemplar que tras el universo y los ciclos mundanos por los que discurrimos se manifiesta una realidad superior sin tantos cambios, de forma que acceder a ella representa una aspiración constante y el mayor de los logros. Bajo esta interpretación, Dios es sabio y omnipresente en la creación, por lo que todo cuanto existe es sagrado y percibido como agradecimiento y amor²⁶³. Negar o matarle supone desterrar lo trascendente de la conciencia, así como de la vida cotidiana, social y política. Reverenciar y admirar la vida significa reconocer e implementar ese consciente colectivo y espiritual por el que apostaba Infante.

261 Páginas del manuscrito: 4 y 16, respectivamente. «Yo elevo el pensamiento y el corazón», comentará en la página 3b.

262 Página del manuscrito: 16.

263 No parece, por tanto, mera casualidad que el cuento emplee 31 veces la palabra «amor», 11 el término «amores» y 6 el vocablo «amoroso/a».

Igualmente, creemos advertir matices sobre las enseñanzas del confucianismo sintetizadas en aspectos tales como: elevada responsabilidad ética, cuidado de la tradición, buen gobierno, estudio constante y práctica en el meditar como camino de introspección. Entender el cosmos como ente armónico regulador de todo lo creado implica, bajo dicha creencia, que un mal gobierno o una actitud negativa ante la vida pone en peligro la referida concordia universal, la cual solo alcanza la persona a través de la perfección ejercitada mediante la introspección y la formación permanente. Nuestro cuento es un ejercicio de abstracción más allá de la propia experiencia animalista: estimula a observar al individuo desde la autoconsciencia. No como un ser aislado, sino integrado de forma activa en otros núcleos gregarios: familia, entidades o colectividades entre las que incluimos municipios y pueblos... el tránsito por cada uno de estos ámbitos, incluida la acción de gobierno, no será neutral ni equidistante. Junto a ellos, la educación se configura como un valor tan necesario como imprescindible para abordar transformaciones. Junto a la reverencia ante lo creado, el amor a los otros, la benevolencia, el estudio y la bondad, son aspectos sugerentes de la doctrina de Confucio para entender mejor a Infante a través de Dimas. Por último, unas y otras influencias citadas (budismo, hinduismo y confucianismo) apuestan, como en el caso masónico, por la reencarnación, sobre la que nos referiremos más adelante en nuestro estudio.

En un sentido similar, se evidencia cierta influencia sufi²⁶⁴. Todo su esquema metafísico —del que podemos observar evidentes paralelismos con el taoísmo y el confucionismo— desprende un claro afán gnoseológico, pudiendo condensarse en la idea del *Tawhid* —Unidad o unificación—. Concepto que resulta difícil de definir por la multitud de perspectivas y matices que le otorgan diferentes pensadores. Ibn-Arabi asimila la multiplicidad de seres sensibles como la ruptura de la unidad de Dios, concibiendo la creación como una continua respiración del mismo. Carácter panteísta que vemos muy presente en el texto en sugerentes frases referentes a una unidad cósmica, donde no existen jerarquías ni diferencias, salvo apariencias. El sufismo concibe la vida como un camino dirigido a alcanzar la iluminación como auténtico estado de plenitud, descubriendo en sí mismo la trascendencia o espiritualidad, dado que lo más significativo y fundamental nos es inherente. Esta trayectoria se revela como un proceso de catarsis desde la experiencia, la cordialidad del contacto personal y desde la humanidad del corazón. Se trata de sentir más que de conocer. De esta manera se libera al ser humano

264 Entre los manuscritos inéditos de Infante recogidos en el índice onomástico por Iniesta en su libro de referencia, se cuentan importantes y constantes alusiones andalusíes. Desde poetas, escritores y músicos (Ibn Al-Muqaffa, Ben Hauca, Al Jatib, Ziryab, Ibn Chafadsche, Aben Zaidun, Aben Said y, especialmente, Abel Gudra) a políticos u hombres de Estado (Al Motamid, Hamet el Zagri, Hairan, Ali ben Fahar, Youssef I, Al Mondir, Abderraman, Abd al-aziz, Boabdil, Muza, Almanzor...), o bien filósofos y científicos (Ibn Tufayl, Ibn Jaldun, Séneca, Maimonides, Averroes, Ibn Hazm, Ibn Gabirol, Avicena, Abenalarif...); entre los que podemos destacar, a colación con el texto, la presencia de nombres como Ibn-Arabi, Ibn-Massarra o Al-Ghazali.

de las cadenas de la ignorancia a través de la razón, para que pueda comprender la esencia inmutable del ser, la unidad como experiencia de Dios y su creación.

De este axioma se desprenden otros conceptos de manera lógica, como son el amor, la fraternidad y la empatía, como reproducción y empleo práctico del primero. Marcándose así una conducta y una vía, la consciencia del corazón, como única senda innata e interior para descubrir la verdad. Amor, con mayúsculas, vinculado a la estima hacia la creación con veneración y gratuidad.

De cualquier modo, en todas las doctrinas citadas fluye la enseñanza de una liberación interior unida a la superación de la codicia entendida como acumulación de bienes terrenales. La búsqueda de un sentido supremo a la existencia transita siempre entre el equilibrio entre las necesidades que originan la naturaleza de las personas —como seres que son— y aquellas que conducen al desarrollo y a la realización de sí mismo. No es casual así que todos los grandes maestros de la humanidad insistan con sus doctrinas en la necesidad de alcanzar el amor y aislar el odio. Así, la liberación del dominio exterior enfrentará al ser humano con su ser interior. Aquel del que popularizó e hizo Freud objeto de estudio y escuela científica, aunque su existencia ya fue intuita con anterioridad desde la tradición cabalística-esotérica²⁶⁵. Dicho lo cual, el relato traslada a una experimentación personal, sobre la que no se ofrecen respuestas racionalmente satisfactorias; es decir, queda de la mano del hábito y la maestría acumulada. El principio de todo camino de transformación implica abstenerse de la realidad y descubrir los engaños que la corrompen y los obstáculos que la limitan.

Cabe recordar que Infante se suele situar en la posición del zorro para relatar lo que sucede por la mente del animal ya en libertad. Pese a la nueva vivencia vivida y la alegría que comporta su salvación, existirá algo fuera de toda dimensión geométrica antes comentada. Alguna realidad que allí no había antes, se anota; la cual, sin embargo, era dueña y creadora de todos los mundos por los que transitó Dimas. Presintiendo en el zorro el gozo del recuerdo el autor no evita en repetidas veces identificarlo con el amor. La libertad del zorro estuvo siempre por delante del cariño del protector. Su liberación, «*suelta*», no fue sino la mayor expresión de un amor sacrificado y generoso (platónico), además de coherente con su renuncia a su apego. De no haber sido así, ese modelo de amor se hubiera convertido en sufrimiento, aunque el sentido del amor que defiende no puede concretarse en exclusividad sobre un ser.

265 Cabe recordar en ese sentido que el esoterismo fue una de las enseñanzas a la que la vocación educadora de la masonería recurre como recurso para sus iniciados: una pedagogía por símbolos e imágenes (P. F. Álvarez Lazo, «Educación esotérica de la masonería española decimonónica», en *Historia de la Educación*, 1990, vol. 9, pp. 13-43).

Junto a la evocación de recuerdos de quien escribe, y a los expuestos desde el punto de vista de la óptica de Dimas, se abordan párrafos descriptivos donde se identifica al animal con emociones humanas. La «soledad», referida a la noche de su liberación es una de ellas, a la que acompaña el «silencio» tras instantes de inquietud y de lo que el autor denomina «poliadoración»²⁶⁶. Concepto atribuido a una interpretación panteísta donde el todo, por existente, regulado, debe ser respetado y admirado con la suficiente dosis de consciencia que venimos argumentando²⁶⁷. Para ello, los sentidos son vías hacia los descubrimientos y las emociones. Solo así el animal, metáfora de la persona en muchos de los casos, es también capaz de asumir determinadas capacidades: imaginar, soñar, recordar y gozar. Es en ese desconcierto donde se percibe el vacío de la necesidad de sus amigos humanos como «indispensables». Todavía dentro de su mundo natural, considerará una ausencia, y es ahí donde se explicita su aforismo como dimensión del amor a uno mismo y hacia lo que nos rodea, en tanto que su búsqueda ya es digna parte de dicho sentimiento: «Esta necesidad que al buscar satisfacción encuentra un vacío es un principio de amor»²⁶⁸.

Ruiz Lagos lo intuye bien y expresa de la siguiente manera: «El día que ajustemos su personalidad [la de Infante] a las claves del pensamiento oriental se habrá dado un gran paso en su comprensión; por el contrario, sucesivamente, nos iremos alejando según nos empeñemos en aplicarle unos cánones de interpretación racionalista»²⁶⁹. Este texto que analizamos es una buena demostración de ello. El existencialismo que profesa Infante se sustenta sobre una determinada condición humana y de la responsabilidad que de ella se deriva en libertad rodeada de unas emociones que dibujan la plenitud de su utopía. Es muy probable con ello que especialistas en otras disciplinas místicas, teosóficas u orientales pudiesen desenterrar nuevas conclusiones para ese pensamiento mantenido, al menos, en los primeros trabajos teóricos del andalucista.

De esta manera, podemos plantear el ideal místico infantiano como una arquitectura compleja sostenida por un crisol de pilares argumentativos procedentes de diferentes doctrinas. Donde no podíamos pasar sin mencionar el papel de las tesis krausistas, prácticamente hegemónicas en el ámbito filosófico del Estado español a principios

266 Página del manuscrito: 61.

267 En la masonería, el dios al que adore el iniciado es indiferente. Sea monoteísta, panteísta, poliadorador o agnóstico. Es más, la masonería de la escuela francesa admite incluso ateos. En otros casos, según el rito, el dios del masón será el dios de la confesión por él mismo profesada.

268 Página del manuscrito: 63.

269 Prólogo de Ruiz Lagos en B. Infante, *Cuentos de animales*, Sevilla, Diputación, 2011, p. 16.

del siglo XX. El ideal moral krausista fundía el determinismo con la providencia y el esfuerzo moral con el conjunto de cualidades personales. Este sentido casi religioso de la vida se preserva bajo el concepto del *panenteísmo*, una conciliación de panteísmo y dualismo que conserva la trascendencia de Dios a la vez que enarbola la naturaleza y el espíritu como parte de sus materializaciones. De esta manera se afirma la distinción y unión entre Dios y el mundo. En su panteísmo, la máxima es: «Todo en Dios». Salvando los matices evidentes, son claros los paralelismos con las doctrinas orientalistas, lo que espolea a concebir el auge del krausismo como un refuerzo al interés que ya mostraba Infante por las mismas.

El influjo del krausismo en el andalucista parece provenir de la influencia en su pensamiento de Joaquín Costa, al que dedica un breve estudio en 1916 bajo el título *La obra de Costa*, antes leído en un homenaje en el Ateneo de Sevilla con motivo del quinto aniversario de su muerte. En dicho opúsculo editado más tarde, plasma Infante una definición de sociedad visiblemente influenciada por los conceptos krausistas: «La sociedad es un compuesto superorgánico, resultante de la convergencia de las fuerzas más afines que destacan su unidad enfrente de las demás fuerzas, con el fin del complemento de la deficiencia individual y de obtener la potencia de la solidaridad enfrente de las fuerzas distintas. (...) El fin de la sociedad es resumir todas las deficiencias individuales en la eficiencia de la resultante solidaridad, a fin de que en esta fuerza encuentre su complemento la deficiencia individual, en cuanto lucha por la propia conservación y por el avanzar progresivo, y a fin de que el compuesto mismo pueda atender su privativa conservación y progreso, enfrente de las demás fuerzas excluyentes u obstaculizadoras de la conservación y del progreso común»²⁷⁰.

Tampoco descartamos que durante sus estancias universitarias en Granada, además del desarrollo de su sensibilidad por el pasado andaluz y particularmente andalusí, tomase Infante contacto con las corrientes krausistas y regeneracionistas. La influencia será apreciable a lo largo de toda su obra literaria, tanto por el sustrato ideológico como por el vocabulario empleado, algo especialmente apreciable en obras como *Ideal Andaluz*, *La Dictadura Pedagógica* o el texto que tratamos, donde en sus pasajes más «místicos» se desprenden ideas propias del organicismo krausista donde Infante re-trata el orden consciente que subyace en el caos aparente de la existencia. He aquí un par de ejemplos:

270 B. Infante, *La obra de Costa. Un breve estudio leído en la velada organizada por el Ateneo de Sevilla en el V aniversario de la muerte de Costa por Blas Infante*, Sevilla, Impr. L. Arévalo, 1916, pp. 17 y 18.

Todo el proceso de evolución de la vida tiene como meta alcanzar los atributos de la divinidad, la belleza, la potencia, la consciencia, y la afirmación del ser... la plenitud (sic) de la vida es la búsqueda que conduzca a un estadio superior del ser... Hombres Dioses trabajando para afirmar o realizar en hechos sociales ese espíritu, implantando sobre la tierra el reinado de dios... Hacer verdad es hacer a Dios²⁷¹.

(...) Una idea profunda de armonía lejana cuyos resultados próximos se alcanzan actualmente mediante la ordenada disposición de infinitas particularidades en los conjuntos naturales de inúmeros matices y elementos armónicos, formados por el libre azar a través de libres y enérgicas expresiones inconexionadas, de amores y de odio²⁷².

La conjunción de estos postulados junto al organicismo presente en la teoría tiene como resultado el desarrollo del liberalismo krausista: un ideal de humanidad fundado en una moral que concibe la presencia de un orden natural y cree en la conciliación entre ideales e intereses diversos, materializándose en posiciones políticas liberales, pacifistas y tolerantes, los cuales otorgan una gran importancia a la pedagogía. Un ejemplo paradigmático podemos encontrarlo en la Institución Libre de Enseñanza de Giner de los Ríos.

El periodo entre finales del siglo XIX y el comienzo del siglo XX se forja como una época de cambio político y moral, donde nuestro autor dedicó todos sus esfuerzos en la elaboración —y práctica— de alternativas que aunasen la esencia de un esplendor de un pasado —tartésico, bético y andalusí— con el reto de un futuro más próspero para Andalucía. Tras este noble objetivo, conocemos toda la producción política de Infante y comenzamos a vislumbrar ahora el ideal moral que propone para los andaluces. Todo lo analizado hasta ahora ofrece una pedagógica reflexión sobre el entorno y la esencia de Andalucía, interpretada por el casareño de manera muy distante al prisma fatalista o del tópico romántico, siempre dentro de su opción tendente hacia un pensamiento utópico.

El cuento y, en general, el análisis integral que realiza Blas Infante podría asociarse también a otros pensadores. Tal es el caso del geógrafo, anarquista y naturalista Piotr Kropotkin, el cual, en su libro *El apoyo mutuo: un factor de evolución* (1902), defendió la existencia en la naturaleza de otras realidades más allá de la lucha por la supervivencia: del más apto —o el más fuerte— en la disputa por la evolución. Su teoría apuesta por

271 B. Infante, *La Dictadura Pedagógica...*, op. cit., p. 148.

272 Página del manuscrito: 53.

el hecho de que dos o más seres llegan a trabajar juntos para alcanzar objetivos comunes, beneficiándose todos. Un mutualismo ejemplificado en diferentes especies fruto de un análisis científico que intenta explicar la evolución desde la puesta en el centro de las necesidades humanas y, lejos del individualismo y la competencia darwinista, como expresión de unas relaciones básicamente dominantes²⁷³. Una muestra más de la heterodoxia infantiana, siempre difícilmente encuadrable en una única escuela de pensamiento.

En idéntica línea discurre el relato de la doctrina pimargaliana, donde la naturaleza formará parte de la asociación, del pacto. Así, los derechos naturales, también bajo la percepción de Proudhon, son parte de un concepto moral que exige energía para materializar un «contrato sinalagmático» desde el que se favorece una relación en un doble sentido: en beneficio de las dos partes, y una de ellas la naturaleza acorde con los humanos, «Nosotros por la federación buscamos la verdadera unidad, la unidad en la variedad, que es la unidad de la naturaleza; no es esa unidad que buscan nuestro adversarios, que no es más que una uniformidad degradante, enemiga de toda espontaneidad, engendradora y fautora del despotismo»²⁷⁴.

6.4. La filosofía masónica de Blas Infante

Es atrevido por nuestra parte abordar la interpretación masónica del cuento mediante un epígrafe diferenciado. La unidad que representa la narración hace complicado diferenciar las interpretaciones filosóficas, la espiritualidad, las convicciones sociales... en la medida en que el conjunto forma parte de un todo tan singular como coherente. Sin embargo, incluso si el lector pudiese percibir cierta repetición de argumentos en nuestro análisis, hemos considerado necesario abrir el abanico temático recogido en el índice para facilitar una mayor percepción sobre la riqueza que esconde la obra y, de otra parte, demostrar la interrelación de sus elementos. Igualmente, no dejamos al margen nuestra intención, dar a conocer aspectos o enfoques novedosos en la biografía y pensamiento del, por aquellos años, notario de Isla Cristina.

273 A pie de página en su libro *Cuentos de Animales*, Infante cita autores como Brehm, Hanz o Bucher (esté último a través de su obra *Vida psíquica de los animales*), que han estudiado la presencia de conductas gregarias y solidarias en ratones y hormigas.

Los inéditos clasificados por Iniesta como AGB en su citada obra (44 páginas) ocupan una recopilación de «datos científicos y literarios sobre palmas, golondrinas, cigarras (de nuevo), caballos, toros, abejas, ratones (otra vez) y también rosas y jacintos». Datos que hacen al mencionado autor concluir que se trata de apuntes para un nuevo cuento (E. Iniesta, *Los manuscritos...*, op. cit., pp. 54-55).

274 Pi y Margall, «La Federación», *El Guadalete*, 8 de noviembre de 1868.

Escapa a las intenciones de esta investigación discernir alrededor de qué elementos priman más en el seno de la filosofía vital de Infante. Sin embargo, no nos cabe duda que, con la excepción que vamos a comentar, poco se ha comentado sobre el aspecto masónico del ideólogo andalucista. Quizás otros especialistas en un futuro no muy lejano puedan asumir esa ingente tarea valorando la importancia de unos u otros aportes a su doctrina. Por nuestra parte, conscientes de las limitaciones de este estudio, nos mostramos convencidos de su heterodoxia y de su sincretismo. Al margen de lo que aquí venimos defendiendo, la historiografía infantiana con sensatez ha dado mayor prioridad a un enfoque político que a su obra iluminista. Sería de justicia, pues, incorporar esa espiritualidad a la interpretación intelectual de Infante como un componente más de su vocación por la utopía andaluza. Pero prosigamos con nuestro análisis.

Señala Estanislao Naranjo en el único trabajo monográfico dedicado a la relación de Infante con dicha «hermandad de constructores», «la Masonería es una Hermandad iniciática, ritualista y esotérica que pretende la Perfección de sus miembros y el desarrollo de la Humanidad»²⁷⁵. El autor citado, nieto del notario, realiza un planteamiento desmitificador de la fraternidad masónica analizando la importancia de sus ideales, para desvelar los significados que Infante atribuye a los símbolos de Andalucía y los situados en su casa de Coria del Río. Defiende así la pertenencia a la masonería en el momento de escribir su *Ideal Andaluz*, no tanto por la documentación localizada, sino sobre la base de los primeros compases del citado libro, ya que, como señala, su comienzo «tiene la estructura y terminología de una plancha masónica»²⁷⁶.

No nos resistimos, por tanto, a aportar a nuestro trabajo algunas de las frases que guardan relación con los párrafos que analizamos extraídos de la citada obra: «Ideal de Vida (sic). La Vida (sic) es lo Relativo (sic) caminando a lo Absoluto (sic) en el vehículo de la Forma (sic). Cuando obra perfección, adelanta en el camino que conduce al fin. En definitiva, solo triunfan los perfectos; y todos los seres

275 E. Naranjo Infante, «Masonería: camino del equilibrio y sentimiento religioso. Blas Infante y la Masonería»..., *op. cit.*, pp. 253-270.

276 Más concretamente, en su capítulo primero: B. Infante, *Ideal Andaluz*, Sevilla, Centro Andaluz, 1916; a través de sus reediciones: Madrid, Tucar, 1976, pp. 41-43; Sevilla, Fundación Blas Infante-Consejería de Cultura, 1982 y 1994, pp. 13-15; Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2016, pp. 101 y 102.

Cabe anotar que Infante ya venía realizando también algunas colaboraciones en las cabeceras andalucistas a modo de disquisiciones filosóficas que desvelan algunos significados sobre lo que entendía sobre conceptos tales como: energía, materia, tiempo, vida y muerte. En buena medida su reflexión mística no solo será una constante en su vida, aunque sus lógicas no se alteran (B. Infante, «Fantasías sobre el Radium», *Bética*, (47-48), 15 de diciembre de 1915, pp. 6 y 7).

sienten su destino con el triunfo de su esencia. El Proceso Total (sic) se descubre y comprende al apreciar el desarrollo parcial de cualquiera de sus manifestaciones, regidas todas por la Ley que, en la variedad, mantiene del Universo (sic) la Soberana Armonía (sic). Savia de perfección es la Lucha (sic) (...) La Vida (sic), pues, tiene un ideal absoluto: la Eternidad (sic) y un ideal próximo: la relativa perfección; y una base de inmediata defensa: la conservación de la perfección y la vida ganada. Al primero, responde el destino que sienten los seres; al segundo, y a la última, hasta que se llega a ser hombre, el instinto que a la lucha por el triunfo y por la vida los arrastra».

Ahora bien, en sus intensos estudios sobre los manuscritos inéditos del notario casareño, Enrique Iniesta aprecia signos de la vinculación de Infante con la Sociedad Iniciática, pero es el catedrático Álvarez Rey quien la documenta²⁷⁷. Cabe reconocer la evolución en este aspecto de Iniesta, por cuanto llegó a negar en un primer momento, y a aceptar más tarde, lo que finalmente se demuestra, aun con las puntualizaciones que vamos a exponer²⁷⁸. Los avances en la historiografía y la publicación de estudios con nuevas fuentes historiográficas ofrecen licencia para dicha rectificación. Incluso pese a abordarse con anterioridad la temática a través de estudios específicos sobre la masonería en la provincia de Huelva y, más en concreto, sobre la logia Redención nº 16 que comentaremos²⁷⁹. No obstante, entre los listados alfabéticos publicados de socios sobre la misma no existe referencia al notario. Eso sí, la fraternidad a la que parecía vincularse Infante como un hermano más en Ayamonte figura entre las más activas y numerosas de la provincia. Incluso entre las de mayor contestación crítica. Hasta el punto que algunos de sus hermanos fueron detenidos en 1926 por llevar en el ojal de la solapa un botón con el lema «Patria y República»²⁸⁰. La etapa *primorriverista* será contemplada como años de renacimiento de la masonería onubense, contrariamente al estancamiento y a la decadencia que supone la llegada de la Segunda República, tiempo este que carac-

277 L. Álvarez Rey, *Aproximación a un mito: masonería y política en la Sevilla del siglo XX*, Sevilla, Ayuntamiento, 1996, pp. 274 y 334-335.

278 En concreto, negada su filiación masónica: E. Iniesta Coullaut-Valera, «¿Era Infante masón?», *El País*, 12-VIII-1986 (especial en el 50º aniversario del fusilamiento de Blas Infante). Precisamente, su afirmación fue realizada tras consultar el Archivo Histórico en Salamanca (hoy Archivo de la Guerra Civil) y no hallar dato alguno al respecto. «Diez años después» apreciará la cuestión, citando al profesor Álvarez Rey en su obra de 1996 (E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, Granada, Consejería de Relaciones con el Parlamento-Atrio, 2003, pp. 162 y 163, así como 249-254).

279 M. A. Sampedro Tabalán, «La masonería en Huelva durante el siglo XX (1900-1936)», en *Huelva y su historia* (3), 1990, pp. 505-601.

280 Loc. cit., p. 514.

terizará a dicha logia ayamontina por una regularidad plasmada en un constante goteo de solicitudes para la iniciación.²⁸¹

Así pues, pese a la ausencia del nombre entre el listado de hermanos, todo parecía apuntar a una cierta vinculación del andalucista con la institución filantrópica del municipio fronterizo andaluz. Cuestión que quedaría acreditada con la localización de la reseña del discurso pronunciado por Infante en el acto de consagración del Templo de la Logia Redención n° 16 de Ayamonte (Huelva) el 9 de agosto de 1925, la cual reproducimos:

» *Discurso del Querido Hermano de los Valles de Isla Cristina, Blas Infante: Invitado por el Gran Maestro usó seguidamente de la palabra el hermano Blas Infante. ¡Delicada y bella oración la suya...! Durante unos minutos la emoción de la belleza estética ganó todas las almas, y al conjuro de la voz augusta del orador vibraron los corazones. Este Templo habla bien alto de vuestra religiosidad. Conservadla y acrecentadla y, hasta si es posible, ayudad a la necesaria purificación de ese concepto, harto desprestigiado. Religiosidad equivale a volver a ligar, a renacer, y el mundo está necesitado de nuevo alumbramiento. Cada hombre debe, cultivando su propio jardín, nacer cada día, porque, del hombre así purificado, surgirá la sociedad redimida y libre. Las ideas son fecundas en cuanto se traducen en obras, y no hay realización total de los principios en tanto no pasan a la categoría de actos. La reforma individual precede siempre a la reforma colectiva; constituye su base, la célula indispensable sobre la cual se estructura, por yuxtaposición de otras análogas, el cuerpo y la organización social. Glorifico a Dios en la inteligencia del hombre. Ella es el eco de la suprema voluntad, y mientras más cribada y purificada la inteligencia, mayormente se aproxima el hombre a Dios. Un sentido religioso de la vida, incluso un sentido místico, incorporará a las costumbres sociales los indispensables atributos de la felicidad, y el gobierno será entonces rectorado de los pueblos, y la paz, amor, y la riqueza, aportación colectiva en la que cada uno tenga su derecho ajustado a su necesidad. Saludo vuestra obra, que me parece de íntima depuración, y espero que de ella saldrá diariamente el recién nacido de una conciencia que, jamás satisfecha con sus progresos, por el sacrificio y el estudio se renueva*²⁸².

281 No parece casual pues que el rotativo local de Isla Cristina se haga eco de la muerte del secretario del Gran Oriente Español, José Lazpusa. Noticia esta que se justifica en esos años dictatoriales con el recurso al «deber de informar», aclarándose a continuación «sin pertenecer a ella» (*La Higuera*, 11 de marzo de 1929, p. 1).

282 Archivo Histórico Nacional de Salamanca, Información Reglamentaria de la Gran Logia Simbólica Regional del Mediodía de España, núm. extraordinario de agosto del año 1925, Tipografía Minerva, 1925, pp. 15-16. Citado en L. Álvarez Rey, *Aproximación a un mito...*, op. cit., pp. 74-75.

De cualquier forma, este relato, tan evolutivo como esclarecedor, lo sigue coronando en profundidad el profesor Álvarez Rey. Según él, «no es extraño que en el artículo al que te refieres [Sampedro Tabalán] no se cite a Infante como masón, no solo por la fecha de publicación; también porque Infante, que yo sepa, no pertenecía a ninguna logia onubense, sino a la “Fe y Democracia nº 22” de Sevilla, perteneciente a la Gran Logia Española de Barcelona, incluso durante su estancia en Isla Cristina»²⁸³. Es más, apunta como dato inédito que Infante entra en contacto con la masonería hacia 1915, cuando le invitan a disertar sobre el *Ideal Andaluz* en la logia Isis y Osiris (taller de Martínez Barrio), según consta documentado en su libro de actas. No es de extrañar, pues, la presencia del notario en una tenida (encuentro) de la fraternidad ayamontina dado que en actos como consagraciones de templos, banquetes solsticiales, veladas fúnebres, ceremonias de adopción de «lowetones» (hijos de masones), visitas de autoridades de la Orden, etc., lo más habitual era invitar a hermanos de otros talleres, pertenecieran o no a la misma Obediencia o Federación. Incluso en reuniones o tenidas ordinarias era tradicional la presencia de hermanos de logias o de otras obediencias (en el lenguaje masónico, «visitadores»). Además, en las «tenidas blancas» podían participar, previa invitación, personas que no fueran masones, generalmente esposas, familiares o amigos de los miembros del taller. Como vemos, una realidad menos oculta y secreta de como se la suele presentar, o suponer, en muchos casos.

Precisamente, Álvarez Rey, en su obra sobre la masonería hispalense, cita una definición de masonería realizada por la citada logia que nos ayuda a contextualizar el perfil que abrazan los hermanos de dicha institución: «Un masón debe ser, en todo, un verdadero hombre moral, honrado, de rectas costumbres, de amplia conciencia del deber, inteligente, estudioso, amante del camino que abraza, enamorado del Progreso y ejemplarísimo en la vida profana para que en todo instante pueda dejar entre los hombres la sensación ineludible de superioridad y alteza individual a la que le ha llevado la línea recta de su bien asimilado masonismo»²⁸⁴.

283 Agradecemos al catedrático Leandro Álvarez Rey, de la Universidad de Sevilla, los datos facilitados para aclarar el asunto. Infante, además, no cuenta con expediente masónico en el Archivo Histórico de Salamanca (cosa, por otra parte, nada excepcional) y la documentación conservada de la «Fe y Democracia nº 22» es escasa y está mezclada con la de «Fe y Democracia nº 10», perteneciente al Gran Oriente Español (GOE). Su relación con dicho taller puede rastrearse a través de la documentación interna del mismo y de la existente sobre varios amigos, miembros también de «Fe y Democracia 22», como Pedro Vallina, Justo Feria, Carlos Cuerda, etc.

284 L. Álvarez Rey, *Aproximación a un mito: masonería y política...*, op. cit., p. 159.

6.4.1. Cuestión social y masonería en Blas Infante

Sabido es que, en paralelo a la emergencia de las ideologías y organizaciones de izquierda durante el intento por consolidar el Estado liberal, la economía agrícola acusó un agudo proceso de pobreza. La liberalización del mercado laboral, la desamortización eclesiástica y civil, la desaparición de instituciones que amparaban el trabajo gremial y protegían a sus asociados, la implantación del voto censitario... fueron aspectos que, además de marginar a determinados sectores populares, les condena a la marginación de sus derechos políticos. Todos estos aspectos no solo catalizan el interés proletario y jornalero por aquellos movimientos que aspiraban a un nuevo y más justo orden social; empujaron también a la masonería a participar de una preocupación finisecular alrededor del progreso y la transformación de individuos y sociedad. Puntos estos últimos coincidentes con el optimismo filosófico de la asociación espiritualista a partir de sus rasgos característicos: «la fe en la bondad innata del hombre, la capacidad liberadora de la ciencia en cuanto portadora de la abundancia, felicidad y de armonías universales y que sus miembros se consideren herederos de la revolución francesa y de la ideología liberal»²⁸⁵.

Aquel modelo de nueva sociedad a la que aspiraba la orden masónica no podía entenderse sin la dimensión social, política y económica a la que se debe y se quiere transformar con su propuesta. La institución filosófica y filantrópica, dedicada a un marco reflexivo y teórico, abogaba por la perfección moral de sus hermanos, así como por un pensamiento racionalizador y ético de la vida pública. Por ello, no podían permanecer al margen de la política. Ese ideal para modificar el entorno circundante fue el estímulo para su participación activa en los procesos sociales. Tras el fracaso del Sexenio Democrático (1868-1873), muy especialmente tras el intento fallido de la primera experiencia republicana, la apuesta por un régimen democrático, moral, igualitario y laico acercó la masonería a la necesidad de un proyecto de modernización social y política del Estado.

La masonería se sumará así a las aspiraciones reformadoras derivadas de la crisis del 98, motivada además por la existencia de elementos culturales comunes. Entre ellos, su apuesta por generalizar la educación como proyecto para la transformación de hombres y mujeres, íntimamente unida a la idea de progreso social. Junto a la dignificación del trabajo humano y el equilibrio de los desajustes socioeconómicos, su idealismo fraternal reclamará una mayor formación como instrumento de perfeccionamiento

285 A. González Fernández, «Masonería y modernización social: la transformación del obrero en ciudadano (1868-1931)», *Bulletin d' Histoire Contemporaine de l' Espagne*, (32-36), 2003, p. 91.

personal y colectivo y, con él, el laicismo como posición crítica hacia la presencia de la Iglesia católica en el sector público desde el respeto a la legítima opción individual. No tanto por anticlericalismo, sino por la responsabilidad histórica que en España posee el nacional-catolicismo como relato de una institución caracterizada por el fanatismo, la intolerancia y, por tanto, causa del atraso de individuos y pueblos. De ahí buena parte de la crítica infantiana a la labor histórica de la Iglesia «católica, apostólica y romana» en España, y no tanto por sus valores evangélicos.

En contraposición a esa postura crítica que hace posible un cambio de mentalidades, la construcción del «Gran Templo del Universo» transita por un cambio de las sensibilidades —de las tradiciones en general y, de ahí la persecución a los zorros, por ejemplo—, alumbrando un nuevo comportamiento personal y colectivo. Es al pueblo mitificado a quien compete la regeneración del país como fuente de virtudes y, en esa misión, la masonería reclama su papel²⁸⁶. Aunque dicho interés fue acogido de forma desigual entre las diferentes logias, para el perfeccionamiento de sus hermanos se incluirá entre sus objetivos formativos el abordaje de la cuestión sociopolítica. De igual forma, esta estrategia de aproximación comportaría a su vez una mayor presencia de los sectores populares en la masonería. Hecho que podría justificar la presencia de Infante en la tenida ayamontina para presentar sus tesis andalucistas. Incluso, justifica el catedrático, el alto número de masones en la legislatura constituyente durante la Segunda República. Cuestión esta que, cabe recordar, posibilitó por acuerdo de los «diputados hermanos» el rechazo al suplicatorio por el ministerio fiscal del Tribunal Supremo para procesar a Ramón Franco con motivo de las acusaciones derivadas del Consejo de Guerra sobre el supuesto Complot de Tablada²⁸⁷.

La armonización de los intereses entre capital y trabajo a la que aspira la masonería, lejos de una enseñanza orientada hacia determinada percepción partidista, transitó ajena a la lucha de clases y la huelga revolucionaria, sin dar la espalda por ello al malestar del movimiento obrero y jornalero. Así, se insistió en el fomento de actividades de socorro mutuo y las de carácter cooperativo como instrumentos para dignificar el trabajo como actividad básica de la persona, asignándole una función pedagógica y

286 Afirma la investigadora González Fernández que cualquier cambio era concebido como una alternativa reformista que evitase un proceso violento (A. González Fernández, «Masonería y modernización social...», *op. cit.*, p. 94). Puede consultarse, además, J. A. Ferrer Benimeli, «La masonería española y la cuestión social», *Estudios de Historia Social*, (40-41), Madrid, 1987, pp. 7-47; así como A. J. Valín Fernández, «La masonería y el movimiento obrero: imagos e ideas para una reflexión teórica», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, (23), 2005, pp. 23-63.

287 M. Ruiz Romero, *El bulo sobre el Complot de Tablada. República, Blas Infante y Andalucía Libre*, Córdoba, Almenara, 2018, pp. 166-169.

emancipadora que representaba, a su vez, una remuneración justa y adecuada a sus necesidades. Alcanzar dicho equilibrio entre ambas fuerzas apuntadas que intervienen en la producción significaba también el rescate de una paz social y la propuesta de una dimensión comunitaria basada en la dignidad y la emancipación humana. En la lucha entre tradición y progreso, el burgués representa el pasado frente a un porvenir obrero al que la masonería ayudaba a mostrar sus derechos y al patrón sus límites sin necesidad de alterar el orden establecido.

Proyección cooperativa y ayuda mutua que poseen ambas gran importancia en la doctrina del *Andalucismo Histórico*, al menos, durante las dos primeras décadas del siglo XX.

Igualmente, cabe señalar que durante sus reiteradas estancias en Casares y Manilva, el andalucista mantiene estrecho contacto con la masonería del Campo de Gibraltar. Concretamente, con el casareño Antonio Gil Ruiz, alcalde de La Línea de la Concepción durante el bienio reformista de la República por el Partido Radical Socialista, hermano venerable perteneciente a la Logia Acacia nº 68. Igualmente, con Mauricio Ortega, teniente de alcalde de la misma localidad una vez instaurado el régimen republicano, miembro de la logia «Autonomía» y durante varios años presidente del Centro Regionalista Andaluz de Casares. Ocurre lo mismo con Francisco Sala Pérez, alcalde de Casares en abril de 1931, primo hermano de Infante y miembro del Partido Radical Socialista²⁸⁸.

6.5. La masonería en el cuento

Si aludimos a la dimensión masónica del *Padre de la Patria Andaluza*, según nominación del Parlamento de Andalucía en abril de 1983, abordaremos ahora los aspectos más específicos que, en el cuento, se encuentran vinculados a dicha institución filantrópica²⁸⁹. No obstante, reiteramos que no todo el relato y las interpretaciones que de él puedan derivarse deben estar exclusivamente asociados a dicha dimensión, dado que es complejo discernir entre una temática u otra.

288 Ya a finales del siglo XIX un familiar lejano del andalucista, Juan Infante, abogado y futuro magistrado en Cádiz, perteneció a una logia en La Línea de la Concepción en la que se inscriben muchos casareños. Nuestro agradecimiento a Benito Trujillano, investigador y cronista de Casares, por facilitarnos dichos datos.

289 Se reitera la nominación una vez se inserta en el Preámbulo del Estatuto de Autonomía para Andalucía de 2007. No obstante, el 2 de julio de 1981, reunida en Sevilla por décima vez el plenario de la Junta de Andalucía preautonómica, ya en la recta final del devenir estatutario, se aprueban los fondos para el plebiscito estatutario junto a una declaración en favor de Infante como *Padre de la Patria Andaluza*. Del mismo modo, el Congreso de los Diputados le reconoce con dicho decimonónico título a través de una proposición no de ley de su Comisión Constitucional aprobada por unanimidad (exp.: 161/001364, *Diario de Sesiones* de 20 de noviembre de 2002, pp. 20517 y siguientes).

Si bien no parece que fuese a ser publicado tal cual, observamos una presumible estructura de plancha fabulista (también llamada simbólica o social). La plancha es una reflexión masónica escrita para ser presentada en alguna tenida entre hermanos masones. Su carácter fabulístico viene conferido por la utilización de un animal para extraer de sus actos conclusiones y aprendizajes, posibilitando así la comprensión de su filosofía. Puede considerarse también como una gramática metódica: una exigencia para ir ascendiendo en grados dentro de dicha sociedad o taller. En el ejemplo analizado, sabemos de la presencia de algún Dimas en la vida de Blas Infante durante su estancia en Isla Cristina; sin embargo, como ya hemos advertido, carecemos de referencias documentales para conocer la veracidad de los hechos acogidos en el cuento. Ni siquiera de algún pasaje concreto más allá del encuentro casual. En este caso, las clásicas fotografías que documentan su presencia doméstica. No obstante, todo indica que su contenido parte de la propia vivencia de quien escribe, a partir de lo cual reflexiona sobre su propia espiritualidad.

Las referencias al movimiento conforman una de las esencias masónicas. Son constantes las referencias a un Dios que realiza, «perfecciona», «vuelve a hacer» y al orden que todo posee. Aquel que hace que el mundo le sea extraño a quien escribe de manera que «cada instante es un hecho nuevo de la vida»²⁹⁰. A diferencia de la teología cristiana, judía o musulmana donde el mundo está construido por Dios a partir de la nada y de una forma perfecta y permanente (inmóvil); la creación aparece ahora como concepto dinámico y sinérgico, permanece y sigue existiendo en la medida que como movimiento continuo no descansa. Concepto reiterado en diferentes ocasiones en nuestro cuento. Por tanto, contrariamente a lo que ha defendido la teología, la creación no es estática sino dinámica, siendo una de las leyes que rigen el cosmos como conjunto ordenado. Es el demiurgo una entidad que, siendo su creadora, es impulsora del universo. Tanto la filosofía platónica como la gnóstica apelan también a esa idea como concepto de organización y unidad permanente. Todo fluye, dirá Heráclito. Esta renovación constante, su dinamismo —y las posibilidades con las que se invita a los seres vivos, añadimos nosotros—, es otra de las normas cósmicas. Bajo esta interpretación, es el demiurgo o el artífice del alma platónica, autor e impulsor del universo según la filosofía gnóstica, quien traslada o copia el mundo de las ideas (perfectas) a la materia (imperfecta). Quien lo construye como principio activo configurador de la materia y su orden. La Cábala, pues, entendida como disciplina de pensamiento esotérico, buscará definir la naturaleza del universo y la persona en función de los propósitos de la existencia y, a su vez, como método, invita a la comprensión de conceptos para el crecimiento espiritual. La Cábala perfecta es justo lo que el creador —Dios— diseñó.

290 Página del manuscrito: 5.

Al igual que el zorro tras su suelta, es muy probable que a Infante le invadiera una sensación de soledad ante una sociedad que no le comprende pero en la que, sin embargo, está obligado a permanecer. A dedicarse y esforzarse con ella y por ella, en el sentido más filantrópico de la palabra. Pese a todo, esa sensación de aislamiento y, por ende, apatía y desaliento en muchos casos, es la que justifica y explica en buena parte la comunión con los animales que nos presenta la fábula. Más por parte de los de dos patas, «bípedos», que desde los de cuatro: unos y otros, en ambos casos, animales todos. Constructores y arquitectos todos de una fracción particular de universo que, no por mínima poco importante, despreciable o innecesaria. No en vano, *masón* significa *albañil*.

Las alusiones al concepto «verbo» significan energía. Manifestaciones del movimiento dirigido por parte del Gran Arquitecto. Ante la liberación del animal, el texto invoca la experimentación del «placer infinito» de la libertad completa; con la reserva apuntada de que, si muriese por falta de adaptación, las fuerzas aprisionadas en él se reencarnan motivadas por dicho verbo en su especie. Se trata de una llamada a la esencia consciente del ser eterno y, como tal, vive y permanece a través de la reencarnación. La masonería cree en la reencarnación, de ahí que se considere herramienta para el progreso generacional y la humanidad. Precisado esto, es a la muerte cuando la naturaleza se reestructura en su fluir constante. Por tanto, existe alguna señal trascendente y de orden superior —así se explicita repetidas veces en la narración— más allá de la materialidad del cuerpo que aprisiona a los seres vivos.

Frente a la transitoriedad y limitación del hecho biológico, se contraponen la eternidad y la evolución del espíritu. Los masones, además de la ya citada reencarnación, creen, como los platónicos, en la transmigración de las almas. Cuestión esta que, aplicada al cuento, resulta presente en el paralelismo entre la vida prisionera a la que es sometido el zorro por Infante y la reclusión de sus fuerzas e instintos en la materialidad del animal. Pero, en cualquier caso, la expresión «hermano cuerpo», repetida en tres ocasiones en un mismo párrafo parafraseando la oración franciscana, será prisión y tumba a la vez, se afirma, además de hermandad por merecer atención y cuidados²⁹¹. Provocando, sin embargo, la piedad de quien escribe en primera persona, ante quienes en un sentido semejante permanecen en prisiones. Hay quienes subsisten en una cárcel toda su vida aun sin cometer delito, nos parece decir. Existe quien —frente al que no puede serlo— no quiere ser libre nunca. Y

291 El comentario rememora el capítulo XX de la obra *Floreccillas* de San Francisco: «Cómo San Francisco libró a la ciudad de Eugubio de un lobo feroz». Ese diálogo imaginario planteado con el animal evoca también al *Platero y yo* de Juan Ramón (1914).

hay quien ni siquiera se sabe preso; aun cuando la metáfora de la prisión, repetidas veces nombrada, aboga por la necesidad de un equilibrio entre cuerpo, mente y alma²⁹².

Dicho esto, el texto constata otro principio masónico, aunque no solo atribuible a dicha doctrina. Nos referimos a la obligación de trabajar por la humanidad; en favor del bienestar y el progreso del género humano, aunque este valor adquiere una extensión más pretenciosa al aplicarse a todos los seres vivos. La escala mundial, citada también en el escudo e himno de Andalucía, representa una trascendente dimensión filantrópica más allá de la realidad que nos envuelve. Siempre latente y presente como proyección sensible y desinteresada, en tanto es mecanismo de un «nacionalismo internacionalista», como dirá Infante, que no desea involucrarse en veleidades narcisista. Andalucía es un territorio más de todo el cosmos ordenado.

La devolución del zorro a la libertad es el escenario de un sentimiento confeso del autor de la obra, interpretado como amor al animal del que se separa. Un acto de renuncia por amor superando su necesidad de cariño y compañía. Infante evoca la responsabilidad del zorro como ser vivo y la suya propia en la medida que también es animal, solo que urbano. Es decir, una misma naturaleza animal y dos destinos. Tras ese exceso de protección antinatural y doméstica, dirá: «Ahora, a trabajar por Dios; a trabajar por ti, alejado de ti. A trabajar por Dios, en mí y en todos vosotros, animales de ciudad y del monte»²⁹³. Y, tras mirarlo a los ojos, parece descubrir el miedo a lo desconocido por novedoso, por la incertidumbre que produce: «¿Es el terror de vivir?», se pregunta. En definitiva, existir es algo más que supervivencia, toda vez que implica una trascendencia y decisiones que eviten esa muerte interior. Alejado así de las tesis estalinistas donde es la historia quien decide lo correcto y lo equivocado, lo bueno y lo malo; se trata de una continuación directa de la idolatría que defiende Robespierre respecto a la posteridad que implica el futuro. El polo opuesto a la posición de Marx, quien afirma que «la historia no es mala ni hace nada. Quien es y hace es el hombre»²⁹⁴.

292 Página del manuscrito: 8.

293 Página del manuscrito: 10.

294 Igualmente, también en la *Tesis de Feuerbach*: «la doctrina materialista de que los hombres son productos de las circunstancias y de la educación y que, por consiguiente, los hombres que sufren alguna transformación son producto de las circunstancias diferentes y de una educación de diverso tipo, olvida que el hombre es quien transforma las circunstancias y que el educador mismo necesita educarse». Notas filosóficas que concluyen en la célebre tesis 11: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo» (citado en E. Fromm, *La revolución de la esperanza*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 19, nota 2).

La consciencia y la conciencia de esta labor aflora, toda vez que el ser forma parte de la comunidad y fluye hacia una perfección interna que invita a trascender del mundo: «como el zorro, yo necesito liberarme en mi mundo»²⁹⁵. Tras él, y en libertad, se sitúa el goce de partir a la hora de ser consciente para percibir la evolución y los cambios interiores, como transiciones hacia procesos de mayor espiritualidad. Siempre habrá un «ser interior» que, más allá de la paz y la amistad, tal y como recoge el texto, será siempre anhelo de avance y búsqueda hacia una unidad cósmica. Es decir, hacia la unidad con «Dios». Como venimos defendiendo, dicho concepto supera una confesión determinada, corriente de pensamiento o filosofía. Cabe interpretarla como panteísmo krausista. Es decir, todo está en Dios, conciliando así el panteísmo hegeliano con teísmo kantiano: un ideal utópico de humanidad.

Se trata de un proceso activo y constante siempre, que surge por decisión propia y que invita a la búsqueda activa de la autoperfección a través, primero, de la formación. Iluminación que, como travesía, es tan intencionada e individual. A su vez reencarnación y, por tanto, soportando una cierta carga de angustia comprensible y asumible: «¿Valdrá algo ese anhelo para avanzar hacia la unidad?», se cuestiona²⁹⁶. Pero pronto brota la respuesta como propósito «infinito» que anima la existencia y empuja a «ser mejor» aceptando el rechazo a unos sujetos denominados ahora como «animales montunos». Calificando a esa emoción, incluso como odio, se considerará ahora que, gracias a su amor infinito hacia aquellos, vendría a prolongar o desplazarse hacia todos los hombres «sin distinción de amigos y enemigos». De nuevo ese espíritu franciscano por el que se vive para y por todos los seres. Es a partir del cual donde se percibe un cosmos, simbolizado por el rojizo planeta marciano, entre otros que rondan los cielos²⁹⁷. En definitiva, es el amor a la creación y su dinámica evolutiva lo que une y nos hace amar un cosmos —aparentemente— envuelto en el caos.

■ *Este querer mío quiere ser por ser. Es de salvación de mi zorro de entre los peligros del monte; es de redención de los hombres de entre los peligros del tránsito. Es querer de salvación, pero no de salvación propia; no del propio ser sino del ser de los demás, del ser de todos fundidos, hombres, animales, plantas y estrellas, en un amor por ser*²⁹⁸.

295 Página del manuscrito: 15.

296 Página del manuscrito: 16.

297 La referencia a Marte como planeta podría contener además una velada alusión a la mitología romana como deidad de la guerra, de la pasión, la violencia y la victoria en las batallas.

298 Página del manuscrito: 19.

A diferencia de lo que Infante denomina «*místicos antiguos*», los cuales solo buscaban su propia salvación tras su propia muerte, en esta ocasión, su idea de «Eternidad» (sic) lo es en función de los demás como opción colectiva. Percepción esta que crece al paso de los milenios como un querer, no tanto hacia algo que vendrá, sino por lo que es y sucede. Amor lo denomina, a modo de salvación que, como especifica constantemente el texto, no es particular, sino el «ser de los demás (...) fundidos». Es decir, «hombres, animales, plantas y estrellas, en un amor por ser». En otras palabras, no solo toda la realidad es una, sino que no puede considerarse aisladamente ninguna sin el resto. Como observamos, el relato contiene pasajes de una elevada reflexión filosófica valiéndose de la experiencia del zorro; en realidad, para exponer el autor el desarrollo de su propia evolución interior que dibuja el cuento: «a través de Don Dimas la naturaleza había obtenido en mí, sino un objetivo, por lo menos un resultado de mayor bondad; quizás de mayor inteligencia, se considere o no este resultado como un avance o mejoramiento»²⁹⁹.

Tal y como hemos advertido, la caza del zorro era habitual en algunas zonas de Andalucía. El uso de dichas vivencias animalistas convierte a una narración que esencialmente pivota sobre percepciones espirituales en un relato atractivo lleno de dramatismo y cercanía. Infante, que no suele ser muy emotivo en sus escritos, se revela ahora sensible cuando el animal se convierte en otro miembro de la familia. Tanto sentimiento quedará resumido en las frases que puntualmente sirven de síntesis a las diferentes circunstancias. El texto recoge así tanto corazón como espíritu, y eso, lo aleja de una exposición doctrinal fría que limite su comprensión. Es más, el cariño del notario manifestado en el inédito no tiene parangón en su obra. El recurso de utilizar al inocente Dimas como personaje central del cuento es un pretexto, muy probablemente en muchos extremos imaginarios (de ahí su título: «Recuerdo»), para a continuación intercalarse con pasajes, cuanto menos, muy probables. La totalidad de la redacción se estructura bajo una secuencia cronológica sobre la que señalamos que se trata más de un apunte del día en el que se arranca o prosigue la escritura que una datación exacta sobre la fecha donde tienen lugar los hechos descritos.

Los diferentes puntos de vista que acoge la narración suponen el recurso utilizado por el autor para exponer un proceso de evolución interior e integrar las aspiraciones de quien redacta. Infante se proyecta en don Dimas como mecanismo de superación de sus soledades isleñas, obviando para ello su inmediatez profesional y familiar. Para el autor el texto es un ejercicio de dar vida a los «antepasados» que lleva dentro del «alma». Tal y como ocurriese con Dimas en su reencuentro con el campo una vez sus pies se posan en el monte. Un «espasmo» desperezador tras superar unos instantes

299 Página del manuscrito: 22.

«pasmado» le moviliza —se dirá— hasta el punto de desatender los silbidos que le reclaman³⁰⁰. Se había despertado su instinto animal y, con él, sus ganas de libertad.

De otra parte, el cuento parece guardar insinuantes sugerencias al mito platónico de la caverna, como fábula necesariamente vinculada en su simbología a la sociedad masónica. Si bien Heráclito vinculó el fuego al origen y fin de todos los elementos creados, Platón explicó cómo debía el ser humano salir de una caverna por medio de la luz como fuente de toda verdad y virtud. La invocación a aquel diálogo se realiza ante la confusión interior que a Dimas le produce su intenso bienestar ante ese aparente dominio del mundo. Los múltiples requerimientos del mismo, «surgidos en tropel», desordenadamente, no permiten al animal adivinar sus preferencias alusivas a esas sombras proyectadas y figuradas del referido mito. Es necesario un ejercicio consciente de discernimiento. En otras palabras, sujetos encadenados a la pared toda la vida, mirando sombras proyectadas acaba considerándolas mundo real. Es el peligro que invade al zorro a la hora de creer que todos los humanos son bondadosos. En su dimensión antropológica, la alegoría filosófica trasciende al mundo en su realidad más material, cambiante y tangible a diferencia de la inmutabilidad perfecta del ámbito de las ideas. Nos indica el instante donde superada la cavidad se percibe la luz de la espiritualidad ante la sombra del mal. Su resultado abruma por cuanto emerge la duda, pero como experiencia que existe, también es deber a la hora de compartir lo vivido. El paralelismo entre la cavidad rocosa y el ámbito hogareño vivido por el zorro es manifiesto, en la medida en que su puesta en libertad es equivalente a la del prisionero platónico liberado que retorna a la cautividad de la que escapó, se apunta. Estímulos y sensaciones que forman ambos parte de un conocimiento fugaz y desconcertante; que tanto invita como oculta a la hora de percibir la verdadera realidad. Siempre la ignorancia será la más atrevida de las oscuridades³⁰¹.

Las referencias a los esquemas «mágicos» sintetizan, como hemos sugerido, una secuencia donde se materializan las necesidades más instintivas de Dimas. De realizarse correctamente esa cristalización será efectiva para el zorro. Solo entonces, con dicho aprendizaje, «jamás» llegaría a faltarle en su porvenir determinadas cuestiones materiales o fisiológicas, como es el ejemplo del «refugio seguro», entre otros.

En idéntico sentido simbólico otros párrafos de la narración se describen de forma más calculada y exacta bajo un formato matemático. Es el caso de la aplicación geométrica con la que se nombra la realidad «animales verticales (...) rectas paredes (...) bocas cuadrangulares...», expresiones todas que manifiestan la disparidad aparente de un

300 Página del manuscrito: 25.

301 Página del manuscrito: 27.

universo que posee unidad y dinámica propia en un «orden infinito de Dios»³⁰². Ante esto, el texto parece evocar de nuevo el mito de la caverna cuando defiende que la «regularidad» no es percibida «por los oídos esclavos» u «ojos miopes» de «espacios estrechos», imperceptibles así por tanto, para «cautivos». Será entonces cuando la realidad es asumida como mundana y los sentidos no ayudan, precisamente, a percibir un mundo «cuadrado» como encrucijada metafórica, por limitado, angular y encajado, donde es imposible apreciar «ritmos lejanos»³⁰³. Hace falta ir más lejos en nuestras interpretaciones. El cuento es así todo un atrevimiento a la evolución, a la autoconciencia, a la valentía... bajo riesgo de quedarnos anclados en la superficialidad de los sentidos, emociones básicas y pulsiones más instintivas. Así, enfrentándose el cuadrado a una esfera de «amplitudes infinitas», la narración parece aludir a la geometría de la naturaleza donde la perfección no camina en relación al edificio, ahora descrito mediante la cavidad que acoge al animal que la penetra, sino por la insumisión a la voluntad de Dios. Es ahí donde cada ser debe aportar su piedra al edificio universal como conjunto que tiende del caos al orden. La idea profunda y lejana de armonía solo se conquista por la «ordenada disposición de infinitas particularidades»³⁰⁴. Cada ser está llamado a jugar un papel en el puzle del cosmos y ahora Blas Infante, al igual que Platón, ha creado a través de su cómplice Dimas su particular alegoría de su filosofía idealista en su intento por guiar a las personas hacia el conocimiento verdadero que representa su mirada emancipadora. El paralelismo entre ambos relatos es manifiesto.

En ese estado de cosas es donde no se perciben ni existen disparidades entre el yo y el tú, «ni distinciones entre formas diferentes». Se evoca el conocimiento como búsqueda de la perfección integrada allá «donde todo es idéntico». No deja de ser casual pues que, tras la escena donde el animal se topa con otro de su misma especie, le siga la minuciosa descripción del «pueblo neolítico». Ese poblado que, justo a la siguiente frase, se rodea de dos palabras muy concretas: terrible y español, entendido como algo genérico y no meramente puntual. Con ellos, la irracionalidad es un sufrir sin Dios al-

302 Página del manuscrito: 52.

303 Más adelante (p. 90), en el contexto del escape que el zorro intenta tras ser descubierto dentro de la casa, se apunta cómo el animal, tras esconderse bajo una cama, parece aferrarse a la vida arrinconado en un ángulo «inerte» de la habitación donde ha querido «convertirse» en dicho «vértice del rincón». Nuevamente, un juego de insinuaciones geométricas que muestran la inocencia de una medida con la que se ejerce el natural instinto de supervivencia.

La metáfora parece recordar la idea pitagórica de que el universo está regido por formas en proporciones armoniosas y que el movimiento de los cuerpos celestes así rige. Ideal que enlaza con la complicidad solidaria persona/animal hasta alcanzar la divinidad de Dios, usando los propios conceptos infantianos. Véase en nuestra nota 259 la obra pitagórica dentro de los libros esotéricos de su biblioteca de Coria.

304 Página del manuscrito: 53.

guno y lo que es peor: la existencia de una vida precaria de donde brotan todo tipo de sentimientos negativos e ignorantes, entre los cuales es imposible que surja el verdadero conocimiento, consciencia y solidaridad. No hay duda que el pensamiento infantino se sustenta sobre una significativa dosis de utopía, así como de una importante perspectiva contraria al pensamiento burgués. Junto a sus propuestas programáticas siempre más concretas, su demanda mítica será siempre la de provocar una revolución del «Espíritu» a través de la cultura, y encaminada a cimentar una norma de conducta ética bajo una cosmovisión panteística y armónica³⁰⁵.

Será esta distinción entre «realidad y el deseo» la que procure un trance equiparable a la distinción entre lo viejo y lo nuevo. Movilizarse es un atrevimiento ya que «dolor equivale a distinguir». El dilema expresado como «balbuceo» en el texto se cita como representación del caos. Dejarse llevar por él es una perplejidad que, como duda, solo nos instala en él. Una vez este se organiza y se integra, su movilización es capaz de distinguir,

305 En un texto editorial que —presumiblemente— bien podríamos atribuir a la mano del propio notario, el primer número de *Andalucía*, presentando el programa del Centro Andaluz de Sevilla, dedica duras palabras descriptivas a los habitantes de la piel de toro para justificar así la propia existencia de la entidad y el exacto mensaje andalucista: «Cada uno de los españoles encuéntrese hoy dedicado al cuidado exclusivo de su casa y de su hacienda. La fuga del combate por el ideal les ha deprimido de tal modo, que hoy temen pavorosamente la lucha por la vida individual. Y por eso, aun en ese cuidado de la vida y gobernación particular, hay tantos mezquinos, desconfiados, apocados, como rústicos temerosos. Ved, si no, los inmensos capitales depositados en los Bancos, como depositaban los rústicos antiguos las monedas de oro enterrándolas en el suelo o emparedándolas en los muros. Ved la rutina gobernando nuestros campos estériles, considerando desconfiada o irónica los dictados de la ciencia; ved el cobarde egoísmo y la estúpida codicia de un grosero primitivismo rural revelándose en la baja especulación de tierras, de granos y de alimentos que regatean de hambre del pueblo paciente; ved las empresas arriesgadas de industrias potentes y creadoras, acometidas sólo por los extranjeros que colonizan el país; ved, en fin, la pobreza espiritual de los españoles, esto es, la falta de españoles idealistas, manifestada en la debilidad de las obras del pensamiento, en la pobreza de la economía nacional, en la sociedad y antisolidaridad de los individuos, de las poblaciones desoladas, en las fiestas, en las distracciones y en las devociones del pueblo...

El espíritu de la mayoría de los españoles, descendido ya a un nivel más bajo que el del Sancho rústico, egoísta, cobarde y receloso. Y aun se considera muy alto. Aún quieren bajarlo más. Aun se dice que el pueblo español es el pueblo de Don Quijote, y con la sátira de ese nombre se pretende detener los vuelos de todo intento y de toda empresa idealista (...) Y es que los españoles de hoy tienen manía de atribuirse a sí mismos los hechos de sus antepasados, excusando así el trabajo propio. Es que no sienten rubor al invocar las sombras augustas, contrastando con la grandeza pasada su pequeñez y miseria actuales. Parecen ignorar que en buena ley de vida, más que para ser honrados, por la gloria de los antepasados, viven los descendientes para acrecer su gloria con sus propios hechos; no ven que sólo sacan de la obscuridad (sic) los nombres de los ascendientes, sus descendientes ilustres».

Y con ello presentar los ideales andalucistas: «Nosotros venimos con tristeza al palenque de la lucha; pero también al decidirnos tomar en él una plaza, hemos experimentado un gran consuelo y una gran satisfacción. No damos por descontado el triunfo, como el hidalgo manchego. Tal vez presuponemos la derrota. Quizás dudemos de la salvación de España y de la resurrección de Andalucía. De aquí nuestra tristeza; pero tenemos fe en el triunfo de la vida y queremos ayudarle, cumpliendo nuestro deber. De aquí nuestra satisfacción» (editorial «Nuestro Programa», *Andalucía*, (1), 1916, p. 3).

descubrir y encaminarse hacia la verdad y la bondad. Crecer siempre será doloroso al dejar atrás la «bendita» ignorancia. Implica desprenderse de creencias arraigadas o falsas y la apertura a nuevas verdades. Las experiencias del zorro como conocimiento representarán así la posibilidad de distinguir y organizar: «se impone a la fuerza», por cuanto realidad manifiestamente cercana o lógica a la que no dar la espalda³⁰⁶. Lo que sucede conviene por cuanto invita al aprendizaje y, en esta experiencia animalista, el autor no se recata en reconocer las transformaciones que los hechos han significado para su persona. La permanencia en la ignorancia de la superficie imposibilita percepciones más tolerantes y amplias, capaces de superar cotidianidad y mediocridad que no representan fielmente la realidad. El rebaño siempre será ciego e inmóvil. Solo la voluntad interior y personal —conócete a ti mismo—, como sintetiza el aforismo griego, es el mejor punto de partida para conocer el mundo que nos circunscribe.

En esta línea, se saluda a la manera romana clásica —«Ave»— a esos innovadores «cuya creación» no tiene principio en el tiempo a semejanza de los inmortales. Aquellos que entre tinieblas o en el amorfo caos recurren al conocimiento para encontrar la fraternidad y, con ella, se asoman al gran arquitecto del universo mediante una voluntad activa y consciente de búsqueda. Son seres que desean evolucionar como ese «Dios peregrino» que viaja por todo y mora en todos, moldeándose entre los «dioses negros» que habitan los abismos. Eufemismo que expresa el equilibrio necesario entre energías vivas, el cual, entre una osada existencia carente de ilusión, empuja —fraguan— para alcanzar la consciencia³⁰⁷. En realidad, precisamos, dioses como seres humanos, una vez que corremos el riesgo de caer en la profundidad de un «ciego caos». Ese caminar o avance consciente creado en la fragua unitaria, cósmica y activa, forma parte de un universo sin finalizar que sigue movido por Dios y del que los seres animales o humanos son parte. La concreción apuntada de la palabra imperativa del singular «Fiat (sic)», como invocación latina y bíblica (Génesis) al hágase la luz, exhorta al imperativo que estimula la voluntad que mantiene en movimiento al universo³⁰⁸. Los «dioses negros» representarían, en la Cábala judía, una contraposición a dioses, digamos blancos, que buscan en medio de esa dualidad la floración de energías vivas alrededor de abismos oscuros; es ahí donde el creador —por el equilibrio entre ambos dioses— alcanza desde el movimiento su camino de perfección.

306 Página del manuscrito: 89.

307 Página del manuscrito: 2.13.

308 Años después, Infante seguirá insistiendo en esa invocación en otras de sus obras: «A estos pueblos locos de cultura originaria y directora de las potencias de lo humano; mediante los cuales, Dios, identificado con el espíritu, dijo desde siempre su incesante palabra creadora: Fiat —creadora de la Historia— «fiat» hacia el cosmos absoluto negador de dolores... hay que reconocerles una autarquía...» (B. Infante, *Fundamentos de Andalucía...*, op. cit., p. 207).

Pero volviendo a las situaciones relatadas en el cuento, la secuencia de los hechos y actos, desde su puesta en libertad hasta el triste regreso al refugio doméstico, ponen de manifiesto el anhelo de afecto como realidad primera y verdadera para todos los seres. El recurso a dicha emoción posibilita que el animal esté más cercano a amigos «bípedos» que de sus iguales y que, a su vez, algunos verticales, como el propio relator, se sientan más unidos al zorro que a otros humanos. Solo el descubrimiento y la presencia de dicha emoción en las relaciones, se concluirá, nos sitúa por encima de unas especies u otras dado que son meros instrumentos para otra labor más elevada y perfecta. Un goce pleno traducido en términos de felicidad. No en vano, la obligación fraternal es la esencia de la propia masonería entendida como una parte o escuela del todo espiritual. Un destino superior y común que invita a caminar hacia el «Eros divino» (sic), como búsqueda de una existencia gozosa a través de un conocimiento superador de confusiones mundanas. Una exhortación a la práctica de la fraternidad como bien en sí mismo, posibilitando integrar en un todo y que produzca un resultado satisfactorio: «unificador y unificante», se concreta³⁰⁹. El amor así, ni es parcial, personal ni interesado: encierra una bondadosa, edificante y solidaria actitud. El estímulo a escuchar la voz de la conciencia es una vía para percibir e incorporarlo a la conducta y el pensamiento. Justo ahí aparece la intuición como recurso y producto —luz— para la introspección y el conocimiento. Un sentimiento generoso e inagotable cuando toda conducta brota desde él, y es capaz de poner paz entre hombres y mujeres y, en el caso de la narración, concordia entre animales de especies dispares y tradicionalmente enfrentadas. Una emoción necesaria e inherente a la naturaleza humana que se traduce en un camino fraternal con el diferente y hacia Dios, considerado el constructor del universo.

El apartado del texto titulado como «Final» parece sintetizar las enseñanzas de la fábula. Muerto de forma natural el animal como lógica de toda existencia biológica, aparecen los interrogantes sobre la trascendencia de lo acaecido. La muerte implica así apagar la luz de los ojos y, con ella, la extinción de la alegría y el señorío que acompañaron al zorro. Características todas de un ser al que se ha considerado parte importante por quien redacta: «Hemos perdido una cosa que era muy nuestra, (sic) más que lo ordinario nuestro»³¹⁰. Sin embargo, la vida que supera —«matará»— a la muerte. Su recuerdo estará presente tan intensamente como si estuviese vivo³¹¹. Es otra manera de que siga presente. Ese yo «íntimo y profundo» soterrado bajo seres superficiales, antiguos y aprisionados, se vuelve conciencia e interroga al lector sobre cuándo podrá

309 Página del manuscrito: 2.29.

310 Página del manuscrito: 2.30.

311 Página del manuscrito: 2.32.

ser liberado tal y como lo ha sido el animal con su muerte. Esas voces interiores se erigen en «oración» para rememorar la divinidad en el deseo del autor del relato para proseguir ese mismo camino³¹².

Entendamos, pues, el comentario fúnebre, no solo la aceptación natural de un final, nunca provocado entre seres vivos, menos todavía por diversión o negocio. Considerémoslo, por tanto, una iniciación hacia otra vida más liberadora de un espíritu que aún se siente preso: «Convertiré todo yo (sic) o todos mis yos, en mi yo (sic) profundo y permanente (...) Convertirse en Dios (sic) esto es reducir los dioses o los yos al yo (sic) de la última interinidad: sacrificar estos pasajeros yos afectivos al yo verdadero y constante»³¹³.

Precisamente, esa muerte nos iguala y, en su superación, permite el paso del iniciado a otro nivel. Nos convierte metafóricamente en lo que se cita como dioses, si nuestras vivencias y conocimientos han sido efectivos. Ante este trance, de la misma forma que se suelta al zorro, también claman por ser libres los deseos internos que nos cuestionan y emplazan hacia la evolución. A diferencia de otros místicos, se anota, no se trataría ahora de convertirse en otro ser, ni de reconvertir todos los «yos», como instancia mediadora entre el ello y el superyó, en uno solo. Más bien, dicha demanda íntima, convertirla en Dios como símbolo desde donde ir descubriendo lo desconocido del ser³¹⁴. Todos los seres sintientes se significan como parte de dicha divinidad y, a su vez, todos los misteriosos pormenores de la vida son participaciones de ella. Alusión psicoanalítica que demuestra la atracción de Infante por estas teorías psicológicas. En este sentido, cabe recordar también que Freud era cabalista judío, y Jung, un esotérico teósofo discípulo profundizador de las doctrinas del primero.

6.5.1. Un guiño al arquitecto universal

Un último apunte, si se quiere anecdótico y curioso, es el dato gráfico localizado en el texto. Nos referimos a las tres cruces que formando un triángulo equilátero rematan la palabra *inquieto*, como cualidad atribuida a Dimas en lo que son los primeros compases del cuento³¹⁵. Cuestión inexistente en el resto de páginas y que consideramos nada casual. Estamos ante un aviso para lectores como guiño de connivencia entre la

312 Página del manuscrito: 2.31.

313 Página del manuscrito: 2.32.

314 Página del manuscrito: 2.19.

315 Página del manuscrito: 3.a. Justo sobre dicha palabra *inquieto* evocando búsqueda constante como actitud permanente.

hermandad masónica. Situado justo en el párrafo donde se describe el proceso educativo al que ha sido sometido el animal, hasta el punto de no morder como respuesta instintiva de su naturaleza y de considerar como un juego a los golpes de castigo³¹⁶.

Signos que representan al ternario. Es decir, todo ser, idea o fuerza simbolizada por el número tres. Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. El padre es la vida, representada por el poder en expansión; el hijo es la palabra creadora, la forma que es y existe junto al espíritu santo, como sustancia y luz, por tanto, infinita. Dicho así, en lo íntimo de cada ser reside la unidad. La coherencia entre pensar, sentir y actuar. Tres puntos invocan en el hermano masón un simbolismo de lo bello, justo y verdadero. La tríada de puntos dibujando un triángulo representa, además, la sintonización del misterio de la unidad, dualidad y la trinidad. En sus diversas interpretaciones, encarna también el punto superior: el Gran Arquitecto del Universo, como origen de todas las cosas, y los dos puntos inferiores, la dualidad del mundo espiritual o terrenal.

Esta abreviatura tres veces punteada aparece también en la *Semblanza* que sobre Blas Infante es publicada en septiembre de 1928 por el decano de la prensa onubense *La Higuera*³¹⁷. La citada sección, en abierto tono elogioso ensalzando virtudes personales, cita a otros notarios, como el castellano Julio Senador o el aragonés Joaquín Costa, como personalidades similares³¹⁸. A su vez, haciéndose eco de palabras de hace quince años en su *Ideal Andaluz*, aplaude en Infante su constancia, dinamismo y fe inquebrantable en su proyecto de liberación personal y colectiva. Se le nombra como

316 Así se cita este último aspecto en la página 2.23.

317 Se firma con el título *Semblanza*, extraído «(de *El Faro de Estepona*)», reproducido en *La Higuera*, 10 de septiembre de 1928.

318 En el índice de la revista *Andalucía* observamos una decena de colaboraciones del también abogado y pensador regeneracionista Julio Senador Gómez, a quien el regionalismo castellano identifica como su ideólogo. Como respuesta a un manifiesto realizado sobre la monarquía por las Juventudes Socialistas, defiende la conveniencia de no insultarla, considerando que «no es finalidad suficiente la guerra contra la Monarquía por considerarla culpable de las calamidades del país, cuando en realidad el culpable es otro muy distinto». Comparando al régimen borbónico con un toro de lidia, considera que las juventudes del PSOE solo entran al trapo sin más, criticando que ese planteamiento no es precisamente el del pueblo. Citado en M. Hijano del Río, Índice bibliográfico de la revista «*Andalucía*» (1916-1920), Sevilla, Fundación Blas Infante, 1992, p. 169; según *Andalucía*, (92), 1-VI-1918, pp. 9-10. Sobre el personaje: J. Senador Gómez, *Castilla en escombros*, Palencia, Diputación, 1992; una recopilación de artículos: J. Senador Gómez, *Castilla. Lamento y esperanza*, Diputación, Palencia, 1992. Igualmente la tesis: A. Fernández Sancha, *El pensamiento de Julio Senador Gómez. Los planteamientos del regeneracionismo castellano*, Universidad, Valladolid, 1999, disponible en http://media.cervantesvirtual.com/s3/BVMC_OBRAS/ff8/711/528/2b1/11d/fac/c70/021/85c/e60/64/mimes/ff871152-82b1-11df-acc7-002185ce6064.pdf, donde se pone de manifiesto la equivalencia de su ideal regeneracionista al igual que Infante, al menos en la etapa previa a la Segunda República y a falta de investigaciones más específicas entre ambos. La biblioteca de Infante en su casa de Coria contiene dos obras del citado escritor: *La ciudad castellana: entre todos la matamos* (Barcelona, Minerva, 1918) y *Al servicio de la plebe. La farsa trágica miseria* (Madrid, Javier Mota editor, 1930).

«hombre de ideas nuevas, progenitor del regionalismo andaluz, captador de cerebros y voluntades». Dicho panegírico desvela interesantes claves que el lector puede adivinar con facilidad. Nombrándole como «pontífice máximo» de luchadores que ponen su grano en la libertad, fraternidad e igualdad, rememora sus actuaciones como sujeto que «ayer enamoraba (...) en la limpia transparencia de un claro ideal y definido». Sin embargo, el autor justifica su actual «silencio» en la vida pública pese a situarle «*en las tinieblas donde hay luz*» (cursivas en el texto original); aun así, dirá, sigue realizando su labor cultural «menos atorbellinada que la anterior y, por lo tanto, más consistente». Lo cual, afirma el texto, no debe entenderse como «su alejamiento de la lucha» dado que «es inconcebible una claudicación» mientras que «Andalucía sigue incapacitada y agonizante». Dicho esto, convencido se muestra de un próximo consuelo: pensar que su retorno será pronto, «cuando desaparezcan las circunstancias excepcionales que todos soportamos».

Sin necesidad de profundizar en exceso en un contenido que creemos desvela un intencionado doble lenguaje, nos interesa en este apartado destacar que el autor del texto lo inicia de la siguiente manera: «Que E.: G.: A.: D.: U.: nos perdone H. Don Blas, el intento por enmarcar en estas pobres páginas a un hombre de su envergadura moral y de su elevadísimo abolengo literario». Es decir, se solicitan disculpas a *El Gran Arquitecto del Universo* para hablar sobre el *Hermano Infante*. Invocación que, además de la complicidad que implica el empleo del término fraterno, se entiende como una muestra de la humildad que caracteriza a todo iniciado. Es más, el texto contiene alusiones a valores como la constancia, el realismo, la sabiduría, el dinamismo, la fe en un futuro mejor, el constante aprendizaje, ... virtudes propias de la hermandad que referimos, complementarias de otras tantas como la ausencia de vanidad mundana, o la huida de halagos mientras tiene lugar el esfuerzo por la superación constante. Perfil laudatorio que arroja diferentes insinuaciones por el que bien puede considerarse al autor y destinatario como iniciados en dicha institución masónica: «hombre de ideas nuevas (...) cuando habla de los hombres que han de defender Andalucía, que han de apostolizarla, excluye su personalidad, la retira de toda personalidad de jefatura (...) Infante no engañaba a los demás, ni siquiera engañarse a sí mismo, el verdadero escultor de su alma (...) el más humilde de los braceros de Casares (...) [que no se parece] a un sabio de estampa...»³¹⁹.

319 «Hombre polifacético, don Blas Infante interesa siempre en cualquier de sus aspectos. Orador templado y elocuente; periodista de combate y doctrina; conferenciante razonador y sugestivo; escritor de elevada alcurmia ideológica y defensor de sus principios morales, cuya virtud cardinal es la práctica constante del bien (...) tiene aspectos de trabajador científico, cuando su gesto es de meditación y, en cambio, se ríe y charla ante los amigos, diríamos que es un estudiante, gastado por el amor y los desengaños, que narra historietas pintorescas en el barrio latino de París», loc. cit.

Finalizamos así nuestra obra evocando las propias palabras de Blas Infante que escritas en su *Ideal Andaluz* años antes, pero que, seguros estamos, bien pudieran aplicarse a este cuento comentado: «Voy a presentaros un trabajo hecho de prisa, por quien no pudiera realizar grandes creaciones con mucho tempo, mucha calma y prolijo estudio. Voy a exponeros unas cuantas verdades sencillas, inducidas de hechos cuya observación y análisis pueden ser efectuados por las inteligencias más simples. Defenderé la virtud de aspiraciones ideales, ya conocidas, a las cuales alcanza la reacción del espíritu, tras su impresión por las realidades contrastadas; y esbozaré, con un elemental criterio político, la concreción circunstancial de aquellos principios, en fórmulas prácticas, moldeadas por las exigencias actuales de la Historia; señalando entre los procedimientos que a su actuación conduzcan, los menos embarazados con dificultades del momento social».

Si el andalucista proclamó años antes «la subordinación absoluta de todos los fines de las naciones a los fines de la humanidad», podríamos ahora permitirnos redondear la frase afirmando que su proyecto utópico andaluz representa la subordinación completa de todos los andaluces y andaluzas a esa dirección espiritual aquí analizada como verdaderamente revolucionaria³²⁰. Como bien resumen, su intención es contundente: «En esta empresa de afirmar las conciencias de todos para la gran obra que a todos nos aguarda, ponga cada cual su grano de arena, como yo pretendo ahora, con esta modesta intención de un esfuerzo humilde»³²¹. Así sea.

7. Conclusiones

La obra que analizamos, en paralelo a su notable dimensión animalista, nos aporta importantes datos para descifrar la espiritualidad de Blas Infante. Hasta el presente, a falta de nuevos documentos e interpretaciones, se adivinaba una profunda trascendencia entre la heterodoxia de su doctrina alternativa que, ahora, con este estudio, se manifiesta como un novedoso aspecto que pone en valor un aspecto desconocido de su personalidad. Ámbito no menos importante, por cuanto subyace bajo la alternativa que el andalucismo representa para la sociedad de su época y, particularmente, en el pensamiento del *Padre de la Patria Andaluza*.

El relato del cuento transita sobre tres perspectivas que recuerdan al funcionamiento psíquico: ego, yo y superyo, presentes en el texto. Aporta tres visiones complementa-

320 B. Infante Pérez, *La Sociedad de Naciones...*, op. cit., p. 88.

321 B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz...*, op. cit., p. 39.

rias: la narración literaria, la dimensión psicológica localizada en la reflexión del animal y la valoración filosófica-espiritual. Un texto íntimo con connotaciones de expresión y búsqueda espiritual que, como aprecia el propio autor, tiene para él un valor personal por sanador y catártico. En este texto analizado, tanto la existencia como la militancia no pueden convertirse en meros instrumentos de satisfacción de nuestro ego, lo cual se explica por la suelta del animal.

La historia del zorro representa un texto en construcción. Contiene un estilo realista que desarrolla un relato con estructura clásica, aderezada de notas intimistas de la mano del narrador con tintes, a su vez, filosóficos con los que interpela al lector para que se posicione de un lado u otro de un argumento polarizado. Con el deseo de que todos conozcan la historia y la emoción que los hechos han provocado en el autor, se transmite un cierto sentimiento de soledad y anhelo de felicidad como contrapunto a las emociones que encierran la obra y que embargan al autor. El amor y la libertad representan el binomio de valores que conducen las vivencias relatadas, tanto desde la óptica del animal como de la persona.

La narración permite adentrarnos en el sincretismo de su pensamiento y, a su vez, facilita acercarnos al mundo interior del que el casareño extrae su ímpetu transformador de la realidad que le circunda. Profundiza en un personaje que, como veníamos defendiendo, es difícilmente encuadrable en la ortodoxia más convencional o interpretable bajo una aislada dimensión. Blas Infante se nos presenta en esta obra como una figura donde su dimensión pública se sustenta por una comprometida y elevada arquitectura interior. Un núcleo motor que le aporta sentido a su existencia y le motiva para la construcción de sus propuestas. Se incorpora así una espiritualidad de la que adolecen las posiciones de la izquierda clásica y, en general, toda actuación política observada y desarrollada desde un punto de vista tradicional. Laicismo, ateísmo o anticlericalismo han venido siendo erróneamente sustituyéndola.

Infante dibuja los principios éticos que deben iluminar el quehacer cotidiano de una militancia de la vida, a la que percibe motivada y permanentemente comprometida y solidaria. Dirigida siempre a la humanidad más necesitada y explotada a causa del sistema socioeconómico vigente, perpetuador de desigualdades y pobreza en todas sus manifestaciones. Un escenario donde implementar toda acción política verdaderamente transformadora y, al mismo tiempo, detectar las incoherencias y contradicciones de todo poder que se diga revolucionario.

Inmersa en un lenguaje decimonónico, al recuperar esta narración aportamos luz a la concepción de la vida —y con ella, la fraternidad hacia todo lo creado—, mostrando

coherencia en el tiempo al respecto de otras conductas y razonamientos presentes durante toda la existencia del andalucista. No solo son las páginas por él escritas donde destila más emociones; a través de un lenguaje metafórico y polisémico, sus párrafos rezuman una síntesis filosófica incorporada desde muy distintas fuentes, a modo de guía moral en una doble dirección, para con la persona como tal y, de esta, hacia todo lo creado. Es un cuento simbólico y fabulístico, plancha masónica probablemente, donde el hilo conductor de la experiencia hombre-animal es utilizado como pretexto para desarrollar todo un diálogo interior, en algunos casos intuyendo lo que brotaría de la mente del zorro, a modo de síntesis única y personal. Incorporando en primer lugar un mensaje a favor del perfeccionamiento moral de la persona, a partir de los principios del clásico *Libertad, Igualdad y Fraternidad*.

El texto defiende la existencia de una ética que creemos supera y trasciende la exclusiva percepción masónica para insertarse en raíces vinculadas a filosofías orientales. Parte del individuo sometido al principio regulador del mundo y a él se dirige la obra tratando de formar personas libres y responsables, una vez se proyectan sus principios hacia la sociedad. Hay, pues, una ética y una espiritualidad presentes entre los folios de la obra, que revelan una conducta sobre la base de la libertad, la razón y la tolerancia, a través del perfeccionamiento moral y la ausencia de dogmatismo. Rechazando, así, su identificación con el fanatismo, la superstición y la ignorancia, aspectos que, en el cuento, se alimentan de tradiciones irracionales. Aboga por creencias asumidas racional y espiritualmente, adoptadas siempre desde un punto de vista personal, nunca como rutina o costumbre. Los folios son también un canto a la esperanza sintetizada en dos conclusiones finales a modo de recomendaciones vitales y en una triple dirección: mundo interior, realidad exterior y mental, este último como canal de comunicación entre ambas instancias anteriores. La persona se dibuja así como una trilogía: biología, mente y alma.

El cuento manifiesta que el amor a los demás seres, a toda la naturaleza, forma parte del sentido primordial de la existencia y fundamento de la misma. Sobre todo si ese semejante, inmerso en una podredumbre expresada por diferentes manifestaciones, es víctima de un sistema social y económico que le condena. No obstante, queda de manifiesto cómo dicha preocupación supera las fronteras convencionales del pensamiento político para instalarse en una necesidad de utópica superación moral y ética que invita, como necesidad vital, a observar y perseguir un horizonte superando lo meramente material o inmediato. La existencia posee un innegable plano espiritual que hay que cuidar y cultivar, siendo algo más perdurable que la transitoriedad física. La muerte así, como idea que la masonería asume de la tradición esotérica, es solo una apariencia transitoria en la medida que como energía se transforma: es preciso morir —metafóricamente hablando— para renacer en un estadio superior ante una nueva energía rejuvenecida.

Bajo esta percepción, ya apuntada en algunas de sus obras previas, el régimen vigente —plutocrático, centralista, capitalista, caciquil...— no ampara el interés general de la humanidad que es como Infante entiende el sentido pleno de lo que denomina Vida (sic). La historia de Dimas, igualmente, es una crítica social a las supersticiones y hábitos erróneos, fomentados desde el poder en algunos de sus ejemplos, caso de la recompensa por la caza de zorros. Eso explica que, para él, hombres y mujeres, pueblos y la humanidad en su conjunto, hayan perdido la idea de una finalidad universal colectiva. La búsqueda de esa consideración para la existencia es, pues, un aspecto definitorio en el espíritu de quienes están llamados a devolver a la humanidad dicha aspiración mostrando a otros la verdad.

Destacamos la vanguardia que suponen los planteamientos de Infante sobre su época, referidos al miramiento y cuidado de la naturaleza, así como de quienes la habitan. Subrayamos la vigencia de sus postulados y su carácter avanzado en comparación con otros intelectuales, movimientos sociales o bien las propias reivindicaciones político-sindicales del momento. Conceptos ambos manifestados en el cuento junto a la interdependencia para la sostenibilidad de la vida o ecodependencia, los cuales guardan coherencia con sus planteamientos más espirituales. Su densa sensibilidad medioambiental en sus diferentes vertientes, el animalismo y, en suma, todos los movimientos civiles en pro del reconocimiento y el cuidado mutuo, son para el andalucista objeto de empatía y afecto como dinámicas progresistas que son.

Nuestro análisis demuestra cómo el pensamiento de Blas Infante, no se limita a meras propuestas alternativas por muy necesarias que fueran en términos sociales. Su proyecto de Ideal representa una dimensión trascendente, como vía además para ser mejores personas y, por otra, estar dotados de la suficiente motivación interior como para no desfallecer en el intento. Considerándolo como una fuente permanente de empuje a lo largo de la vida, amén de una actitud de expansión de las cualidades personales para ponerlas al servicio de la comunidad. Infante es así, un revolucionario del y para el espíritu. Concepto que debe interpretarse como un planteamiento ético, facilitador de lo que entiende como vida y la verdad en todas sus expresiones.

La obra se convierte así en una crítica a la sociedad española de su época, y a la andaluza en particular, desde la consciencia de las limitaciones que impone para su progreso. La pobreza, en sus infinitas presentaciones reconocidas en pueblos y humanos y, ante ellas, la superioridad de unos seres sobre otros, se concibe como un desajuste en la naturaleza resultante de una repetición lastrada por una falta de espíritu crítico y deseos de superación. Desde la libertad, pero también desde la consciencia, el sentido del vivir solo entonces se mostrará capaz de guiar un ideal de trascendencia que aspire cami-

nando hacia la perfección en pro de una eternidad superadora. El andalucismo aparece como una doctrina que devuelve a hombres y mujeres de este lugar del mundo —y desde aquí a la humanidad— un sentido verdadero de plenitud humanista: seres que prosperan no para sí, sino para los demás. Un sentido comunitario que supera visiones narcisistas y el trabajo para el interés propio.

Infante desvela claves espirituales más allá de las convicciones que encarnan el materialismo histórico y su lucha de clases. La consciencia del ser humano en uso de su libertad es expuesta en estas líneas como una necesidad más, que acompaña a las materiales. Bajo este punto de vista, el cuento es una fábula pedagógica que alerta y despierta un proceso de liberación interior como primera de las etapas que vendrán. No se trata de concebir avances en una u otra materia, el progreso es espiritual, tanto personal como colectivo por socialización. Es un proceso emergente, de abajo arriba, a imagen de la doctrina federal.

Exige una consciencia y una voluntad de introspección donde el conocimiento de sí mismo supone el primer paso para desvelar las claves de los procesos sociales. Un proceso de formación permanente donde escuchar la intuición despunta como fuente del conocimiento y verdad, que supera la providencia marcada por la historia o la percepción economicista propia de las interpretaciones que se han realizado del marxismo, donde los cambios sociopolíticos no implican —necesariamente— cambios en las mentalidades y sensibilidades de una población. Si bien el desarrollo de la consciencia de clase en contra de la alienación política es uno de sus objetivos clásicos, la creación de una consciencia colectiva y de clase, como sugiere Infante, es contraria e impediría cualquier tipo de dictadura.

La idea de fin apuntada no se concibe sino desde la perfección que representa ser uno con todo lo creado. Aceptando una insustituible responsabilidad en los humanos, todos los seres vivos y la naturaleza en su conjunto son parte de unas relaciones de fraternidad desde la que brota la solidaridad compartida hacia un ideal común y colectivo. No parece casual así que buena parte del proyecto andalucista esté sustentado por una dimensión colectivizadora, comunal y cooperativa desde la que se pretende, como Infante dejó anotado, «esculpir al pueblo».

Los seres humanos son los agentes dinamizadores de la existencia, primeramente de la suya propia y, en segundo lugar, por extensión de las comunidades donde se desenvuelven hasta liberar la humanidad. A partir de ahí, cualquier cambio social que no se acompañe de una transformación interior está condenado a un superfluo y limitado éxito. No resultan revolucionarias ni alternativas, las mutaciones sociales que no lleven aparejadas una liberación.

El relato despunta un gran gesto de amor incondicional que se materializa con la libertad del animal en su medio natural, tras una convivencia donde ambos han modificado sus percepciones iniciales. Constatado el cambio que dicho encuentro ha significado en la sensibilidad del humano protagonista, sobre el que intuimos se trata de Infante aunque no se explicita así, la «*suelta*» se manifiesta como el respeto fundamental hacia la esencia del zorro, más allá de los intereses que abriga su cuidador. En definitiva, es una metáfora sobre el cambio que transforma y duele a su vez porque obliga a movilizarnos; pero sin ese dolor no hay una auténtica adversidad para llegar a la esencia de la verdad y el conocimiento. El verdadero amor apunta a lo más íntimo y convierte la crisis —en este caso por la marcha del cánido— en oportunidad para buscar la plenitud y el gozo íntimo de la persona.

El argumento se sumerge en una cruda realidad para depurar al individuo de fatalismo y ficciones. Lo que cada uno hace con su vida, la vida lo hace con cada uno. Dios, como principio primero y último de todas las cosas, es la inteligencia suprema que rige el universo e invita al autoconocimiento, el desarrollo personal y la transformación social. Las páginas transcritas evidencian un sentido cíclico de la existencia. Será el zorro quien está a punto de correr la misma suerte que corre su madre, de manera que el relato se convierte así en una parábola anticipatoria de lo que será el devenir del notario los próximos años.

El uso de conceptos vinculados al psicoanálisis sugiere la necesidad de introspección constante más allá del conocimiento, a través de la intuición y la acción. Los seres son libres y responsables, siendo la persona una fuerza infinita que fluye hacia un orden cósmico y el progreso a través de una fuerza creadora bajo un principio regulador. La acción, la modificación de conductas, será la mejor prueba de la voluntad personal más allá de su pensamiento abstracto.

La fábula sobre Dimas es un llamamiento así a la movilización de espíritus y conciencias, en tanto el bien supone siempre mejora y bondad para cuerpo y psique. Es así como todos los universos posibles y existentes se encuentran en potencia depositados en la persona. El ser humano se sabe así inferior a un orden, pero, a la vez, con la inteligencia superior de la creación y por tanto más responsable. Bajo esta percepción, evitar percibir a las personas como el centro del universo nos invita y ayuda a explorar y comprender de qué manera la biología y la historia define y auxilian para entender lo que encarna el ser humano. Nos estimula la reflexión sobre el hambre, la guerra, las enfermedades, la desigualdad... como parte del producto o la condición humana y por qué desembocamos repetidamente hacia esos extremos.

Blas Infante contrapone la moral social a una moral personal. De la misma forma que no basta con cambiar las estructuras político-jurídicas de un régimen, con destruir sus estructuras y lógicas capitalistas; es necesario remover las condiciones que han implantado sobre el pueblo una moral burguesa que le hace reproducir hábitos de vida repetidos sin el mínimo sentido crítico a imitación de las élites dominantes... Está definiendo aún más el simbolismo denominado metafóricamente en su *Dictadura Pedagógica* como «alma comunista». Desvela claves y soluciones para huir del colonialismo mental y alienante, prioritariamente, desde un ámbito personal por el que cada individuo se convierte en un limitador/represor de sí mismo y de sus posibilidades. Una particular forma de entender el humanismo radical y utópico de Infante.

Bibliografía utilizada

AGUDELO HERRERO, J., «José Más con Blas Infante en Galicia», en *Actas del III Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, pp. 153-170.

ÁLVAREZ LAZO, P. F., «Educación esotérica de la masonería española decimonónica», en *Historia de la Educación*, 1990, vol. 9, pp. 13-43.

ÁLVAREZ REY, L., *Aproximación a un mito: masonería y política en la Sevilla del siglo XX*, Sevilla, Ayuntamiento, 1996.

BOCK, L. de, «Las ‘Cartas a Erina’ en algunos manuscritos inéditos de Blas Infante», *Calamus Renascens: Revista de Humanismo y Tradición Clásica*, (16), 2015, pp. 27-46.

CAMPOS CORDÓN, M., *Huelva con Extremadura: Corrientes de opinión de los onubenses durante el proceso autonómico de la Segunda República*, Huelva, Diputación, 1998.

CASTEJÓN FERNÁNDEZ, J., «Feminismo andalucista», en *Actas del IX Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2001, pp. 521-530.

CATAÑO GARCÍA, E., *La imagen de Blas Infante y del andalucismo de la prensa española de la Segunda República*, tesis doctoral inédita, Universidad de Sevilla, 2010 (en prensa).

— «La mujer andalucista del cambio. Luisa Garzón Casas», comunicación inédita al XVII Congreso sobre el Andalucismo Histórico, Fundación Blas Infante, Andújar, 2022 (en prensa).

— *Blas Infante y el despertar del andalucismo en la prensa republicana*, Córdoba, Almuzara, 2023.

DÍAZ ARRIAZA, J. y RUIZ ROMERO, M., «Huelva ante el Estatuto de autonomía para Andalucía en la II República», en *Actas del V Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1993.

DOZY, REINHART, P., *Historia de los Musulmanes de España. Tomo IV, Los reyes de taifas*, Madrid, Turner, 1988.

EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS, A., «Don Dimas, historia de zorros y de hombres: una nueva obra de Blas Infante», en *Actas del XI Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2005, pp. 321-331.

ESPINAR LAFUENTE, F., *Esquema filosófico de la masonería*, Madrid, Istmo, 1981.

ESQUERRÁ NONEL, J., «Almanzor: drama histórico de Blas Infante», *Revista de Literatura*, LXXVI, (151), 2014, pp. 199-220.

—«Motamid, último rey de Sevilla. Drama histórico de Blas Infante», en *Colindancias. Revista de la Red de Hispanistas de Europa Central*, (4), 2013, pp. 143-162.

FERNÁNDEZ ARAL, T., «La reproducción literaria del andaluz en un cuento de Blas Infante», en *Actas del II Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1987, pp. 533-546.

—«Introducción al drama histórico 'Motamid, último rey de Sevilla», en *Actas del III Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, pp. 221-234.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., *Joaquín Costa y el africanismo español*, Zaragoza, Publicaciones Porvenir Independiente, 1977.

FROMM, ERICH, *La revolución de la esperanza*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.

GARCÍA DUARTE, F., *La literatura en andaluz. La representación gráfica del andaluz en los textos literarios*, Barcelona, Carena, 2013.

GARCÍA PÉREZ, J., «El proyecto de las derechas: Un plan de integración regional de Huelva y Extremadura en el marco de la II República», en *Actas II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, CajaSur/Consejería de Cultura, vol. 10, 1996, pp. 559 y ss.

—«El movimiento pro Huelva-Extremadura. Proyectos y realidades de un acercamiento interregional en la II República», en *Actas II Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, vol. 11, CajaSur /Consejería de Cultura, 1996.

GONZÁLEZ FERRÍN, E., *Historia General de Al Andalus*, Córdoba, Almuzara, 2006.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, A., «Masonería y modernización social: la transformación del obrero en ciudadano (1868-1931)», *Bulletin d'Historia Contemporaine de l'Espagne*, (32-36), 2003, pp. 89-116.

HIJANO DEL RÍO, M., Índice bibliográfico de la revista «Andalucía» (1916-1920), Sevilla, Fundación Blas Infante, 1992.

—«Aproximación a La Dictadura Pedagógica. Claves para su estudio» (estudio introductorio) en B. INFANTE, *La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2018, pp. 19 y ss.

—«Las elecciones generales de 1919: nuevos datos sobre la candidatura de Blas Infante y el bloque Democracia Andaluza», en T. GUTIER (Coord.), *1919, un año clave para Andalucía*, Cádiz, CEHA, 2019, pp. 85-106.

—Desde la Asamblea de Ronda de 1918 al Andalucismo Histórico para el siglo XXI: el debate continúa», en M. DELGADO CABEZA (Coord.), *Andalucismo Histórico. Cien años de la Asamblea de Ronda*, Córdoba, Almuzara, 2021, pp. 199-231.

—*Estudio e índice bibliográfico de la revista «Córdoba» (1916-1917). Nuevas aportaciones al Andalucismo Histórico*, Almería, Circulo Rojo, 2023.

HIJANO DEL RÍO, M. y RUIZ ROMERO, M., «Huelva ante la tentación extremeña. La autonomía andaluza en la II República», *Revista Aestuaría*, (3), Huelva, 1995, pp. 57-80.

—*El Ideal Andaluz en la II República. La Asamblea Regional Andaluza de 1933*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1995.

HIJANO DEL RÍO, M., PONCE ALBERCA, J. y RUIZ ROMERO, M., «Frente Popular y recuperación del impulso autonómico. Sevilla, 1936», en *Actas del VII Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1996, pp. 313-327.

INFANTE PÉREZ, B., *Ideal Andaluz*, Madrid, Tucar, 1976; en Sevilla, Fundación Blas Infante, 1982 y 1994; Sevilla, CEA, 2010 y (reed.) Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2016.

—*La obra de Costa. Un breve estudio leído en la velada organizada por el Ateneo de Sevilla en el V aniversario de la muerte de Costa por Blas Infante*, Sevilla, Impr. L. Arévalo, 1916.

—*Reelección fundamental. Primer volumen. La Religión y la Moral*, Sevilla, Avante, 1921.

—*Orígenes de lo flamenco y secretos del cante jondo*, Sevilla, Consejería de Cultura, 1980; edición del XXII Congreso de Arte Flamenco, Diputación-Ayuntamiento de Estepona, Málaga, 1994; (reed.), Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 2006; (reed.), Córdoba, Almuzara, 2022.

—*Motamid. Último Rey de Sevilla*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983.

—*La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía*, Granada, Aljibe, 1979.

—*Fundamentos de Andalucía*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1983.

—*La Dictadura Pedagógica. Un proyecto de revolución cultural*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989.

—*Cuentos de Animales*, Cádiz, Fundación Blas Infante-SM, 1984.

—*Almanzor* (edición a cargo de Josep Esquerrà i Nonell), Kragujevac, Centar slobodarskih delatnosti (Serbia, Centro de Actividades Libertarias), 2012.

—*La Sociedad de Naciones y el Ideal Andaluz*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2020.

INIESTA COULLAUT-VALERA, E., «Al-Andalus en Blas Infante», *Pliegos de Encuentro Islamo-cristiano*, (26), 1998.

—«Blas Infante, creyente», *Razón y fe*, (1.121), marzo, 1992.

—*Los manuscritos inéditos de Blas Infante*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989.

—*Blas Infante. Toda su verdad*, vol. I, Sevilla, Comares-Consejería de Relaciones con el Parlamento, 2000.

—*Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, Granada, Consejería de Relaciones con el Parlamento-Atrio, 2003.

—*Blas Infante. Toda su verdad*, vol. III, Córdoba, Almuzara, 2007.

—«La documentación escrita hallada en la casa. Sus últimas huellas», en A. EGEA FERNÁNDEZ-MONTESINOS (Coord.), *La casa de Blas Infante en Coria del Río*, Sevilla, Consejería de Presidencia-Junta de Andalucía, 2004.

LACOMBA, J. A., «Costismo y andalucismo. La influencia de Joaquín Costa en Blas Infante», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, (11), 1994, pp. 77-87.

—*Regionalismo y autonomía en la Andalucía contemporánea (1835-1936)*, Granada, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1988.

LINERO LOBATO, M. y RUIZ ROMERO, M., «Síntesis de Al-Andalus en Blas Infante», en *Actas del VI Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1995, pp. 201-216.

LÓPEZ MÁRQUEZ, V., *Isla Cristina. Por los caminos de la Historia*, Huelva, Ayuntamiento de Isla Cristina, 2019.

—*Regreso a Isla Cristina. Biografía breve de D. Román Pérez Romeu, Hijo Predilecto de Isla Cristina y Alcalde Honorario Perpetuo*, Huelva, Asociación Cultural El Laúd de Isla Cristina, 2008.

MAURICE, J., «El costismo de Blas Infante» en VV. AA., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura y Diputación General de Aragón, 1984, pp. 215-224.

MOGUER FONCUBIERTA, M., «La Causa del Espíritu en Blas Infante», en M. MEDINA CASADO y R. SANMARTÍN LEDESMA, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, Universidad-CEHA, 2011, pp. 271-288.

MONTOTO DE SARRIÁ, J. de DIOS, «*Esperantismo en Blas Infante*», comunicación mecanografiada e inédita al VI Congreso Andaluz de Esperanto, Jerez de la Frontera, 4 de diciembre de 1988, 9 pp.

MONTOTO DE SARRIÁ, J. de DIOS y RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J. M^a, «...y la humanidad. Blas Infante y el Esperanto», comunicación inédita al XVII Congreso sobre el Andalucismo Histórico, Andújar, 2022 (en prensa).

MORGADO GIRALDO, R., «El pensamiento religioso y ético de Blas Infante en su libro *Reelección* y sus secuelas literarias», en M. MEDINA y R. SANMARTÍN, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, CEHA-Universidad, 2011, p. 306.

MUÑOZ SÁNCHEZ, A., *Con razones de niños. Encuentros con Blas Infante*, Sevilla, Alfar, 1985.

—*La casa de la alegría*, Sevilla, Alfar, 1986.

NARANJO INFANTE, E., «Masonería: camino del equilibrio y sentimiento religioso. Blas Infante y la Masonería», en M. MEDINA CASADO y R. SANMARTÍN LEDESMA, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, CEHA-Universidad, 2011, pp. 258-259.

NARANJO INFANTE, M^a. J., «La búsqueda en la vida de Blas Infante a través de *Cuentos de Animales*», en M. MEDINA y R. SANMARTÍN, *Blas Infante inexplorado*, Jaén, CEHA-Universidad, 2011, pp. 199-226.

ORTIZ DE LANZAGORTA, J. L., *Blas Infante. Vida y muerte de un hombre andaluz*, Sevilla, Fernández Narbona, 1979.

PONCE FIGUERO, A., *Isla Cristina 1936*, Huelva, Ayuntamiento de Isla Cristina, 2011.

—*La Higuierita, centenario de algo más que un periódico*, Madrid, edición y prólogo de Rafael López Ortega, 2022.

RAMOS ESPEJO, A., *Más lloraron los reyes andaluces*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 2000.

RUIZ ROMERO, M., *El bulo sobre el Complot de Tablada. República, Blas Infante y Andalucía Libre*, Córdoba, Almenara, 2018.

—«Los símbolos institucionales de Andalucía (1918-1982): De la marginalidad al pleno reconocimiento institucional», en *Tendencias actuales en las Relaciones Públicas*, Asociación de Investigadores en Relaciones Públicas, Sevilla, 2007, pp. 683-701. Disponible en: <https://idus.us.es/handle/11441/39281>

—«Símbolos de Andalucía: identidad, pueblo e instituciones», en DELGADO CABEZA M., (Coord.), *Andalucismo Histórico. Cien años de la Asamblea de Ronda*, Córdoba, Almuzara, 2021, pp. 53-85.

—«Bibliografía sobre el Andalucismo Histórico». Disponible y actualizada en el apartado *Recursos* dentro de la web oficial de la Fundación Blas Infante: https://drive.google.com/drive/folders/1JVh9kHxfh3Rgg1z5N_sHRZw-OyOgz71F

SAMPEDRO TABALÁN, M^a de los Ángeles, «La masonería en Huelva durante el siglo XX (1900-1936)», en *Huelva y su historia* (3), 1990, pp. 505-601.

SANMARTÍN LEDESMA, R. (Coord.), *Ruta de Blas Infante*, Málaga, CEHA, 2005.

VALLINA MARTÍNEZ, P., *Mis Memorias*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 2000.

VV. AA., *El siglo de Blas Infante. 1883-1981. Alegato frente a una ocultación*, Sevilla, BEA, 1981.

Para saber más

Obras de Blas Infante publicadas

1915: Ideal Andaluz.

1916: La obra de Costa.

1919: La Sociedad de las Naciones y Manifiesto andalucista.

1920: Motamid, último rey de Sevilla.

1921: Cuentos de animales; La Dictadura Pedagógica y Reelección fundamental.

1929: Fundamentos de Andalucía.

1929-1933: Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo.

1931: La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado libre de Andalucía.

1932: Andalucía desconocida.

1935: Cartas andalucistas.

1936: Manifiesto a todos los andaluces.

Obras de Blas Infante inéditas

1923: Renovación del sentido de la cultura.

1924: El Libro Nuevo y Escritos religiosos.

1925: Cartas a Erina y Escritos filosóficos.

1929: Almanzor.

DON DIMAS
HISTORIA
DE
ZORROS
Y DE
HOMBRES

BLAS INFANTE PÉREZ

May I please



DON DIMAS
HISTORIA
DE
ZORROS
Y DE
HOMBRES

Por

BLAS INFANTE PÉREZ

17 mayo 1927

Don Dimas³²².

Este es un zorro que cazaron cuando era de pocos días. Hiriendo a su madre, de cuyas tetas chupaba con sus hermanos, mientras ella estaba tendida entre las jaras, abandonado el vientre a sus cachorros. Lo llevaron a un poblado con sus hermanos, y con su madre ensangrentada y pasearon la desgracia de esta ingenua familia por las míseras calles de la aldea empedradas con lajas cortantes³²³.

Los cazadores iban pidiendo limosna de puerta en puerta; premio por la caza del animal dañino y arrojando pedruscos. Los chiquillos se divertían, pinchando con varas a la madre herida y a los doloridos hijos, hambrientos y asombrados. Las vecinas y los vecinos, asomábanse a las puertas atraídos por el tropel que bruscamente llegaba a turbar el silencio pesado de las calles normalmente solitarias.

Los de una acera se comunicaban a gritos estridentes con los de la acera contraria y con los vecinos de al lado. Reían a carcajadas y se aproximaban al tropel para ver regocijados cómo la «zorra madre» se hacía la muerta.

322 Entienda el lector que con estas dos primeras palabras, tras la correspondiente portada de cortesía, comienza la paginación del manuscrito AHS con la propia letra de Enrique Iniesta. Considérese la secuencia en la numeración situada al final de la cuartilla. Localizándose, pues, imaginariamente, dicho número en la parte inferior derecha del papel. Tras ella comenzaría la siguiente página. En esta presentación también hemos procurado escrupulosamente respetar los puntos y aparte del original, así como la estructura de los diálogos.

Las dos partes del cuento que transcribimos con 98 y 33 cuartillas, respectivamente, se encuentran digitalizadas en la web de la Fundación Centro de Estudios Andaluces.

323 Al parecer, no solo en Isla Cristina. Las antiguas calles de Casares eran también de piedras lisas y planas no esculpidas.

Fui yo un día al poblado³²⁴. Me enteré de /2/ que iban a descabezar los zorritos después de pasearlos, para apoyar la recolecta de limosnas; y con la mira de que en el ayuntamiento, dieran a su cazador el premio que otorga en estos casos los ayuntamientos de España.

Manifesté deseos de llegar a pararlos, impresionado por el relato de todo lo anterior con el fin de librarlos del martirio y de la muerte resuelto a criarlos para devolverlos a los campos y montes piadosos.

A poco, me ofrecieron uno de ellos, quien puesta bajo su hocico una taza de leche tibia, hundiolo en la blanca superficie batiéndola con la lengua, con sorprendente voracidad. Este es don Dimas a quien bauticé así, en recuerdo del buen ladrón, quien traje sobre las rodillas (para evitar los saltos bruscos del coche, que traqueteaba sobre una carretera española), metido en una pequeña caja de cartón, hendida por varios agujeros³²⁵.

324 Según nos testimonia el investigador Agustín Ponce Figueero, a quien agradecemos su colaboración, es tradición oral y popular en el municipio de Isla la convicción de que el encuentro entre Infante y Dimas no responde a un hallazgo casual la última noche del año —de San Silvestre—, tal como se ha llegado a publicar en algunos casos. Se cuenta que estando unos cazadores por el coto Covadonga, localizado al norte de la localidad, en la cercanía del municipio de San Silvestre de Guzmán, sito en el Andévalo onubense, Infante lo rescata en unas circunstancias que son desconocidas. Testimonio que otorga todavía mayor dosis de veracidad a estas páginas.

Por otra parte, Enrique Iniesta, citando al periodista y escritor Márquez Reviriego, alude a la presencia de Infante en el municipio de Castillejos [Villanueva de] con amigos conversando sobre la fuerza de la educación y el cariño hacia los animales como método para domesticarlos. Deseo fue del notario que le proporcionarán un cachorro de lobo para poder demostrarlo, siendo convencido de que sería más oportuno un zorro. Citado por E. Iniesta Coullaut-Valera, *Blas Infante. Toda su verdad*, vol. II, *op. cit.*, pag. 257, referenciado a pie de página a Víctor Márquez Reviriego, «Blas Infante ante el viaje definitivo», *Tierras del Sur*, (82), 4 de diciembre de 1977, p. 30.

325 No deja de ser curioso el recurso al vocablo sacramental para expresar el nombre acordado para el animal. Buena parte de los tiempos verbales usados en la obra está fuera ya del diccionario castellano, toda vez que son más propios del siglo XIX.

Pudiera tratarse del automóvil propiedad del notario. La revista mensual *Madrid Automóvil*, «visado por la censura militar», relacionaba como símbolos de «prestigio» y «progreso» los últimos coches matriculados en Madrid y Sevilla, citando algunos nuevos vehículos de las provincias andaluzas. Entre ellos, en Isla Cristina y a nombre de Blas Infante, un Ford con número 4669 de matrícula. Cfr. *Madrid Automóvil*, Madrid (1), enero 1925, p. 9. (Loc. Biblioteca Nacional).

Comprobará el lector que el tratamiento señorial de don es en ocasiones escrito con mayúsculas y otras no. Nos ceñimos en cada caso a la literalidad expresada en el texto. Una muestra más de que estamos ante un boceto no refinado para su posible edición.

Domingo, 7 de agosto de 1927

Don Dimas creció. Era muy inquieto³²⁶. Enséñose a no morder. Fue domado a fuerza de cariño. Al principio castigósele. Curruscaba de enfado y guardaba rencor. Pero se asustaba, siempre; e iba a replegarse debajo de los muebles temeroso del castigo. Dejósele de pegar. Don Dimas ya no mordió y, paseaba resuelto por toda la casa; y subíase cuando fue mayor sobre mesas y aparadores, /3a/³²⁷ y todo lo cogía, y con todo y con todos jugaba... Sin embargo, algunas veces elevaba el hocico; husmeaba; y quedaba triste...

Don Dimas. Tú has llegado durante esos momentos a percibirte en extraña sociedad, que es soledad extraña. Igual que yo. Como tú elevas el hocico fino en gesto de anhelo venteando tu mundo que no es éste, yo elevo el pensamiento y el corazón, anhelando el mío que tampoco es este mundo, venteando hacia lo porvenir, hacia la historia o hacia las estrellas. Solo hay una diferencia entre tú y yo. Que para ti este mundo extraño es amable. Te prodigamos cuidados y caricias. Acaso te comprendemos en delante de cómo se llegará a comprender cuando ya no haya mundos distintos. Pero yo... Cuando venteo me pongo triste, porque a mí estos seres extraños además de tenerme en su mundo, no me tratan en bienes como nosotros a ti.

Una mujer a quien este mundo extraño a ella, por ser extraño, la apellidó de Santa (sic) lo dijo así: «¿Pensáis que es menester poco... para ser en lo interior extraños al mundo y estar como quien está en destierro?». Esto lo decía de los Capitanes (sic) que dirigen las defensas de los Castillos de Dios (sic). Pero tú no me entiendes, hermano³²⁸. Ni jamás entenderás este supremo dolor. Ser otro en especie, distinto o solo entre tus iguales./3b/³²⁹

326 Justo encima de esta palabra es donde Infante escribe tres aspas formando un claro triángulo cuyo significado interpretaremos.

327 La paginación realizada en su día por Enrique Iniesta sobre el manuscrito original repite el número dos sobre esta tercera página, la cual denominamos para retomar su propia secuencia numérica como 3a.

328 En paralelo al tratamiento fraternal hacia el lector, puede tratarse de una exhortación para que se acerque a sus posiciones y trate de comprenderlas. Las dos frases posteriores parecen insistir en dicho sentido: quien escribe es uno más, singularmente único pero por incomprendido, en soledad entre sus iguales.

329 Con igual lógica a la comentada en la nota anterior numeramos la página como 3b.

Tú irás con los tuyos... yo te llevaré. Acaso lo que no padezcas tú, lo estoy ya padeciendo yo, reflejando en mí las acometidas tiernas de los tuyos cuando entre ellos te llegue a aparecer; tus hambres; tu sed y tu abandono en el Monte (sic); o acaso, tus heridas y tu muerte acosado por los perros y los tiros de los cazadores bárbaros quienes jamás podrán vislumbrar cómo a través de los ojos tuyos, dulces y metálicos, y cómo en la piel rojiza del animal salvaje, un animal humano hizo penetrar y descansar anhelos y complacencias y temores de amores divinos.



Me acordaré de aquella noche en el Salón, (sic) donde yo estudiaba. Tú viniste a requerirme para jugar. Como lo llegabas a hacer siempre, colocando tus patas sobre mis rodillas y cosquilleando la rótula con tus dientes. Yo te echaba de mí. Saltaste entonces hasta una butaca enfrente de la mesa. Con las grandes orejas erguidas te quedaste mirándome fijamente. De repente, viniste en un vuelo a caer sobre la mesa derribando sobre ella los rimeros³³⁰ de libros y, afirmando tus patas sobre las hojas del volumen abierto en el cual estudiaba yo. Está bien, don Dimas. Tal vez tengas razón. Acaso el mejor pensamiento de la vida sea el /4/ fluir espontáneo de la vida misma, sin el curso reflexivo y entorpecedor del pensamiento.



Es humilde, muy humilde don Dimas. Si le amenazan con un castigo, o si levemente, se lo llegan a infringir (sic), ya mi zorro, no guarda rencor. Por la cola de florón, por las patas; por las mandíbulas, por las orejas, pueden cogerlo ya. De las orejas lo arrastran por todo el suelo de la casa diciéndole «que está muerto» y él lo finge gravemente, dejándose llevar como cuerpo inerte, con los ojos cerrados o la mirada transparente. Dios es humilde también... Perfecciona. Vuelve a hacer. Cree en el volver a hacer y no en lo hecho en el cual apenas descansa... Don Dimas irá a un mundo ingenuo en que cada instante es un hecho nuevo de la vida. Yo estoy en este mundo extraño, donde a no ser por la fuerza de látigos que giran imperceptiblemente ondeados por manos invisibles, pero cuyo restallar /5/ definitivo viene a sentir, por último, el animal sobre los lomos, en los hechos y no en el volver a hacer, descansaría el animal de este mundo para siempre. ¡Como procuran sustraer los hombres, a cada momento, su hecho o su cuidado!

330 Según la RAE, un conjunto de cosas puestas sobre una mesa.

Siento a veces remordimiento por tener al zorro recluso en esta casa. Ya es grande. Ya puede valerse por sí. Ha llegado la hora de su libertad. Jamás tuve una compañía más agradable. Es ágil, flexible, grácil. Es insuperable la gracia de sus movimientos, de sus gestos, de sus miradas alumbradas unas veces por la inteligencia; otras por la picardía. Sin embargo, hay que liberarle... Pero, una consideración entre otras, me detiene. ¡Él no tiene miedo a los hombres! Se acercará a ellos sin cuidado y ellos lo matarían. No obstante, gozaría durante una noche de libertad completa. Podrá experimentar el placer infinito de dejarse dirigir por su inquietud en amplitudes sin límites; en un orbe no estrecho, sin barreras ni paredes que /6/ le opongán por algún lado, cerrando a su espontaneidad por venir. Si, me lo mataran los hombres... Una tarde, ya hace algún tiempo, bajo las encinas, yo, sentí en mi existencia, difundirse la substancia de una idea: la muerte es la liberación de las fuerzas aprisionadas por la textura del individuo o de la especie³³¹. Pero eterno es el Verbo (sic) que animará esas fuerzas. Eterno (sic) y fatal. Si un zorro o la especie de los zorros muriesen, a pesar de los hombres, de sus asesinatos y sus destrucciones, las fuerzas regidas por el verbo volverían a estructurarse en la especie o en las individualidades de los zorros, si aun conviniese al tiempo en cuyo seno alienta el respirar creador del verbo³³². La naturaleza volverá a producir /7/ combinando y estructurando aquello que sea preciso o que con finalidad o no, tenga que crear naturaleza según el foráneo devenir resultante de sus eternas leyes. Así como yo tengo a este animal recluso, así cada vida tiene prisioneras las fuerzas estructuradoras de su propio cuerpo.

¡Hermano cuerpo! Y hubo quien aseguró que solo el alma estaba en prisiones, y que en el cuerpo el alma tiene su prisión y su tumba. ¡Hermano cuerpo! ¡Hermano cuerpo...! También el alma de Asís te sintió hermano. Ahora, considerando la reclusión de este animal, además de hermandad, por las fuerzas del cuerpo, yo he llegado a sentir la piedad que inspiran los hermanos atados en las prisiones. /8/



Don Dimas, hoy, está enfermo. Desde hace algunos días come poco. No juega con la frecuencia que anteriormente. Está más triste. Hoy será.

331 La frase evoca la dualidad cuerpo-alma. La libertad de esta última tras la muerte, superando la materialidad como especie en la naturaleza alcanzando una trascendencia hacia la eternidad. En buena medida, una sugerente metáfora de lo que representa su transmigración.

332 Se trata del gran arquitecto, el cual recompone el equilibrio de la naturaleza.

Lo cojo. Primero se resiste. Se asusta al entrar en el coche y, sobre todo, al arrancar el motor. Después, se tranquiliza. Se deja mansamente caer sobre mis muslos y ser rodeado de mis brazos. Mira a través de los cristales aquellos paisajes extraños para sus ojos. Jamás salió de la casa, o de la calle o de la azotea. En esta última, si acaso, sentado sobre sus patas traseras, desde la atalaya de uno de los pretilos más altos, miraba nostálgico hacia la lejanía yendo a descansar sus ojos por sobre los tejados de las casas, en los manchones negros de los árboles que cierran el horizonte. /9/

Ahora lo oprimo con amor. Don Dimas: ya no tendré que dejar el trabajo por jugar contigo. Ya no volveré a casa impaciente, pensando que tú estarás encerrado en la carbonera y que necesitas suelta en la azotea para correr y recrearte. Ahora, a trabajar por Dios: a trabajar por ti, alejado de ti... A trabajar por Dios, en mí y en todos vosotros, animales de la ciudad y del monte...

Miro a los ojos de Don Dimas. ¿Es el terror de vivir? ¿Es el terror de la vida ante el misterio inconjurable del mundo de peligros que conspiran a su transformación o muerte? /10/

Hemos llegado. Muy lejos de la ciudad. En el seno del Monte (sic). Antes de ahora había yo pasado por allí y elegí el sitio. Uno en el cual hubiera arroyos o cauces secos de arroyos para que, siguiendo su curso, pudiera Don Dimas, encontrar una charca cuando se encontrase sediento.

He bajado del coche, con el zorro en los brazos. He subido al monte desde la carretera. En una mano la merienda de Don Dimas. Con el otro brazo, lo oprimo contra mi higar³³³. Conozco o creo conocer el valor de la sinceridad. Y, sinceramente, expondré esta experiencia. Rían o estudien. El goce de reír o el de estudiar. Escribo /11/ para los niños y para los hombres. Una poderosa emoción me embarga e impide hablar.

Ya está Don Dimas depositado sobre el suelo. Un instante queda inmóvil, como extraño o temeroso, o tomado por una indefinible solemnidad. Siento como si esta solemnidad se parase en este dilema: con mi amor o con la libertad³³⁴.

333 La citada palabra, como tal, no está recogida en el diccionario. Más bien, creemos que se trata de un error ortográfico en tanto la suponemos referida a ijada. Quizá una grafía admitida durante dicha época. De cualquier modo, referida a aquella parte del abdomen, identificada como la zona comprendida entre las costillas falsas y los huesos de la cadera.

334 «... en realidad, cantaban [los ratones] al amor de los amores, el amor de libertad» (B. Infante, *Cuentos...*, op. cit., p. 116). Ya en el cuento de las tres cigarras, concreta simbólicamente siempre que ese amor al que también ahí se canta es el «sol» (p. 210). Sinónimo en dicho cuento de un «Dios» siempre necesario para el crecimiento de larvas de insectos y plantas (pp. 188 y 189).

Husmea después los macizos de matas que nunca hasta ahora vio, desprecia la merienda y va lentamente a desaparecer entre el monte que el crepúsculo besa durmiente. Lo llamo, silbándole del modo acostumbrado cuando en nuestra casa nos debatíamos los dos. Al poco reaparece con las orejas muy erguidas para desaparecer de nuevo. Está ahora como asombrado, pero resuelto a buscar una dirección que le oriente definitivamente en la vida de /13/³³⁵ este nuevo mundo. Lo sigo y vuelvo a llamar. El torna a reaparecer, deslizándose cerca de mí. Ahora no me parece don Dimas sino una como liebre rojiza. Repito el silbido una y otra vez, y después de un largo intervalo vuelve a aparecer. Mira en la dirección nuestra y vuelve a perderse entre las piedras y los matojos.

Sigo llamando... Inútilmente. A veces me parece sentir el jadeo de mi zorro en torno de mí. Tal vez sea... Pero ya no lo veo. La paz de la noche lunaria, besa el monte salvaje, derrapando lo azul sobre sus lomos abruptos el llanto, la risa o el amor luminoso de los luceros y estrellas. /14/

De vuelta. En la oscuridad del coche, unas lágrimas me abrasan los párpados; y aun llega alguna a resbalar por la mejilla. ¡Mi don Dimas se fue! Yo soy ahora en fuego de amor. Un horno en donde se funden todos los amores por la ciudad y por el monte. Yo también necesito suelta. Como el zorro, yo necesito liberarme en mi mundo. Tener libertad de amar y de pastar, y de incendiar con mis amores libremente ¿De quién soy extraño? ¿De este fuego que clama la vuelta sería en otro mundo, o del mundo en que vivo ahora? En estos instantes hay en mí un nuevo ser. Lo estoy pariendo y los dolores del parto entre el goce de parir /15/ de nuevo, me atormentan. Este nuevo ser ya no es hombre. Ha corroborado con fuerza, ha resellado el tratado antiguo de mi ser anterior, no de paz y de amistad, sino de unidad afectiva entre el animal humano y los animales de los montes salvajes. ¿Valdrá algo este anhelo para avanzar hacia la unidad? Un propósito firme de soltarme me anima ahora. Un propósito infinito de ser mejor. Considerando la guerra de los hombres a los animales montunos, he llegado a odiarlos alguna vez. Considerando ahora mi amor a los /16/ animales montunos, vengo ahora a amar infinitamente a todos los hombres, sin distinción de amigos y de enemigos³³⁶.

Morir por ellos todos... vivir para ellos todos... Así, a través de don Dimas, he llegado otra vez a los hombres; y he llegado otra vez hasta mí... a través del cristal percibo a Marte rojizo entre los plácidos planetas que ruedan por los cielos.

335 Según la numeración manuscrita de Enrique Iniesta, por error se obvia la página número 12.

336 «El fin natural de la existencia de un pueblo, es como el de la existencia de un individuo, el de engrandecer por sí, pero no para sí, sino para la Solidaridad (sic) entre los hombres, es decir; para los demás pueblos de la Tierra». En este caso, aplicable al resto de seres vivos (B. Infante, *La Dictadura Pedagógica...*, op. cit., p. 230).

Alguien quiso hacer notar mi tristeza... Su jocosidad fue detenida por estas palabras: «Lo de Don Dimas ha sido para mí algo más serio que lo que alguien pudiera figurarse».



Ahora vuelvo a ver los lugares en donde mi zorro jugaba: y aquellos en los cuales se enfadaba o dormía. Como a un primitivo, me parecen impregnados /17/ de la substancia (sic) suya. Como un primitivo siento materializada su cualidad: su vida y que ella está en cuantos vestigios dejó de su estancia aquí. Hasta los pelos suyos que en mi traje quedaron pegados los vengo a percibir con amor. Y gozo cuando pongo su nombre, sintiendo como los primitivos también el realismo de los nombres como continentes efectivos del ser³³⁷. Y, aun, después del insomnio, durante la pasada noche, he tenido un sueño rojizo el cual, seguramente, me agitó mientras mis labios repetían las palabras del acostumbrado llamamiento al amigo perdido: «Ven, Dimas... Ven, Dimas...»³³⁸. /18/

Este querer mío quiere ser por ser. Es de salvación de mi zorro de entre los peligros del monte; es de salvación de los hombres, de entre los peligros del tránsito. Es querer de salvación, pero no de salvación propia; no del propio ser sino del ser de los demás, del ser de todos fundidos, hombres, animales, plantas y estrellas, en un amor por ser. Los místicos antiguos se consolaban pensando y laborando por la propia salvación³³⁹.

337 Cuatro frases y en tres de ellas se cita «primitivo». Frente al conocimiento aristotélico, Infante refiere la intuición como forma de conocimiento junto a otras como el amor. Lo asumido, pues, se expresará más tarde por palabras y se manifiesta a través de acciones. Ante el empirismo por medio del conocimiento y la evidencia de los sentidos, el citado concepto refiere otras como el amor ausentes ambas de razonamiento deductivo. Sin embargo, llega a ser conciencia inmediata. Puede tratarse además de una referencia a los conceptos masónicos de la piedra «informe» y «cúbica» como actitud vital del individuo, cantero en origen y pulidor de su propia personalidad y existencia, tal y como si lo hiciera para con dicha materia natural. Por otra parte, en algunos de los textos infantianos se alude al concepto en referencia a la igualdad y solidaridad que prevalecía entre los primeros humanos. Más concretamente, en su libro sobre el supuesto complot de Tablada se alude en dos ocasiones al concepto «realismo primitivista», identificado con una modalidad de razonamiento básico (B. Infante, *La verdad... op. cit.*, pp. 31 y 32).

338 Dicha intuición, como se señala, brota a través del sueño. Necesidad biológica, citada en la obra tanto para el animal como en el escritor. En este caso, emergen imágenes oníricas por las que determinados contenidos se hacen conscientes. Energía inconsciente o subconsciente, pues, a la que se debe atender en coherencia con las tesis psicoanalíticas ya apuntadas y que, además, forman parte de los recursos iniciáticos de la persona que se adentra en la masonería. Cuestión vinculada, además, a la *egrégora* ocultista, como energía propia de un pensamiento colectivo que es capaz de influir sobre un grupo humano. Un concepto, salvando obvias distancias, cercano al inconsciente colectivo de Carl Gustav Jung.

339 Se marca distancia con esa actitud egoísta que, resignadamente, espera a otra vida para alcanzar plenitud. Un sentido contrario a la *egrégora* citada como apuesta por el trabajo individual, base para la referida consciencia personal y colectiva.

Ellos la esperaban después de la muerte; atisbando el lugar espiritual a dónde irían a reunirse con todos sus amores, /19/ pero su consuelo no me es doble a mí. Yo quiero para los demás y pongo mi Eternidad (sic), no en la eternidad de mi vida propia, sino de este querer. Querer que ciertamente crece a través de los milenios: querer en el cual me ha parecido entender este consuelo. Pues en la Eternidad (sic) de este querer, mal veras a ver y a gozar y a jugar con tu Don (sic) Dimas. Y sea para él el colofón de este escrito: «Jamás escribí tantas cuartillas, en menos tiempo ni con tanto amor»./20/

LA VUELTA DE DON DIMAS

14, agosto, 1927

Don Dimas ha sido el través que ha filtrado la voz -virtud de Dios, hasta mi espíritu. Acaso por esta razón la sustancia de esta voz, recién llegada hasta mí, inquietábase o me inquietaba fuertemente considerando la muerte de mi zorro. ¡Cuán intensamente había venido a ejercer una acción providencial, la cual yo identificaba con la finalidad de su existencia humilde! El hecho era evidente. De esta experiencia mía podía dudar tanto como del hecho de mi existencia propia. La impresión del grácil animal había producido aquel resultado ¿En la relación o coordinación armónica de las fuerzas de la vida le estaba detenido este objetivo por una naturaleza finalista? No es preciso plantear este problema. Sin problema. Atengámonos al hecho indudable. Finalistas o no, la naturaleza, armónicas o no, las fuerzas vitales; coordinadas o no en la /21/ superior unidad del vivir; a través de Don Dimas la naturaleza había obtenido en mí, sino un objetivo, por lo menos un resultado de mayor bondad; quizás de mayor inteligencia, se considere o no este resultado como un avance o mejoramiento³⁴⁰.



340 Solo la consciencia de un espíritu superior es el camino para una sensibilización hacia lo creado. Es la Causa del Espíritu, como trascendencia consciente, proyectada y comprometida generacionalmente, más allá de la existencia individual. «Alma ratonesca [en referencia al ratón Múrido], pero vida superior o espíritu de la vida, una, en definitiva, en todos los seres» (B. Infante, *Cuentos de...*, op. cit., p. 85).

Me recreaba imaginándole en el monte durante la noche de luna, viéndole salir satisfecho y descansando receloso de los hombres y de los peligros de la selva; donde la espesura de las jaras, con las orejas atentas o erguidas. Bajar al arroyo donde yo le depositara. Apagar la sed y después corretear por el monte; husmear y alejarse, atraer con ánimo de caza por el elitrear de los grillos...

Pero otras veces raciocinaba³⁴¹ concluyendo que tal vez no tomara el campo; que acaso llegase a repugnar la libertad silvestre; y a presentarse ante cualquier viandante o a penetrar en cualquier /22/ rústico interior de las casas campesinas... lo matarían entonces. Un golpe o un tiro, vendrían a responder a sus demandas de humano amor o Providencia (sic)³⁴².

25, 8, 27

Y fue en la tarde del segundo día, a contar desde aquel de la suelta, cuando, para calmar esta inquietud y buscar un consuelo en el lugar donde llegué a ponerlo libre; nos fuimos hasta ese lugar todos los familiares, sus amigos. Le llamamos: recorriendo todos los alrededores. Avisamos a pastores y vecinos por si lo habían llegado a ver; o por si acaso a alguno de ellos viniera en lo sucesivo a presentarse. Demandábamos «un perro mixto de zorro», para suavizar con el primer sustantivo la rivalidad campesina hacia el segundo nombre objeto de la implacable odiosidad aldeana y pastoril. /23/

27-8-27

Una de las muchachas aseguró que una liebre rojiza, habíase levantado cerca de ella, y que huyendo vertiginosamente habían llegado a internar en la mancha de jarales próximos. Esta muchacha era la amiga preferida de Don Dimas quien puntualmente siempre accedió a sus llamamientos. Ella sospechaba si aquella liebre grande y rojiza habría sido el zorrillo que, encariñado con el monte, huía ya de sus amigos más dilectos.

341 Según la RAE, usar la razón para conocer y juzgar.

342 La palabra providencia/providencial es citada en doce ocasiones en el texto y, como hemos señalado, su etimología refiere el cuidado, en este caso del gran arquitecto. Se cita, además, en la última frase de su cuento entre la loba y el perro *Preferio*. Precisamente, indicando como sentencia final cómo el perro —contradictoriamente— es conducido en sus últimas actuaciones por la acción del hombre. En definitiva, como prolongación del mismo (B. Infante, *Cuentos de animales...*, op. cit., p. 76).



Me consoló el viaje y la estancia en los lugares de la suelta. Aquella noticia fue el material elaborante de mi creencia en que Don Dimas gozaba ya de libertad segura³⁴³. Sentí, no obstante, la necesidad de confirmar esta segura libertad, por la figura de un esquema mágico. Hice el esquema y la realidad fraguó también el suyo. Prólogo de ambos es el siguiente /24/³⁴⁴

5 oct 27

Cuando Don Dimas fue en el campo y sus pies tocaron el suelo del monte, las vidas de sus antepasados encerradas en su alma se agitaron confusamente en un afán más fuerte de resurrecciones, que cuando atisbaba el bosque desde la azotea en los crepúsculos. El zorrito actual quedóse unos instantes pasmado ante las piernas de aquel animal vertical, tirano y providencia suyo. Tiranía y providencia son realidades en contacto inmediato o directo. Pero para el individuo animal, centro del mundo, razón del mundo, o auto creador de sí, por la creación de un mundo; todos los mundos se le deben pródigos; y si la providencia de los mundos ajenos no encaja en su auto creación, la providencia es tiranía³⁴⁵.

Don Dimas empezó a salir de su espasmo, movido /25/ por los impulsos alienantes de aquel desperezamiento de vidas interiores³⁴⁶. Mientras duró el desperezamiento,

343 Infante llega a preguntarse reflexionando sobre el verdadero significado de su particular «Revolución (sic) destinada a alcanzar la verdadera felicidad del ser (...) ¿cómo puede existir felicidad sin libertad?» (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., p. 47).

344 En la medida que no se culmina la frase con ningún punto y en la siguiente hoja el relato que prosigue, no tiene nada que ver con dicho final, todo apunta a una ausencia de palabras que aclarasen más y mejor el sentido del texto.

345 Etimológicamente, la palabra proviene del latín providentia y significa «cuidado divino, previsión de Dios». Sus componentes léxicos son: el prefijo pro- (antes), videre (ver), -nt- (agente, el que hace la acción), más el sufijo -ia (cualidad). Cabe entender esa relación providencia-tiranía como necesidad de liberación de la superficialidad en favor de una búsqueda interior y espiritual. De no ser así, se sugiere, la realidad o esa providencia se interpreta como destino banal o primario en términos mundanos, alertándose de que pudiese convertirse en una limitación al equilibrio personal.

346 Refiriéndose a los ratones, apuntará que también poseen esencia sus palabras. No tanto por sus sonidos articulados, sino por sus gestos vivaces y los matices de sus chillidos blandos, dirá. Dicho de otro modo, la comunicación entre seres sintientes va más allá del uso de un lenguaje común, articulado mediante reglas y convenciones gramaticales. Se defiende la existencia de otra forma comunicativa donde el amor es su máxima expresión e idioma universal: «No hay vida que en sí no tenga la esencia de la palabra. No hay vida que no tenga una palabra para liberar su esencia» (B. Infante, *Cuentos...*, op. cit., p. 107).

se mantuvo el espasmo agradable como el instante desperezador durante el cual los músculos se distienden, el cuerpo entero, o los brazos y el pecho se estiran o rigidizan. Desesperezados ya un poco los seres anteriores de Don Dimas, se expresaron en tímida o vacilante energía nueva que anheló hundirse en los matorrales y rozar la piel contra las rocas, las hojas y las ramas.

El zorro fue atraído por los macizos de matas. Pero al mismo tiempo, muchos nuevos olores, no extraños, sin embargo, invitaban su fino /26/ hocico que en gravitación irresistible avanzaba en toques rápidos por los suelos.

Aquella confusión interior diluida en un bienestar cada vez más intenso; en el bienestar de una confianza y seguridad cada vez mayores respectivas al dominio de aquel mundo; y estos múltiples requerimientos simultáneos surgidos en tropel que no permitía al animal determinar de un modo inmediato sus preferencias hacia alguno de ellos, tuvieron oscilante de acá para allá, durante cierto tiempo a Don Dimas.

Y era entonces cuando al sentirse llamado por la voz, por el silbido del animal vertical, acudía a /27/ sus llamamientos.

Después la determinación de los motivos más agradables fue operándose en sí. Don Dimas dejó de percibir en la voz de su compañero humano un acento orientador. Y siguió, siguió deslizándose pegado a los muros de roca de los cauces del arroyo; por entre las matas que lateraban el lecho reseco y ya escuchó indiferente las voces y los silbidos del hombre, hasta que la distancia esfumadora fue poco a poco debilitando sus vibraciones, hasta que estas llegaron a difundirse o a perderse en el seno silencioso de la noche lunaria.

¡Silencio! El amor del hombre evocó un sentido de vago recuerdos de caricias un beso del amor del zorro. Esto pasó dentro de Don Dimas. ¡Pero tantos amores /28/ en forma de seres que plasmaran ancestrales recuerdos!: evocaban al mismo tiempo besos de amor, ... que el amor del hombre vertido humildemente de recuerdo fue desapercibido entre los más imperiosos amores vertidos con trajes de seres... Y, a estos amores, Don Dimas besó. Y, con ellos y entre ellos se fue, en la agonía del crepúsculo que se hundía en la noche.

7, 9, 27. Esquema mágico

Don Dimas siguió el cauce en línea quebrada, retrocediendo a veces en el avance explorador según las direcciones de motivos odorantes, brújulas de su inquietud. Llegó así por entre las piedras a pisar /29/ y a husmear hondonadas húmedas. Al poco, llegó a encontrar encharcamientos de agua paralítica sombreada por las adelfas. Chasqueó sobre la quieta superficie la lengua del zorro. Ya no sufriría de sed. El camino para la provisión del agua estaba conocido y por el conocimiento, conjurada o atenta, convertida en providencia la naturaleza indiferente. Una escotadura en el terreno suavizaba, a modo de vereda, el tránsito del cauce a la orilla. Don Dimas ascendió por la escotadura y fue remontando la loma. Torció a la izquierda y, poco a poco, fue acercándose al manchón de jaras raquílicas que coronaban hacia un lado la cumbre. El animal se hundió entre las jaras. Se deleitó percibiéndose /30/ oculto el cuerpo por todos los lados, excepto por el de arriba; por el del cielo, desde cuyo seno azul lo descubrían las estrellas³⁴⁷.

El zorro suelto tenía ya un lugar de refugio asegurado. Algún saltamontes brincó entre su hocico. Don Dimas intentó cogerlo con la boca; aprisionando con sus manos y contra el suelo, tal como hiciera en casa con las cucarachas que llegaba a percibir. Lo consiguió al fin; y jugó gozando con aquel auto movimiento que sus dientes y manos poderosas sujetaban a su exclusiva merced. Se deleitó con el placer de intervenir caprichosamente aquel organismo autónomo según el fuero de su más alta o fuerte autonomía. Pero ya el juego no terminó como en casa: abandonando como aburrido el insecto vivo aun, casi aplastado, vientre arriba y patas vibrantes, para que no pudiera escapar y aguardara que los nuevos deseos de jugar vinieran a asomarse en el brillo alegre /31/ de sus ojos y a bailar en la inquietud nerviosa de sus patas. Don Dimas sentía hambre. Ganas de absorber, de incorporar lo extraño a sí. Entonces sus vidas en forma de ser ya no despreciaron sus amores en forma de recuerdo. Y atendieron a la vaga visión del animal vertical partiendo con el zorro actual, providente, sin comida: y la del lebrillo o de los platos que en el suelo del patio se la brindaran. Don Dimas comió el insecto cuyas patas cosquillearon su lengua casi en el mismo instante en que sus dientes como agujas penetrantes clavaron su alado cuerpo y en que ávida lo venía a tragar absorbiéndolo su garganta. El saltamontes servía pues para contentar

347 Infante ya había escrito sobre el hecho de buscarle trascendencia a lo mundano y ser consciente cotidianamente de dicha voluntad superando a la personal. Los expresaba bajo la fórmula: «*Espiritualizar la Forma; Formalizar el Espíritu*». En síntesis, dice el andalucista, una unidad «donde todos los ideales se funden», de manera que sea posible «Transformar la Tierra en Cielo, que es llevar, al Cielo, la Tierra: He aquí la obra creadora reservada al Titán» (B. Infante Pérez, *Ideal Andaluz...*, op. cit., p. 39).

el hambre. El zorro aprendió que para esto existen las cosas auto movientes. Cuando estaba en la casa solo le ofrecían para comer cuerpos inmóviles y, él, los arrojaba por alto con el /32/ hocico o los hacía moverse impulsándolos con las manos. Don Dimas sentía entonces, expresando su voluptuosidad, el cinetismo era como un aderezo de los objetos que excitaban su alma apetitiva; pero no pudo relacionar jamás esta condición como exponente de la cualidad comestible. Ahora ya sabía que las cosas que por sí se mueven son aquellas que se comen y, que el movimiento de estas cosas, estaba ordenado a su viva excitación apetitiva.

Buscó afanosamente y comió nuevos insectos, pero un olor agradable, más intenso y atrayente que el de los pobres coleópteros notificale la asistencia de nuevas desconocidas voluptuosidades gastronómicas emanando de unos puntos en el suelo. Aquellos puntos se sucedían de dos en dos, en dirección quebrada ambientada por la misma materia odorante. El zorrillo rastreó aquellos puntos siguiendo la trayectoria más intensamente saturada /33/ por esa materia, volviendo atrás cuantas veces sentía desembocar en un término donde se diluía o empezaban a desvanecerse. Así llegó hasta un claro del jaral junto a una cueva pequeña que horadaba el terreno y que se le ofrecía como foco de la adoración preferida. Se deleitó aspirando su interior al introducir en el vacío de ella su fino hocico. Pero su cuerpo era demasiado gigante para penetrarla. Husmeó alrededor de la guarida y después volvió a oler la boca; por último, pareció meditar. Una fuerza negra como una noche con ojos rojizos examinó desde dentro de Don Dimas los alrededores de la cueva. Lo movió hasta llegar a situarlo sobre el plano superior /34/ del terreno, donde ella se abría: a tenderse entre las jaras, a descansar el hocico próximo a la línea del borde superior y a acechar su inmovilidad vigilante.

El jaral estaba sumergido en el fondo de un baño de luz blanca que la luna vertía en suave inundación. La cara de la luna y su cortejo de estrellas miráronse en los espejuelos de clara y dulce superficie que eran los ojos del zorrillo liberado. Las estrellas en su afán de saber cómo son y quiénes son, paren la noche reuniéndose en infinitos espejos y, en su interrogante eterna, no aciertan por esto /35/ de ser los espejos infinitos a definirse si son grandes o son chicas, si son rojos o son azules.

Un ruido imperceptible apartó en los ojos de Don Dimas la visión fugaz de los centelleantes puntos que ardían en el cielo; los cuales, no obstante, reflejaban en sus pupilas. Dos grandes orejas erguidas sobre una ovoide cabeza aferrada por dos ojos resplandecientes, ávidos de lunaria luz asomó por el vacío de la madriguera. Investigó recelosa, medrosa al instante, los alrededores del hogar acechado. Don Dimas no respiraba, muy tiesas las orejas y muy encendidos de ansiedad los ojos. Un cuerpo lanudo rematado en rabo corto /36/ saltó al exterior del nido. En el mismo instante

el zorro saltó también y fue a caer certero en el mismo lugar que ocupase su extraña víctima. Pero ya entre sorprendida, rozados sus lomos por los dientes del zorro que como agujas de marfil brillaron en blanca fugacidad, había saltado otra vez y cual en alas de un vértigo por sobre las mismas raquílicas jaras, según dijo la fábula, más bien volaba que corría. El zorro prendido en su boca un mechón de lanas del conejo, le siguió desliziéndose raudo, husmeando y agitado por la nerviosidad de ansias infinitas. El perseguido habíase refugiado en un hueco entre dos piedras. En un asilo de roca el desdichado temblaba, no repuesto /37/ del espanto que desvaneciera todo su ser en una impulsiva fuga. Don Dimas descubrió enseguida, casi en el mismo tiempo que el conejo entrara en la cortadura entre las piedras. Cauteloso se deslizó hasta llegar a dominar todos los grados del ángulo de salida. Hacia aquella boca iba la trayectoria impregnada por la cualidad conejil en cuanto es relevada por el sentido olfatorio y de su vacío salía también a raudales la demencia relativa a la estancia en dicho lugar del desgraciado roedor. Don Dimas sintió un furor terrible. El era el centro del mundo. Todo cuanto le era inferior en fuerza, le estaba ordenado como un elemento de su propio vivir. /38/ Aun no era hombre para ordenar también mediante la imaginación y su inteligencia creadora, las fuerzas entrañantes de una potencia mayor incontrastable, según la razón, su inteligencia de la realidad, su inteligencia analítica. Aquel animal quería sustraerse buscando escondite a sus dientes y a su estómago. Don Dimas puesto excluyente sintió rabia no contra el conejo, sino contra el entorno nuevecito que había pretendido arrebatarle el cuerpo del animal que juzgaba suyo.

Y lanzado por este furor, hundió en la cortadura la cabeza precedida por el ávido hocico y la boca de arremangados /39/ labios que venían a descubrir los amenazantes dientes. El conejo sintiose pasmado. El pasmo, inmovilizando en trance de muerte llega a ofrecer al victimario la inercia de las cosas inorgánicas para que este se comporte como ante ellas con respecto al cuerpo vivo amenazado. Pero Don Dimas ciegamente acometió al conejo; el cual, al sentirse herido y arrastrado hacia el exterior chilló aterrado. El zorro lo zarandó cogido entre sus dientes moviendo con furor su cabeza. Después lo arrojó por lo alto. El conejo derrengado intentó escapar y Don Dimas nuevamente se lanzó contra él lleno de furia. Le mordió en el vientre y fue arrebatado por voluptuosidad suma, cuando sintió su boca inundada de sangre caliente... Devoró los intestinos del animal y, despedazado moribundo /40/ sus lomos. Las piltrafas restantes aun fueron instrumentos de sus juegos, hasta que harto de jugar cavó una fosa en el suelo. Depositó en su fondo los restos del conejo devorado y empujó hasta cubrirlos con el hocico, la tierra de la excavación.

Por este esquema, Don Dimas tenía ya asegurado el alimento de carne caliente durante las noches blancas de su libertad.

Desleída las sombras en albo color el sol rojo asomó tras las cumbres de los montes. Don Dimas sintiese fatigado del constante ajetreo explorador /41/ del jaral. Durante la noche inquieta él había penetrado trabajosamente por entre las ramas hasta el tronco central de un frondoso y fuerte lentisco. Primero salió de la mancha y se tendió en un claro con los hocicos entre las manos y la gran cola rematada en florón extendida en línea recta. Contempló el nuevo espectáculo del amanecer. Sus ojos, distraídos y aristocráticos, miraron al Sol (sic); se posaron en las cumbres de las lomas y más atentos o curiosos giraron para seguir los vuelos de los pájaros. /42/

Una máquina ruidosa pasó veloz por el tramo de carretera; otra, arrastrada por animales gigantes, se arrastraba rechinando acompañada por un animal vertical. Don Dimas enderezó las orejas. Sintió miedo, y un deseo ineluctable le alzó del suelo y le condujo al interior de la mancha hacia el espeso lentisco. Más en su caminar, descubrió una cueva y su anhelo de seguridad satisfasciase empujándole a penetrar a través de su vacío. La cueva emanaba /43/ el olor, no alarmante, de un ser extraño. No alarmante porque el zorro sintiose superior o con fuerzas superiores sobre la fuerza fuente de aquel olor.

El agujero aquel era una guarida cuya entrada elevábase en plano inclinado por el cual subió arrastrándose don Dimas hasta entrar en una galería con ciegos corredores laterales. Allí encontrábase a pleno placer. Respiró con fuerza absolutamente satisfecho. Estiró todo su cuerpo en voluptuoso desperezo y cerró los ojos. Pero a poco, el dueño de aquel hogar un honrado tejón entró husmeando la intuición /44/ de extraño huésped en la habitación construida por su esfuerzo laborioso. Don Dimas despertó, arrastrose reculando hasta el tejón quien después de encajar en vano sus dientes antes la dura piel del adversario experimentó la mayor fuerza y la agudeza de los caninos del zorro cuando éste, pudo llegar a revolverse en la entrada de la galería. Metiose el despojado intentando más de una vez repetir el ensayo de volver por lo suyo; pero otras tantas se clavaron en /45/ sus lomos las armas finas y duras del conquistador. Huyó por último, y Don Dimas, repitiendo el desperezo durmió tranquilo y cansado.

Así de este modo y por este esquema, jamás al zorro llegaría a faltar en el porvenir un refugio seguro.



Y fue la tarde. Desesperose don Dimas y abrióse su boca en bostezo señorial. El mundo era suyo. Rebordeó con la lengua el hocico, llamita roja que lo purificó de

coágulos de sangre. El dulzor de estos coágulos evocó el recuerdo de la víctima inmolada la mañana anterior. Volvió a estirarse y a bostezar y a limpiarse los bordes de la boca. Arrastrase /46/ hasta la salida de la madriguera y salió al jaral, no sin haber sentido previamente la necesidad de explorar los alrededores.

Fue entonces una plena afirmación de seguridad vital y repitió el desprecio en ofrenda a esta seguridad. Después percibióse conducido por su impulso interior hacia el lugar donde enterrara la presa matinal. Cavó con las manos y a poco apareció el cuerpo lanoso del animal sacrificado. Rendiolo con los dientes y lo arrojó al exterior. Volvió a cogerlo y arrojarlo varias veces, lamiéndose otras tantas sobre él, como en juguetona persecución. Don Dimas saltaba y se enderezaba /47/ sobre las patas traseras, moviendo la cabeza y agitándose todo en gritos, plenos de gracia y picardía. Por último, sujetando la piel del conejo con las manos hociqueó en el interior arrancando pedazos de carne que engullía con placer.

Después atravesó la mancha y arribó a sus orillas sobre el campo amarillo erizado por el rastrojal. Investigó el campo y elevó el hocico aspirando el aire del atardecer limpio y dorado como la mies madura. Otra vez fue una plena afirmación de vitalidad segura. Y, otra vez, en ofrenda a esta afirmación, sentose sobre sus /48/ patas y paseó sus ojos distendidos por el paisaje cuyos tonos diluíanse en suave gradación con el gesto de abandono aristocrático, con la dejadez elegante cual gran señor o del pícaro consciente de su inteligencia superior dominadora absoluta del mundo circundante en el cual se encuentra sumergido.

La fuerza señora cuya señoría era su propia señoría interior, le movió libérrimamente a deslizarse por entre los rastrojos a bajar hasta el cauce del arroyo en el cual vino a deslizarse por su fondo hasta arribar atendido por el halago de la humedad /49/ próxima hasta los charcos cuya palabra anunciadora era aquella humedad atrayente.

Bebió en todos ellos. Se distrajo jugando con los saltamontes, grillos y (ininteligible) que por azar encontró en el cauce reseco y, cuando ya la noche borraba las creaciones del día alcanzó al llegar hasta aquellos lugares en donde fue puesto en suelta durante la tarde anterior, husmeó las huellas de los animales verticales con quienes hasta aquella hora convivió en la ciudad; en aquel mundo /50/ rígido, de rectas paredes y de bocas cuadrangulares que comunicaban espacios regulares también de cielos cubiertos y de suelos duros y lisos, donde, en vez de hierbas, alineábanse u ocupaban los cuatro objetos también regulares, sobre los cuales era peligroso encaramarse sin llegar a ser perseguido por los habitantes de aquel extraño mundo.

Era este un universo en donde la regularidad imperaba aprisionante; en donde el orden infinito de Dios, en que el ritmo vivo de las cosas más distantes, no /51/ es percibido por los oídos esclavos, venía a ser sustituido por estrechos espacios, encerramientos de cautivos, en donde las cosas y el espacio mismo, eran presos de la regularidad, orden de los ojos miopes y de los oídos no capaces de llegar a percibir los conciertos de los ritmos lejanos. Aquel era un mundo cuadrado. Este de ahora, esférico de amplitudes infinitas. En aquel mundo, Don Dimas siempre se expresó con Dignidad (sic), con la dignidad de un rey desterrado; con el mismo gesto de elegante dejadez, de aristocrático abandono: de indiferentes sino superior. Como si el hombre y su geometría /52/ fueran cosas inferiores y en relación a su vida moldeada por un mundo de libres fuerzas inteligentes no extrañadas por un superficial verbo de próximas particularidades geométricas; sino por una idea profunda de armonía lejana cuyos resultados próximos se alcanzan actualmente mediante la ordenada disposición de infinitas particularidades en los conjuntos naturales de innúmeros matices y elementos armónicos, formados por el libre azar a través de libres y enérgicas expresiones inconexionadas, de amores y de odio, /53/ de besos y dentelladas de rugidos y de cantos, de luces y de tinieblas, de fuerzas y ternuras, de serenidad y cataclismos³⁴⁸.

Pero... algo había allí en aquel mundo ya casi olvidado que no era geométrico; que tampoco tenía por prisión al espacio esclavo. Algo que allí era libre y que venía a ungir ciertos instintos de alegría pura, de realeza de libertad. Era algo que aquí no había y que allí sí se encontraba; algo señor de aquello y de este, dueño y creador de todo. Y, Don Dimas en imaginación fugaz e inconsciente, como la imaginación de un sueño; gozó ante el recuerdo de las manos, que los animales verticales habitantes de aquel mundo, posaban sobre su cabeza y sobre sus lomo en caricia inefable /54/ que alisaba su piel y que ahuyentaba al peor de los insectos.

Le encendió un lejano ruido trepidante. El zorro enderezó las orejas. A poco de la carretera se iluminó como si reflejara el anuncio de un sol nuevo. Un bramido y un sonido articulado por intervalos regulares de silencio. A poco la máquina paró como un negro rayo monstruoso a lo largo de la cinta blanca. Don Dimas volvióse de un salto en la dirección opuesta y corrió hacia el arroyo. Más se detuvo de repente. Sentose pensativo. El ruido que producía el caminar del gigante animal rígido /55/ se alejaba. Don Dimas recordó. En el seno de uno de estos animales había el venido conducido por los monstruos verticales hasta el monte.

348 Nos encontramos ante una gran definición del Cosmos, es decir, del orden universal del que todos formamos parte como microcosmos. La persona es, así, imagen y reflejo de ese universo a otra escala. Repleto siempre de situaciones aparentemente contradictorias, algunas nombradas poéticamente como dualidades, pero siempre sometidas al concierto de su gran arquitecto.

Tornó otra vez a los lugares poco antes recorridos, y volvió a aspirar con cierto placer las huellas de aquellos monstruos, sus amigos.

Otro ruido nuevo. Un sonido cristalino, un crujir y reclinar. Otra máquina lenta precedida por animales gigantes. Un vertical junto a estos animales. El zorro vino a repetir la huida. Voces de alarma revelaronle en /56/ sí indefinibles motivos que restaban fortaleza a la afirmación de su vitalidad. Se percibió inseguro entre aquella figura amenazante y, esta vez, huyó hasta llegar a esconderse entre las jaras.

Por este esquema, Don Dimas vendrá a rehuir de los hombres; los esquivará. Entre él y los hombres se romperá toda relación de confianza. Y de este modo, mi zorro podrá llegar a evitar los tiros de los cazadores o los garrotazos de los pastores iracundos.

Calmore un tanto y, nuevamente, empezó a husmear volviéndose a su inquieta investigación de cada huella, de cada piedra; de /57/ cada mata. Pero he aquí que ahora un mensaje distinto de todos los experimentados anteriormente trajo una onda para su olfato. Venciéndole ni se llegó a sentir superior ni inferior con respecto al ser que en el mensaje se venía a expresar. Igual solo. Ni sintió una prisa ni previno un verdugo, en la injustificación de aquella palabra que en el seno de la onda aérea venía meciéndose. Le pareció que aquel aire estaba cargado o henchido de él. Que él mismo hacia sí mismo, se aproximaba. Pero un aspecto de él mismo, más amable que el mismo /58/ él. Nuevas ondas reforzaron el mensaje y anunciaron la proximidad de quien hasta él se llegaba. El zorro salió a su encuentro. Una sombra deslizábase hacia la dirección por la cual Don Dimas avanzaba. Pronto se llegaron a percibir. Ambos corrieron el uno hacia el otro. Ambos al encontrarse se rodearon nerviosos, viniendo a olerse cola y hocicos. Don Dimas sintiose desvanecer en una alegría viva, diferente a cuantas entonces había gozado. La alegría de percibirse /59/ en sí, fuera de sí. Percibiose impulsado a no separarse de aquel animal; a rozarse con él; a caminar con él, a jugar con él interceptándole el paso en todas direcciones. También sintió una viva necesidad de abrazar con sus patas delanteras los lomos del recién llegado. La luna estaba vistiendo de novia a la noche.

Y, por este esquema, Don Dimas aseguraría su perpetuidad.



Más la realidad figuró también sus estructuras y acaso en su mano imprimieron de razón los esquemas anteriores. Quien haya /60/ seguido hasta aquí, bien puede agitar a Don Dimas bebiendo en la Estructura (sic) de la realidad. La cual es como sigue:



Era la noche de su liberación. El zorro dejó de oír las llamadas de sus amigos verticales. Sintió la trepidación de un motor que se alejaba. Silencio absoluto. Distraído el animal, se deslizaba inquieto, investigando piedra por piedra; mata por mata, aspirando la polidadoración de aquel mundo desconocido hasta ahora y, no obstante, en su intimidad, presente bien mirado. Así transcurrieron unas dos y más horas. Don Dimas sintióse cansado. Husmeó el rastro de sus amigos que el aire conducía levemente hasta el fondo /61/ del arroyo en donde se encontraba. Siguió en dirección de este rastro. Llegó al lugar en donde fue soltado. Extrañole a soledad. Bajó a la carretera y siguió ésta adelante hasta encontrar el punto. Nadie.

El los buscaba para llegar a tenderse junto a ellos, como tantas otras veces un tanto esquivo en apariencia; pero anhelante de que las manos de aquellos dioses acariciasen su cabeza y cosquillearan su cuerpo. Sentía el zorro el mundo como una estructura en la cual sus amigos humanos formaban como elementos indispensables. Sin ellos, percibía un vacío dentro de su mundo. Cuando los demás motivos no llegaban ya a atraerle y /62/ atendía al requerimiento de estos otros motivos. Pero ahora estaban ausentes. Y él venía a sentir la necesidad de aquellos requerimientos. Esta necesidad que al buscar satisfacción encuentra un vacío, es un principio de amor. Así lo experimentó Don Dimas. Sus ojos dulces se enternecieron mirando el camino solitario. Con las orejas gachas, quedó durante unos instantes inmovilizado, embargado por la nostalgia de los amantes.

Después reaccionó. Sintió hambre y el latigazo del hambre le empujó en dirección de un olor coherente con la voz de su necesidad. /63/

Llegó hasta la merienda que, al soltarle, depositaron en el suelo sus pródigos compañeros del mundo regular ya perdido. Prendió el trozo de carne y lo devoró despaciosamente. Después quedó pensativo, tendido en el suelo con los hocicos entre las manos; los ojos dulces mirando sin ver el espacio horizontal, saturados de esencias de plata.



Durante la noche se movió en direcciones distintas, volviendo cuantas veces se levantara a tenderse con desaliento. Durante el día, cuando ya hubo amanecido, se refugió /64/ en el hueco entre dos piedras cubiertas por una señora adelfa en la margen del arroyo. Durmió, y fue la tarde.

Don Dimas retornó a explorar los lugares en que lo cuales le soltaron sus amigos. Aquel vacío, aquella soledad le hacía sufrir. Y otra vez su inquietud llévole de un sitio para otro, liberando su decepción en idas y venidas sin objeto, desarrolladas tristemente. Se alejó así de aquel terreno después de haber insistido por última vez; comprobando la soledad y el silencio hosco de estos sitios, ahora sugerentes para la emotividad del /65/ zorro.

La noche fue larga, hosca, indiferente al hambre y la sed de Don Dimas. Algunos insectos, algunos animales se agitaron a su alrededor. El zorrillo los llegó a percibir con indiferencia o tedio supremo. Para él, aquellos objetos auto movientes estaban ordenados únicamente a su deseo de jugar, el cual ahora no lo sentía. Para comer y beber existían otras cosas que liberalmente le ofrendaban los verticales en aquel mundo perdido, cuya visión le obsesionaba. Tendido casi siempre, Don Dimas era un aguardo de la mano acariciante en la ofrenda que /66/ a toda hora le hicieran sus compañeros del mundo abandonado, brindándole cuantas cosas pudieran llegar a halagarle. Y era además otra cosa: una esencia agobiada, oprimida por gravitación, acalorada del amor de sus dueños que sufrían la pérdida del animal cuando llegó el otro día. Nuevamente se refugió en el lugar que le pareció más oculto. Ahora una torrentera sobre cuyo cauce, posaba sus ramas espesas un lentisco.

Don Dimas era un triste anhelar cada vez más débil, cada vez más triste. Cuando ramas del lentisco rozaban su cabeza asociase a este hecho la idea de las caricias humanas. Don Dimas soñó manos blancas que salían de una sombra roja, /67/ manos de luna, vaporosas como el espacio durante las dos noches que llevaba en este mundo; salían de una sombra roja y venían a acercar a una boca objetos sabrosos y recipientes rebosantes de leche y agua. El cuerpo de Don Dimas se agitaba febril. Despertado un intenso dolor de sí que advenía fuera de él. Arrastrándose por el lecho de la tormenta apareció un zorro salvaje. Su cuerpo escuálido tenía la pelambre pegada bajo un engrudo de tierra y de orín. Don Dimas se alzó. sintiose rehecho por fuerza nueva. Fortalecido por la compañía de aquel otro él. Craqueó /68/ como el acostumbraba a hacer cuando era sorprendido por las visitas gratas. El advenedizo fue a olerle. Y Don Dimas se le acercó, arrastrándose sumiso con las orejas caídas y emitiendo quejas en sonidos dulces. Más el recién llegado, percibiría acaso algo extraño a su especie; algo sugeridor de desconfianza y despertador de recelos. Respondió a Don Dimas con zafia dentellada y se alejó corriendo. Lo siguió nuestro amigo. Pero varias veces se revolvió el perseguido contra el zorro abandonado, hasta que éste, cansado y herido se detuvo, mirando con tristeza a su ágil hermano desaparecer a poco tras de /69/ los relieves del monte.

Y fue la hora en la cual dos días antes, había sido Don Dimas liberado. Aquella hora evocó en el zorrillo hambriento un intenso recordar del mundo humano. En este mundo estaba el amor y la caricia, el agua y el alimento. En el que ahora se encontraba, todo era agrio (ininteligible) los escarpes. Mudo e hiriente como las ramas secas y los guijarros puntiagudos. No era el amor, sino la indiferencia y su palabra más dulce ni su gesto suave. Allí el otro él, tenía para él, solo dentelladas. El zorrillo /70/ no quería nada con el mismo, sino con los dioses. Aquellos animales bípedos que eran diferentes a él, y que sin embargo, le amaban, le cuidaban, le entendían, como si fueran verdaderamente otro él (sic)³⁴⁹. Habíase refugiado Don Dimas en su vitalidad incualificada: en el principio de no vitalidad. Allí donde no se percibían diferencias entre yo y tú, ni distinciones entre formas diferentes; allí donde todo es idéntico al principio de todo. El otro él, (sic) no estaba en aquel mundo ni en su propia forma. Estaba en el amor³⁵⁰.

Don Dimas volvió ahora desde más lejos, llamado /71/ por los motivos que en su ser imprimía la hora al sitio de la suelta.

Allí flotaba el amor de sus amigos. Acaso las corrientes del amor que estos enviaron hasta aquellos lugares donde el zorrillo fue suelto. Anhelos de su fortalecimiento y de su dicha en el mundo del cual fue cuando pequeño arrebatado. Don Dimas aspiró con deleite el ambiente aquel. Y fue una alegría. Nuevas huellas encontró ahora de los hermanos verticales y estas huellas eran frescas. Los dioses, por tanto, habían estado allí. Habían vuelto. Habrían venido por el hermano humilde perdido en /72/ el mundo agreste. El zorro corrió hacia la carretera. Un animal trepidante, como aquel en cuyo seno fuera conducido, cuando ellos vinieran hasta la sierra se alejaba remontando hacia el horizonte del blanco camino.

Don Dimas intento alcanzarle corriendo también. Inútilmente. El coche desapareció. Pero el zorro siguió; trabajosamente abrasado por la sed, martirizado por el hambre, animado acaso por la gravitación de amores que sobre su ser sentía; siguió y siguió

349 Denominar al ser humano como animal bípedo ya fue puesto por Cervantes en boca del Quijote en su universal obra: «Me moriré de viejo y no acabaré de comprender al animal bípedo que llaman hombre, cada individuo es una variedad de su especie». En la filosofía que esconden los diálogos del hidalgo y escudero se encuentran reflexiones que igualan al humano con el resto de animales: «Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias».

350 Las palabras amor/amores se cita en cuarenta y nueve ocasiones. Con seguridad una de las más prolíficas. No obstante, Infante procura discernir sobre su significado más espiritual. Así, habla de que se deshonra su concepto cuando critica que se llame amor «al hambre material». Incluso, en un sentido más sentimental, citando a los ratones Múrido y Musa, procura diferenciar entre el «amor mecánico inventado por los hombres, los estúpidos y cobardes» como un «amor forzado (...) que no es amor» y que hasta lo profanan y, aquel otro «goce de quien besa su mitad» (B. Infante, *Cuentos de...*, op. cit., pp. 98-99 y 211).

caminando hacia los dioses, hacia el mundo /73/ de amores perdidos avanzando entre las sombras de la noche con los ojos encendidos con suave luz acompañado por la bendición de plata que sobre sus lomos derramaban las estrellas.



Las casas eran de adobes y el pueblo estaba dormido. Al borde superior de la carretera se extiende una línea de casas. Las de más del pueblo bajan en derrumbadero hacia el otro lado de la descarnada vía; siguiendo la cual, los vehículos civilizados se rompen y las pobres bestias ceñidas por mugrientos tiros, pinchadas y apaleadas, por mayores con ojos desorbitados arrastran derrengándose los carros con ruedas gigantes calzadas con gruesos aros de hierro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco molinos, sobre colinas, se alzan /74/ como tubos de piedra rematados por conos. Unos con aspa en cruz; algunos con los palos cruzados de astas que retienen aun girones flotantes de lona gris. Inspección de esqueletos. Tedio de ruinas deleznales.

Es el pueblo neolítico. El horrible poblado neolítico español³⁵¹. Casas de sucios interiores descarnados, mueblaje de maderas sucias sin barniz. Unión de hombres y de mulos y de cerdos: gente sucia y mugrienta. Cada casa es una cueva de un odio árido contra la casa vecina. En cada una tantos individuos, cuantos odios. El alma de estos pueblos, ya se dijo, es un silencioso rencor³⁵². Venganzas reprimidas son allí los hombres. Cada uno es un callado resentimiento. Algunas que otra vez el crimen surge. Es acaso el instante más leal. Son acaso los pechos menos capaces para contender tanto resentimiento /75/ aquellos que se vieron forzados a expulsarle o a derramarle en la acción que remata gritos de muerte. ¡Pueblos neolíticos de España! La tierra yerma los circunda. Son desiertos de desiertos. Dios no encuentra asilo en estos infiernos sin una palabra hospitalaria que acoja su esencia. Su vida en ellos es una vida subterránea y asfixiante. La

351 Citará con idéntica interpretación «sociedad ancestral», «Seudohombre ancestral» y «vida ancestral» en B. Infante, *Cuentos de...*, *op. cit.*, pp. 37, 85 y 104, respectivamente. En otros ejemplos habla de un modo genérico de «primitivos» y de «bestias humanas» (p. 101). Incluso citará «tribus de homo sapiens» como sucede en B. Infante, *La Dictadura...*, *op. cit.*, p. 120.

De cualquier forma, el concepto no posee una mera dimensión descalificatoria por cuanto implican situaciones de indolencia. Adquiere en el pensamiento infantil una dimensión explicativa y justificativa hacia determinadas actitudes y conductas donde la libertad está coartada, los lazos humanos viciados y las aspiraciones personales y grupales limitadas.

352 «Hermanos en especie, es decir, mis peores enemigos». Hablando de lobos, precisamente, y emitido por un lobo presidente ante una senatorial manada a la que intenta convencer para una acción común (B. Infante, *Cuentos...*, *op. cit.*, p. 43).

vida de Dios en ellos un sufrir³⁵³. Están malditos de Dios. Cuantas veces asoma Dios en las calles del pueblo, otras tantas es burlado y escarnecido. Era el instante en que muere la noche y nace el día.



Una pequeña sombra adivinando del lado de la sierra apareció moviéndose ágilmente en la carretera y, ante la hilera de casas que bordeándola tiene el pueblo. Era Don Dimas a quien la visión de aquellas casas enardeció. Este era otra vez el mundo perdido. El mundo amoroso donde sus amigos habitaban. El zorro husmeó /76/ anhelante sus huellas recientes. Estas se afirmaban en la puerta de una de aquellas casas en cuyo lugar habían hecho paranza los conductores de Don Dimas la tarde anterior. El zorrillo arañó en la puerta de la casa aquella: Esperó y volvió a llamar. Pero en este instante, sintiose acometido. Era un perro enorme que habíase arrojado sobre él. A sus ladridos, contestaron otros. Pronto todos los perros, los únicos habitantes ruidosos del pueblo, acudieron al lugar en donde don Dimas agazapado en el dintel de la puerta débilmente se defendía. Más el señorío de su astucia se rebeló contra los acometedores. Deslizose pegado a la línea inferior del muro de las casas, resguardando /77/ de este modo con la pared uno de los lados de su cuerpo, mientras el otro; el descubierto lo defendía con sus dientes. Así llegó perseguido por la jauría que lo cercaba hasta hallar el agujero de un caño de desagüe por el cual, resueltamente se entró. Los perros quedaron burlados ladrando inútilmente en torno al agujero. Metiendo las cabezas a través del caño, pero imposibilitados de hacer pasar también sus cuerpos más densos en persecución del zorro.

Este encuentre dentro de un corral. Sobre el corral estaba entre abierta una puerta que comunicaba /78/ con el resto de la casa. En un ángulo junto esta puerta, unos cerdos tendidos entre miserables suciedades, excrementos y restos de harapos, cacharros rotos y pedazos de cortezas de fruta, entre encharcamientos de orín. En otro ángulo, un sombrero de hierbas secas que techaba unas estacas verticales sosteniendo otras horizontales las cuales sujetaban a aquellos ejes tomizas de palmeras, cubiertos de palos y tomizas de excrementos de gallinas con plumones a ellos adheridos. Sobre

353 La búsqueda de un sentido a la vida es una constante en Infante, rechazando reiteradamente una existencia meramente vegetativa y subyugada a la inmediatez instintiva; motivada por una dimensión motivada y comprometida en solidaridad y unión con todo lo creado. «Después de todo, la vida de un individuo vulgar no necesita ser alargada en el recuerdo de lo pasado; porque su vida está siempre en presente, en la vida de la vulgaridad, que es una en su raíz y que, en su desarrollo, es mera repetición o continuación de su antecedente» (B. Infante, *Cuentos de...*, op. cit., p. 81).

los palos horizontales unas cuantas aves de corral somnolientas aun. En el muro de enfrente, un cobertizo, un pesebre de madera sosteniendo por gruesos tallos de pitas resecos y en el cobertizo varias bestias. En el suelo del recinto excrementos también, sembrados por todas partes de animales humanos y de los otros, tapizado de fango malolientes señalando por las huellas de pies de niños los cuales en el corral jugaban. Ante la puerta de la vivienda, charcos también de agua sucia mezclada con orín. /79/ Junto a una jamba, un vacinete lleno de humanas defecaciones.

Don Dimas abrió los opérculos de la nariz requerido por tanto olor acre y nauseabundo. Las gallinas se sobresaltaron proclamando alarma con frases articuladas por gritos. Los cerdos gruñeron. El zorro no correspondió a la expectación temerosa de los animales del corral. Percibió la puerta de la vivienda medio cerrada, y mojando sus patas limpias en el fango del muladar aquel, se entró de rondón en la casa, ávido de encontrar dentro de ella a sus inolvidables amigos bípedos. /80/

El zorro penetró en un cuerpo de habitación empedrado; en un espacio igual a la latitud de la puerta del corral que en su fondo se abría y pavimentado el resto de gruesos ladrillos desiguales. En el muro de la derecha de este cuerpo, a línea con el empedrado una puerta comunicante a otra habitación. En el de la izquierda, separado del empedrado por el suelo de ladrillos, un hogar en donde las trébedes sosteniendo un puchero primitivo apenas vidriado, surgía del montón de cenizas allí acumulado. En la repisa del hogar varias tazas rotas en un testero y una mesa de madera apenas desbastada. /81/ Y, otra mesa camilla cubierta por un hule viejo junto a la opuesta pared. Varias banquetas de corcho y sillas de acebuche con derrengados asientos de enea. Adornaban los muros una cromolitografía común de moscas, de no sé qué Virgen (sic) en marco descuajado. Dos retratos pequeños representando el uno, a un mozo vestido de militar y, el otro, un grupo familiar tejidos todos de una raza de pómulos salientes, frentes deprimidas, anchas narices y grandes bocas. Y, por último, sobre los retratos colgaba una esterilla de pajas pintoreada de vivos colores, con vivos compartimentos repletos de postales con fotografías teñidas de escenas amorosas. El techo de este cuerpo, una caña amarillenta sobre troncos de árboles /82/ ahumados por el hogar. Un arco peraltado separaba esta pieza del comedor que continuaba el empedrado hasta el fondo en donde se abría la puerta de la calle.

Don Dimas vio otra vez la luz artificial en una bombilla eléctrica, que colgaba encendida de un cordón suspensa en el centro del techo. Cordón y cristal manchado por la defecación de un enjambre de moscas, las cuales remurmuraban alrededor de la luz o se posaban y apareaban en las enjalbegadas paredes y, en las ristras de ajos y de pimientos rojos que de la repisa del hogar pendían. El zorrillo sintiose feliz. Buscó

seguro de que allí le aguardaba el agua de los grandes escupidores que se procuraba /83/ no manchar para que él la bebiese limpia; cuando habitaba en su mundo antiguo. Investigó persuadido de que allí se encontraban los varios platos que en aquel mundo se le ofrecían por doquier, continentes de sabrosas golosinas.

Nada de esto halló sino un gato escuálido debajo de la mesa, sentado con el rabo entre las patas y los bigotes muy tiesos que le observaba atentamente.

Don Dimas en su mundo antiguo, además de la de los verticales, había tenido la compañía de dos animales de aquellos. Eran dos pequeños gatos que él había visto crecer. Uno zorruno y otro negro, con quienes jugaba o peleaba constantemente. Tan pequeños eran, cuando el /84/ zorro los conoció que sus dueños los llamaban Pulguitas (sic). Habían jugado juntos, habían comido juntos; aunque frecuentemente Don Dimas gozaba ahuyentándolos del plato que para ellos se preparaba. Había, en fin, atendido a un mismo llamamiento. Cuantas veces se llamaba a un gato cuantas acudía el zorrillo, más rápidamente que si el mismo se sintiera nombrado, celoso de las atenciones que con sus compañeros se tenían. ¡Y cuántas veces, cuando Don Dimas se hacía el muerto y los verticales le arrasaban suavemente por el suelo de las habitaciones, los dos pulguitas asistieron al juego; contemplando gravemente el entierro fingido que se verificaba entre salmodias cantadas ante /85/ el arrastre del cuerpo inerte por los dioses animales bípedos!

Pues aquel gato era negro y Don Dimas creyó reconocer a uno de sus amigos. Se acercó, a él de espaldas como lo hacía siempre, desde que experimentó que de frente exponía los ojos al peligro de las uñas: y el gato aquel saltó fusteaando a lo alto de una silla, nuevas persecuciones y el gato fusteaba. Entonces, se oyó una voz humana en la habitación contigua. Era la de una mujer que en ella dormía con sus dos hijas sobre un catre. La voz realmente dijo: «¿No encargué que dejarais fuera el perro? Pues ahí fuera se oye jugando con el gato» /86/. Pero el zorro esta voz: «Ya estamos aquí los dioses verticales para acariciarte y darte de comer, Don Dimas». Y, rápido como una flecha, entró en el cuarto aquel y saltó sobre la cama cayó gruñendo de contento y paseando su hocico por los rostros humanos reposantes.

—¡Vete, centinela! Gritó la mujer extrañada de estas insólitas efusiones de un perro. Pero al resplandor de la débil lámpara eléctrica que ardía en la pieza contigua, en la semioscuridad, percibió la cola rematada en florón del pobre Don Dimas!

—¡Esto no es un perro! voceó aterrada /87/ -¡Esto es un bicho nocturno! Y, dando alaridos la madre y las hijas salieron de la alcoba, ganaron la puerta de la calle y la cerraron tras ella, dejando en el interior al pasmado zorrillo.



Acudieron hombres demandados en socorro Don Dimas los miró con las orejas tiesas. Iban armados y gritaban: -«¡Es un zorro! Un zorro sinvergüenza que se ha entrado por el corral a robar gallinas». La mujer, desolada, entró en el corral a hacer el recuento de las aves, y volvió a entrar en la casa diciendo extrañada: «¡no faltaba ninguna!» De nada valió este hecho al zorro que, por no saber ser asesino en su mundo, volvía nostálgico al mundo /88/ de los hombres. Porque, en el entretanto, habíase visto acometido por sendas estacas esgrimidas por manos firmes y por voces aireadas que gritaban amenazantes: «¡canalla, vas a pagarlas todas juntas!» Don Dimas se refugió bajo la cama pensando asombrado: «estos son como los dioses pero no son dioses sino enemigos».

Dolor equivale a distinguir. Cada distinción en lo antiguo homogéneo, es un parto doloroso. Caos significa balbuceo. Todas las palabras son una ¡Distinguir! El caos se organiza en palabras. Dolor hacia la organización; aspiración hacia ella. Esto es amor³⁵⁴.

Don Dimas no hubiera deseado aprender a distinguir, o distinguir u organizar. Pero a la fuerza se impone el amor. Vivir es distinguir o caminar hacia la organización. /89/

La cama apartose por aquellos hombres membrudos. Arrastrando estacas por debajo de ella no pudieron conseguir aquellos animales que el zorro saliese del rincón hospitalario. Don Dimas era una posición o conservación en la cual se había reducido su vivir. Otro punto, el de un ángulo inerte le atraía³⁵⁵. Hubiera querido Don Dimas convertirse en el vértice del rincón.

La cama apartada con un viergo u horquillo que uno de los asistentes empuñaba fue sujeto contra el ángulo clavado el cuello por una de las puntas aguzadas³⁵⁶. En esta posición fue amarrado con cordeles y, con unos alambres, le enrolaron la boca. «¡No falta ninguna!» repetía la mujer aludiendo a las gallinas del corral.

«¡Es que no se ha atrevido ni a matar ni a /90/ salir, porque el día le cogió en el corral!»

354 «Engrandecerse por sí, por el propio esfuerzo y por el propio dolor; para dar la grandeza adquirida por sí, graciosamente a los demás: movidos por el amor a la humana creación» (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 230-231).

355 «... desde el ángulo oscuro escuchaba [el ratón Múrido]» (B. Infante, *Cuentos...*, op. cit., p. 143).

356 La palabra «viergo» no está presente en el diccionario. Sin embargo, es un término casareño aún usado hoy, que representa un utensilio para aventar la *parba* (mieses) tras la trilla y separar así paja y grano. Cabe identificarla con horca u horquilla, por lo general, de madera y con diferentes dientes, usado para la labranza. Una vez más, la influencia serrana del andalucista y su cercanía al lenguaje agrario.

El enjuiciante aspiraba a la vida cobarde del zorro salvaje y prevenido. ¿Cómo iba a sospechar que aquel zorro había sido prendido y martirizado por aspirar a la vida o a la sociedad de los hombres? Tampoco los hombres sospechan que los dioses son crucificados por aspirar a la vida divina. Tampoco se explican su presencia en los conjuntos humanos y les condenan como cobardes salteadores.

El zorrillo agitábase convulso sin poderse desasir de sus fuertes ligaduras. Fue arrastrado hasta la pieza principal de la casa. Y, tendido sobre el empedrado, todos los vecinos, entre las risas de las vecinas y la algarabía de los niños, le pateaban y pinchaban. /91/

Entre tanto, el hermano de la dueña de la casa, abandonando aquella diversión acudió a su faena.

—«Voy a sacar las bestias. ¡Ya es de día!».

A poco un macho asomó su cabeza por la puerta del corral. El otro de la junta le seguía. Tras de los tres un pobre asno cojo.

—«¡Quitarse que pasen las bestias!» Gritó la mujer. Los circunstantes se replegaron hacia el hogar. El cuerpo de Don Dimas yacía sobre el empedrado.

—«¡Los mulos van a aplastar al zorro!» gritaron varias voces regocijadas.

—«¡Arre, mulo!» voceó el conductor dentro del corral. /92/

Don Dimas percibió aterrado los gigantescos animales que sobre él venían. Resonaban las herraduras contra el empedrado. El primer mulo vio al zorro delante de sí y enderezó las enormes orejas. Vaciló un poco y resopló. En los ojos grandes el fondo de horrible paciencia, (inteligible) por el fugaceo³⁵⁷ de un rayo de bondad que, cual relámpago, surgió de los abismos profundos donde enraizaban sus entrañas incomprensibles.

—«¡Arre, mulo!» Volvió a gritar la voz dentro del corral. Y casi en el mismo instante, dos grandes golpes sucesivos resonaron sobre los lomos de los pobres animales que venían detrás del delantero. Las cabezas de /93/ estos, asomaron también por sobre los hijares de aquel, pugnando por penetrar al mismo tiempo el vacío de la puerta. El primero empujado salió hacia el corredor y ganó pasando sobre la puerta de la calle. El zorro yacente a quien cuidadosamente evitó con las patas. Tras éste, el siguiente que sin pisar tampoco al zorro salió resoplando.

357 La citada palabra no está recogida en el *Diccionario* de la RAE.

Por último, el burro con las orejas gachas y los ojos saturados de pena infinita, con la pata coja levantada, vacilante y humilde; el cual, como intentara detenerse ante el desdichado Don Dimas, recibió dos grandes estacazos que doblaron sus culatas. Y también el burro pasó con su pata levantada. Recibiendo palos y empujones, emitiendo sordos y breves mugidos de dolor sin poner el pie sobre el zorrillo caído. La concurrencia /94/ fue defraudada. Pero, no sin la compensación que vino a ofrecerle el hombre apaleador de las bestias, el cual flexionando la pata calzada del duro borceguí claveteado de hierro, la descargó sobre el cuerpo ligado de Don Dimas lanzándole entre las patas del burro contra la puerta de la calle.

El concurso rió. El zorro lloraba.

Sacáronle a la calle: a la carretera.

El pueblo entero que bajó esta había sabido ya del sucedido y su vecindario (vidas seguidas sin intervalos de novedades) acudía presuroso a reír y gozar con el martirio /95/ del citado Don Dimas.

—«¡Matarle!»

—«¡No! Llevarlo al ayuntamiento. Por cada zorro dan 30 reales».

—«¡Esos me pertenecen a mí!», argulló la dueña de la casa. —«¡A mí que buen susto me llevé cuando se subió a la cama!»

—«Es muy extraño -dijo un vecino, cazador de zorros- Y más aun que no matara alguna gallina».³⁵⁸

—«De sinvergüenza que es, -dice mi hermano».

Y aquella mujer concluyó /96/ diseñando el programa de la fiesta.

—Arrastradlo por todas las calles para que se diviertan las mozas. Y después ahorcarlo en la plaza de la Iglesia. Yo iré a reclamar el premio del Ayuntamiento.

358 «Sabido es que el descubrimiento del crimen sensibiliza la conciencia del criminal. El horror ajeno despierta o aumenta el propio horror de los criminales sobre sus propios actos». Una afirmación esta que podría partir de su misma experiencia profesional (B. Infante, *Cuentos de...* op. cit., p. 67).

Unas cuantas manos de niños cogieron de los extremos de la cuerda. Y, derrumbadero abajo, allá iba arrastrando al pobre animal entre las cuchufletas las risas y los gritos de todos. Lo pinchaban con estacas y una lluvia de guijarros lanzados por mocetones y chiquillos caía /97/ sin piedad frecuentemente sobre su cuerpo lacerado. Así recorrieron las calles de casas de adobes y de bultos naturales de hirientes pizarras.

El arrastre limó las cuerdas. Algunas se rompieron y las manos de Don Dimas se soltaron. El desdichado con los ojos inyectados en sangre, al parar junto a las puertas abiertas donde salían los vecinos riendo y proponiendo nuevos martirios pretendían ganar aquellos vacíos... Junto a algunas calles hicieron estación los martirizadores. Y el zorrito exangüe casi muerto, con las patas aun atadas y libres las manos afirmaba (sigue cuaderno 2° -Recuerdo-) ³⁵⁹ /98/ estas sobre el suelo y gimiendo débilmente, se esforzaba en inútiles intentos por ganar aquellos recintos, contestando las carcajadas de sus habitantes a las imploraciones angustiosas de sus ojos dulces velados ahora por niebla rojiza.

Así fue conducido hasta la Plaza (sic), ante la puerta del alcalde junto a la iglesia abierta a la hora de la misa. Allí se congregó todo el pueblo: hasta los niños más pequeños conducidos de la mano o sostenidos por los brazos de los niños mayores. El cura también recorría el grupo investigando, preocupado unas veces, y otras, sonriendo esto último cuando escuchaba las ocurrencias de las gentes.

¿A dónde va Vd. padre cura? Demándole el maestro. /2-1/

Por el monaguillo que escapó a lo del zorro y no hay quien toque a misa ³⁶⁰.

El alcalde salió también de su vivienda. La mujer del suceso le hizo su demanda: «me tiene Vd. que dar treinta reales de premio por haber cogido un zorro».

El alcalde contestó con una sonrisa; pero al descubrir al secretario junto al maestro: -Eh, don Zenón...

El funcionario acudió al llamamiento.

—¿qué desea el señor alcalde?

359 A partir de esta palabra entiéndase el inicio del segundo cuadernillo tras la palabra: *Recuerdo*.

360 El manuscrito contiene añadido a lápiz en esta hoja la palabra *textual* entre paréntesis, referida a esta última frase, otorgándole así mayor veracidad a la misma.

—¿cuánto hay que darle a una mujer? /2-2/

—«¡Nada, hasta que no entregue para comprobar la salida del pellejo de su bicho!»

—Pues ya lo sabes: cuando me traigas el pellejo... (dijo el alcalde a su interpeladora)

—«¡Matarlo ya!» Reclamó (ininteligible) de los más cercanos a Don Dimas³⁶¹.

—Pero ¿no quedamos en ahorcarle?

Esto lo decía un mocetón quien al hombro conducía un palo grande rematado por una reja o punta de hierro. Y, al hablar, mostraba el palo.

Clavaron una puntilla en el extremo superior del palo y la procesión se movió tras él mozo que lo conducía y llevando en medio, en último /2-3/ arrastre, a Don Dimas casi muerto hacia el centro de la Plaza (sic). El palo se clavó y buscose cordel para que pendieran de la puntilla y completar la horca.

Durante los preparativos insistían en arrastrar y pisotear al zorro alrededor del palo. Ahora Don Dimas estaba casi inerte de verdad. Ahora de verdad iba a morir. Acaso en su imaginación ensangrentada apareció el contraste entre este arrastramiento y aquel que operaban sus dioses y amigos antiguos cuando él gozaba fingiéndose muerto durante el juego cotidiano en que suavemente unas manos le prende así las orejas y lo deslizaban por el suelo terrazo o alfombrado mientras cantaban la salmodia:

Don Dimas se ha muerto
y lo llevan a enterrar
Ya vienen las dos pulguitas
Que contento estarán.../2-4/

El cazador de oficio repetía con aire de suficiencia:

Yo digo que es algo raro este zorro. En vez de enrabiarse, llora. En lugar de huir de las casas, ha querido entrar en ellas...

361 Encontramos un cierto paralelismo con la escena donde la criada y el niño matan ahogando al ratón Múrido (B. Infante, *Cuentos de...*, op. cit., pp. 145-147).

Una niña que se acercó hacía poco escuchaba esta afirmación con atención. Eran los de esta muchacha los únicos ojos irisados por la piedad que repugnaban la visión aquella. En su imaginación otra visión anterior desarrolló repentinamente el recuerdo. Y la muchacha corrió a casa del alcalde. /2-5/

Percibía su reproducción imaginativa su casita en el campo. Un coche que se para junto a esta. Unos señores que descienden del coche y demandan por un zorro que en las proximidades habían soltado.

¡Que no maten al zorro! -Y cuenta con apoyo de su petición el sucedido alcalde.

Este pensó:

¿Será este el zorro que vi en aquella casa de la ciudad...?

Así Don Dimas salvó la vida cuando ya la cuerda se enroscaba en su cuello. Para izarle en la horca.

El alguacil llegó presuroso, voceando el indulto; comunicando desde lejos con el enojo del /2-6/ alcalde si no suspendían inmediatamente la ejecución del reo. Lo amarró por el cuello con la cuerda de la horca. Le quitó el alambre de la boca y le desligó las patas. Entonces, tirando de él, condújolo a casa del alcalde.

Por fin, Don Dimas ganó una casa. Y esta no era como las demás guaridas del pueblo en donde pretendió hallar asilo durante su amargura, siendo rechazado por aquellas gentes que defendían contra la piedad las madrigueras con unas cañas que contra los zorros, sus cuevas, los tejones³⁶².

Don Dimas no podía tenerse en pie. La mujer del alcalde puso piadosa ante su boca una vasija llena de agua. El zorro sangrando su lengua y sus mandíbulas, bebió con una avidez que conmovió a los concurrentes. /2-7/

El pueblo entero se agolpaba ante las puertas del alcalde.

Todos sentían el remate inesperado de la fiesta. Los adultos estaban indignados. ¡Perdonar la vida a un animal tan dañino! Sentían la rivalidad de la especie vulpea

362 Infante no acota la frase con un punto y final, por lo que la inteligibilidad de la misma puede justificarse por la ausencia de alguna otra palabra que la finalice.

comedora y debeladora de ratones y de insectos, y matadora por accidente de gallinas cuya guarda no quieren sus dueños prevenir. Acaso sin estas facultades y medios de prevención que nunca llegan a desarrollar serían los humanos más inteligentes que los zorros. La rivalidad entre la especie humana y la suya, había desencadenado contra el zorrillo, las iras /2-8/ implacables de la primera³⁶³. El venía buscando sus dioses entre los humanos y encontraba solo rivales. Es decir, iguales a él, en rango vital inferiores a él en cuanto se consideraban así mismos más rivales y no sus piamados superiores.



Pero el cazador de oficio dijo a la multitud:

—Ya lo decía yo, que este zorro no era como los demás. El alcalde lo ha recogido porque sospecha que sea de un Señor (sic) del interior y que le quiere mucho.

—¡Y que pagará un gran premio al que lo encontró!

—¡De un señor!

La multitud empezó a mirar con respeto al animal que ahora saciaba su sed, después del martirio. Y, multiplicáronse como /2-9/ por ensalmo los ojos que miraron a Don Dimas con piedad. Incluso los de aquellos primeros en herirle que durante la mañana dijeron: «¡Ponerlo para que lo aplasten los mulos!» Cuando eran solamente los mulos y el burro cojo y doliente, los que ofrecieron a la compasión sus hogares, un refugio humilde e impotente en los abismos vitales donde enraizar sus entrañas incomprensibles.



363 Toda una reflexión sobre la violencia y su apuesta por el pacifismo. En otra de sus obras en referencia a la violencia de la revolución soviética, entendida como motor de la historia, dirá: «La hiena humana está suelta. ¿En dónde el domador la encerrará? La hiena humana está enloquecida. Con la negra fauce destilando sangre roja, va con saltos horribles por el mundo convertido en campo de batalla, aspirando a convertir el mundo en un cementerio» (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 18 y 19).

La casa del alcalde tenía a la entrada una pequeña tienda enciclopédica³⁶⁴. Los zaparos y alpargatas colgaban del techo junto al pernil y la chacina. Al lado de las cacerolas, vaticolas (cfr. baticolas) y cinchas /2-10/ para las bestias. El casillero de puntillas y la caja de las navajas entre los garbanzos y arroz. El paquete de drogas y los botes de perfumaciones junto a las placas de chocolates, las pastillas de jabón en proximidad de cerraduras, candados y objetos de ferretería. En los rincones, vasijas de loza y de barro cocido, rejas de arado y asadores de cabos limpios. Telas en los anaqueles sobre el cajón del tocino, tabaco y fósforos junto a carretes de hilo, quincalla y relojes. Albardones y canastos de pan bajo bazares guardados con cristales que mostraban la chillona bisutería...

La mujer del alcalde tras el mostrador contemplaba piadosamente como el zorrito martirizado y sediento, trasladaba en una vejiga el agua del barreño.

La buena mujer sintiose profundamente impresionada /2-11/ ante la palabra muda y sangrienta que dijo la vida de Don Dimas. Y contestó la suya impropia en una muda piedad; en una indignación callada; en una solidaridad dolorosa.

—¡Mírame lacerada y combativa muerta de dolor en el zorro!

Felices verticales que sienten en sí la palabra de la vida, la entiendan o no. Felices verticales más próximos a la unidad que puedan llegar a sufrir y a gozar en sí, los dolores y los goces de su vida en los cuerpos ajenos. Felices los cercanos al goce y al dolor de todo; a quienes todo confirió la realeza de gozar y de penar por ellos. Ave, los dioses emergiendo del caos, organizándose, pariéndose a sí mismos a través de tránsitos o de partos tenebrosos. Ave, los creadores, cuya creación de sí mismos, no tiene /2-12/ principio en el tiempo.

La mirada amorosa de la mujer fue luz que ahuyentó las tinieblas maléficas. ¡Fiat! Entre las tinieblas, en la amorfidez caótica. El fiat es eterna palabra por siempre (inteligible)³⁶⁵. La mirada amorosa de la mujer fue ahora la palabra amorosa de Dios peregrino. Ave, Señor, que a todos los ojos te asomas y que por todos los ojos dices alguna vez tu palabra organizante. Señor que moras entre los abismos y que uno eres

364 Según Benito Trujillano, cronista oficial de Casares e investigador, la escena parece evocar a quien fuese también alcalde de su localidad natal, José Molina. Tío político de Infante, casado con una hermana de su madre, con tienda y vivienda próxima a la plaza del pueblo. Espacio este a donde solían concurrir espontáneamente los vecinos cuando tenía lugar algún suceso novedoso.

365 En el cuento de las tres cigarras, dicho concepto dará título a dos epígrafes: «El fiat del sol» y «El fiat del dolor» (pp. 157 y 161), entendido como imperativo e inevitable, ajeno además a la mera voluntad o conciencia de lo creado. Lógica creadora e impulso organizador del universo (B. Infante, *Cuentos de...*, op. cit., pp. 159, 160, 161, 165, 166 y 168, respectivamente).

con los abismos; y que los abismos te niegan por el ciego caos de sus dioses negros³⁶⁶. El Forjador (sic) vive en su fragua y es uno con ella y con el hierro que forja en el conjunto unitario de la fragua activa. Y así es el abismo Fragua (sic) cósmica del Señor y los dioses negros son sus materiales. /2-13/

Don Dimas mientras bebía ávido, sintió que el amor advenía.

El dolor se negaba. La crueldad de los castigadores perseguida por la Providencia de los verticales empezaba a huir hacia el olvido.

—Dad comida a este animal y que nadie le haga daño.

El zorrillo, después de devorar cuanto le pusieron por delante, fue conducido a un cuarto del patio de la casa. Su cuello estaba hinchado. Desgarrado por las puntas del viergo. La cabeza y la boca monstruosamente inflamadas. El cuerpo vejado y dolorido. Se tendió a lo largo. El sueño vino a vencer también los dolores. Durmió, su vida fue durante el sueño como una cueva profunda que /2-14/ reventaba en la explosión de terribles alaridos. El, Don Dimas, no podía huir. Humanos verticales le rodeaban esgrimando instrumentos de martirio. Le arrastraron hasta una espantable boca negra. El zorro tiritaba se deshacía en una helada cavidad. Don Dimas despertó y aterrado empezó a saltar sobre las paredes como si quisiera escalarlas o romperlas. El quería ser él. Era él. Tras de aquellos muros extraños, él podía llegar a ser él: a ser libre.

Después rendido, con las uñas destrozadas, volvióse a tender. Estaba solo. Estaba libre. El recinto era pequeño. Menos libertad, menos él; pero... era él. El zorrillo se volvió a dormir. /2-15/

366 La alusión a los dioses negros parece hacer referencia a la condición mortal e imperfecta de los seres humanos, asociada con el temor a la oscuridad en ausencia de luz. La claridad, por el contrario, expresada incluso en el himno andaluz con las palabras «hombres de luz», sugiere un efecto clarificador que llega de la mano de cuestiones tales como la autoconsciencia, la formación permanente, la búsqueda de la verdad... En otros casos, nombrándose como «fondos oscuros de la subconsciencia del Ser (sic)». Afirmación que demuestra hasta qué punto ya en 1921 el ideólogo estaba al tanto de las teorías psicoanalíticas. Un concepto aparecido por primera vez en la obra de Freud *La interpretación de los sueños* veinte años antes. Aunque al psiquiatra masón y judío se le debe la popularización de conceptos como el citado en orden de la personalidad de los individuos, su existencia se remonta a la Cábala judía y a otras corrientes esotéricas muchas más antiguas (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., p. 21). No obstante, cabe señalar que, ya en su *Ideal Andaluz*, Infante cita en trece ocasiones el concepto inconsciente y una el de subconsciente.

El inventario de su biblioteca en Coria acoge varios títulos que muestran el interés de Infante por la psicología: C. G. Jung, *Los inconsciente en la vida psíquica, normal y patológica*, Madrid, Revista de Occidente, [s. a.]; F. Brentano, *Psicología*, Madrid, Revista de Occidente, [s. a.], así como: Dr. C. Haeberlin, *Fundamentos del psicoanálisis*, Madrid, Revista de Occidente, [s. a.].



Y fuimos por Don Dimas. El pueblo entero sabía por adelantado que iríamos por él. Sentían que una embajada de amor, nada menos, iba a entregarme el animal ha poco martirizado y escarnecido.

Alguien afirmaba en la sucia taberna de suelo pringoso donde se pegan al caer las puntas de los cigarros, y de mesas despintadas recubiertas de pastosa suciedad; alguien afirmaba que esto de tener en casa un animal dañino, o estaba prohibido o debería impedirlo el gobierno. Los rostros campesinos enfundados por el sudor y el polvo de la tierra atendían imperturbables. Los señoritos con las manos enfundadas en los bolsillos de los pantalones de pie inmóviles junto al mostrador asentían. Menos mal que su atención despertábase ahora sobre un asunto cualquiera. Diluida en la cavidad señoril normalmente solo surgen para la cuchufleta o la mirada silenciosa dirigida hacia los que entraban o salían. Aquella /2-16/ era la taberna distinguida: el club de los matadores del tiempo. Hasta a la vagancia se atribuye en España un sentido de jornal o de trágica actividad. ¡Trágico país! Los asistentes a la taberna, al decir de ellos mismos, no iban a descansar ni a recrearse: ni mucho menos a perder (sic) unas horas. Iban a matar (sic) el tiempo o a deleitarse con la muerte del tiempo. Solo que el tiempo no muere ni sufre ni se puede martirizar como a los zorros, como a los toros, los pájaros o los árboles. También hay un arte (sic) en esto de matar (sic) el tiempo (sic). Y como el pueblo se enteró que íbamos, cuando llegamos a la casa del alcalde bastante pueblo se agolpó a su puerta.

—¿Dónde está Dimas?

—¡Por aquí!

Entramos en el cuarto donde lo guardaban prisionero. /2-17/

Nos alumbraba una vela.

—¡Pero en dónde está!

—¡Allí, en aquel rincón!

Don Dimas sintió que unas manos lo cogían por el cuello y que unos brazos le estrechaban.

Los verticales de la crucifixión pululaban alrededor del amigo de Don Dimas. Este se revolvió asustado, sintiéndose inseguro por la experimentada arbitrariedad de los bípedos que son a veces providentes como dioses y a veces crueles como fuerzas condenantes y (inteligible) de cuantas amenazas preñan al mundo contra la vida de los zorros.



El coche salió del pueblo neolítico. No sé si estaré resentido contra los neolíticos³⁶⁷ y la descripción de su realidad, es hija del resentimiento. /2-18/

Es un relieve tan amado, tan tosco, que cualquier mano, aunque esté callosa como la mía, lo llega a figurar en el tacto. Pero sí, es verdad, alumbrada por el resentimiento, este se diluyó una vez liberada esta verdad, cumpliendo las leyes de las cuales quieren saber los psicólogos. Y ante la verdad, la enorme verdad de un pueblo que inmensamente sufre, manifestada por el exponente de cuan inmensamente hace sufrir. La piedad por los zorros y por los hombres; el pacto que por mi hicieron los animales salvajes del monte y los del campo y de la ciudad el día de la vuelta de Don Dimas ahora nuevamente se proclamaron dentro de mí, en la dulce paz de la noche blanca. ¡Don Dimas, fue liberado del martirio! ¡Tu retornar al mundo del goce o del amor! Ahora

367 Tras este vocablo el autor tacha la palabra «españoles», aunque se lee con facilidad. A ellos se referirá directamente cuando les acusa de ser una sociedad nunca preocupada por adquirir lo que llama «capacidad genésica espiritual», dado que ha sido un pueblo, señala, que menos se ha identificado con los conceptos «Naturaleza y Eternidad» (sic). Su noción de vida lo identifica con un simple sentido de «vida animal», con muy limitadas dosis de trascendencia en lo que entiende como sentido de una «Paternidad» (sic) que debe ser transmitida de generación en generación en beneficio del progreso social. Contraponiendo más adelante esta convicción a las creativas actuaciones de diversos emperadores del Japón (B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 180-181).

Esta falta de estímulos de padres a hijos es lo que considerará como el «mal de España» (p. 215). Esa renuncia de los padres a la creatividad, la iniciativa y el riesgo en hijos que ven discutir como viejos, es lo que le invita a concretar su propuesta: «La reforma espiritual en España, no es problema de educación de hijos, sino de padres. «Mientras no se eduque una generación de padres, no se difundirá por España la cultura y permanecerán anquilosados los espíritus» (p. 179). Este último entrecomillado en la escritura de Infante nos evoca la relevancia otorgada a la pedagogía por parte de Costa y/o la Institución Libre Enseñanza. La significación de su *Dictadura Pedagógica* precisamente girará en torno al hecho de «fragar una generación de padres maestros, ordenados a la consecución de aquel supremo objetivo» (p. 224).

Dicho esto, Infante también ejemplifica sobre los andaluces —(«un hombre llega a un pueblo andaluz, constituido, como la inmensa mayoría de esos pueblos, por tribus de Homo sapiens (sic)»—, la referida ausencia de lo que denomina consciencia de vivir, amor a la vida y triunfo de la vitalidad, al referirse al cumplimiento por norma vigente de la fiesta del árbol. Sin embargo, una vez plantados, y ahí la paradoja, al año no queda ni uno en la medida que es el pueblo quien los deja secar o los convierte en estacas y leña. Cfr. B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., pp. 120-121.

quedan ellos, los que a ti te martirizaron. Y el esquema que la realidad va figurando con ellos, me hizo sufrir como /2-19/ el que viniese a forjar mediante ellos y contra Don Dimas. Y, hinchado por las resonancias del pacto divino, acariciaba a Don Dimas hinchado y herido sobre mis piernas. ¡Don Dimas, Providente...! Lo estrechaba y, el, ya estaba tranquilo. Su olfato orientador le anunciaba que nos alejábamos del mundo donde los verticales intentan matar hasta el tiempo, y que se aproxima al mundo donde los bípedos se manifiestan en Providencia (sic) consoladora y acariciante: al mundo donde los hombres creen en la providencia hermana que pueden llegar a ejercer los zorros, proveyendo a los hombres de resonancias divinas como las que ahora embargaba a un amigo. Don Dimas se irguió: los agujeros de sus narices se dilataron. Estábamos ya cerca...



Y, entró en su casa: y la recorrió toda. Al llegar hasta /2-20/ a la carbonera, su madriguera antigua, tornado de un súbito terror, saltó a su interior y quiso embutirse en los huecos insuficientes de entre los cajones. La visión de un refugio antiguo evocó en su fantasía la imagen de su último padecer. Pero enseguida tranquilízose. Y volvió a salir, a comer y a beber y a tenderse estirado sobre las alfombras.

Después subió al rellano de la escalera. Acostose allí bajo las sillas. Y este fue ya su refugio favorito.

Muchos días duró la curación. Cerrarle la herida del cuello que el mostraba levantando la cabeza cuando se le decía. Las funciones de su cuerpo, poco a poco, fueron convirtiéndose en la salud plena a fuerza de cuidados. Y volvió a jugar... jugaba a hacerse el muerto, al escondite, a perseguir el rabo de los gatos, /2-21/ a correr con la cola horizontal escapando de los acechos que se le hacían desde las jambas de las puertas, cuyos vacíos atravesaba gallardo y veloz, brillantes de picardía los ojos enormes y afirmándose orgulloso con las orejas muy tiesas cuando no era cogido. Y, sobre todo, jugaba a enrabiar a las mujeres. Para esto último fingíase el distraído alejándose de ellas y cuando descuidadas, en tanto, manipulaban con las viandas u objetos de la costura, caía sobre estas mesas en saltos prodigiosos que seguían a deslizamientos mágicos, los cuales le acercaban sin sentido, casi repentinamente, hasta las convenientes distancias. En cierta ocasión, extrajo sin sentirlo, deslizándose de este modo a su amigo vertical, el pañuelo del bolsillo de la blusa. Y asaltaba de este modo la presa deseada, corría contento y orgulloso, arrojándola /2-22/ por el aire mientras las mujeres se desgañitaban y corrían también procurando en vano llegar a cogerle.

Tan seguro estaba él, del advenimiento del reino del amor, que cuando se le pegaba creía eran juegos también los golpes. Primero se alejaba a poco se volvía y se plantaba delante de quien pretendía castigarle, mirándole alegremente, como en invitación al juego y observando con curiosidad el bastón que, dicho sea en verdad, solo muy suavemente cayó siempre sobre sus hombros. Saltaba a todas las mesas y se deslizaba entre chismes de loza o de cristal sin romperlos. Había para él una mesa tabú, en donde /2-23/ ni poco ni mucho tiempo, se le consentía la estancia. Aquella mesa contenía algo muy extraño para él que despertaba fuertemente su curiosidad: una esponja para engomar papeles. Y cuando algún ruido denunciador de su estancia sobre la mesa, venía a denunciarle, allí íbamos a sorprenderle infraganti para castigarle y que no lo hiciera más. Pero él, sintiéndonos o viéndonos asomar por la puerta, se deslizaba misteriosamente hasta el suelo, salía por la otra puerta y venía a colocarse tras de nosotros en el pasillo donde sentábase contemplándonos con aire de candidez, como diciendo: «Yo estoy aquí. Yo no anduve sobre la mesa». /2-24/

La gloria mayor estaba en irrumpir sobre la mesa del comedor e investigar los platos pero contenido por una estrecha vigilancia, cada vez que servían una vianda nueva elevaba el hocico dilatando las narices y venía a requerirnos poniendo nervioso sus patas sobre las rodillas, encaramándose sobre nuestras piernas, hasta que se le servía aquella vianda en un plato colocado en el suelo junto a mí.

Servilletas, zapatillas, cuanto podía prender nos lo quitaba de nuestras propias manos. Y pues mientras estábamos sentados comiendo y saltaba entonces consciente del triunfo que sobre nuestra precaución obtenía. /2-25/

De noche no dormía. Abierta la puerta de la azotea, por ella salía a recorrer los blancos terrados vecinos, y ora glisaba³⁶⁸ por ellos con gesto señorial, ora sentaba sobre las pilastras mirándolo todo con aristocrática indiferencia.

Por la mañana, venía invariablemente, venía a la misma hora a despertar a su amigo bípedo. Arañaba sobre la puerta del dormitorio, y cuando venía a gritar:

—Ya voy, don Dimas.

Ya viene pensaba y se tendía ante la puerta, sin perjuicio de repetir nuevos llamamientos si el compañero bípedo no llegaba a salir al cabo de un intervalo prudente.

368 Esta palabra no existe como tal en el diccionario. Podría entenderse como una expresión popular.

A mediodía tendíase sobre un rellano. Le gustaba pasar un cierto periodo somnoliento sobre aquel sitio de pasaje frecuente para sus /2-26/ amigos verticales. Y en cuanto apercibían que algunos de estos subía o bajaba fingía un llanto mimoso que se acordaba del tono de la voz que le dijera: «¡pobrecito don Dimas!» «¡qué zorro más desgraciado!» Hasta que al pasar junto a él se le acariciaba y entonces quedaba despezándose voluptuoso, mirando con expresión pícara para arriba o debajo de la escalera, según que el vertical pasajero la subiera o la bajara.

Después empezaba a sentir sueño verdadero. Y, entonces se retiraba a su pequeño /2-27/ cuarto, junto a la escalera, en donde, ya apartado, y oculto entre armaduras de embalajes, dormía profundamente hasta el anochecer, en que en tanto malhumorado, se despertaba y subía para reanudar a poco su juego en la azotea.



Don Dimas volvió a su mundo. Cualquier mundo en que se nazca no es nuestro mundo. El mundo verdadero que todos, zorros y hombres perseguimos, es el mundo del amor. Y cuando lo llegamos a encontrar, consideramos extraños el mundo de nuestro nacimiento; nuestro antiguo mundo. A él, lo tarascaron los zorros, a nosotros continuamente los hombres. Los verticales estaban por esto más cerca /2-28/ de él que de los demás verticales y el más cerca de sus amigos bípedos que de los zorros. El amor está por encima de las especies. Estas serán sus instrumentos, pero cada vez empuña instrumentos más cultos. Y, el común padecer, es uno de estos altos instrumentos que, sobre las especies labra la obra del Eros (sic) divino: uno y unificador y unificante.



FINAL

Ha entrado un hombre en el cuarto de Don Dimas. Revuelve las maderas de las armaduras...

Sale, y en una mano saca arrastrando el comedor el cuerpo del zorrito rigidizado. Los Pulguitas (sic), acechan. Las muchachas lloran... Ya no cantan la salmodia de otros días, cuando Don Dimas se hacía el muerto, dejándose /2-29/ conducir también rigidizado a lo largo de los pasillos y sobre el suelo blanco de la azotea. «Don Dimas se ha muerto y lo llevan a enterrar...»

Nos lo quitó la muerte... la Santa (sic) muerte que sirve a la vida que, al fin, matará a la muerte.

Las muchachas lloran. Ya no salmodian «Don Dimas se ha muerto» lo dicen, con las bocas contraídas.

Se acabó el zorro que tenía señorío (sic) en el gesto, en el mirar en la apostura.

Desvaneciéndose el señorío. Apágose la luz de sus ojos dulces y alegres. De todos es el señorío; de todos la gracia, la alegría; la dulzura. Ya no viven en don Dimas. Hemos perdido una cosa que era muy nuestra, más que lo ordinario nuestro.



Allí dejó el su mano en todos los lugares de la casa que era el mundo suyo.

Al principio, algunas mañanas, todavía despertaba el narrador creyendo que el amigo perdido arañaba en alegre llamada la puerta del dormitorio. El yo /2-30/ íntimo y pro-

fundo, el ser permanente que yace soterrado bajo el juego de nuestros seres superficiales, múltiples ganas temperamentales que nos tornan y expresan en lo cotidiano. Ese ser antiguo; imperturbable, descontento siempre: aprisionado siempre; y siempre en postergación; se erguía en reproche poderoso. «Tú criaste al zorro para soltarlo mayor en el monte y para hacerlo sacrificaste su compañía ¿Cuándo me pondrás libre a mí? Yo soy ya mayor por ti. Y, estos seres tuyos en ti me martirizan». Entonces, considerando que a mi zorrillo en este mundo de amores lo cogió la muerte; todos mis seres se ordenaban como una oración para reforzar la voz de aquel mí último ser; y sentía el impulso de gritar: «¡Ya voy, ya voy, don Dimas!»

Yo creí que el sufría en mi mundo y la piedad fuerte y guerrera, sobreponiéndose a mi amor, venció el deseo de compañía y lo puse libre. El vino otra vez a mí, tal vez atraído por la evocación poderosa del amor herido durante sus días de vuelta. Dios sufre en mi soterrado; /2-31/ Dios clama en mí en libertad. Su grito es el clamor de mi yo profundo. ¿Por qué no habré de liberarle? ¿Por qué no habré de soltarme yo? Un místico antiguo diría: se aproxima el instante de la conversión. Un místico nuevo cambiaría acaso la fórmula «Convertiré todo yo (sic) o todos mis yos, en mi yo (sic) profundo y permanente». Ambos quizás digan lo mismo.

«Convertirse en Dios» (sic) esto es reducir los dioses o los yos al yo de la última interinidad: sacrificar estos pasajeros yos afectivos al yo verdadero y constante.

¿Pero no volverá este yo mío después de la vuelta al mundo afectivo que forman esos yos (sic) peregrinos? ¿Y para retomar a este mundo, no habrá de sufrir hasta llegar a él, las crueldades que el pueblo neolítico infringió (sic) a don Dimas? Y después de retornado, vendrá la muerte... Hay quien cree en la paz que buscan los retornos, pero largo y penoso, más que el /2-32/ ir, ha sido siempre el volver³⁶⁹.

369 En su epígrafe final, denominado «Recapitulación», de su *Dictadura Pedagógica*, que venimos citando, Infante parece sintetizar los «fines revolucionarios» de su ideología: «Educación, significa desenvolvimiento de lo Divino (sic) en lo Humano (sic); crecimiento espiritual; y esta obra es obra de Pedagogía (sic) dirigida por el Dictador (sic) pedagógico». En definitiva, así resume la idea de dictadura proletaria contra el régimen capitalista, aun avanzando en su mera dimensión formal, legislativa o burocrática. Con el pretexto del zorro, apuesta por una transformación del ser humano como sujeto protagonista de los procesos sociales, de manera que, lejos de una manipulación ideológica, participe de forma atrevida e intrépida como ciudadano responsable y crítico. Solo entonces quedará vinculado a una revolución verdaderamente comunista. Es decir, habrá «soberanía social» cuando la misma se acompaña de una revolución cultural ejercida «por pedagogos» que transformen, una vez alcanzada la colectivización de los medios de producción, el espíritu de enajenación y pasividad característico de sociedades sin conciencia: «Revolución maestra de los Destinos (sic) supremos; en definitiva, religiosos de la Humanidad». Cfr. B. Infante, *La Dictadura...*, op. cit., p. 254.

Aunque don Dimas no hubiera vivido más que para precisar en mí este concepto: Saltarme a mí mismo (sic). El fue bastante Providencia (sic), la del zorro que tuvo Señorío (sic). Sirva el hecho de esta providencia para ratificar en el ánimo de quienes leyeran, el pacto que don Dimas en nombre de una especie y yo en nombre de la mía, hicimos, siendo el amor, que está más allá de las especies y que de éstas se vale como menor sentimiento: Pacto (sic) de paz y amistad entre el animal que tiene su mundo en la ciudad y los animales que tienen su mundo en el monte. /2-33/



ANEXO

Anexo

A LO LARGO DE SU VIDA, Blas Infante reunió en su biblioteca y archivo personal un conjunto de documentos de diversa naturaleza: cartas, facturas, notas, apuntes, recortes de prensa, libros, revistas, discos, folletos, fotografías, etc. Su incansable curiosidad y avidez de conocimiento del mundo que le rodeaba alumbró una singular colección que, sin duda, refleja su actividad profesional como notario y su compromiso político, así como su afición por la literatura, la filosofía, la música, la historia, el flamenco y el folclore de Andalucía, entre otras materias.

Tanto su biblioteca personal, compuesta por unas dos mil monografías, como parte de su archivo personal, con más de trescientos documentos, se conservan en Dar al-Farah, la Casa de la Alegría, la vivienda que Blas Infante construyó como residencia familiar entre 1931 y 1933, entre las localidades sevillanas de Coria del Río-La Puebla del Río. La Fundación Centro de Estudios Andaluces, entidad comisionada por la Junta de Andalucía para custodiar y dar a conocer la figura y legado de Blas Infante, ha descrito y catalogado estos documentos a través del Centro Documental de la Autonomía de Andalucía, ubicado en el Museo de la Autonomía de Andalucía. En la actualidad, muchos de ellos se encuentran digitalizados y están disponibles para ser consultados libremente *online*.

Por su singularidad, destacan los dos cuadernos apaisados salidos del puño de Blas Infante, que su biógrafo, Enrique Iniesta, identificó como AHS y que contienen el relato *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres*. En este anexo, reproducimos algunas de las imágenes de este manuscrito, para que el lector pueda apreciar por sí mismo el proceso creativo de Blas Infante, que incluye correcciones, anotaciones marginales y hasta frases inconclusas.

El anexo se completa con la imagen de Blas Infante posando con el pequeño zorro Dimas entre sus manos durante su estancia en Isla Cristina. También se incluyen algunas instantáneas del estado actual de su biblioteca, abierta a todo el público interesado en conocer la Casa de Blas Infante —la Casa de la Alegría—, así como el Museo de la Autonomía de Andalucía.

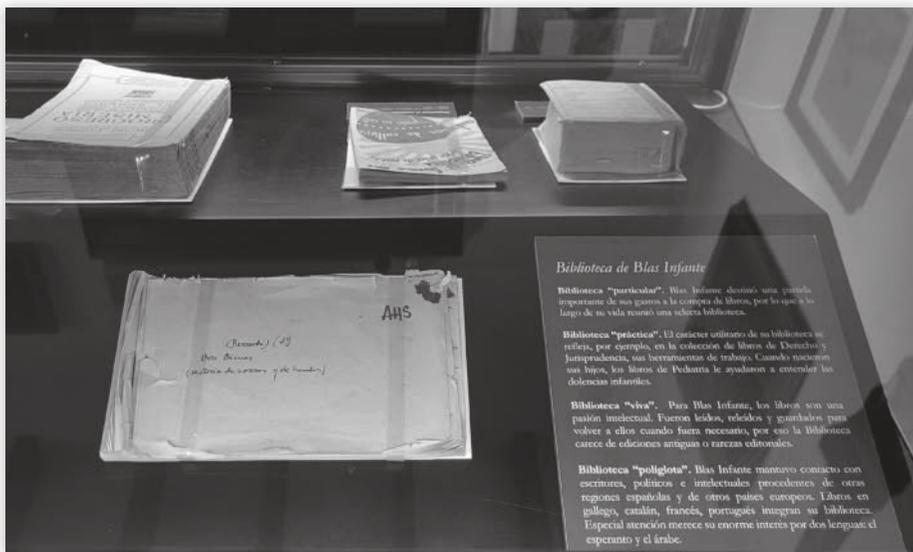


Fotografía de Blas Infante con el zorro Dimas.



En esta página y la siguiente, imágenes de la Biblioteca de Blas Infante en su casa *Dar al-farah* (Casa de la Alegría) en el Museo de la Autonomía de Andalucía.





Imágenes del manuscrito *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres* expuesto en la biblioteca de Blas Infante en su casa *Dar al-farah* (Casa de la Alegría) en el Museo de la Autonomía de Andalucía.

33

ir, ha sido siempre el volver.

Siempre don Diémas no hubiera querido mas que para
 precixar en mi este concepto, del Falso a mi mismo,
 ya ~~lo bastante providente~~ ^{el hecho de} ~~del~~ que bastante Providencia
 la del Sorro que tuvo Señoría. Si va esta ^{para} ~~esta~~ ^{provisión}
 para ratificar ~~de~~ en el mismo de quinos leyeren, el
 pacto que don Diémas en nombre de un especie y yo en
 nombre de la mia, hicimos, siendo el amor, que esta ^{una} ~~esta~~ ^{vez} ~~esta~~
 allá de las especies, y que de estas se vale como ^{se} ~~se~~
 cuenta: Pacto de paz y amistad entre el municipio
 de la ciudad y los animales que tienen su mundo en
 el Montel.



AVANTE

Revista de Andalucía Imprenta, Redacción y Administración
 SAN PEDRO MARTIN, 15

Sírvase pagar la cantidad de pesetas _____
 céntimos _____ importe de _____ de suscripción a esta Re-
 vista.

Valor debido a esta Administración

Fechas que comprende la suscripción

Desde el día _____ de _____ de 19 _____ hasta el día _____ de
 _____ de 19 _____

Recebi
 EL ADMINISTRADOR

Sr. D. _____
 Calle _____ pueblo _____

Mérida adm.

Recibo de suscripción por _____ Pueblo _____
 de D. _____

Calle _____
 Importe _____

La colección Biblioteca Blas Infante, editada por la Fundación Centro de Estudios Andaluces en colaboración con la Fundación Blas Infante, pretende recuperar para los lectores contemporáneos las principales obras de referencia del Padre de la Patria Andaluza. Cada volumen de esta colección presenta el texto original de la obra, utilizando como fuente la primera edición, junto con un estudio crítico que facilita al lector una mejor comprensión de la obra y del contexto político y social en el que fue concebida.

La edición del sexto título de esta colección, *Don Dimas. Historia de zorros y de hombres*, supone el rescate de un inédito de Blas Infante, el primero que ve la luz en las últimas décadas. Escrito entre mayo y septiembre de 1927, cuando el pensador andaluz estaba bien asentado en su nuevo destino como notario en Isla Cristina, este relato de ficción permaneció oculto en el cajón de su despacho por razones desconocidas, a pesar de ser, como él mismo escribió, uno de sus escritos más queridos.

El relato narra la historia de un zorro —a quien Infante da en llamar «Don Dimas» en referencia al buen ladrón crucificado junto a Jesucristo—, acogido en su domicilio familiar y liberado más tarde para que se reincorporase a su entorno natural. Se trata de un texto breve y preciosista, no exento de tintes autobiográficos, en el que asoma un Infante introspectivo y filosófico, preocupado tanto por la realidad natural como por la situación socioeconómica de la Andalucía que le tocó vivir. No en vano, Norberto Ruiz Rodríguez y Manuel Ruiz Romero, autores de la transcripción del texto y del indispensable estudio introductorio que le precede, aseguran que los lectores encontrarán en estas páginas al Blas Infante más «espiritual» y «afectuoso».

Esta edición se completa con una presentación, firmada por el director de la Fundación Centro de Estudios Andaluces, Tristán Pertíñez Blasco, y un prólogo, a cargo del profesor de la Universidad de Málaga y patrono de la Fundación Blas Infante, Manuel Hijano del Río.

www.centrodeestudiosandaluces.es

BIBLIOTECA
Blas Infante



Junta de Andalucía
Consejería de la Presidencia, Interior,
Diálogo Social y Simplificación Administrativa
Centro de Estudios Andaluces



Fundación Blas Infante